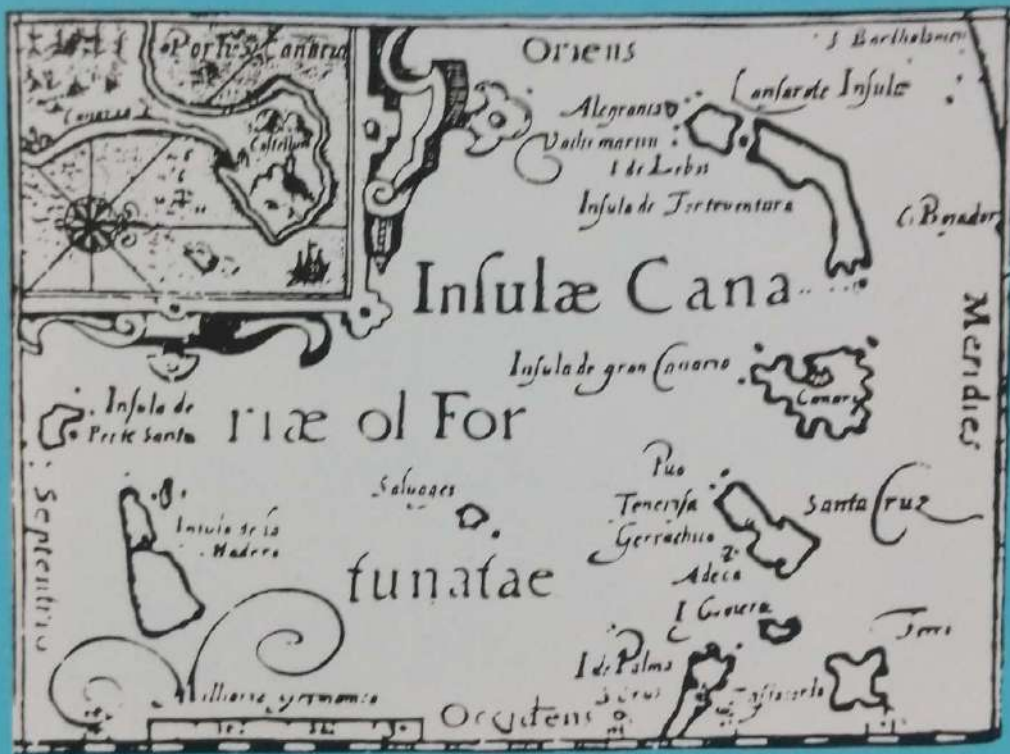


FORTVNATAE

REVISTA CANARIA DE FILOLOGIA, CULTURA Y HUMANIDADES CLASICAS



1

1991

SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

FORTVNATAE

FORTVNATAE

REVISTA CANARIA DE FILOLOGIA, CULTURA Y HUMANIDADES
CLASICAS



1

1991

SECRETARIADO DE PUBLICACIONES

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

FORTVNATAE

REVISTA CANARIA DE FILOLOGÍA, CULTURA
Y HUMANIDADES CLÁSICAS

Director: ÁNGEL MARTÍNEZ FERNÁNDEZ
Secretaria: FRANCISCA PLAZA PICÓN

Consejo de Redacción:

JUAN BARRETO BETANCORT, EDUARDO DEL ESTAL FUENTES, ISABEL GARCÍA GÁLVEZ, JOSÉ GONZÁLEZ LUIS, FREMIOT HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, JUANA PÉREZ CABRERA, RAFAEL PESTANO FARIÑA.

Consejo Asesor:

ALBERTO DÍAZ TEJERA, MANUEL GARCÍA TEIJEIRO, JUAN GIL, TOMÁS GONZÁLEZ ROLÁN, ANTONIO LÓPEZ EIRE, JESÚS LUQUE MORENO, JOSÉ LUIS MELENA, ANTONIO MELERO, MIGUEL RODRÍGUEZ PANTOJA, EUSTAQUIO SÁNCHEZ SALOR.



La publicación de este número ha sido posible gracias a la subvención concedida por el Excmo. Cabildo de Tenerife y por el Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna.

ISSN: En trámite

Depósito legal: S-555-1991

EUROPA ARTES GRÁFICAS, S.A.

Sánchez Llevot, 1. Teléf. (923) 22 22 50 - 37005 Salamanca

ÍNDICE

ARTÍCULOS

MANUEL GARCÍA TEIJEIRO: ἀβλαβές ὕδωρ (Thcrt. XXIV 98)	11
AURELIO FERNÁNDEZ GARCÍA: <i>La composición triádica del Dafnis y Cloe de Longo: contenidos expresados con tres elementos</i>	19
ANTONIO LÓPEZ EIRE: <i>Reflexiones sobre los discursos de Libanio al emperador Teodosio</i>	27
ANGEL MARTÍNEZ-FERNÁNDEZ: <i>Cretense πρόκορμος</i>	67
ANTONIO MELERO: <i>El mito del drama satírico</i>	85
M ^a TERESA MOLINOS TEJADA: <i>La grafía <σδ> en la transmisión de los líricos y de los bucólicos</i>	103
EMILIO SUÁREZ DE LA TORRE: <i>Motivos y temas en las cartas de amor de Filóstrato y Aristéneto</i>	113
ANTONIO ALBERTE: <i>Actitud de los cristianos ante la Retórica</i>	133
FRANCISCO GONZÁLEZ-LUIS: <i>Situaciones ambiguas del género gramatical en latín tardío</i>	143
JESÚS LUQUE MORENO: <i>Denominaciones griegas de las partes del pie en la antigua doctrina rítmica y métrica</i>	159
FRANCISCA PLAZA PICÓN y FRANCISCO SALAS SALGADO: <i>Notas al Tratado de métrica del humanista Juan de Iriarte</i>	187
MIGUEL ÁNGEL RÁBADE NAVARRO: <i>Ciceronianismo moderado e imitación en la España del XVI: las figuras de Maldonado, Palmireno y Matamoros</i>	197
FRANCISCO SALAS SALGADO: <i>Tragedia clásica y preceptiva romántica: a propósito de las Noticias históricas del drama griego de Graciliano Afonso</i>	209
EUSTAQUIO SÁNCHEZ SALOR: <i>Diferencias semánticas entre los distintos tipos de completivas declarativas</i>	221

VARIA

ANGEL MÁRTINEZ-FERNÁNDEZ: <i>Nota sobre la construcción μωλέω ἀμφί + dativo en el dialecto cretense</i>	235
RICARDO MARTÍNEZ ORTEGA: <i>Exposición de los Asuntos de Latinidad de José de Acosta</i>	241
LUIS MIGUEL PINO CAMPOS: <i>Notas acerca de las traducciones castellanas de Tucídides recientemente publicadas</i>	245

RESEÑAS

✓ A.M. ALDAMA - M. ROVIRA - A. ZAPATA: <i>Introducción a la historiografía latina. Textos para su lectura.</i> (M.S. Pérez Romero)	251
A. DI BENEDETTO: <i>Studio su Orazio Satiro</i> (C. Real Torres)	252
MONIQUE BILE: <i>Le dialecte crétois ancien</i> (A. Martínez-Fernández)	253
M. BRAVO LOZANO: <i>Guía del Peregrino Medieval</i> (R. Martínez Ortega)	256
A. CARRERA DE LA RED: <i>El problema de la lengua en el Humanismo renacentista español</i> (F. Salas Salgado)	257
CRETAN STUDIES. Vol. 1 (A. Martínez-Fernández)	260
HENRI VAN EFFENTERRE: <i>Cretica Selecta</i> (A. Martínez-Fernández)	261
PAUL FAURE: <i>Recherches de Toponymie Crétoise. Opera Selecta</i> (A. Martínez-Fernández)	263
M.P. FERNÁNDEZ ÁLVAREZ: <i>Manual de antiguo alto alemán</i> (J.M. González del Pozo)	266
S. GARCÍA LARRAGUETA: <i>Las Glosas Emilianenses</i> (R. Martínez Ortega)	268
A. GIALONGO: <i>L'immagine della donna nella cultura greca</i> (M.G. González Galván)	269
D. GONDICAS: <i>Recherches sur la Crète Occidentale</i> (A. Martínez-Fernández)	270
A. GUZMÁN GUERRA: <i>Tucídides. Historia de la Guerra del Peloponeso.</i> Intr., trad. y notas (L.M. Pino Campos)	273
B. KYTZLER: <i>Breve Diccionario de Autores Griegos y Latinos</i> (F. Salas Salgado)	276
N. LORAUX: <i>Maneras trágicas de matar a una mujer</i> (M.G. González Galván)	277
J.M. MAESTRE MAESTRE: <i>El humanismo alcañizano del siglo XVI. Textos y estudios de Latín renacentista</i> (M.A. Rábade Navarro)	278
M.A. MARCOS-CASQUERO: <i>Varrón. De lingua Latina.</i> , Intr., trad. y notas (F. González Luis)	280
F. SALAS SALGADO: <i>El humanismo en Canarias. Desarrollo y producción clásica desde el siglo XVI a fines del XIX</i> (J.J. Batista Rodríguez)	282
G. SISSA y M. DETIENNE: <i>La vida cotidiana de los dioses griegos</i> (J. Pérez Cabrera)	285
SAÚL A. TOVAR: <i>Biografía de la lengua griega, sus 3000 años de continuidad</i> (I. García Gálvez)	288
R.F. WILLETTS: <i>Selected Papers. II</i> (A. Martínez-Fernández)	289
P. LIROLA DELGADO: <i>Aproximación al teatro egipcio moderno</i> (M. Aguiar Aguilar)	290
P. MARTÍNEZ MONTÁVEZ: <i>Literatura árabe de hoy</i> (D. Serrano Niza)	292

ARTÍCULOS

ἀβλαβὲς ὕδωρ (Thecr. XXIV 98)

MANUEL GARCÍA TEIJEIRO
Universidad de Valladolid

SUMMARY

In Theocritus XXIV 98 ἀβλαβὲς ὕδωρ does not mean «water averting harm» nor «clean water». The adjective retains the Homeric sense of βλάπτω; βλαβομαι, «hinder», «stop». Therefore in Theocritus' above mentioned passage its meaning is «not stagnant». In rites of purification, such as the one prescribed here by the seer Tiresias, running water had to be use.

El idilio XXIV de Teócrito es el conocido *Ἡρακλέος*, título inspirado fundamentalmente en la primera parte del poema, que narra la aventura que aconteció a Heracles, cuando sólo tenía diez meses, con las dos monstruosas serpientes enviadas por Hera para que lo estrangularan. El poeta siracusano sigue en este episodio el relato de Píndaro en la primera *Nemea*, pero, conforme a la técnica alejandrina de la *variatio in imitando*, presta menos atención a la grandeza heroica de esta primera hazaña del héroe, anuncio de las que realizará a lo largo de toda su vida, y se esmera por reflejar el ambiente de una casa burguesa sobresaltada a media noche por un suceso imprevisto, pero que, una vez pasado el peligro, vuelve a su habitual sosiego: sólo a la mañana siguiente Alcmena, madre de Heracles,

manda a buscar al adivino Tiresias para que explique el prodigio. Como en Píndaro, Tiresias predice las maravillosas hazañas que habrá de cumplir Heracles, pero en Teócrito añade instrucciones detalladas sobre lo que ha de hacerse con los cadáveres de las dos serpientes¹, sobre cómo debe purificarse la casa y sobre la necesidad de celebrar un sacrificio en honor de Zeus que les asegure el triunfo sobre sus enemigos.

Las prácticas purificadoras que ordena Tiresias son notables: primero, fumigación con azufre; después, aspersiones con agua mezclada con sal, hechas mediante un ramo adornado con cintas. Sólo entonces podrá hacerse el sacrificio de un cerdo macho. He aquí el texto de estas líneas (96-100):

... καθαρῶ δὲ πυρώσατε δῶμα θεείῳ
 πρᾶτον, ἔπειτα δ' ἄλεσσι μεμιγμένον, ὡς νενόμισται,
 θαλλῶ ἐπιρραίνειν ἔστεμμένῳ ἀβλαβῆς ὕδωρ·
 Ζηὶ δ' ἐπιρρέξαι καθυπερτέρῳ ἄρσενα χοῖρον,
 δυσμενέων αἰεὶ καθυπέρτεροι ὡς τελέθοιτε.

El rito catártico-apotropaico, mezcla de religión y magia, que, como en muchos otros casos, será realizado siguiendo las indicaciones de un profeta, combina aquí los elementos cuya acción es tenida como más eficaz, sin duda por la importancia del influjo maligno que habían acarreado el ataque y la muerte de los dos monstruos. Agua, azufre, sal y rama verde son instrumentos bien conocidos en esta clase de ceremonias gracias a varios documentos literarios y epigráficos, como el famoso pasaje en que Odiseo pide azufre para purificar su palacio después de la matanza de los pretendientes (*Od.* XXII 481 s.). Baste, pues, con remitir al comentario de Gow a esos versos de Teócrito y al de Wilamowitz a Eurípides, *Heracles* 923 ss., donde están recogidos los principales testimonios³.

¹ Los actos ordenados por Tiresias coinciden con el tratamiento que se daba a un *φαρμακός*. Vid. el comentario de F.S. Gow a los vv. 91 y 95. Insiste en este punto J. STERN, «Theocritus' Idyll 24», *AJP* 95, 1974, p. 354.

² *ἔστεμμένῳ* es conjetura de Schaefer contra el imposible *ἔστω* de D.

³ Debe tenerse en cuenta, no obstante, que el texto de la *lex sacra* de Ceos aducido por Wilamowitz como ejemplo de purificación de una casa mortuoria con agua de mar e hisopo (Dittenberger, *Syll.* 468 = *Syll.* ³ 1218, 15ss.) ha sido modificado tras una nueva

La finalidad de este artículo es examinar la expresión ἀβλαβὲς ὕδωρ en el v. 98, que no parece haber recibido nunca una explicación totalmente satisfactoria.

Los diccionarios⁴ suelen admitir para ἀβλαβής un sentido «que aleja el mal o preserva de él». Significativamente, el pasaje de Teócrito en cuestión es el único que pueden aducir para ilustrar ese supuesto valor, de modo que la falta de paralelos satisfactorios ha llevado a otros a interpretar ἀβλαβὲς ὕδωρ como «agua pura», «agua sin suciedad»⁵, pese a que tampoco este sentido está documentado en otra parte para el adjetivo ni se vea bien cómo puede extraerse de la significación general de la familia de βλάβος, βλάπτω.

En cualquier caso, ἀβλαβής no se refiere a una persona o cosa que repara la acción de quien o de lo que βλάπτει, que elimina el βλάβος. El

lectura de Klaffenbach y, como consecuencia, el hisopo ha desaparecido (vid. F. SOKOLOWSKY, *Lois sacrées des cités grecques*, Paris 1969, nº 97 y nota *ad loc.*)

⁴ *Thesaurus s.v. ἀβλαβής* «damnum arcens»; PASSOW: «Schaden abwehrend»; L.-S. -J., *s.v. II 2*: «averting or preventing harm»; A. BAILLY: «qui écarte ou prévient le danger»; I. RUMPEL *Lexicon Theocriteum*: «aquam quae tamquam abluic noxam»; *DGE II 2*: «que evita o aleja el daño»; etc.

⁵ Así Gow en nota *ad loc.*; también H. BECKBY en su edición de los bucólicos griegos (Meisenheim am Glan 1975), quien traduce «sauberes... Wasser». M. BRIOSO, *Bucólicos griegos*, Madrid 1986, se ajusta más al texto con su «agua sin tacha». Sin aducir ninguna justificación, S.L. RADT, «Theocritea», *Mnemosyne* 24, 1971, p. 258, afirma dogmáticamente: «καθαρῶ und ἀβλαβὲς haben hier, *pace* Gow, doch zweifellos auch aktive Kraft ("reinigend" bzw. "Unheil abwehrend")». En su comentario a este idilio (Amsterdam 1979), H. WHITE (p. 91) cita pertinentemente un epigrama donde se califica el agua con el mismo adjetivo. Se trata de una pieza helenística, del s. III o II a. C., que forma parte de un trío de poemitas sobre las maravillas de ciertas fuentes, transmitidos tanto en un tratado *de mirabilibus* como en Vitruvio VIII 3, 21-23; vid. D. L. PAGE, *Further Greek Epigrams*, Cambridge 1981, p. 451-455. El texto es el siguiente:

ὑδάτα ταῦτα βλέπεις φοβερά, ξένη, τῶν ἀπο χειρῶν
λουτρὰ μὲν ἀνθρώποις ἀβλαβῆ ἔστιν ἔχειν,
ἦν δὲ βάλῃς κοίλης κατὰ νηδύος ἀγλαὸν ὕδωρ,
ἀκρα μόνον δολιχοῦ χεῖλεος ἀψάμενος,
αὐτῆμαρ πιστῆρες ἐπὶ χθονὶ δαιτὸς ὀδόντες
πίπτοισι, γενυῶν ὄρφανα θέντες ἔδη.

(El texto de Vitruvio, tiene *κρανάεντα* en vez de *φοβερά* en el v. 1, y, entre otras muchas faltas, carece del segundo hemistiquio del primer pentámetro).

Aquí ἀβλαβῆ significa claramente «inofensivas», pero cabría pensar en una ambigüedad consciente, como propone White, si el adjetivo se aplicaba al agua viva que mana de un manantial.

prefijo *ἀ-*, en efecto, no implica inversión de significado⁶, como lat. *dis-* y español *des-*, *dis-*: *dissuadere* = hacer lo contrario de *suadere*, *desenredar* = hacer lo contrario de *enredar*. El griego, como el latín, no utiliza la partícula negativa con este sentido, para el que emplea ciertos preverbios: *διαζεύγνυμι* = disiungo «desuncir», en contraposición a *(συν)ζεύγνυμι* = *(con) iungo* «uncir»⁷. Como estos adjetivos privativos temas en *-σ* pueden tener significación activa o pasiva⁸, hay que esperar para *ἀβλαβής* bien un significado «que causa *βλάβος*», bien «que no lo sufre», «sin *βλάβος*». Y, efectivamente, todos los pasajes recogidos en L. -S. -J. y en el DGE entran en una u otra significación sin violencia alguna⁹, menos, precisamente, la expresión teocrítica en cuestión. La dificultad, sin embargo, puede desvanecerse si se considera el sentido pasivo, muy bien atestado, y se tiene en cuenta la significación homérica de *βλάπτω*.

El hecho de que esta clase de adjetivos admita tanta significación activa como pasiva supone la posibilidad de frases verbales en que el sustantivo a que se aplica el adjetivo funciona bien como sujeto bien como complemento directo. Esto es evidente en el caso de *ἀβλαβής*, que actúa como verdadero adjetivo verbal privativo de *βλάπτω*: *ἀβλαπτος* no se atestigua, según L. -S. -J. y el DGE, más que en Nicandro (Ther. 488), mientras que *ἀβλαβής* es corriente en toda la literatura griega a partir de los líricos y de los trágicos¹⁰. *ἀβλαβέης ὕδωρ* por consiguiente, puede ser la

⁶ Igual que otras lenguas, el griego admite a veces un desarrollo positivo a partir de un concepto que en principio era meramente negativo. Así, *ἄφθονος*, originariamente «que no tiene envidia», puede significar «generoso», y *ἀνωφελής* de un «que no ayuda» pasa a valer «dañino». De igual modo, *ἀβλαβής* admite junto a «inofensivo» el matiz positivo que encierra también nuestro «inocente»; pero esto no es ciertamente relevante en el pasaje de Teócrito.

⁷ Vid. J. WACKERNAGEL, *Vorlesungen über Syntax* II², Basel 1928, pp. 182 s., con más ejemplos.

⁸ Vid. P. CHANTRAINE, *La formation des noms en grec ancien*, Paris 1933, p. 428.

⁹ Cf. PLATÓN, *Leg.* 953 b, *ἀβλαβεῖς τοῦ δράσαι τε καὶ παθεῖν* donde se combinan ambas posibilidades.

¹⁰ El adverbio *ἀβλάπτως* se atestigua en un himno órfico (64, 10), mientras que *ἀβλαβῶς*, *ἕως* se encuentra en uno de los himnos homéricos (*hymn. Merc.* 83), en Teognis (1154), en Tucídides (V 47, 8, tratado entre Atenas, Argos, Mantinea y Elide), en inscripciones, etc.

negación de un posible *βεβλαμμένον ὕδωρ*, ya que, como es sabido, estos adjetivos privativos equivalen a la negación del participio de perfecto¹¹.

El problema puede plantearse, pues, en los siguientes términos; ¿qué puede significar *βλάπτειν* aplicado al agua? La respuesta puede deducirse del uso homérico de este verbo. En la *Iliada* y en la *Odisea* se emplea con el sentido de «estorbar», «detener»¹², y puede aplicarse a unos bultos que estorban a los remeros en una nave (ν 22), a un orador que se interrumpe en pleno discurso (T 82), a la detención de caballos (Z 39, Ψ 545 y 571), a un desfallecimiento durante la marcha (T 166= ν 34), etc. En otro lugar¹³ hemos examinado estos y otros ejemplos homéricos y los hemos comparado con pasajes del *Rigveda* y de los *Gāthās* en que se atestiguan formas emparentadas con *βλάβη*, *βλάπτω*. Nuestra conclusión fue no sólo que ese parentesco efectivamente existe, sino también que entre las formas griegas e indo-iránias hay una sorprendente identidad semántica que puede explicarse probablemente mediante una especialización de este grupo de palabras en la lengua religiosa. Proponemos, pues, para *ἀβλαβές ὕδωρ* en Teócrito la significación de «agua no estancada», «agua corriente», «agua viva», que parece admisible para un compuesto privativo formado sobre una base a la que pertenecen formas verbales con el valor de *συμποδίζειν, καὶ τῆς κατὰ φύσιν ἐνεργείας κατασφάλλειν*, como dice Eustacio (a H 271). Cabe incluso la construcción con un genitivo-ablativo. Así, a 195, donde se dice, refiriéndose a las divinidades que impedían a Odiseo encontrar el camino,

ἀλλά νυ τὸν γε θεοὶ βλάπτουσι κελεύθου

y Esquilo, Ag. 120,

βλαβέντα λοισθίων δρόμων

¹¹ Cf. PLATÓN, *Soph.* 249 d, ὅσα ἀκίνητα καὶ κεκνημένα, y vid. P. Chantraine, *Formation...* pp. 302 ss., con la referencia al trabajo de A. MEILLET en *Donum natalicium Schrijnen* pp. 635-639. Téngase en cuenta además que *βλάβος*, que es el sustantivo tema en *-ος* que forma par con *ἀβλαβής* indica precisamente el estado, en contraposición a *βλάβη*, que señala la acción. Cf. DEMÓST. XXI 43, οἱ περὶ τῆς βλάβης οὔτοι νόμοι πάντες... τὸ βλάβος κελεύουσιν ἐκτίθειν, y vid. CHANTRAINE, *Formation...* pp. 23 s.

¹² Vid. p. ej., P. CHANTRAINE, *Dict. étymol. de la langue grecque s.v. βλάβη*.

¹³ «A propósito de una cuestión de método: la relación entre gr. *βλάπτω* y ai. *mrcayati* (marcayati)», *Homemaje a Antonio Tovar*, Madrid 1972, pp. 455-464. Cf. también C. Rodríguez Alonso, «Las "ABLABIAT" de la inscripción de Eritrea 201a 34 Engel. -Merk.», *Actas del V CEEC*, Madrid 1978, pp. 766-770. Propone una etimología distinta (*melg-, y no *melk-) M. MORANI, «Per una etimología di *βλάπτω*, *Aevum* 51, 1977, pp. 112-120.

«detenida en su última carrera», referido a una liebre muerta por dos águilas.

Como demuestra este pasaje, el sentido homérico de «detener» «impedir» se encuentra también en la literatura posterior¹⁴. *ἀβλαβές ὕδωρ* puede haber formado parte de una antigua fórmula ritual relacionada con las prácticas purificadoras. Teócrito pudo haberlas sacado de allí, o pudo encontrar la expresión en alguna fuente literaria, de donde la habría tomado conforme a la afición alejandrina por las palabras y giros raros o arcaicos; puede haber ocurrido incluso que la haya forjado él mismo a partir de los usos homéricos (cf. la fórmula típica de los poetas alejandrinos *νήχυτον ὕδωρ* cuyo adjetivo es quizás creación de Filetas). «Agua no estancada» haría, pues, referencia a la condición esencial del agua utilizada en las purificaciones: la de ser corriente y capaz, por tanto, de llevar lejos las impurezas¹⁵. Una purificación cabal por agua exigía, en efecto, bien la ablución directa en el mar, en un río o manantial, bien la aspersión con agua fresca traída expresamente. Así lo atestiguan las corrientes de agua que se encontraban normalmente junto a los santuarios¹⁶ y el testimonio de los textos. Los consejos que el corifeo da a Edipo sobre cómo debe purificarse incluyen, ante todo, abluciones con agua de un manantial perenne (Sófocles, O.C. 469 s.)

πρῶτον μὲν ἱρὰς ἐξ ἀειρύτου χοάς
κρήνης ἐνεγκοῦ δι' ὄσιων χειρῶν θιγῶν

¹⁴ Vid. la nota de E. FRAENKEL *ad loc.*, donde se cita a O. Becker, «Das Bild des Weges», *Hermes Einzelschriften* IV, 1937, p. 8, n. 6, para una colección de ejemplos post-homéricos de *βλάπτω* con ese sentido.

¹⁵ Vid., p. ej., P. STENGEL, *Die Griechischen Kultusaltertümer*³, München 1920, pp. 162 s.; M. P. NILSSON, *Geschichte der griechischen Religion* 13, München 1967, p. 103; W. BURKERT, *Greek Religion* (Tr. inglesa del original alemán), Oxford 1985, pp. 77-79. En la *Hypsipyle* de Eurípides, el agua estancada es rechazada expresamente por el adivino Anfiraio para hacer una libación a los dioses que propicie su protección en el paso del ejército; pide expresamente agua corriente en una jarra (*fragm.* I IV 29-32);

ἴβλυτον λαβεῖν [χρήζοιμι] ἂν ἐν κρωσσοῖς ὕδωρ
χλήριβα θεοῖσιν ἄδιοι ὡς χεαίμεθα·
στατῶν γὰρ ὑδάτων ἰλάματ' οὐ διεπετῆ,
στρατοῦ δὲ πληθεῖ πάντα συνταράσσειται.

Cf. *ibid.* *fragm.* 60, 60 s., donde vuelve a referirse al agua utilizada como *κρημαῖον* [γᾶνος y ἀγνῶν ρευμάτων].

¹⁶ Varios testimonios antiguos en F. SOKOLOWSKY, *Lois sacrées des cités grecques*, p. 133 (n. a 1. 103 de la inscripción en que se reglamentan los misterios de Andania).

más adelante, el mensajero relata que Edipo ha pedido a sus hijos agua corriente para lavarse y hacer libaciones (1598 s.)

κάπειτα ἀύσας παίδας ἠνώγει ρυτῶν

ὑδάτων ἐνεγκεῖν λουτρὰ καὶ χοάς ποθεν

Especial consideración merece el pasaje del *Phasma* de Menandro (50 ss.) en que para una enfermedad imaginaria se recomienda un remedio adecuado contra las pesadillas¹⁷ que incluye azufre y agua fresca de tres fuentes a la que se hayan echado sal y lentejas. La semejanza con el rito purificador ordenado por Tiresias es evidente. Los papiros mágicos prescriben también muchas veces agua fresca: de siete fuentes (*PGM* I 234 s.), agua de manantial (*ibid.* 246), agua de lluvia (*ibid.* 287), de un pozo nuevo (*PGM* II 36-38), agua pura (*PGM* III 301), etc.¹⁸. También en latín hay testimonios explícitos. Por ejemplo, Eneas se purifica antes de entrar en los Campos del Elisio con agua fresca, *recenti... aqua* (*Aen.* VI 635), que Servio (ad loc.) interpreta *semper fluenti*. Tácito narra (*Hist.* IV 53, 2) que en la ceremonia de restauración del Capitolio en tiempos de Vespasiano

virgines Vestales cum puellis puellisque patrimis matrimonisque aqua e fontibus amnibusque hausta perluere.

Los testimonios, desde luego, pueden multiplicarse. En el pasaje de Teócrito el ἀβλαβὲς ὕδωρ mezclado con sal representa el substituto habitual del agua de mar para aquellos casos en que no se podía disponer de ella. Plutarco (*De superstitione* 166 a) atestigua que era especialmente útil contra los terrores nocturnos, y el poeta siracusano pudo tener en cuenta, como apunta Gow, que el escenario de su idilio era Tebas, de modo que no sería fácil de obtener allí. En cualquier caso, se advierte bien el matiz

¹⁷ Vid. el comentario de Gomme-Sandbach *ad loc.*, con los testimonios.

¹⁸ Además del índice de *PGM s.v. ὕδωρ*, vid., p. ej., A. ABT, *Die Apologie des Apuleius von Madaura und die antike Zauberei*, Gießen 1908, p. 114 y n. 7; Th. HOPFNER, *Griechisch-ägyptischer Offenbarungszauber* I, Leipzig 1921, veränderter Nachdruck Amsterdam 1974, pp. 595 ss.; A. DELATTE, *Anecdota Atheniensia* I, Liège-Paris 1927, s. vv. πηγᾶδιν, βροσίς; id., *La catoptromancie grecque et ses dérivés*, Liège-Paris 1932, s. vv. «source et miroir», «eau de pluie», «eau de source».

de perjuicio que está normalmente presente en la idea de «detener» del grupo de *βλάπτω*: el agua estancada ha perdido su virtud como agente purificador y no es, por consiguiente, útil para una ceremonia catártica, tanto más cuando se trata de una de la importancia que tiene la ordenada por Tiresias después de la primera hazaña de Heracles niño.

LA COMPOSICIÓN TRIÁDICA DEL *DAFNIS Y CLOE* DE LONGO: CONTENIDOS EXPRESADOS CON TRES ELEMENTOS*

AURELIO FERNÁNDEZ GARCÍA

SUMMARY

This paper displays a series of facts which attract our attention in Daphnis and Chloe's composition. We outline three theories that try to explain them. The theory of the pictorial influence on Longo is evident. It is starting from this influence, that affects not only the contents with three elements but also the triadic morphosyntactic structures, that we can talk of poetic prose. Without this pictorial influence it would not had been triadic composition.

En una primera lectura del *Dafnis y Cloe*, nos llamaron la atención una serie de hechos que tenían como punto en común el estar formados por tres elementos (Longo ofrenda los cuatro libros que forman su novela a tres divinidades, aparecen tres objetos de reconocimiento o *gnorísmata* tanto en *Dafnis* como en *Cloe*, hay un gran número de oraciones con la estructura *μὲν...*, *δέ...*, *δέ,* o con estructura similar, etc.) o el ser expresados con el número tres. Estas coincidencias nos parecieron curiosas

* Este artículo es una reelaboración de una parte de la Memoria de Licenciatura titulada *La composición triádica del «Dafnis y Cloe» de LONGO: contenidos y estructuras morfosintácticas*, 1988, Facultad de F. y L. de la Univ. de Valladolid.

y decidimos profundizar en ellas. El resultado de nuestra investigación fue el trabajo antes anotado, del que paso a recoger algunos aspectos interesantes.

1. Longo nos dice que ofrenda sus cuatro libros a tres divinidades: *Ἐρωτι καὶ Νύμφαις καὶ Πανί*. Estas son las mismas que aparecen al final del libro: IV,39,1 ...*θεοὺς σέβοντες Νύμφας καὶ Πάνα καὶ Ἐρωτα*. Podemos considerarlas, por tanto, como las tres divinidades protagonistas de la obra.

En las dos apariciones anteriores de las Ninfas, Longo no nos dice su número exacto, pero sí que lo dice en II,23,1: *καὶ αὐτῷ αἱ τρεῖς ἐφίστανται Νύμφαι*. Estas se le aparecen a Dafnis en sueños y son *ἄμοιαι*² a las imágenes que había en la gruta donde es encontrada Cloe. Así pues, por esta cita vemos que son tres las Ninfas. Blanchard³ piensa que estas tres Ninfas son las que aparecen en uno de los relieves de la Acrópolis.

¿Conocemos los nombres de estas tres Ninfas? Longo no nos dice expresamente que se llamen de una forma o de otra, pero a lo largo de la novela las vamos a conocer. Sus nombres son Pitis, Siringe y Eco. Estas son las Ninfas protagonistas de las leyendas que nos cuenta Longo en la obra: la de Pan y Pitis (I,27,1-4); la de Pan y Siringe (II,34) y la de Pan y Eco (III,23). Las tres son leyendas de metamorfosis: en la primera, Pitis huyendo de Pan se transforma en paloma⁴; en la segunda, Siringe, en siringa, y en la tercera, Eco, en el eco.

En este punto, Longo ha querido mantener una cierta intriga y que el lector tenga una cierta curiosidad por saber de qué Ninfas habla. Si Longo las hubiera nombrado en el Prólogo, los lectores hubiéramos podido relacionarlas instantáneamente con Pan, divinidad masculina protagonista de las leyendas, y eso no lo quería, o por lo menos, no en un primer momento. Longo las ha ido nombrando según le convenía y justo cuando lo necesita. Blanchard relaciona a estas tres Ninfas, las tres perseguidas

¹ Véase Prólogo, 1.

² Así lo escribe LONGO en II,23,1, también.

³ J.M. BLANCHARD, «Daphnis et Chloé: histoire de la mimésis», *QUCC* 20, 1975, p. 57.

⁴ Pitis («Pino»), Ninfa amada por Pan, había escapado de él, según una versión del mito, metamorfoseándose en pino (Cf. NONO, *Dionisiacas* II, 108 y 118).

en sus respectivas leyendas por Pan, con Cloe, tres veces «perseguida», a su vez, por Dorcón, Lampis y Dafnis, sus tres pretendientes en la obra. Cloe, que en la obra está bajo la protección de Pan, devota a su culto, fiel a su música, toma también el carácter sagrado de una Ninfa.

Meillier⁵ está en la línea de Blanchard, añadiendo al tema de la persecución, el de la frustración del dios Pan. Por su parte, Deligiorgis⁶ relaciona estas tres leyendas con tres estados en la carrera hacia el amor de Dafnis y Cloe: «The first accompanies their awakening to each other and music; the second signalizes Daphnis' undifferentiated state of human animalism or animal humanity which, in spite of its divine primitiveness, may still be repulsive; the third typifies the lovers' relations with the two societies that produced them».

Las tres leyendas tienen su momento de intervención⁷. La leyenda de Pan y Pitis, contada por Dafnis a requerimiento de Cloe, sirve para explicar el zureo de una paloma; la de Pan y Siringe, contada por Lamón, sirve para llenar un espacio de tiempo que le interesaba a Longo, y la de Pan y Éco, contada por Dafnis, sirve para explicar a Cloe el fenómeno del eco.

2. En II,7,1, Dafnis y Cloe preguntan a Filetas si Eros es un niño o un pájaro y Filetas les responde que es un dios. De esta manera, Longo nos recoge las tres realidades que llenan toda su obra: la humana, la natural y la divina⁸.

3. Otro tema en el que aparecen tres elementos es el de las prendas de reconocimiento o *gnorismata*. Estas prendas permitían el reconocimiento futuro de una criatura, por parte de sus auténticos padres. Tanto Dafnis, como Cloe aparecen rodeados por tres *gnorismata*, cuando son presentados en la novela:

Dafnis: I,2,3.

*χλανίδιον τε γὰρ ἦν ἀλουργές καὶ πόρπη
χρησῆ καὶ ξιφίδιον.*

⁵ C. MEILLIER, «L'Épiphanie du dieu Pan au Livre II de Daphnis et Chloé», *REG* 88, 1975, pp. 128-129.

⁶ S. DELIGIORGIS, «Longus' Art in Brief Lives», *PhQ* 53, 1974, p. 5.

⁷ Sobre la función de estas disgresiones, véase W.E. MCCULLOH, *Longus*, Nueva York, 1970, pp. 65-66.

⁸ Véase MCCULLOH, *ibid.* p. 99.

Cloe: I,5,3.

*μίτρα διάχρυσος, ὑποδήματα ἐπίχρυσα,
περισκελίδες χρυσαί.*

Tres objetos hay también en el *Ión* de Eurípides (vs. 1412-1436 y sigs.), remoto modelo de este recurso: vestidos, serpiente de oro y corona de olivo.

4. Como dijimos anteriormente, Cloe es «perseguida» por tres hombres a lo largo de la novela. Uno de ellos es Dorcón. Este insiste sobre Cloe en tres ocasiones. En la primera (I,15,3), intenta camelarla a base de regalos, pero no consigue nada. En la segunda, se propone influir en el padre de Cloe, Driante, llevándole también regalos (I,19,1-3). Pero tampoco obtiene Dorcón resultado positivo alguno. No le queda más remedio que hacer uso de la violencia y decide atraparla mediante una artimaña (I,20-21). Sigue sin conseguir nada. Lo único que logra es quedarse en ridículo ante Dafnis y Cloe.

Lampis, otro de los perseguidores de Cloe, únicamente lo intenta dos veces: la primera vez se dirige a Driante para pedir a Cloe, ofreciéndole regalos (II,7,1-2). Al no conseguir nada, utiliza la violencia como Dorcón (IV,28,1). Tanto Dorcón como Lampis son perdonados por sus acciones y, al final, aparecerán en la fiesta campestre que ofrece Dionisófanes, verdadero padre de Dafnis, por haber encontrado a su hijo (IV,38).

5. A lo largo de toda la novela se nos presentan las tres clases sociales de isla de Lesbos⁹:

a) La burguesía de la tierra, representada por Dionisófanes (IV,13)¹⁰ y su esposa Clearista, Megadoro (IV,35,1) y su esposa Rode y los jóvenes de Metimna (II,12).

b) Los trabajadores libres, representados por Cromis (III,15,1), *γεωργός γῆς Ἰθάκας*, y Licenion, su mujer; Dorcon (I,12,3), Filetas

⁹ Véase A.M. SCARCELLA, «Realtà e letteratura nel paesaggio sociale ed economico del romanzo di Longo Sofista», *Maia* 2, 1970, pp. 103-131 y «La donna nel romanzo di Longo sofista», *GIF* 24, 1972, pp. 63-84.

¹⁰ En este punto de las clases sociales, citamos la primera vez que aparecen los personajes.

(II,3,1) y Lampis (IV,7,1) boyeros¹¹; población del campo, diferenciando a los *οἱ κομηῆται*, «los paisanos» (I,11,2) y a los *οἱ ἐν τοῖς ἀγροῖς*, «los de otros lugares» (II,12,4); Bríasix, el comandante del ejército de Metimna (II,19,3) y, finalmente, Hípaso, el comandante del ejército de Mitilene (III,1,2).

c) Los siervos. Aquí tenemos que incluir al resto de personajes de la obra: Lamón y Mirtele, y Driante y Nape, padres putativos de Dafnis y Cloe respectivamente; siervos mensajeros (IV,1,1 y IV,5,1); siervos del séquito de Dionisófanes y Clearista (IV,13,1); siervos que trabajan como remeros (II,12,1); y otros empleados en la ciudad, campo o mar.

Dafnis y Cloe, a lo largo de la novela, pasarán de la categoría de siervos, como hijos de Lamón y Driante, a la de burgueses, como hijos de Dionisófanes y Megacles.

6. En la obra aparecen tres jardines: el jardín de Filetas (II,3-6)¹², el jardín de Lamón (IV,1-4) y el jardín de Driante (III,5,1-2). Forehand¹³ sólo nos habla de dos jardines: el de Filetas y el de Lamón. Sin embargo, incluimos el de Driante porque, aunque Longo no nos lo describe de una forma extensa, pensamos que es del estilo al de Lamón.

7. En la celebración que realiza toda la población del campo, después del rapto y liberación de Cloe por parte de Bríasix, participan tres pastores demostrando sus cualidades: Lamón cuenta la leyenda de la siringa (II,34); Filetas toca la zampoña (II,35) y Driante (II,36) baila una danza de vendimia. Incluso en II,37,1 se dice de Driante que es el *τρίτος δὴ γέρων οὗτος εὐδοκιμήσας ἐπ' ἀρχήσει, ...*.

8. Se mencionan tres apariciones de mensajeros, aunque dos de ellas coinciden en una misma persona: el primer mensajero en IV,1,1: *Ἦκων δὲ*

¹¹ Para la jerarquización entre los pastores basada en el tipo de animales que guardan, véase B.A. van GRONINGEN, «Quelques problèmes de la poésie boucolique grecque», *Mnemosyne* 11, 1958, pp. 313-317. Para el sentido místico dado al término *βουκόλος*, véase R. MERKELBACH, *Roman und Mysterium in der Antike*, Múnich-Berlín, 1962, p. 192.

¹² Para el jardín de Filetas, véase G. DALMEYDA, *Longus. Pastorales (Daphnis et Chloé)*, París, 1934 (1960 2ª ed.), pp. 277-278 y p. 284 n.3.

¹³ W.E. FOREHAND, «Symbolic gardens in Longus' Daphnis and Chloe», *Eranos* 74, 1976, pp. 103-112. Cf. P. GRIMAL, «Le jardin de Lamón à Lesbos», *RA* 49, 1957, pp. 211-214.

τις ἐκ τῆς Μιτυλήνης ὁμόδουλος τοῦ Λάμωνος y el segundo mensajero, llamado Eudromo, citado en IV,5,1 y IV,9,2.

9. Los siervos de Dionisófanes de los que conocemos sus nombres son tres: Eudromo (IV,5,1); Gnatón (IV,10,1) al servicio de su hijo Astilo y Sofrósina (IV,21,3).

10. Finalmente indicaremos los lugares en los que aparece el número tres. Ya anteriormente hemos señalado la palabra *τρίτος* (II,37,1). En III,27,4; 28,1; 29,1; 29,4; 30,5 aparecen las palabras «tres mil dracmas» (en diferentes casos). Este dinero es el que Dafnis entrega a Driante como dote para su boda con Cloe. En IV,33,2, Dionisófanes entrega a Driante otros tres mil dracmas, cuando se lleva a Cloe para la ciudad.

11. Además, vuelve a aparecer el número tres en II,1,2, cuando se realiza una leva de *ἀσπίδα τρισχίλιαν* y en IV,9,2, cuando el mensajero Eudromo avisa que el amo viejo *μεθ' ἡμέρας ἀφίξεται τρεῖς*.

Toda esta serie de datos nos llevan a hacernos una pregunta: ¿Es una casualidad este desarrollo de contenidos con tres elementos o está buscado de una forma consciente? En un intento de llegar a una respuesta, planteamos estas tres posibles teorías:

1) El número tres como símbolo. Pero, ¿símbolo de qué? A este respecto, tenemos que señalar que la novela de Longo es, por su propio contenido, una fuente de símbolos muy diversos. Por eso, abundan los trabajos referidos a este tema, como son, especialmente, los de Forehand¹⁴, Blanchard¹⁵, Dalmeyda¹⁶, Meillier¹⁷, Chalk¹⁸ y Turner¹⁹. Ya

¹⁴ FOREHAND, *ibid.*

¹⁵ BLANCHARD, *op. cit.* La historia amorosa de Dafnis y Cloe es mostrada como símbolo de una evolución ritual en un sistema triple Pan-Dioniso-Eros.

¹⁶ G. DALMEYDA, «Longus et Alciphron», *Mélanges Glotz I*, París, 1932, pp. 277-287. Nos muestra el jardín de Filetas como un símbolo, un *locus amoenus*.

¹⁷ MEILLIER, *op. cit.* Las manifestaciones del dios Pan son presentadas como símbolos de los fenómenos de terror y de alucinaciones.

¹⁸ H.O. CHALK, «Eros and the Lesbian Pastorals of Longos», *JHS* 80, 1960, pp. 32-51. Presenta a Eros como símbolo y como personaje principal de la novela.

¹⁹ P. TURNER, «Daphnis and Chloë. An Interpretation», *G&R* 7, 1960, pp. 117-123. Muestra diversos contextos simbólicos conectados con ideas platónicas.

Propp²⁰ apuntó que el número tres, tres pruebas, tres votos, tres cantos, es uno de los más importantes en la aritmética de los cuentos.

Todo el mundo sabe que el número tres es un número simbólico en diferentes culturas y civilizaciones; pudiera serlo en este caso, pero no tenemos pruebas de que así sea, ya que no conocemos nada de Longo que nos lo apoye. Por tanto, esta teoría sólo puede quedar en una mera hipótesis.

2) Tesis pictórica, según la cual las estructuras triádicas y los contenidos expresados con tres elementos serían evocadores del método de la pintura escénica narrativa²¹. Ya Mittelstadt²², tomando como base el trabajo de Fleschenberg²³, encontró a lo largo de la obra doce episodios²⁴ distintos divididos cada uno de ellos en tres escenas. Esta clase de estructura episódica y la división tripartita de cada episodio individual es evocadora de este método. Mittelstadt muestra la influencia de los frescos del s. II d.C. (postpompeyanos²⁵) en la evolución de la técnica literaria y piensa que la novela de *Dafnis y Cloe* sería una interpretación de una serie de escenas de un mural describiéndonos una historia de amor²⁶.

Según esta teoría, es muy posible que Longo tuviese la necesidad de que alguien le explicase correctamente la pintura que nos cita en su Prólogo. Así, el ἔξηγητής que interpreta esa pintura no haría alusión a un in-

²⁰ V. PROPP, *Morphologie du conte*, Seuil, 1970.

²¹ Para los distintos métodos del arte narrativo, véase F. WICKHOFF, *Roman Art*, Londres, 1900.

²² M.C. MITTELSTADT, «Longus: Daphnis and Chloe and Roman Narrative Painting», *Latomus* 26, 1967, pp. 752-761.

²³ O.S. VON FLESCHENBERG, «Die Technik des Bildeinsatzes» *Philologus* 72, 1913, pp. 83-114.

²⁴ FLESCHENBERG, *Ibid.*, p. 96, n.11: I, 1-8; 9-22; 23-27; 28-32; II, 1-11; 12-18; 19-31; 32-39; III, 1-11; 12-23; 24-34 y IV.

²⁵ Véase E.H. SWIFT, *Roman Sources of Christian Art*, Nueva York, 1951, (reed. Westport, 1970).

²⁶ O. WEINREICH, *Der griechische Liebesroman*, Zürich, 1962, pp. 18-19 fue el primero en notar la afinidad entre el *Dafnis y Cloe* y la pintura paisajista de la 2ª mitad del s. II. d. de C., un estilo de pintura cuya popularidad no parece haber tenido continuación en el siguiente siglo. La sugerencia de Weinreich fue tomada por B.E. PERRY, *The ancient romances. A literary-historical account of their origins*, Berkeley-Los Angeles, 1967, p. 351, y reelaborada por Mittelstadt.

térprete de un misterio religioso como piensa Chalk²⁷, sino a un experto en pintura, Esta teoría nos parece más probable y consideramos que esta influencia pictórica en Longo no sólo se encuentra en la estructura episódica como proponen Mittelstadt y Fleschenberg, sino también en las estructuras triádicas y en la expresión de contenidos con tres elementos.

3) Tesis poética. Esta tercera teoría, que puede perfectamente completar a la anterior, es la de considerar esta forma de prosa como un ejemplo de prosa poética. En la parte que hemos presentado de los contenidos con tres elementos, no podemos apreciar de una manera clara que se dé esta tercera tesis. Sin embargo, en las estructuras triádicas morfosintácticas es evidente²⁸. Estaríamos entonces ante un problema de estilo²⁹, que no es el caso tratar en este momento.

Pensamos, por tanto, que esta forma de escribir de Longo es buscada. La teoría de la influencia pictórica en Longo salta a la vista. Ese querer visualizar lo que nos escribe se ve en las descripciones, enumeraciones, en acciones de personajes, etc. La idea de la estructura triádica aflora por doquier. Sin embargo, ese recargamiento triple a la hora de escribir, no hace el texto pesado y lento, sino alegre y ágil.

Debemos suponer que la influencia pictórica es lo primero que puso en marcha el desarrollo de la novela con este tipo de composición. A partir de esta influencia es cuando podemos hablar de prosa poética. Sin esta influencia pictórica, no habría habido composición triádica.

²⁷ CHALK, *op. cit.* pp. 35-36. Cf. M. BERTI, «Sulla interpretazione mistica del romanzo di Longo», *SCO* 16, 1967, pp. 343-349.

²⁸ En nuestro trabajo de investigación, presentamos un total de 222 estructuras triádicas morfosintácticas.

²⁹ Sobre el estilo de Longo y los grupos de tres frases, véase MCCULLOH, *op. cit.*, pp. 37-41; L. CASTIGLIONI, «Stile e testo del romanzo pastorale di Longo», *RIL* 61, 1928, pp. 203-223 y especialmente para las estructuras de tres elementos E. NORDEN, *De Minucii Felicis aetate et genere dicendi*, Greifswald, 1897, pp. 35-47 (p. 46 para Longo).

REFLEXIONES SOBRE LOS DISCURSOS DE LIBANIO AL EMPERADOR TEODOSIO

ANTONIO LOPEZ EIRE
Universidad de Salamanca

SUMMARY

In this paper the following questions concerning Libanius' speeches addressed to Emperor Theodosius are dealt with:

Firstly, the mentioned speeches are reviewed in order to point out in them the social and political background of the age in which they were written, a very interesting age for understanding the process leading from Late Antiquity to Middle Age.

Secondly, the aim of these speeches is compared with that of some letters of Libanius and shown to be the same: he is proud of his profession as a sophist and claims for himself as such the duty of leading public opinion and protecting the life of the community against every kind of injustice or abuse exerted by governors or members of the upper class upon the commons and the poorest citizens.

Thirdly, the question of the origin of Libanius' attitude is envisaged; why does he feel obliged to intervene on behalf of his fellow countrymen deploying his eloquence in fighting against power's misuse, illegality and brutality exerted by the governors upon the lowest class of the population.

*According to the author, the origin of this attitude is to be found in the new conception of a Rhetoric pervaded by ethical principles that can be shown in the Isocratean program of rhetorical *paideia*.*

Entre la Antigüedad y la Edad Media¹ existe un período de transición muy importante que se conoce con el nombre de «Antigüedad tardía». En él nos topamos con las claves que explican la continuidad y el cambio que se detectan al comparar el mundo clásico grecorromano con la Edad Media.

Tomando como límite último de la Antigüedad el siglo VIII d.d.C., resulta que en el mundo antiguo occidental el imperio romano ya hace tres siglos que no existe (desde que Odoacro depone a Rómulo Augústulo el año 476) y hace un siglo que el imperio persa ha desaparecido del Próximo Oriente.

Una larga serie de complejos y muy variados cambios nos conducen desde la Antigüedad de las Grecia y Roma clásicas al mundo medieval de Carlomagno en Aquisgrán (al oeste) y de Harun al-Rashid en Bagdad (al este)².

La Antigüedad tardía heredó del Imperio romano de época clásica un amplísimo escenario muy extendido tierra adentro desde las riberas del Mediterráneo, un espacio en que el mar ya no es el único camino, el *pón-tos*, para el transporte y la comunicación como lo fuera desde los primeros tiempos de la civilización griega.

En claro contraste con el ancho mar, el *eurús pón-tos* de Odiseo y la Gran colonización griega, se ofrece ahora a nuestra contemplación una gigantesca tela de araña cuyos hilos son las calzadas que desde Roma conducen a los más lejanos puntos del nuevo mapa del Imperio³.

Y en el tejido que esa red viaria configura conviven los bárbaros con los cultos herederos de los helenos y romanos de antaño, que no lo son ya por su nacimiento o raza sino por su cultura grecorromana (ambas lenguas incluidas).

¹ Hacemos constar nuestro agradecimiento a la CICYT (PB 87-0668) y a la DA-AD. Empleamos para las citas de Libanio la edición de R. Foerster, Leipzig (T.) 1903-1923.

² P. BROWN, *The World of Late Antiquity. From Marcus Aurelius to Muhammad*, Londres 1971, 7ss.

³ P. BROWN, *o.c.* 13: «... the Roman world had become a cobweb of roads...».

Este amplísimo mundo nuevo era difícil de defender de la presión constante de lo bárbaros que amenazaban tanto las fronteras del noroeste como del sureste. Y ese hecho generó la famosa revolución militar⁴: hacia el 260, el año en que el rey persa Shapur I derrotó e hizo prisionero al emperador Valeriano, y nueve años después de la muerte del emperador Decio que con su ejército sucumbió haciendo frente a los godos en los pantanos de Dobrudja, los aristócratas fueron excluidos del mando del ejército, que queda a partir de ahora exclusivamente en manos de profesionales y además es ampliado considerablemente. A partir del reino de Galieno ya no nos volvemos a topar con un *legatus legionis* senador, sino con un *praefectus agens vices legati* al frente de las legiones. Los prefectos de las legiones y luego el *dux* de Diocleciano van a mandar en el ejército sin ser previamente senadores. Tanto el *praefectus* militar como el gobernador civil de cada provincia (el *procurator agens vices praesidis*) ya no son legados senatoriales sino que pertenecían al orden ecuestre.

Como consecuencia de ambos hechos, al mismo tiempo que surge poderosa una nueva aristocracia que se ha ganado el título con las armas y sus servicios al emperador, se incrementa asimismo la burocracia al servicio de las nuevas fuerzas armadas. Y, claro está, todo ello genera un inevitable aumento de los impuestos, un hecho decisivo para entender el siglo IV. Así lo dice Peter Brown⁵: «the pressure of increased taxation inexorably moulded the structure of Roman society in the fourth and fifth centuries». En una carta muy bonita de Libanio se lee la frase siguiente, un buen consejo aderezado con refrán: Lib. *Ep.* 251,7F «En los impuestos, que no sea mayor la carga que la nave».

En este mundo en el que la burocracia reclutada entre los aristócratas ocupa una privilegiada posición social⁶ (bajo el reino de Constantino,

⁴ P. BROWN, *o.c.* 22ss. Sobre todo, A.H.M. Jones, «The Social Background of the Struggle between Paganism and Christianity», en A. MOMIGLIANO (ed.), *The Conflict between Paganism and Christianity in the Fourth Century*, Oxford 1963, 17-37. C. W. KEYES, *The rise of the equites in the third century of the Roman Empire*, Princeton 1915. A.H.M. JONES, *Il tardo Impero Romano (284-602 d.C.)*, trad. it., Milán 1973, 45.

⁵ P. Brown, *o.c.* 25. El levantamiento o revuelta de Antioquía del año 387 lo capitanearon los curiales y ciudadanos respetables, que fueron los primeros en enterarse de la subida de los impuestos. Fue éste un levantamiento de la ciudad contra el estado, pues los insurrectos destruyeron las estatuas de los emperadores, tal como ocurrió más tarde, el año 382, en la similar revuelta que tuvo lugar en la ciudad capadocia de Nazianzo.

⁶ A.H.M. JONES, *Il tardo Impero* 789 ss. Cf. 789: «Il tardo impero romano fu, piú di qualsiasi altra cosa, uno stato burocratico». Sobre la administración en el Imperio tardío, cf.

324-337, recibe buenos sueldos —y nunca mejor dicho— en *solidi*), la formación clásica, la *paideta* se ofrece como un importante peldaño para ascender a tan altos cargos, al tiempo que se hace cada vez más insalvable la distancia que media entre ricos y pobres, entre ciudadanos y campesinos, entre los desposeídos y agobiados por injustos impuestos y los poderosos y los influyentes, bajo cuyo amparo y patronazgo aquellos se colocan⁷.

La nueva aristocracia del siglo IV, que aspiraba a consolidar el destacado lugar que ocupaba en la pirámide social de la época mediante la cultura (la *paideta*), vive a las afueras de las ciudades, en villas lujosas adornadas con mármoles y mosaicos riquísimos y flanqueadas por torres de defensa por si fuera necesario hacer frente a cualquier ataque; y con todo ello no pretende más que exhibir la riqueza y poderío de una privilegiada clase social que pese a ello se siente desarraigada⁸.

Ammiano Marcelino habla de dos grupos sociales pertenecientes a los *honestiores* y de uno que forma parte de los *humiliores*. Refiriéndose a la atrocidad y crueldad de Galo César, dice: Amm. Marcell. XIV,7,1... *orientis latera cuncta vexabat, nec honoratis parcens nec urbium primatibus nec plebeis*.

Parece claro que en la clase superior hace una distinción el historiador entre los *optimates* de primerísima categoría y los *decuriones* o *curiales*, que no se confunden con los plebeyos ni tampoco con los senadores o con los altos funcionarios de la administración imperial. Porque si bien hubo *decuriones* verdaderamente próceres, la legislación de Diocleciano los esclavizó tremendamente: eran los responsables, en sus respectivas ciudades, del aprovisionamiento de grano, de las obras públicas, y los encargados de suministrar los fondos para pagar los juegos públicos organizados con motivo de la toma de posesión de los diferentes magistrados. No podían los pobres *curiales* abandonar sus comunidades sin permiso del gobernador y prácticamente la condición de *curial* era un *status* de

cf. A.H.M. JONES, *Il tardo Impero* 446 ss. Sobre la burocracia, cf. A.H.M. JONES, *Il tardo Impero* 789 ss.

⁷ P. BROWN, *o.c.* 37 «The great man became the focus of intense loyalties».

⁸ P. BROWN, *o.c.* 40 «The typical products of the age are the palace and the country-villa».

heredero forzoso. Por lo cual no es extraño que muchos de ellos huyeran de sus comunidades tratando de evitar tan desagradables cargas, ni que Libanio no cuente en su Antioquía natal, en el último cuarto del siglo IV, ni siquiera sesenta curiales, cuando antes eran seiscientos o el doble de ese número (Lib. *Or.* 48, 4F). Libanio, cuyo hijo natural Cimón corría el riesgo de ser inscrito como curial en Antioquía, pide para él un cargo, sea cual sea, a Tatiano⁹, convencido de que un cargo significaba un determinado rango en la jerarquía oficial de la aristocracia que reportaba privilegios legales y en general ventajas considerables: Lib. *Ep.* 959,5 y 6F «... y nuestros amigos, arrastrándole los unos a la curia y los otros tratando de conservarle donde estaba,... sólo encuentra un refugio: un cingulo de mando y mandar. Y con lágrimas en los ojos me pide al mismo tiempo que tenga yo el valor de enviarte esta carta que le hará realidad esos sus deseos».

Al pasar el *ordo equester* a *ordo senatorius*¹⁰ con Constantino el Grande, el nuevo orden senatorial se convierte literalmente en la élite del género humano. Así lo dice Simmaco:

Symmach. *Ep.* I, 52 *Orationem meam tibi esse complacitam nihilo setius gaudeo, quam quod secunda existimatione pars melior humani generis senatus audivit. Or.* 6,1 *nobilissimi humani generis.*

Por encima de los aristócratas senadores tradicionales, en virtud de la revolución militar a la que ya hemos aludido, hay que situar a los nuevos cargos que con el tiempo se fueron haciendo *clarissimi*, o sea, senadores, a los *duces*, que comandan los ejércitos en las provincias, los *comites*, que están al frente de fuerzas móviles suprarregionales, y los *magistri militum*, cargos ocupados todos ellos por profesionales de la milicia.

Y todos estos privilegiados (senadores y *viri militares*), libres de las consuetudinarias cargas e impuestos, además de estar muy bien considerados, eran poseedores de grandes extensiones de terreno y sólo estaban

⁹ Se trata del prefecto pagano que Teodosio puso a su lado, según parece desprenderse de una alusión del *Pro templis* (cf. Lib. *Or.* XXX, 53 F y G.R.Sievers, *Das Leben des Libanius*, Berlín 1868, reprod. Amsterdam 1969, 192, n. 26).

¹⁰ G. ALFÖLDY, *Römische Sozial-geschichte*, Wiesbaden 1975, 146 «So griffen die Kaiser seit Marcus immer häufiger auf die bereits früher bekannte Methode zurück, verdiente ritterliche Offiziere in den Senatorenstand aufzunehmen und ihnen die Legionen... zu übertragen».

obligados a pagar anualmente un impuesto de patrimonio, la *collatio globalis*, a hacer efectivas en determinadas ocasiones las contribuciones comunes denominadas *aurum oblativum* y a organizar los juegos públicos.

A la cabeza del orden social, muy cerca ya de la cúspide de la pirámide, donde se localizaba la familia imperial, se encontraba el *comitatus* formado por el *sacrum cubiculum*, un consistorio integrado por generales, funcionarios especialmente afectos a los emperadores, y altos dignatarios eclesiásticos.

Las riquezas de los privilegiados y sus inmesas posesiones de las que se sienten tan orgullosos¹¹ salen a relucir con los mejores atavíos literarios en la exposición espléndida que hace Ammiano Marcelino¹² de «los vicios del senado y del pueblo romano». Dice así:

Amm. Marcell. XIV, 6, 10-11 *Alii nullo quaerente, vultus severitate assimulata, patrimonium suum in immensum extollunt, cultorum (ut putant) feracium multiplicantes annuos fructus, quae a primo ad ultimum solem se abunde iactitant possidere, ignorantes profecto maiores suos per quos ita magnitudo Romana porrigitur, non divitiis eluxisse, sed per bella saevissima, nec opibus nec victu nec indumentorum vilitate gregariis militibus discrepantes, opposita cuncta superasse virtute.*

La riqueza del siglo IV deriva de la producción fundamentalmente agrícola¹³. Los productos manufacturados en las ciudades así como su co-

¹¹ Piénsese en la inmensa casa de «la città di Piniano» con sus riquísimos mármoles, o en la villa próxima a Henna en Sicilia («la villa imperiale di Piazza Armerina») con sus espléndidos mosaicos, que tal vez perteneciera a los Símmacos.

¹² Cf., además, Amm. Marc. XIV, 6 XXVIII, 4. Ammiano Marcelino ataca ferozmente a la aristocracia romana cuyos lujos, palacios preciosos, innumerables esclavos y excesivos refinamientos él tuvo ocasión de comprobar. La considera esencialmente frívola. Sin embargo, salen mejor paradas la aristocracia romana vista a través de las cartas de Símmaco y la gala contemplada tras las epístolas de Sidonio Apolinario. Y lo mismo puede decirse de esos nobles eruditos y estudiosos de los clásicos que asoman a los *Saturnalia* de Macrobio. Boecio, que era un Anicio, fue el gran filósofo de su tiempo. Y también senador era Casiodoro, hombre de cultura enciclopédica. Cf. H. BLOCH, en A. MOMIGLIANO (ed.) *The Conflict between Paganism and Christianity* 213-17.

¹³ G. ALFÖLDY, *o.c.* 165 «So stieg die Bedeutung der Landwirtschaft als Hauptquelle des Einkommens und des Reichtums noch weiter als früher».

mercialización, que habían gozado una cierta prosperidad durante el temprano Imperio, experimentaban ahora una notable recesión.¹⁴

Los *humiliores* eran, además de los *siervos* (*servi*), los colonos, que en virtud de su *adscriptio glebae* eran tan poco libres como los siervos de la gleba y estaban tan sometidos a la potestad del señor como ellos¹⁵. De modo que la distinción entre esclavo y libre no tenía mucho sentido en el seno de los *humiliores* y no sólo en el campo, sino ni siquiera tampoco en la ciudad¹⁶. Así nos explicamos que Ammiano Marcelino oponga a los próceres «que proceden brillantemente de las más altas cumbres» aquellos otros «que salían a flote desde la hez del vulgo». (Amm. Marcell. XXVI, 7,7 *Utique in certaminibus intestinis usu venire contigit, emergebant ex vulgari faece non ulli, desperatione consiliisque ductantibus caecis, contraque quidam orti splendide a culminibus summis ad usque mortes et exilia corruebant*).

La pobre gente del campo que pagaba la contribución en bienes agrarios, la *annona*¹⁷, y que estaba oprimida por el impuesto¹⁸ sobre sus cabezas denominado *capitatio* y el que recaía sobre sus tierras llamado *jugatio* era tan pobre que, según Libanio¹⁹, en sus casas no necesitaban cerrar las puertas, «pues ningún miedo siente de los ladrones aquel que nada tiene».

¹⁴ G. ALFÖLDY. *o.c.* 165 «Viele Städte des Reiches erlebten zwar noch eine letzte Blütezeit, aber ihre handwerkliche Produktion und ihr Handelsleben erreichten vor allem in der westlichen Hälfte des Imperiums nicht mehr die Prosperität wie in der frühen Kaiserzeit».

¹⁵ G. Alföldy. *o.c.* 181.

¹⁶ Refiriéndose a los artesanos, se formula Libanio, en su discurso titulado *Sobre la esclavitud* (XXV, F), la siguiente pregunta: Lib. Or. XXV, 36F «¿No son libres e hijos de libres? ¿Por qué razón, pues, viven sufriendo más penalidades que los esclavos?».

¹⁷ Sobre las reformas fiscales de Diocleciano, cf. A. CHASTAGNOL, *Le Bas-Empire*, París 1970, 66-71 y 240-252.

¹⁸ A. Déléage, *La Capitation du Bas Empire*. Mâcon 1945. W. SESTON, *Dioclétien et la tétrarchie, I: Guerres et Réformes*, París 1964, 265. Sobre las diferentes *largitiones* (dacios, quincuagésimas, cuadragésimas (cf. Symm. Ep. V, 62 y 65), *aurum coronarium*, *aurum oblativum*, *aurum tronicum*, *collatio lustralis*, etc.) cf. A.H.M. JONES, *o.c.* 619 ss.

¹⁹ Lib. Or. II, 32F. Este discurso, titulado *A los que le llamaron arrogante*, fue escrito el año 381, siendo emperadores Teodosio y Arcadio

Y la *plebs urbana*, que comprendía comerciantes, artesanos, servidores de la administración local, pobrísimos trabajadores ocasionales u obreros de las manufacturas estatales (*fabricae*), no estaba tampoco en buenas condiciones financieras. Libanio habla, en sus discursos, de los artesanos que pagan sus impuestos en medio de lloros (Lib. Or. XXVI, 23F κλάων ὁ χειροτέχνης τίθησιν) o de quienes se ven forzados a vender a sus hijos no para llenar sus arcas con el dinero de la venta sino para contemplar cómo éste se va a las manos de quien exige el urgente pago de los impuestos (Lib. Or. XLVI, 23 τοὺς ὑπὸ τῶν γονέων πωλουμένους, οὐχ ἵνα αὐτοῖς δέξηται τὴν τιμὴν τὸ κιβώτιον, ἀλλ' ἵνα αὐτὴν ἴδωσιν εἰς τὴν τοῦ κατεπεύγοντος δεξιὰν ἐρχομένην)²⁰.

De la pobreza extrema de esta clase social que sometida a pesados gravámenes no alcanza ni a pagar sus impuestos habla esta frase elocuente de un discurso de Libanio²¹: Lib Or. XXXIII, 32F: «Aunque uno desuelle al deudor de impuestos, puede uno llegar a quitarle la piel, pero no podrá en modo alguno conseguir que quien no tiene dinero lo tenga».

Y existe aún una hez de la clase plebeya urbana depauperada, esa que pasa la noche en las tabernas o bajo los toldos de los teatros, esos hombres que al respirar producen feos ruidos cuando juegan en medio de disputas a los dados, gentes interesadas con el alma y la vida, haga calor o llueva, en las virtudes o defectos de los aurigas o de sus caballos que compiten en las carreras de carros. Con esos individuos ¿qué cosa sería o digna de recordación puede llevarse a cabo en Roma?

Amm. Marcell. XIV, 6,25-26. *Ex turba vero imae sortis et paupertinae, in tabernis aliqui pernoctant vinariis, non nulli sub velabris umbraculorum theatralium latent, quae, Campanam imitatus lasciviam, Catullus in aeditate sua suspendit omnium primus; aut pugnaciter aleis certant, turpi sono fragoris naribus introrsum reducto spiritu concrepantes; aut quod est studiorum omnium maximum ab ortu lucis ad vesperam sole fatiscunt vel pluviis, per minutias aurigarum equorumque praecipua vel delicta scrutantes. Et est admodum mirum videre plebem innumeram, mentibus ardore quodam in-*

²⁰ Se encuentra este texto en medio del discurso titulado *A Teodosio el emperador, contra Florencio*, compuesto por Libanio un poco después del año 387 y dirigido a Teodosio.

²¹ Este texto procede del discurso titulado *A Teodosio el emperador, contra Tisámemo*, que compuso Libanio el año 386

fuso, e dimicationum curulium eventu pendentem. Haec similiaque memorabile nihil vel serium agi Romae permittunt.

A esta injusta²² bipartición de la sociedad en ricos y libres, por un lado, y pobres y esclavos, por otro, hay que sumar el hecho de que los jueces encargados de hacer cumplir las leyes y defender la justicia eran escogidos no precisamente por su cultura jurídica, permanecían breve espacio de tiempo al frente de su cargo y eran por lo general venales y sometidos de continuo a presiones e intimidaciones.

Había, en efecto, una ley para ricos y otra para pobres²³. En los tribunales provinciales, no era en absoluto raro que el gobernador, que era el juez del tribunal de primera instancia, se dejase corromper por los ricos y poderosos²⁴. Y aun en el caso contrario, éstos llevaban siempre las de ganar, ya que contaban en cualquier caso con la posibilidad de apelar a tribunales superiores, y así los pobres y no influyentes estaban condenados de antemano a perder los juicios en que se enfrentaban a los próceres y acaudalados²⁵.

Los libertos no podían iniciar procesos contra sus patronos²⁶ ni contra los herederos de éstos y a partir de Arcadio ni siquiera los *coloni adscripticii* tenían facultad legal para pleitear contra los dueños de sus tierras.

²² G. ALFÖLDY, *o.c.* 187 «So waren im spätrömischen Reich die sozialen Spannungen sehr hoch... dass die Landarbeiter, unter ihnen ebenso rechtlich unabhängige Bauern wie Kolonen und Sklaven, vor dem Steuerdruck und der schlechten Behandlung sehr häufig entflohen...» Cf., asimismo, J.A. MARTÍNEZ, «Opresión económica, protesta, descontento y crisis en Ammiano Marcelino», *Rev. Univ. de Madrid, Estudios de Historia económica*, I, Madrid 1971, 145-169. Cf. J. MATTHEWS, *The Roman Empire of Ammianus*, Londres 1989, 404ss.

²³ A.H.M. JONES, *Il tardo Impero*, 737.

²⁴ Los *judices* de los *Codices* son normalmente los gobernadores de las provincias, ayudados a veces en estas funciones judiciales por los *legati* y los itinerantes (*pedanei*). En las causas civiles de poca monta podía, sin embargo, actuar como juez el *defensor civitatis*, bajo cuya tutela y amparo una ley de Valentiniano del 368 coloca a los campesinos inocentes y sumisos (*innocens et quieta rusticitas*). En griego este *defensor civitatis* o *defensor plebis* de Valentiniano se denomina *súndikos* y guarda cierta relación con el *curator civitatis* (en griego, *logistés*) que controlaban las cuentas y vigilaba las finanzas. Cf. P. PÉRIE, *Histoire générale de l'empire romain*, París 1974, 685.

²⁵ A.H.M. JONES, *o.c.* 738.

²⁶ A.H.M. JONES, *o.c.* 739 ss.

Los *honestiores*²⁷, entre los que se encontraban los senadores, los *honorati*, los decuriones, los abogados, los *milites* (los soldados y los empleados civiles), los miembros de las profesiones liberales y del clero, raramente eran castigados con la pena de muerte. Para ellos la pena máxima era la deportación, que comprendía además del destierro la confiscación de sus propiedades; y en casos menos graves se les imponía como castigo el exilio o bien multas de diferente cuantía.

En cambio, a los *humiliores* se les infligía tortura (a los *honestiores* sólo en los procesos de alta traición)²⁸, que era un procedimiento normal tanto en la justicia penal romana, como lo fuera en la ateniense, ambas justicias absolutamente brutales e ineficaces²⁹.

De esta extrema debilidad e ineficacia de la justicia, de un mundo básicamente injusto contra el que el *rétor* Libanio se rebela por ser representante de un mundo culturalmente irrecuperable, mucho más elevado por su cultura y su filantropía, tratan la mayor parte de los discursos que el Antioqueno dirigió al emperador Teodosio. En efecto, dejando aparte el *Sobre la venganza de Juliano* (XXIV, F), el *A Teodosio el emperador, sobre la revuelta* (XIX, F) y *A Teodosio el emperador, por la reconciliación* (XX, F), los demás denuncian situaciones de injusticia (el XXVIII, F *Contra Icario*, II, el L, F *En favor de los labradores, sobre los transportes*, el XXX, F *Pro templis*, el XXXIII, F *Contra Tisámene*, el XLV, F *De vincitís*, el LI, F *Al emperador, propuesta de ley contra los que entran en los albergues de los magistrados*, el XLVII, F *De patrociniis*, el XLIX, F *Pro curiis*, y el XLVI, F *Contra Florencio*) en las que existen grandes diferencias entre los nobles y ricos, y los pobres y desvalidos.

Pero además y para colmo de males, la administración de la justicia era lenta³⁰, lo que significaba que los detenidos, salvo que perteneciesen a

²⁷ A.H.M. JONES, *o.c.* 739 ss.

²⁸ Ammiano Marcelino refiere atrocidades practicadas en casos de conspiración, uso de la magia y la adivinación. Cf. H. FUNKE, «Majestäts und Magieprozesse bei Ammianus Marcellinus», *Jahrb. f. Antik. u. Christ.* 10 (1967), 145-175.

²⁹ A.H.M. JONES, *o.c.* 739

³⁰ Cf. M.A. von BETHMANN-HOLLWEG, *Der römische Civilprozess*, III, Bonn 1866, sobre el procedimiento en general.

los *honestiores*, podían pasar largos períodos de tiempo encarcelados en cárceles repletas de presos en las que no podían ni tan siquiera tenderse en el suelo para dormir, y a las que habían ido a parar con frecuencia injustamente en virtud de pruebas poco o nada concluyentes, o a causa de meras sospechas.

Allí, en las cárceles, los presos³¹ dependían para sobrevivir de los alimentos de sus familiares o amigos y de la venalidad de los carceleros cuyas extorsiones estaban obligados a sobrellevar.

Nada mejor que un discurso de Libanio dirigido a Teodosio, el titulado *De vincitis* (Lib. Or. XLV F)³², para examinar la situación terrible de las cárceles atiborradas³³ de presuntos delincuentes pobres que con frecuencia morían antes de haber sido juzgados y declarados culpables.

Lib. Or. XLV, 2F «Pues bien, sabes, emperador, que esto precisamente es lo justo: que los que merecen la pena de muerte mueran, y los que no la merezcan vivan y sigan incólumes, si bien por exceso de humanidad³⁴ ya incluso a alguno de los primeros les concediste seguir con vida; pero ¡que estén en vigor los preceptos derivados de las antiguas leyes³⁵. Y éstos son que muera aquel que se haya atrevido a perpetrar un hecho de fuerza de tamaña gravedad, pero que siga vivo quien ningún delito de esa magnitud haya cometido. Y el haberse atrevido a perpetrar un delito ¿qué cosa es? El que haya sido probado. Pues el morir antes de las pruebas ninguna otra cosa es sino haber sufrido un trato injusto. Porque, de hecho, si por alguien ha sido perpetrado un delito merecedor de la pena de

³¹ Su compasión para con los presos aparece también reflejada en Lib. Or. IX, 12F.

³² Un comentario y traducción de este discurso *De vincitis* puede verse en R. PACK, *Studies in Libanius and Antiochene Society under Theodosius*, Michigan 1935.

³³ Cf. Lib. Or. XLV, 11F *στενοχωρία*, «por estrechez».

³⁴ Este concepto, el de *philanthropia*, es fundamental en estos discursos «a Teodosio» de Libanio, que estudiamos. Ya lo vio así A.F. NORMAN, «Libanius: the Teacher in an Age of Violence», en G. FATOUROS-T. KRISCHER, *Libanios, Wege der Forschung*, Darmstadt 1983, 154 «The philanthropy of Theodosius is constantly paraded -*ad nauseam*, considering the criticism he levels against the cruelty of his administrators».

³⁵ Según este discurso, como sucede también en el *Sobre los patronazgos* (o patrocínios) (XLVII, F), las injusticias podrían reducirse o eliminarse del todo con sólo hacer cumplir las leyes aún vigentes. Más adelante lo veremos.

muerte, pero éste ha quedado oculto, el que mate a aquél comete injusticia por haber echado mano del castigo antes de las pruebas».

Veamos ahora con cuánta injusticia los pobres y desvalidos son tratados por los gobernadores³⁶:

Lib. *Or.* XLV, 3-6F «Sábetse, pues, emperador, que son unos asesinos los gobernadores³⁷ que se envían a las provincias. ¿En qué sentido? Muchos estallidos de cólera producen muchos motivos de quejas, y si uno se llena de ira, al punto corre a presencia del gobernador y afirma que ha sido objeto de insolentes y malos tratos, y otro dice que él no pero que su mujer sí, y otro que ninguno de ellos dos pero que sí sus hijos, e inventan palabras y golpes y se hacen un desgarrón en el vestido y añaden también eso a todo lo demás. Y la parte contraria, aun negando y diciendo que es objeto de calumnia y una y otra vez haciendo mención de una denuncia por escrito y de leyes, es enviada a la cárcel, y eso a pesar de la abundancia de garantes. Y esto es algo que, generalmente, padecen los más débiles por obra de los más poderosos³⁸ y los que no tienen dinero³⁹ por obra de quienes poseen buenos recursos, y las masas populares por obra de los próceres, los cuales estiman justo que sus propias acusaciones lleven ventaja a las pruebas. Esto es obra de los que tienen un puesto en la más alta cámara, obra de los otros consejos, obra de aquellos a los que les ha sido

³⁶ Los gobernadores provinciales eran jueces de primera instancia (*iudex ordinarius*) en todas las causas que no se incluían en las especiales jurisdicciones militar o fiscal, y eran los encargados de cobrar los impuestos.

³⁷ En el discurso titulado *A Teodosio el emperador, contra Tisámeno*, del año 386, se expresa así Libanio refiriéndose al acusado, que era *consularis Syriae*: Lib. *Or.* XXXIII, 41F «...él (sc. Tisámeno) que continuó añadiendo presos a los presos, sin sacar de las cárceles a nadie ni para que se defendiera ni para que cumpliera la pena de muerte, pues más liviano era con mucho para los presos exhalar el espíritu que contemplar a través de la piel sus propios huesos; pero él, habiendo llenado la cárcel de cuerpos vivos como consecuencia de cualquier género de inculpación, mata a los presos con su propia sobreabundancia».

³⁸ Sobre el ideal filantrópico de colaborar a la salvación de los más débiles impidiendo a los poderosos cometer injusticias, cf. Lib. *Ep.* 1179, 1F.

³⁹ Sobre la gran extensión de la pobreza, cf. Lib. *Ep.* 143, 4F «La pobreza es ahora cosa común para los hombres». Esto se lo escribe a Prisciano, natural de Berito y compañero de estudios de Libanio —cf. O. SEECK, *Die Briefe des Libanius*, reimpr. Hildesheim 1966, 244 (*Priscianus I*)—, a quien en otra carta le vuelve a escribir: Lib. *Ep.* 149, 3F «Y lo que sobre la pobreza me escribiste, intentando demostrarme que la de allí es mayor que la de aquí, es propio de un experto en retórica, no de quien dice la verdad».

confiada nuestra buena reputación, obra de todos ellos contra los que ejercen trabajos manuales⁴⁰, obra de los que sirven en las magistraturas contra los que a éstos no les conceden todos los favores. Y la crueldad de los señores hace uso con mucha frecuencia de este procedimiento día a día, pues es fácil encarcelar al que se ve forzado a ello por la ley y si es objeto de injusticia callar. Aquí también hay que colocar a los que trabajan de aquí para allá en la tierra en beneficio de los poseedores de la tierra, ya que también a éstos algunos les han tratado y les siguen tratando como a esclavos, y si aquellos no alaban las ganancias de sus dueños en detrimento de ellos mismos, se producen unas pocas detenciones y el soldado marcha con cadenas contra el campo, y una vez presos, les espera la cárcel».

Pero no es ya sólo que la indefensión del pobre y su falta total de apoyo social le envíe directamente a la cárcel por un crimen que no ha cometido. Es que, además de ser injustamente encarcelado, no puede ni siquiera conseguir en la prisión espacio para yacer; tan colmadas están de presos las cárceles.

Muchos encarcelados lo han sido injustamente:

Lib. Or. XLV, 6F «... sin saber de los cargos imputados más que el no haber sido perpetrado por ellos ningún delito grave o el no haber tomado parte en los hechos». Y además, los presos sufren en las cárceles un trato inhumano:

Lib. Or. XLV, 8-10F «Luego, está la cárcel llena de cuerpos, ya que no sale de ella nadie o realmente pocos; y, en cambio, muchos entran. Y el daño se convierte en doble: por el propio hecho de ser uno encarcelado y por serlo de esa manera. Pues ni es posible, para ser exactos, alcanzar el sueño, ya que ni cabe reclinarselo uno y yacer, sino que de cuanto sueño pueden participar los que están de pie, esa porción es la que ellos obtienen⁴¹.

⁴⁰ Cf. Lib. Ep. 780, 1F «Los fenicios disfrutaban de sus bienes y yo sueño con los bienes de los fenicios: los curiales son estimados, los pueblos se regocijan y los comerciantes no son objeto de injusticia y los labradores no son despreciados y los oradores hablan fluidamente como antes hasta ahora no lo hacían y conviven con Demóstenes sabiendo que los juicios se celebran presididos por un varón colmado de Demóstenes «(Se refiere a Gayano –a quien va dirigida la carta–, el cual era el año en que se fecha la epístola –362– *consularis Phonicis*. Cf. O. SEECK o.c. 160).

⁴¹ Cf. Lib. Or. XXXIII, 42 F «De ellos (*sc.* los presos) la mayoría no estaban condenados a pagar esta pena (*sc.* la pena de muerte), pero ni los que sí lo estaban debían pagar

¿De dónde, pues, les viene a éstos la alimentación? Porque afirman que el puré de lentejas en calderos y unas pocas legumbres y alguna otra cosa más que añadida, es todo ello, una ración muy inferior a la que se necesita. Es forzoso, pues, que sus mujeres, sus hermanas o sus hijas, cuya alimentación dependía de ellos cuando aún no estaban encarcelados, sean ellas en persona las que a aquellos les alimenten. ¿De dónde, emperador? Pues con la prisión de aquellos no es posible que ellas hayan llegado a ser más ricas en recursos. Queda, pues, que las feas o poseídas ya por la vejez pidan limosna, y que aquellas en las que hay algo de la flor de la edad lo soporten todo. Así pues, estas cosas son para los presos más amargas que sus cadenas; pues ellos, sin duda, se ven obligados a preguntar e informarse sobre de dónde les vienen esas cosas».

A todos estos males se suma el de la corrupción del carcelero que no es en nada inferior a la de los jueces y los magistrados. Veámoslo:

Lib. *Or.* XLV, 10F «Y no es esto sólo, sino además todo lo que de cada uno de los presos debe ir a parar a manos del señor de la puerta, el que proporciona un solo candil a todos ellos y por esa exigua cantidad de aceite reclama un alto precio. Y el que no lo hace efectivo por falta de medios al punto se ve envuelto en golpes y si al ser golpeado dice: «Yo, gobernador de esta cárcel y de los que en ella yacemos, salvo este cuerpo nada tengo, ni padres, ni hijos, ni amigos ¿de dónde, pues, iba yo a corresponder al candil si ni arrancar plata de la tierra podría ni hay quien vaya a hacer por mi una aportación?» Habiendo dicho eso, esto otro es lo que escucha: «¿Por qué no llamas, por intermediario de estos que van saliendo, para que venga aquí, a una mujer de alguno de las que toman a punto de honor su humanidad y luego echándote ante sus rodillas la convences para que pidiendo limosnas haga una colecta para ti?» Y esto último alguno lo consiguió y algún otro no. Y a aquel al que no le es posible obtenerlo, basta con azotarle».

esa modalidad de muerte. Pues la ley corta la cabeza, no asfixia por la estrechez (*στενωπρία*, *sc.* la estrechez de las cárceles). Y la rapidez del procedimiento legal resulta ser una ventaja para el que es decapitado, mientras que aquél (*sc.* Tisámeno) es rápido para encarcelar pero lento para juzgar, o, más bien, huye de los juicios como los niños de los Cocos y cree que el ser gobernador consiste en esto: ir en cabeza a almorzar por en medio de bagatelas».

Esta corrupción⁴² del carcelero la describe también Libanio en su *Discurso contra Tisámeno* (*Or.* XXXIII, F), donde leemos lo siguiente:

Lib. *Or.* XXXIII, 30 F «pues el que traspasa su umbral (*sc.* de la cárcel) tiene que halagar al señor de la puerta con dinero, y, si no tiene dinero, es de rigor que él esté sentado allí desnudo, y su vestido pertenezca al guardián, y que su madre, una vieja (si la tiene el encarcelado), ande dando vueltas de un lado para otro tratando de reunir, pidiendo limosna, cuanto dinero pueda».

Pero estamos en un mundo en que no sólo está corrupto el carcelero, sino también los jueces⁴³ y los gobernadores y los magistrados en general. Ya hemos visto cómo sin empacho alguno Libanio llamaba asesinos a los gobernadores (*Or.* XLV, 3F «Sáberete, pues, emperador, que son unos asesinos los gobernadores que se envían a las provincias»). Pero tampoco los jueces quedan bien parados en el discurso que estamos estudiando. Vamos a verlo:

Lib. *Or.* XLV, 7F «Todos éstos, emperador, que he mencionado y algunos otros aparte de ellos que por otros motivos han ido a parar allí (*sc.* la cárcel) viven la vida de entre cadenas. En cambio, quienes a ellas les han entregado se hallan en medio de banquetes, y, más bien, en medio de todas las especies de placeres, subiendo al arrabal de Dafne⁴⁴, haciendo excursiones al campo, yendo a otras ciudades a comprar tierra, invitados por novios a punto de casarse, o para ver el mar. Y de los que por obra de ellos han sido encarcelados, de los unos se olvidaron y de los otros no se preocupan. Y los jueces, esa gente excelente, los que les dieron a éstos como regalo los encarcelamientos que deseaban y estimaron en más el ha-

⁴² Véase un precioso pasaje en que se describe la corrupción generalizada de aquellos tiempos que Libanio conoció, en Lib. *Or.* XV, 67F.

⁴³ Malas experiencias de Libanio que le enfrentan a los jueces: Lib. *Or.* I, 39; 43; 45-7; 62s; LIX, 29, 94ss. F.

⁴⁴ El arrabal de Dafne, en Antioquía, era célebre por su templo de Apolo y sus cireses que un *comes Orientis* cristiano quiso arrancar. Como Libanio se opuso a ese intento, el alto magistrado pretendió arruinar al rétor antioqueno creando en su ciudad una cátedra de latín que iba a ser regentada por un profesional de la elocuencia latina que a los ojos del magistrado pasaba por muy preparado, mientras que en opinión de Libanio era un mediocre. Cf. Lib. *Or.* I, 255; 262F. El arrabal de Dafne es mencionado por el Antioqueno también en otros discursos; por ejemplo, en el *A Timócrates* (*Or.* XLI, 16F)

verles a ellos un favor que respetar el debido orden de la justicia, ni se indignan ni requieren con citaciones ni intiman con requerimientos ni preguntan «¿qué significa esto?», ni disputan como es debido, tratándose de un asunto impío, ni dicen que ya no podrían soportar tales desmanes por más tiempo».

He aquí, pues, una lamentabilísima situación de injusticia y falta de humanidad⁴⁵ generalizadas: ni los gobernadores ni los jueces ni los próceres ni el carcelero sienten la más mínima compasión por el humilde agraviado. Sólo los dioses y en especial el Sol, que todo lo inspecciona y lo contempla, conocen esas afrentas a la justicia que, naturalmente, no les son en absoluto gratas:

Lib. *Or.* XLV, 11F:

«¿Lloras, emperador? Que muchos bienes te sobrevengan por esta tu excesiva benignidad. También yo, realmente, ¡por Zeus y todos los dioses!, esperaba ver esto. Pero siendo, como lo son, cosas terribles las ya expuestas, hay algo más grave, si más grave que lo que he dicho es el morir. Pues mueren, emperador, mueren a consecuencia de los demás males y del más grave: la estrechez, miles y miles. Y el guardián denunció el hecho y el gobernador, sin sentir conmoción ninguna en su alma, dio permiso para el enterramiento. Y el que al principio presentó la acusación no siente temor alguno, sino que ni siquiera sabe que el acusado ha muerto. Y mueren entre éstos por igual esclavos y libres, unos sin haber cometido delito alguno, otros habiéndolos cometido, sí, pero no merecedores de pena de muerte. Mas los dioses esto lo saben, los demás y el Sol que todo lo inspecciona. No podrías afirmar que a ellos tamañas injusticias les agradan. Y en compensación de los que se van, lo que es arrastrado a las cadenas o no es numéricamente inferior o es incluso más abundante».

¿Y qué injusticias⁴⁶ son ésas que sufren los humildes indefensos y de las que no se acuerdan ni los poderosos acusadores, ni los obsequiosos

⁴⁵ Cf. Lib. *Or.* XLV, 32F «Hágase visible, pues, también aquí, emperador, tu amor a los seres humanos (*philanthropías*)».

⁴⁶ En carta que dirige a Clearco, a la sazón -365- *vicarius Asiae* (cf. O. SEECK, *o.c.* IOR) el Antioqueno se refiere a su amigo Naumaquio con estas elogiosas palabras: Lib. *Or.* I, 1F «pues era un varón mansueto y que sabía sentir respeto y que con el poder de sus discursos a nadie procuró mal ninguno, y en cambio, hizo bien a los que vio sufriendo trato injusto». Obsérvese cómo el buen uso de los discursos consiste en ayudar al agraviado.

jueces complacientes siempre con los aristócratas y poderosos, ni los magistrados o gobernadores que dan el visto bueno a los partes de defunción de inocentes, presos en las cárceles? ¿Qué injusticias son éstas que tan sólo no pasan desapercibidas a los dioses y en especial al Sol inspector de todo y que arrancan lágrimas al emperador?

Son las injusticias propias de una abismal separación entre ricos y pobres⁴⁷, entre todopoderosos y desvalidos, entre acaudalados y desposeídos, en un mundo cuya sociedad en sus ínfimos estamentos es víctima de toda crueldad y violencia y está sometida a la corrupción y codicia de los funcionarios civiles y a los excesos de los militares y a la rapacidad y el desamor de los gobernantes con respecto a sus súbditos, y a la venalidad de los jueces; todo ello en un momento histórico en que se palpa la crisis que separa la Antigüedad de la Edad Media, el paganismo del cristianismo, y en el que el poder se vuelve cada vez más autárquico, centralizado, hierático y lejano y, como consecuencia de ello, se imponen cada vez con mayor fuerza en el tejido social las relaciones interpersonales de hombre a hombre al margen del control del estado⁴⁸; un mundo en el que las representaciones gráficas de los individuos nos miran con inmensos ojos que quieren ser ventanas de una honda personalidad; un mundo que produjo la primera autobiografía de las literaturas occidentales (*Las confesiones* de San Agustín), un mundo en el que los intelectuales descontentos tratan de curar su inconsolable desolación contemplando en el mundo real las sombras más hermosas de un mundo más verdadero aunque invisible.

Las injusticias que contempla el Sol y hacen llorar al emperador son, más o menos, de este cariz: unos viajeros resultan asesinados. Los encausados, dos o tres o diez o más, al huir, se refugian y comen y beben y se acuestan en casa de pobres gentes inocentes. Pues bien, éstos también son

⁴⁷ He aquí cómo empieza la carta número 1 en la edición de Foerster de Libanio: Lib. Ep. 1, 1F «A punto estaba de pedirte con esta carta que ayudaras a Faustino, hombre de pro, pero pobre». La carta va dirigida a Clearco (cf. O. SEECK, *o.c.* 108).

⁴⁸ Cf. la carta que Libanio dirige a Dommio -O Seeck, *o.c.* 124: *Dominus II-*, gobernador de una provincia: Lib. Ep. 1145, 1-3F «Un varón amigo de Hermes, el sofista Estrategio, en la provincia de tu gobierno está siendo objeto de malos tratos sin que tú lo ordenes ni lo sepas. Y eso mismo es precisamente lo que le hace polvo: que tú de eso no sepas nada; que, si lo supieras, lo impedirías sancionando las leyes y ejecutando acciones dignas de tu estirpe».

arrastrados a la condena y así los inculpados resultan ser tres veces más numerosos que los auténticamente culpables. Y la mayoría de los detenidos al final de este lamentable proceso no saben ni de qué se les acusa ni tienen conciencia de haber hecho nada malo ni de haber intervenido en la perpetración de ningún delito⁴⁹.

He aquí otro caso de los que asimismo sirven para probar la incuria, la desidia y la despreocupación por la justicia de los gobernadores, que envían a sus oficiales a cobrar impuestos⁵⁰:

Lib. Or. XLV 25-27F «Quiero contarte otra muestra de la pereza de esos individuos con relación a asuntos como éstos. Muere un hombre en el campo⁵¹ de un tajo dado con la espada por la noche y a sus matadores les cupo la suerte de escapar, ya que los criados frente al ataque creían que les era suficiente meterse debajo de la cama por ver si lograban salir a salvo. La verdad es que el asesinado había muerto sin dejar hijos, y aquellos a quienes había hecho señores de sus bienes en virtud de testamento estaban obligados, de acuerdo con la ley, a no dejar de lado ningún esfuerzo del que derivase esperanza de que resultase cierto tipo de justicia. Así pues, son conducidos presos unos individuos sacados de una aldea que dice que nada seguro sabe, pero que sospecha que el crimen es obra de aquellos. Efectivamente, los herederos se llegaban muchas veces a pedir que se hiciera la posible indagación acerca del asesinato por degüello, pero ellos (*sc.* los gobernadores) decían que aquellos obraban neciamente no cediendo el sitio ante el tribunal a los que a él llevaban casos referentes a dineros (*sc.* pagaderos como contribución)⁵². Y habiendo transcurrido

⁴⁹ Lib. Or. XLV, 6F.

⁵⁰ En Lib. Or. IV, 38F (*Sobre el no decir bobadas*) refiere Libanio cómo el gobernador Eutropio afirmaba no haber ejecutado a sus víctimas, sino que éstas se habían muerto a consecuencia de los latigazos que él mismo les había ordenado dar. Y en el mismo discurso, párrafo 29, nos cuenta el Antioqueno, cómo el mismo monstruoso gobernador trataba de hacer pagar a «unos desventurados panaderos un impuesto en oro, dado que un poco de agua les mólía el grano».

⁵¹ Cf. A.H.M. JONES *o.c.* II, 742.

⁵² Cf. Lib. Ep. 636, 2F «Un tal Luciano, hombre colocado en un pequeño cargo, tratando de cobrar a unos labradores dineros de contribuciones, se marchó de fiesta, como si fuera Dionisio el señor de Siracusa o aquel Gelón que tanto poder tuvo, a la boda de este Eustacio que aquí tienes, un pobre que con una pobre convive». Las contribuciones eran el terror del siglo.

siete meses en los que era forzoso hacerse cargo de la voluntad del fallecido, a fuerza de insistir sobre el regidor de la magistratura, convierte el hombre en tribunal el pórtico que está delante del templo de Dioniso⁵³. Y a punto de ser llevada la causa ante el tribunal escucha cantar sus canciones a los que habitan en las grutas⁵⁴, que en esa ocasión se han llegado hasta aquí, cosa que acostumbran hacer durante el verano, y de un salto abandonó el trono y se fue por la vía más rápida, en la idea de que, habiendo aparecido aquellos, no era justo hacer algo justo; y habiéndose retirado, ya no prestó atención a los que se afanaban en la persecución judicial de los culpables, sino que fue responsable de que ellos se vieran privados de su hacienda, habiendo sido arrastrados, merced a la largura del tiempo transcurrido, hasta estar a pique de tocar los frutos que brotan de la tierra; y lo fue también de que cinco de aquellos que habían sido objeto de sospecha murieran sin haber sido encontrados culpables, de los cuales uno se habría salvado incluso habiendo sido juzgado sin razón, y tal vez incluso todos. Considera, emperador, que muchos yerros de esta clase se cometen cada año». La incapacidad de los gobernadores, que sólo se ocupan de presenciar los juegos y de ordenar a sus oficiales que cobren los impuestos⁵⁵, y el hecho de que el emperador esté tan lejos y sea tan lento de pies y posea una voz tan floja que no es capaz de llegar a los más remotos rincones para apoyar los mandatos de la ley, estas dos circunstancias juntas son, según el Antioqueno, las que, combinadas con la corrupción generalizada⁵⁶ que afecta a magistrados, gobernadores, jueces, oficia-

⁵³ El templo de Dioniso en Antioquía es mencionado por Libanio en su discurso *Pro templis* (Or. XXX, 51F).

⁵⁴ Es decir: los monjes.

⁵⁵ Lib. Or. XLV, 23F.

⁵⁶ Lib. Or. XV, 67F (*Discurso de embajada a Juliano*, escrito poco después del 363, para aplacar la cólera del Apóstata que acababa de abandonar Antioquía para ir a luchar contra los persas): «Y me asombro de que te parezca asombroso el que no se hayan afinado bien las ciudades, habiendo obtenido, y hace mucho tiempo, un tan buen maestro. ¿No estaba todo lleno de confusión, indolencia e incuria? No eran las leyes únicamente letras y se compraban las magistraturas y acontecía que los gobernados tenían más poder que los gobernantes por la tarde, cuando aquellos enviaban sus regalos de soborno, y por la mañana sólo les faltaba abofetearlos? ¿No era objeto de irrisión el gobernar con justicia y se elogiaba el recibir sueldo por los servicios prestados? ¿No se había vuelto débil la honradez, mientras que lo placentero poseía la fuerza? ¿No tenía plenos poderes el que se comportaba como malvado para no pagar su pena?».

les y empleados (hasta el carcelero), llena las cárceles de inocentes que mueren inicuaamente antes de ser juzgados.

Lib. *Or.* XLV, 27F «Y hay algunos que con toda su arte intentan adquirir el acceso a un gobierno, pero, una vez han llegado a él, afirman que no es propio de su natural ni hacer confesar a un ser humano mediante la tortura a través de sus costados ni entregarlo al verdugo para que lo ejecute con espada. A éstos yo les diría que hubiera sido preciso que, habiéndose conocido antes a sí mismos, se dedicasen a la vida privada y no se hubieran determinado a ser gobernadores no teniendo capacidad para gobernar. Pues es propio del gobernador tener capacidad también para esas medidas, mientras que ellos el no tener capacidad para gobernar claramente lo han reconocido. Porque si efectivamente su actividad necesita estas dos medidas, tanto las torturas como las penas de muerte, y él va a sustraerse a aplicar tanto la una como la otra, ¿cómo va a poder ser gobernador, no haciendo todo lo que es propio de su gobierno? Pues con la tortura y sólo con ella se puede en muchos casos llegar a descubrir la verdad y con la pena de muerte aplicada a los convictos y confesos tal vez algún malvado puede llegar a hacerse más moderado. Pues ésta es la labor del gobernador: mandar a que muera a aquel que no sea digno de vivir y retener así a los demás por mor del miedo a las idénticas medidas. Pues contra todo aquel que obre contrariamente a las leyes conviene que luche el que ocupa el gobierno, el que está situado en su puesto para prestar ayuda a las leyes. Tú, empero, siendo como eres lento de pies⁵⁷, no llegarías aquí a competir en velocidad, sabiendo que no se trata de la labor de tus pies; pero ¿gobiernas sin poder tan siquiera sacar a la luz los delitos y sin poder aportar tu voz a las órdenes de los mandatos de la ley?. Y luego, considerando cosa tremenda que, habiendo hablado tú, alguien sea condenado a muerte con justicia, ¿no estimas terrible cosa que con tu silencio muchos mueran al margen de la justicia?»⁵⁸.

⁵⁷ Obsérvese qué bien se expresa lo alejado que está el emperador del imperio.

⁵⁸ Con la lejanía del emperador va ligado el incumplimiento de las leyes e incluso su transgresión. Veamos este comienzo de carta de Libanio con el que pide protección (patronazgo) para sus propios esclavos, enviados a otra provincia, al destinatario de la epístola: Lib. *Ep.* 568, 1F «Hemos enviado nuestros criados a vuestra tierra a comprar madera y les es menester en tierra extranjera contar con algún poderoso de los de allí a fuer de protector, para que sepan los vendedores que si intentan obrar contra la justicia habrá quien se lo impida».

Hemos llegado al punto álgido del discurso: la lejanía, el silencio del emperador aprovechado por los ineptos y corruptos delegados y funcionarios que en su nombre administran el imperio. El emperador no sólo es lento de pies. Es que, además, su voz en apoyo de la ley (concretamente de una ley que el propio emperador Teodosio, a quien va dirigido el discurso, promulgó el día treinta del mes de diciembre del año 380⁵⁹, pero que no se cumple) no se escucha como sería deseable, pues precisamente en esa ley el emperador disponía la aplicación de una serie de medidas humanitarias en favor de los reos que se consumían esperando un juicio en cárceles tan atiborradas de presos que ni espacio les brindaban para las yajijas.

Lib. Or. XLV, 32F «Hágase, pues, visible también en este asunto, rey, tu humanidad. Pues que promulgaste una ley para ayuda de los presos con relación al tiempo, y que ello es una medida encaminada a su salvación, todo eso lo sé. Sé, sin embargo, también esto otro: que justamente lo que se ha realizado cuando una ley no está en vigor, eso también se ha realizado cuando está redactada por escrito. Pues si no existen los jueces dispuestos a confirmarlas, las leyes son únicamente letras⁶⁰ y no acompañan a los agraviados haciéndoles ser, en virtud de las funciones que de ellas dimanan, superiores a los autores del perjuicio. Pero, cuando tú, noble emperador, legislas lo que conviene, pero poco caso hacen de ello los encargados de juzgar y hacen valer su propia opinión en lugar de lo que a ti te parece bien, ni es decoroso que vosotros desconozcáis eso ni que, habiéndolo sabido, lo soportéis con complacencia; antes bien, a los que así se comportan hay que situarlos en el bando de los que se rebelan contra vosotros y hay que odiarlos, como precisamente a aquellos».

Hasta aquí Libanio en su discurso *De victis*, en el que destacan unas cuantas ideas importantísimas para entender la Antigüedad tardía, a saber: la lejanía del emperador que es, sin embargo, quien promulga las leyes y tiene el derecho y el deber de mantenerlas vigentes⁶¹; la corrupción

⁵⁹ *Cod. Theod.* IX 3, 6.

⁶⁰ Lib. Or. XV, 67F «¿No eran las leyes únicamente letras?»

⁶¹ A. F. NORMAN, «Libanius: the teacher in an age of Violence», en G. FATOUROS-T. KRUSCHER, *Libanios 153: «The imperial personality permeates the whole of society. He is the promulgator of laws, and has the right and duty to ensure that the exact penalty prescribed by law is imposed upon the guilty».*

de los administradores imperiales; la enorme injusticia social⁶² dominante; la debilidad de la justicia en general sometida al antojo de los optimates y la venalidad de los jueces; la incapacidad e incuria de los gobernantes y demás magistrados preocupados, más que otra cosa, del cobro de los impuestos y de los juegos públicos; la absoluta indefensión de los pobres cuyo *status* no es diferente del de los esclavos; la decidida vocación de un intelectual, de un rétor, como Libanio, de defender al desvalido⁶³ contra el todopoderoso, poniéndose decididamente y sin concesiones del lado de la justicia⁶⁴.

El discurso de Libanio al que hemos dedicado nuestra atención no es un discurso tradicional y formalizado, como un panegírico o una trenodia. Es, por el contrario, un discurso realista compuesto por quien considera que por su profesión de orador y rétor está obligado a cumplir la sacrosanta misión de defender a la comunidad en la que desempeña su oficio y a la que dedica preferentemente las labores de su actividad⁶⁵.

Libanio en un Demóstenes redivivo que tiene que luchar contra un nuevo partido filomacedonio que amenaza a las gentes de su Antioquía como Ésquines y los suyos amenazaron a los ciudadanos libres de Atenas en el siglo IV a J.C. Ese nuevo partido filomacedonio es ahora la injusticia de la administración imperial. Y los atenienses libres a quienes defiende Libanio son los miembros de la gran familia humana independientemente de lo pobres y desgraciados que puedan ser; antes bien, cuanto más indefensos y desvalidos, más derecho tienen a ser defendidos por un campeón del arte de la palabra al que, sin duda, le cabe el honor de de-

⁶² Lib. *Ep.* 1067, 1F «Estos que en ti buscan amparo sólo cuentan con un punto de partida para alcanzar mejores esperanzas: el hecho de que tú (*sc.* Hilario, a la sazón próconsul de Palestina; cf. O. SEECK, *o.c.* 178: *Hilarius VII*) luchas contra la injusticia y el que ellos mismos son de los agraviados».

⁶³ Lib. *Ep.* 153, 1F «A todos los que son infortunados sin merecerlo, creo que es menester ayudarles».

⁶⁴ Lib. *Ep.* 964, 3F «Amigos más fuertes que hermanos se me han muerto y a no pocos de los gobernadores parezco yo estar muerto, lo cual priva de ayuda a los necesitados».

⁶⁵ Cf. Lib. *Ep.* 1036, 3F (A Acacio) «Y sería conveniente que tú honraras a nuestro hombre (*sc.* Peanio; cf. O. SEECK *o.c.* 153) también de las demás maneras, no con el fin de que haga dinero, pues él se enriquece haciendo el bien, sino para que, lo que realmente él es, también lo parezca: *orador y capaz de ayudar*».

sempeñar esa noble misión de deshacedor de entuertos y valedor de humildes agraviados⁶⁶.

Pero la gran diferencia que se observa entre el Demóstenes del siglo IV a. J.C. hablando a sus conciudadanos para hacerles tomar determinadas medidas y Libanio dirigiéndose con sus discursos y sus cartas a un reducido número de influyentes personas que escuchándolos o leyéndolos podrán tenerlos en cuenta y enderezar lo torcido y remediar lo aún remediable, es justamente ésta: que Demóstenes hablaba a una *pólis* democrática y Libanio escribe para grupúsculos de personas influyentes, para que lean sus discursos-memorales y sus cartas o bien el emperador o bien poderosos patronos, en un vastísimo mundo en el que la libertad política y la democracia brillan por su ausencia.

En su *Autobiografía* (*Or. I, F*) cuenta Libanio cómo el emperador Teodosio, al que se dirige el discurso *De victis* que hemos estudiado, por obra de Ricomeres⁶⁷ apreció al Antioqueno aún más de lo que ya le apreciaba⁶⁸.

Lib. *Or. I, 220F* «Obtuvo él un discurso también nuestro cuyo objeto era ensalzarle; si tenía algo más que los demás no lo sé; pero, la verdad es que con los recursos de que yo disponía elogiaba al general. Y se dice también que preguntado por el buen emperador con qué se complacía sobre todo de entre las cosas de nuestra ciudad, dijo que con mi actividad oratoria y así hizo que el hombre, que ya me quería, me quisiera todavía más y dijera que por mí incluso deseaba emprender el camino hasta aquí».

⁶⁶ Lib. *Ep. 1086, 2F* («A Teodoro», cf. O. SEECK, o.c. 310: *Theodorus IX*) «Viendo, pues, que de nuevo has llegado a tener poder también para ayudar, te pido que ayudes a éste, que ha sufrido males terribles, enfrentándote a quienes con su maldad han aumentando la pobreza en que éste antes vivía».

⁶⁷ Ricomeres era un general franco pagano, tío de Arbogasto, que el año 377 fue *comes domesticorum* de Graciano. Un año más tarde, el 378, es *magister militum* de Teodosio. El año 384 fue cónsul y el 388 fue comandante en la guerra contra Máximo. Murió poco después de iniciada la campaña contra Eugenio. Mantuvo relaciones de amistad con Libanio, pues residió en Antioquía, y en su honor compuso un discurso panegírico el rétor antioqueno. Epístolas de Libanio a él dirigidas son las siguientes: 866, 972, 1007, 1024F. También dirigidos a él fueron las cartas de Símmaco comprendidas entre la 54 y 69, ambas inclusive, del libro III de sus epístolas (*Symmachus Ricomeri*). Cf. Lib. *Or. I, 219, 220* y O. Seeck, o.c. 251.

⁶⁸ Libanio recibió cartas del emperador Teodosio en dos ocasiones. La primera, el año 384, cuando Ricomeres le hizo llegar una carta suya y otra del emperador (Lib. *Or. F, 219F*). La segunda, el año 387 (Lib. *Or. I, 258F*).

Cabe, por tanto, dudar sobre si el emperador en persona o, más bien, influyentes personalidades de la política de la época leyeron el discurso *De vincis* de Libanio, aunque parece bastante probable que en la última década de su vida el Antioqueno envió discursos a Constantinopla directamente a manos del emperador⁶⁹.

No es descabellado pensar que algunas personalidades de la cultura, como Libanio, Temistio y Sinesio⁷⁰, gozasen del especial privilegio de poder dirigirse a las más altas instancias del poder para exponerles, con libertad de palabra y sin miedo alguno a represalias, los agravios sufridos por los más infortunados, desheredados y menesterosos⁷¹.

Sabemos que el emperador Valente se sintió encantado de un panegírico (no conservado por nosotros) que Libanio compuso en su honor:

Lib. Or. I, 144F «Y no mucho después le hice llegar de regalo un discurso por el que el emperador daba la impresión de sentirse más complacido que cuando llevaba a cabo las empresas».

Pero parece claro que el emperador ante el que Libanio se sentía más libre, una vez muerto Juliano, fue Teodosio I⁷². Al menos esto parece deducirse del tono que emplea en el discurso que le dirige el año 379, probablemente, titulado «*Sobre la venganza de Juliano*», que se cerraba de este modo:

⁶⁹ J.H.W.G. LIEBESCHUETZ, *Antioch. City and Imperial Administration in the Later Roman Empire*, Oxford 1972, 28: «It would have been in accord with Libanius character, if he had used the emperor's manifest benevolence to send him writings». 29 «Thus there is good reason to suppose that during the last decade of his life Libanius did send speeches to Constantinople; and indeed to the emperor himself».

⁷⁰ Ello es cierto en el caso de *Discurso sobre la realeza* de Sinesio de Cirene. Cf. C. LACOMBRADÉ, *Le Discours sur la royauté de Synésios de Cyrène*, París 1951.

⁷¹ J.H.W.G. LIEBESCHUETZ, *o.c.* 29. Según P. PETIT, sometidos éstos discursos «teodosianos» a análisis estilístico de figuras retóricas, no alcanzan un porcentaje superior al de las *relaciones* por lo general. Cf. P. PETIT «Die Veröffentlichung der Reden des Libanios», en G. FATOUROS-T. KRISCHER, *Libanios* 84-128; cf. 119: «Wir haben es mit Werken zu tun, bei welchen weder von Verbreitung... noch von Publikation... die Rede sein kann».

⁷² A él alude en una epístola que dirige a Mardonio, en la que declara que se unía con sus plegarias al emperador en su lucha contra el tirano Máximo. Cf. Lib. Ep. 845, 4F. Sobre Mardonio, cf. O. SEECK 203: *Mardonius II*.

Lib. *Or.* XXIV, 41F «Y decoroso será para tí por estas dos razones aplicarte activamente en la venganza de Juliano: pues o bien te cobrarás justa venganza tras una comprobación cumplida, y ¿qué otra cosa más justa que ésta podría darse? O bien, habiendo conseguido esfumarse los autores del crimen (cosa que ¡ojalá! no ocurra), serás celebrado tanto ante los hombres, como ante aquel, como ante los dioses, de manera que la misma buena reputación que te iba a reportar el haberte cobrado satisfacción, la obtendrás asimismo por haberlo intentado».

Y tras la revuelta de Antioquía del 387, Libanio se dirige al emperador con dos discursos (a saber: *A Teodosio emperador, acerca de la revuelta* -XIX, F- y *A Teodosio emperador, por la reconciliación* -XX, F-), y en el último de los dos citados se expresa de este modo:

Lib. *Or.* XX, 21F «Pues bien, al igual que aquellos hechos permanecen y se recuerdan y se han de recordar y ningún tiempo va a procurarles olvido, así también estas tus acciones alcanzarán inmortal memoria y ningún hombre dejará de oír nuestra insensatez (*sc.* la revuelta), y todas las generaciones venideras sabrán cómo nos comportamos nosotros contigo y cómo, en cambio, te comportaste tú con nosotros».

Estamos contemplando, pues, a Libanio en su papel favorito de hombre bueno dispuesto a aplacar las iras de los poderosos y defender la justicia, como abogado de los oprimidos y necesitados, en nombre de la filantropía que le exige su vocación de rétor. No sólo se rebela contra las condiciones infrahumanas de las cárceles de su tiempo (*Or.* XLV, F), sino que además acude en defensa de los campesinos⁷³, pidiendo de nuevo al emperador Teodosio que dé validez a una ley promulgada por Valente⁷⁴ por la que se ordenaba que los campesinos no interviniesen en los patrocinios militares, que de patrocinio -expone Libanio- sólo tenían el nombre, ya que los pobres agricultores se veían en la obligación de sufrir toda una larga serie de daños perpetrados por la soldadesca:

Lib. *Or.* XLVII, 6-7F «Pues, efectivamente, a tan gran cúmulo de males le pusieron este nombre (*sc.* *prostasia*, «patronazgo»). Nombre que en realidad conviene, pienso yo, a los que toman a su cargo, mediante ayudas legales conducentes a la indemnidad, a la parte débil objeto de agra-

⁷³ Lib. *Or.* XLVII, F, *De patrociniiis*, posterior, probablemente, al 388.

⁷⁴ *Cod. Theod.* XI, 24, 2.

vios. Pero este patronazgo (*sc.* el de los militares) produce todo lo contrario: da fuerza para hacer daño a otros».

En este discurso *De patrociniis* de nuevo aparecen las capas sociales más bajas, en este caso los agricultores, como víctimas forzosas e indefensas de la violencia y la injusticia de los tiempos. He aquí cómo el Antioqueno describe a los labradores extorsionados por la soldadesca⁷⁵, en el *De patrociniis*:

Lib. *Or.* XLVII, 4F «Hay aldeas grandes cada una de las cuales cuenta con muchos dueños de tierras. Estas huyen a refugiarse bajo la tutela de los militares allí asentados, no para evitar sufrir agravios sino para poder perpetrarlos. Y el pago por ello lo obtienen de lo que nace de la tierra, trigo o cebada, o también de los árboles, o bien oro o bien su precio en moneda. Pues habiéndose colocado como parapeto los brazos de éstos (*sc.* los militares), los donadores compraron la licencia para todo. Y ahora, ciertamente, procuran males y situaciones comprometidas a sus vecinos, devastando sus tierras, talando árboles, saqueando, y sacrificando, despedazando y comiendo sus animales. Y, luego, aquellos a los que todo esto pertenecía lloran al verlo maltratado, mientras que los atacantes celebran banquetes y se ríen y tanto distan de tener miedo de que alguien se entere de esos desmanes, que a los hechos se añade la amenaza de que tampoco de los demás malos tratos van a abstenerse».

«Esto (*sc.* el patrocinio de los militares) ha convertido a los labradores—continúa diciendo el Antioqueno⁷⁶— en bandidos; esto ha puesto en sus manos un hierro, pero no el hierro amigo de la tierra, sino el que sirve para matar. Pues, al incrementárseles el poder por causa de los soldados allí asentados, también su audacia cobra aumento, toda vez que los guardianes a los individuos de ese jaez, como dice el refrán, los ven y no los ven. Pues saben que si prestan ayuda a los allí asentados les va a costar muy caro por causa del patrón».

⁷⁵ Sobre malas experiencias de Libanio con los militares, cf. Lib. *Or.* XI, 159; XIX, 45; XX, 18. Cf. A.F. NORMAN, «Libanius: the Teacher in an Age of Violence», en G. FA-TOUROS-T. KRISCHER. *Libanios* 150ss.

⁷⁶ Lib. *Or.* XLVII, 6F.

He aquí una vez más a Libanio⁷⁷, dirigiéndose asimismo a Teodosio I, oficiando de valedor de una clase social agraviada: la de los campesinos, a quienes también había defendido en su discurso, dirigido también a Teodosio I, que lleva por título *En defensa de los labradores, sobre los servicios obligatorios de transporte* (Or. L, F), con el que impetraba del emperador que suprimiese la obligación, que pesaba sobre los campesinos que iban en caballería o carro a Antioquía, de sacar fuera de la ciudad los escombros o vertidos de ella:

Lib. Or. L, 3-5F «Pero si sucede con razón lo que ahora viene ocurriendo respecto de los escombros, ¿por qué no se produce ello a través de todos los que construyen un edificio público? Pues si eso es cruel, también lo es aquello otro; y si no es tremendo, tampoco aquello lo es. Pero es tremendo, emperador, e injusto y perverso y carente de toda razón equitativa. ¿Qué quieres decir con eso?⁷⁸ Deposité un dinero en pago del precio de mulos, asnos o camellos, contraté por un sueldo a quienes se ocuparan de cada una de esas acémilas, y de ello me han resultado los recursos para la manutención mía, de mi mujer y de mis hijos. Pero tú pones mano en ello y lo arrastras hacia tí y haces lo mío tuyo y hay que trabajar para tí y que yo lo vea y guarde silencio. Mira, emperador, no vaya a ser que ese proceder no sea precisamente propio de la realeza: que el gobernador proceda contra lo que ha sido adquirido por mí. Pues si un voto me priva de la hacienda y eso es la sentencia justa en pago de injusticias, que todo lo mío pertenezca a la ciudad; pero si nada de eso ha sido sentenciado, ¿cómo no me dejas poseer todo lo que poseo por la facultad que otorgan las leyes?».

⁷⁷ Cf. L. HARMAND, *Libanius. Discours sur les patronages*, P.U.F., París 1955. Aunque según este autor, Libanio en este discurso piensa como un latifundista y se muestra convencido de que la estabilidad del Imperio depende de la estabilidad de los patrocinios y los patrimonios, no cabe duda de que se compadece no sólo de los ricos propietarios de tierra que al perderla se dan de baja a la vez como curiales (Lib. Or. XLVII, 10F), sino también de los que poseen una parte pequeña de los campos (Or. XLVII, 11F) y que lloran al verla devastada (Or. XLVII, 4F). Y sobre todo deplora Libanio en este discurso los daños y ultrajes que infieren a los labradores los soldados.

⁷⁸ Esta frase y las similares son retóricas interrupciones para pedir aclaración por parte de un supuesto oyente que reclama mayor claridad del orador. Se llama *subiectio* a la figura consistente en incrustar un diálogo dentro de un discurso para realzar con ello la argumentación. Cf. H. LAUSBERG, *Manual de Retórica Literaria*, trad. esp., I-III, Madrid 1967; cf. II 198.

Y no se detiene Libanio en mostrar al emperador lo injusto de los *angaria*⁷⁹ o servicios obligatorios de transporte, sino que incluso le pide venganza de estos abusos soportados hasta entonces por los pobres campesinos:

Lib. Or. L, 36 y 37 F «Y a ti, emperador, la contribución te viene de allí (*sc.* de la tierra cultivada). Pues de ella tratas con las ciudades en tus cartas, y a ellas les viene de allí dártela. Así pues, el que presta ayuda a los labradores, ése sostiene tus intereses, y el que los maltrata viene a ser malo con respecto a tus intereses. Esa vejación, por consiguiente, debes tú, emperador, contenerla con la ley, con el castigo y con cartas, y con el mismo interés con el que hoy escuchas acerca de estos asuntos debes convocar a todos a discursos en favor de los labradores. Y opino que a ti te conviene no considerar suficiente que nada parecido vaya ya a poder darse; antes bien, te conviene incluso disponerte a tomar justa compensación de los agravios cometidos. Y una justa compensación apropiada es que los arquitectos declaren la cantidad de escombros y por cuánto dinero habrían sido trasladados a otro lugar y que estos dineros pasen a tu poder como parte del gasto dispensado en la totalidad, y que los que hagan el desembolso sean los que concedieron el favor y los que lo recibieron».

De nuevo denuncia Libanio a los poderosos y los gobernadores para apoyar a los más débiles (en este caso, los labradores) injustamente tratados.

Ante la injusticia el rétor Antioqueno levanta su elocuente voz caiga quien caiga, jueces, funcionarios civiles o militares, incluso el mismísimo Icarío, *comes Orientis*, que tan hondamente decepcionó a nuestro rétor que en él había depositado sus más halagüeñas esperanzas⁸⁰. Veámoslo en el discurso XXVIII, F, *Contra Icarío*, II⁸¹, que compuso y envió a Teodo-

⁷⁹ Sobre esta voz (*angareia* en griego, *angaria* en latín) que no emplea Libanio ni en este discurso ni en el resto de su obra, cf. R. FOERSTER, *Libanius*, III, Leipzig 1906, 469, n.2.

⁸⁰ Cf. Lib. Or. XXVI, F (*A Icarío*), Or. XXVIII, 1F.

⁸¹ De Icarío tratan también los discursos siguientes: XVI, F, *A Icarío*; XXVII, F, *Contra Icarío I*, del año 385; XXIX, F, *Sobre la mujer de Antíoco* (este pobre Antíoco, panadero, había sufrido los agravios de Cándido, personaje medio loco, designado, por el malvado Icarío, oficial encargado de cobrar la *annona*; cf. Lib. Or. XXIX, 9F *ἐφίστησι τῇ πράσει τῇ τῶν ἀρτων Κάνδιδον τὸν ἡμιμανή*).

sio el año 385, lamentando los agravios inferidos por el acusado a los decuriones y en especial a Lámaco:

Lib. *Or.* XXVIII, 3F «Pues bien, acerca del resto de su maldad y de cómo habiendo llegado a una ciudad tranquila la arrojó a la contienda civil por falta de alimentos, o sobre su lentitud en los juicios o su desagradable comportamiento en los teatros y su despreocupación del cuerpo de la ciudad o incluso de cómo odia a los abogados defensores y odia a los gobernadores de las ciudades y desconfía de todo discurso y de toda exhortación, incluso de las que proceden de quienes parecen ser sus mismísimos amigos, esto y otras muchas cosas más aparte de esto habrás de oír más adelante, bien te las contemos nosotros, bien incluso otros te las expongan en calidad de acusadores; pero de cómo se ha comportado con nosotros los decuriones⁸², de eso es de lo que ahora te debes enterar».

Y las palabras con que Libanio pone fin a este discurso configuran una petición de ayuda a las curias dirigida al emperador, al mismo tiempo que la justa reclamación, hecha asimismo a Teodosio I, de un castigo para Icario, que había asesinado al decurión Lámaco fingiendo y planeando como causa un embrollo amoroso⁸³:

Lib. *Or.* XXVIII, 27F «Presta ayuda, emperador, a las curias, préstales ayuda si es que justamente hay algunas, y las leyes que están escritas sobre ellas no permitas que estén promulgadas en vano, antes bien confirmalas con los castigos de quienes las transgreden. Y si así obras, tal vez alguien se inscribirá en una curia. Y al hombre este (*sc.* Icario), si no puedo quererle por cometer tales delitos, tal vez no cometo injusticia por ello».

Este epílogo o recapitulación de discurso no sólo nos informa de las frecuentes infracciones de la ley en que incurrían los más altos magistrados, sino que además nos da a conocer un fenómeno interesante que se dio en la segunda mitad del siglo IV, a partir de las reformas de Juliano: la evitación de la curia, la escapada del cargo de curial para no tener que ha-

⁸² Sobre los malos tratos inferidos por los gobernadores a los decuriones, cf. Lib. *Ep.* 959, 5F (no quiere para su hijo natural el cargo de curial) y *Ep.* 994. Y además, en general, cf. A. F. NORMAN, «Libanius: the Teacher in an Age of Violence», en G. FATOUROS-T. KRISCHER. *Libanius*, 159.

⁸³ Lib. *Or.* XXVIII, 19F «... y como si hubiera tendido una asechanza a la mujer (*sc.* Antípatra) buscaba la manera de matarle. Y lo mató, pues así hay que decirlo con toda justicia».

cer frente a los pesados gastos de las «liturgias» a que por su condición estaban obligados los curiales.

En vez de aspirar directamente al cargo y condición de curial, los ambiciosos se esforzaban por ocupar un puesto en la administración imperial, con lo que al retirarse obtenían de inmediato rango senatorial y así disfrutaban de inmunidad hereditaria, y además no dependían del gobernador de las provincias en que residían sino directamente del prefecto de Constantinopla.

Una carrera meteórica de esta especie fue, por ejemplo, la de Severo, contra quien, siendo *consularis Syriae*, escribió Libanio un discurso (*Or. LVII, F*) en el que muestra cómo el acusado, a través del ejercicio de la abogacía llegó a un rango elevadísimo en la escala social. Veamos cómo expresa esto el propio Libanio:

Lib. *Or. LVII, 3F* «A éste (*sc. Severo*) me lo entregó su padre elogiando mi generosidad en cuestión de salarios y creyendo que el que no está dispuesto a dar iba a ser tenido en la misma consideración que los que dan. Pero al segundo año armó un alboroto a la puerta de mi casa y se metió dentro a la carrera y cogió a su hijo y lo arrastraba consigo rumbo a los pleitos y el tribunal de justicia y los juicios».

Así comienza el Antioqueno la *narratio* en que cuenta la meteórica ascensión política de Severo merced al ejercicio de la carrera de abogado, y a renglón seguido refiere también cómo «no pudo ocultar el odio que llevaba dentro ni hacer frente a su magnitud y así iba virtiendo afuera todo lo que llevaba depositado en su corazón» contra el pobre Malco⁸⁴.

El discurso termina con unas palabras en las que el rétor de Antioquía lamenta que alcancen la potestad y el brillo de las magistraturas individuos de baja extracción social, gente de baja estofa que una vez alcanzan el éxito ya no recuerdan de dónde proceden:

Lib. *Or. LVII, 54F* «Es, ciertamente, tremendo también esto mismo y en modo alguno soportable: que desde los molinos y los desvelos que en ellos se pasan algunos sean llevados hasta los poderes y además hasta los esplendores de las magistraturas; y viene a ser aún mucho más terrible e

⁸⁴ Lib. *Or. LVII, 14F*.

insopportable cuando los que a tan brillante situación desde situación tan humilde se han trasladado no quieren saber quiénes han llegado a ser y quiénes eran y no permiten que su alma habite entre los primeros sino que la hacen salir de allí para hacerla totalmente propiedad de los segundos. Así es también ése para nosotros: él, que tenía que estar por el Tigris batallando con los hospederos por cuestión de la basura, se ha convertido en personaje con poder para agitar una gran porción del mundo habitado».

Bien es verdad que el discurso de Libanio *Contra Severo* (Or. LVII, F) no es de los dirigidos por el Antioqueno a Teodosio, pero lo hemos traído a colación porque es una acusación contra un magistrado como lo son asimismo otros que sí fueron dirigidos al emperador (Or. XXXIII, F, *Contra Tisámemo*, del 386, y Or. XLVI, F, *Contra Florencio*, compuesto no mucho después del 387).

Diferente es por su tema el que contiene la queja que dirige Libanio al emperador Teodosio, poco después del año 388, increpando a Optato y sus cómplices por haber puesto trabas a que Talasio, amanuense y amigo del rétor antioqueno, formara parte del senado de Constantinopla, el discurso XLII, F, titulado *En favor de Talasio*, en el que atisbamos el tema de las deserciones de los curiales⁸⁵ tratado por Libanio en el discurso que dirige a Teodosio poco después del año 388 y que lleva por título *Al emperador, en favor de las curias* (XLIX, F).

Del *Contra Tisámemo*, discurso en que el Antioqueno se queja con vehemencia de la conducta y manera de ser del acusado, a la sazón *consularis Syriae*, y ruega incluso al emperador que le destituya del cargo, entre sacamos los siguientes párrafos:

Lib. Or. XXXIII, 1F «Sería menester, emperador, que todos los que son enviados a ocupar los gobiernos de las provincias fuesen tan probos, que a mí ahora me resultase posible hablar de Tisámemo mejor que como lo voy a hacer; pues, realmente, tampoco hablar mal es para mí más agradable que lo contrario. Pero puesto que hay algunos que dan pie para hablar peor, de los cuales uno es ese Tisámemo, juzgué necesario hacerte pa-

⁸⁵ G. R. SIEVERS, *Das Leben des Libanius*, Berlín 1868, repr. Amsterdam 1969, 160: «Damals schon war das Bestreben, in diesen Rath hinein zu kommen, keineswegs gross, sondern vielmehr suchten alle sich davon freizuhalten».

tente que muchas ciudades han sido encomendadas a un hombre que dista largo trecho de poder, a través de su gobierno, hacer bien a ciudades».

De nuevo, pues, la queja contra el abuso de poder de los gobernadores⁸⁶. Recordemos a este respecto los consejos que el Antioqueno da a Icario en el discurso titulado *A Icario* (XXVI, F), que es una exhortación a este personaje, recién ingresado en su magistratura, a que no siga los pasos de su predecesor en el cargo, Proclo, y no haga pagar a toda Antioquía los delitos de sólo unos pocos particulares, sino que actúe con severidad hacia los culpables y con clemencia e indulgencia hacia los demás, en especial hacia los *apparitores*, sus servidores más inmediatos, y, sobre todo, a que no claudique nunca dejando de mantener los principios de la justicia⁸⁷:

Lib. *Or.* XXVI, 16F «Pero hazme el favor de observar cabalmente la ley y que el período de tu magistratura no reciba tales comensales (*sc.* los que piden favores contra la justicia). Pero tampoco abras al atardecer tus puertas a muchos pies⁸⁸ enemigos de la Justicia; que nada le es a esa diosa tan aborrecible. Porque de las acciones que no dejan que estén vigentes las leyes es de las que ellos sacan provecho».

Pues bien, volviendo al discurso de Libanio a Teodosio, el *Contra Tisámemo*, veamos cómo el Antioqueno solicita del emperador que atienda a sus ciudades y provincias enviando a ellas gobernadores decentes y honrados:

Lib. *Or.* XXXIII, 43F «Aleja a tus ciudades de semejantes males y envía un hombre que tenga seso y sea afanoso de labores y esté más ganoso de realizar obras que de parlotear y presto a persuadir más que a obligar, y dispuesto a ayudar a los pobres, no a machacarlos, y a resolver qué es po-

⁸⁶ P. PETT *Libanius et la vie municipale à Antioche au IV^e siècle après J.C.* Institut français d'archéologie de Beyrouth. Bibliothèque archéologique et historique 62, Paris 1955, Cf. 257-260. A.F. NORMAN, «Libanius: the Theacher in an Age of Violence», en G. FATOUROS-T. KRISCHER, *o.c.* 157 ss.

⁸⁷ Cf. Lib. *Or.* XXIII, 42F «Y la rapidez del procedimiento legal resulta ser una ventaja para el que es decapitado, mientras que aquel (*sc.* Tisámemo, *consularis Syriae*) es rápido para encarcelar pero lento para juzgar o, más bien, huye de los juicios como los niños de los Cocos».

⁸⁸ Recordemos que se llama a la puerta con el pie.

sible, qué no lo es, y que sepa cuál es la ocasión para los golpes y cuál para las amenazas; en una palabra, alguien que no se parezca a esta peste».

Del discurso *Contra Florencio* (Or. XLVI, F) que dirigió Libanio a Teodosio poco después del año 387, queremos subrayar el hincapié del rétor en mostrar la arbitrariedad e injusticia del gobernador⁸⁹ especialmente en su política de recaudación de impuestos⁹⁰:

Lib. Or. XLVI, 3F «Pues, de inmediato, a un curial de nuestra familia que trataba de refutar unas acusaciones que se le imputaban, lo hizo ingresar en la cárcel a pesar de que no carecía de garantes; eso que cuando los haya no es lícito el ingreso en prisión por pequeños cargos como los de entonces lo eran. Y como yo le pedía que lo soltara, a duras penas —bien es verdad—, pero al final dijo que sí. Pero aunque lo dijo, lo dejaba preso, de modo que a aquel le fue preciso de otra ayuda».

Lib. Or. XLVI, 22F «Dígame, pues, también lo que a todo lo demás sobrepasó; y esto es el impuesto insoportable, plata y oro, que hacía estremecerse de terror a los contribuyentes ante la inminente llegada de los terribles plazos quinquenales. Pues apropiado es el nombre del «impuesto (póros)» este derivado del de los «navegantes (émporoi)», pero mientras que aquellos (sc. los navegantes) usan el mar como vía de escape, aquellos otros, cuyas manos a duras penas se llevan el pan a la boca, perecen⁹¹. Y no se escapa ni el zapatero remendón. Zapateros he visto yo muchas veces levantando al cielo la cuchilla y jurando que en ella lo tienen ellos todo. Sin embargo, tampoco eso los libera de sus acusadores que les ladran y poco les falta para que les muerdan».

De nuevo la crueldad del gobernador y su inhumana disposición hacia los pobres a la hora de recaudar los tributos.

⁸⁹ Libanio da comienzo a este discurso disculpándose por haber elogiado antes a quien ahora censura: Lib. Or. XLVI, 1F, «Y no me avergüenzo por censurar a quien antes yo elogiaba, al ver que se ha vuelto otro. Pues lo contrario sí hubiera sido vergonzoso: si habiendo cambiado aquellos, yo no me acomodara a las circunstancias, sino que siguiera siendo el mismo para quien ya no lo era».

⁹⁰ cf. G. R. SIEVERS, *o.c.* 189 «Die Antiochener hatten Gott um Befreiung von ihm gebeten, ihr Gebet wurde erhört, der Statthalter wurde nach Constantinopel gebracht und wegen Unterschleifs Rechenschaft gezogen».

⁹¹ La etimología está al servicio de la ironía del texto.

En el discurso titulado *En favor de Talasio* (XLII, F) Libanio expone al emperador que se siente obligado a socorrer a un amigo ultrajado⁹², Talasio, que era, además de amigo, ayudante del Antioqueno en las tareas publicísticas de índole material de sus escritos⁹³. El agravio sufrido consistió en que se le impidió formar parte del senado de Constantinopla, a pesar del interés del emperador en aumentar el número de senadores⁹⁴ y, particularmente, de que se aceptase la aspiración de Talasio a ser miembro del de Constantinopla⁹⁵. De entre los senadores que se opusieron a dicha solicitud destacaba Optato, de quien Libanio hace una caricaturesca exposición de méritos no exenta de cierto gracejo ni de ciertas dosis de escarnio:

Lib. *Or.* XLII, 11F «A una persona que es, pues, de tan buena condición, Optato la rechazaba. ¿Y quién es él para ello? ¿A quién es superior? ¿A quién no es inferior? ¿Qué cosa honrosa puede decir de su persona? El, que cuando aprendía las letras, por odio a ellas se escapó de casa y buscó refugio en un vallado y allí permanecía y no se le buscaba, pues a los dioses que le habían echado fuera les estaban sus padres agradecidos por ese favor. Y la nodriza plañía, pero plañía el que por su padre y su madre no fuera plañido el hijo. Y sus padres, al labrador que topó con él casualmente y lo recogió y devolvió a su casa, lo despacharon con las manos vacías considerando que había hecho una labor hostil hacia ellos mismos trayéndoles de nuevo al hogar una desgracia que ya se les había ido fuera de él».

⁹² Lib. *Or.* XLII, 1F «Vengo, emperador, en ayuda de un amigo ultrajado a quien además se le ha impedido alcanzar lo que razonablemente habría debido alcanzar antes que muchos que ya participan de ello; y lo hago por respeto al derecho de la amistad y al mismo tiempo por temor a que tú me condenes por guardar silencio».

⁹³ G. SIEVERS, *o.c.* 160 «Als vielbeschäftigter Lehrer hielt sich Libanius einen Gehülfen, eine Art Famulus, der neben anderen äusseren Geschäften besonders für die Vierfältigung und Erhaltung seiner Reden Sorge zu tragen hatte».

⁹⁴ Lib. *Or.* XLII, 48F «Luego tú, emperador, tienes el empeño de hacer que el Senado esté bien nutrido de hombres y ellos, por su parte, no se dan cuenta de que lo están impidiendo».

⁹⁵ G. R. SIEVERS, *o.c.* 161 «Wirklich erhielt Thalassius ein kaiserliches Schreiben, welches er dem Gesetze zufolge dem Rathe zusandte, um durch ihn die Aufnahme zu erlangen».

Con esto llegamos al discurso XLIX, F, titulado *Al emperador, en favor de las curias*, que compuso y envió a Teodosio el rétor antioqueno poco después del año 388, pidiéndole que mediante ley ayudara a las curias aumentando el número de curiales y confiriendo a aquellas mayor autoridad.

La verdad es que tanto en el discurso titulado *A los que le llamaron arrogante* (II, F) del 381, como en el *Discurso al Senado de Antioquía* (XLVIII, F) que data de los años ochenta y tal vez es, incluso, posterior también él al 388, Libanio se lamenta del escaso número de curiales que componen la curia de Antioquía que había sido en anteriores tiempos mucho más rica en miembros. Veámoslo:

Lib. Or. II, 33F «En lugar de los seiscientos de entonces ni sesenta somos ahora (*sc.* en la curia). ¿Sesenta he dicho? Ni seis, ciertamente, en algunas sesiones».

Lib. Or. XLVIII, 4F «Hemos desaparecido, estamos perdidos, éramos seiscientos o, por Zeus, dos veces tantos; ahora, en cambio, ni sesenta».

Pues bien, en el discurso XLIX, F, *Al emperador, en favor de las curias*, Libanio, después de recordar tiempos pretéritos en que las curias eran prósperas, relaciona la actividad de esta institución con la retórica, el mejor legado de la madre Grecia, que proporcionaba instrucción y discursos. Suplica, pues, al emperador que ayude a las curias convencido de que al mismo tiempo ayudará a las escuelas:

Lib. Or. XLIX, 32F «Haz que de nuevo brillen los teatros... y, por cierto, lo que es más importante de todo, la fuerza de la retórica, con lo que tanto se busca lo que conviene realizar, como se elogia lo que ha sido realizado. A ésta, en efecto, le ha acontecido parecer y ser destruida junto con las curias, así como, cuando éstas eran grandes, también ocurría que aquella era estimada y además tenía muchos amantes. Y yo querría que tu reino estuviese adornado no sólo por campañas y batallas y trofeos y victorias, sino también por la instrucción y los discursos, cuya madre es Grecia, o, si prefieres, cuyos padres son los hijos de Grecia. Pues bien, como al ayudar a las curias vas a ayudar a los libros hoy en día desechados, con el castigo contra los que hacen poco caso de la justicia haz ver que han recuperado su fuerza ambas instituciones: los consejos y las escuelas».

En nombre, asimismo, de la cultura, de la *paideia* que nació en Grecia o que fue engendrada por los mejores de entre los griegos de antaño, y al igual que asociaba en el anterior discurso las «curias» y la «retórica», solicitó del emperador Teodosio el año 384, con el discurso XXX, F, titulado *A Teodosio el emperador, en defensa de los templos*, que pusiera fin a los ataques feroces de los monjes a los templos paganos llevados a cabo de acuerdo con la más ineducada intolerancia a la que se sumaba el ultraje, propio de gentes incultas, de presumir de tan vergonzosas acciones:

Lib. Or. XXX, 54-5 F «Ahora bien, puesto que tú no nos persigues (*sc.* a los paganos), como tampoco aquel (*sc.* Juliano)⁹⁶ que persiguió con sus armas a los persas lo hacía con aquellos que de entre sus súbditos discrepaban en ese punto con respecto a él mismo, ¿cómo es que nos persiguen éstos? ¿En virtud de qué derecho hacen sus ataques? ¿Cómo es que ponen mano con cólera en campos ajenos? ¿Cómo es que unas cosas derriban, otras las levantan y se las llevan, añadiendo al ultraje que suponen esas acciones otro ultraje, el de presumir de los hechos? Nosotros, emperador, si tú los apruebas y los permites, los soportaremos no sin aflicción y mostraremos que hemos aprendido a ser bienmandados. Pero si tú tampoco lo concedes y éstos (*sc.* los monjes) van a volver a contra lo que les ha evitado o lo que a toda velocidad se ha levantado de nuevo, sábete que los dueños de los campos se prestarán auxilio a sí mismos y a la ley».

Pues bien, para entender cuál es el denominador común de cuanto precede, es decir: qué espíritu animó a Libanio a defender las curias, a impetrar la tolerancia religiosa, a atacar las injusticias de los magistrados, a defender a los amigos inmerecidamente ultrajados, a convertirse en abogado de menesterosos y desvalidos, a pedir mejoras administrativas, a solicitar la destitución de gobernadores por sus abusos y excesos, a amparar a los indigentes obligados a inicuas prestaciones y pagos de impuestos; para entender el origen de este comportamiento, decimos, no hay más remedio que recurrir a la figura de Libanio tal como él mismo se imaginaba ser, a saber: un *rétor* depositario de lo mejor de la *paideia* clásica, que se resume en una retórica que, al modo isocrateo, enseña a hablar bien en público, a dar buenos consejos, a dialogar bien con uno mismo, a

⁹⁶ Cf. Lib. Or. XXX, 40F.

ejercitar tanto el bien decir como la sensatez (*phrónesis*); una retórica que además de ser política y educativa está empapada de ética⁹⁷.

Así, pues, Libanio se cree obligado a desempeñar su función de sofista o rétor llamado a defender la justicia y a luchar por la mejora de la sociedad en que vive, haciendo uso para ello de su habilidad en el arte de la elocuencia:

Lib. *Or.* XXXVI, 5F (*De veneficiis*): «Pues ¿quién de entre todos no sabe qué especie de discursos en favor de esta curia han sido dichos por mí o qué tipo de acciones han sido llevadas a cabo por mí a lo largo de todo este tiempo?; ¿quién desconoce la constante guerra que vengo sosteniendo contra los que han venido ocupando los sucesivos cargos de gobernadores?»

Lib. *Or.* XXXV, 3F (*Contra los que no hablan en público*) «Que uno de vosotros me conteste a una insignificante pregunta: ¿Cuál es vuestra denominación común como cuerpo? Afirmaíais que “los hombres de Estado”. ¿Cuál es, pues, la labor que cuadra a esta denominación? Prestar servicios con vuestras resoluciones; introducir en vuestras proposiciones lo que sea menester, mediante discursos; impedir lo perjudicial; a unos manifestarles vuestra conformidad; a otros, en cambio, salirles al paso; seguir las instrucciones de los gobernadores sensatos; combatir, empero, a los que no aciertan a ver lo provechoso; oponer a las voces del trono las del Consejo; hacer derivar de la formación retórica más el intimidar que el tener miedo».

Esta última frase nos gusta especialmente porque nos presenta a Libanio como el orador que influye con su retórica moral en la opinión pública, como el defensor incansable de la justicia a través de su elocuencia.

Es la misma imagen que obtenemos de muchas cartas de entre las que, por simplificar, elegimos dos. La primera la dirigió el Antioqueno a Honorato⁹⁸, que fue *consularis Syriae* y luego *comes Orientis*, y dice así:

Lib. *Ep.* 251, 1F «No me abstendré, por pereza, de dialogar contigo sobre lo justo (pues ése es tu tema favorito) y tú no te incomodarás, sin

⁹⁷ W. STEIDLE, «Redekunst und Bildung bei Isokrates». *Hermes* 80 (1952) 257-296. Cf. 268 «so dass in Isokrates' Programm tatsächlich das ethische Element von vornherein mit enthalten ist».

⁹⁸ Cf. O. SEECK. *o.c.* 179: *Honoratus I*.

duda, con los que hablen de ello, sino con quien teniendo algo que decir acerca de esa cuestión guarde silencio. Y me parece a mí que también Radamantis se alegraba cuando era llamado para prestar ayuda a la justicia por lo cual ganó gloria, porque, justamente, la justicia da fuerza».

Todos los amantes del clasicismo helénico saben quién fue Radamantis, y el aticista Libanio también lo sabe. En vida se había distinguido este héroe por su prudencia y sentido de la justicia, hasta el punto de que se le atribuía el código de leyes cretenses y tras la muerte fue llamado a los infiernos en calidad de juez de los muertos, y allí ejercía esa función junto con su hermano Minos y otro hijo de Zeus llamado Éaco. Pues bien, Honorato es comparado a Radamantis y el propio Libanio, que en la carta en cuestión intercede por Olimpio⁹⁹ (que había sido *consularis Macedoniae* y a quien a la sazón (358/9), trasladado al Senado de Constantino-pla, se le obligaba a residir en esa capital), se presenta como el elocuente rétor campeón de la justicia: Lib. *Ep.* 13F «El que no concede ese favor es más impío que Hipómenes». De nuevo la erudición mitológica del aticista y esmerado rétor que conoce la leyenda del rey Hipómenes de Atenas que hizo que su propia hija fuese devorada por un caballo, leyenda a la que había aludido anteriormente Esquines¹⁰⁰. Pero con todo ese bagaje cultural (imitación del ático del siglo IV a.J.C., intento de imitar el estilo de la prosa ática de aquella época, erudición mitológica, etc.), Libanio pretende influir sobre los poderosos en defensa de la humanidad (*filantropía*) y de la justicia consideradas como virtudes inseparables. Así, en el caso de su amigo Olimpio que era además paisano del Antioqueno, argumenta este último en la referida carta: Lib. *Ep.* 251, 13F «Dirá alguien que es fuerte el que los inscritos (*sc.* como senadores) no vayan allí (*sc.* donde el senado tiene su sede). ¡Y tanto que es así!, siempre que no haya causa que lo impida. Pero en el caso concreto de Olimpio, si hace eso, se convierte inmediatamente en traidor a su madre. Y ella es muy vieja y desea rendir el alma asiendo con sus manos a su hijo».

Libanio en esta carta despliega su arte de sofista, rétor y epistológrafo en favor de un amigo y de una causa humana y justa.

⁹⁹ O. SEECK, *o.c.* 223: *Olympius II*.

¹⁰⁰ Aesch. I, 182. Cf. E. SALZMANN, *Sprichwörter und sprichwörtliche Redensarten bei Libanios*, Tübingen 1910, 29.

La segunda carta a la que nos referimos es la que el Antioqueno dirige a su antiguo discípulo Anfiloquio, recién nombrado obispo de Iconio (año 373). Al año siguiente de su nombramiento recibe una carta de Libanio (1543F) cuyas primeras frases manifiestan el disgusto y contrariedad del maestro al enterarse de la nueva ocupación del exalumno a quien cree alejado del arte de la oratoria:

Lib. *Ep.*, 1543, 1 y 2F «Reconozco que sí que me he afligido, y mucho, cuando me enteré de que tú te has dedicado a otras actividades y has enmudecido y se me ha perdido eso con lo que sobre todo vencía yo a mis enemigos: en efecto, cada vez que hice mención de ti y de tus certámenes escaparon los audaces. Pues bien, en tanto me llegaban noticias de que estabas residiendo en el campo y que aquel tu abundante y hermoso flujo de palabras se había detenido, hacía yo lo propio de los que están convictos del sufrido castigo».

Ahora bien, a partir de este punto refiere Libanio que se enteró de algo más, a saber: de que su antiguo discípulo, en su nueva función de obispo, emplea desde el alto sitial que corresponde a su autoridad, toda su dilatada experiencia y habilidad en las lides de la oratoria:

Lib. *Ep.* 1543, 2-4F «Pero desde que en otra ocasión me enteré de que resultaste una hermosa presa y de que estás sentado en un sitial y se te han dado ciertas posibilidades de hacer uso de los discursos, me complací en ello y alabo a quienes te han raptado y considero que de nuevo tu alma está cosechando sus propios frutos. Pues oigo decir que conmueves a las masas y que enorme es la admiración y bien perceptibles las aclamaciones que suscitás; y no lo pongo en duda; pues cuando frecuentabas mi escuela hacías saltar a los ancianos».

Queda la última parte de la carta, que es, sin duda, la que a nosotros más nos interesa. En ella dice Libanio que los de Iconio se felicitan por la estupenda adquisición que representa para ellos el recién nombrado obispo, de cuya sabiduría e integridad, y no sólo de su destreza en la oratoria, van a poder aprovecharse como si se tratara –y esto es lo más importante– de un *logístés*, de un *curator civitatis*.

Lib. *Ep.* 1543, 4F «Y Antíoco¹⁰¹ y su yerno el orador se felicitan a sí mismos y a la ciudad por ese bien adquirido que tú representas y estiman

¹⁰¹ O. Seeck, *o.c.* 77: *Antiochus VI*. Era natural de Iconio.

que aquella es más importante que cualquiera de las demás por el hecho de disfrutar de ti y de tu sabiduría, y los hijos de Antíoco y su yerno el orador se emplean ahora más en las labores de los discursos, pues advierten qué *revisor de cuentas* tan importante reside en su patria».

Ahora sí que entendemos cuál es, según Libanio, la función del rétor, del sofista empapado en la oratoria moral, educadora y política que ha transmitido la Hélade desde los tiempos de Isócrates. El orador debe ser un *logistés*, un *curator civitatis*¹⁰²; él debe defender la ciudad de las injusticias, de los excesivos impuestos, de todo tipo de fraude y malversación de los fondos públicos. Los *logistai* eran los encargados de vigilar las finanzas. Curiosamente, las funciones de esta institución, que había nacido en el Alto Imperio de la necesidad de controlar más estrictamente las finanzas de las ciudades, es a las que en la carta que acabamos de comentar compara Libanio las que deben desempeñar, en primer lugar el rétor y, si no hay más remedio, el obispo.

¹⁰² B.R. REES, «The Curator civitatis in Egypt», *Journ. Jur. Pap.* 718 (1953-4) 83-105. R. Ganghoffer, *Evolution des institutions municipales en Orient et en Occident au Bas-Empire*, Paris 1963, 156-162.

CRETENSE πρόκορμος

ÁNGEL MARTÍNEZ FERNÁNDEZ

Universidad de la Laguna

SUMMARY

A study on the Cretan hápax prokormos, with a particular attention to the meaning of its first prepositional member, and an exam of the structure of the document on which it appears, a Gortynian decree of manumission, of 3rd C. B.C., leads to the conclusion that in the Language of gortynian chancellery from the hellenistic period, this Cretan technical term appoints a certain official dependent on the college of kosmoi and operating as their representative, perhaps fulfilling the functions of a secretary, in certain civil acts, as in this particular case, in the release of private slaves.

1. En la documentación epigráfica del dialecto de la antigua Creta existen dos fases claramente diferenciadas: una más antigua, que se extiende desde el s. VII al s. IV a.C., y otra más reciente, que abarca desde el s. IV al s. I a.C., y en la que las formas dialectales aparecen mezcladas con elementos de la *koiné*. Dada la relativa abundancia de los documentos epigráficos de que disponemos para este dialecto en una y otra época —lo que no ocurre para otros antiguos dialectos griegos en las inscripciones anteriores al S. IV a.C.—, se puede estudiar con detalle cómo opera el dialecto para la formación de su vocabulario jurídico y administrativo

desde su fase más antigua a la más reciente. Aparte de las diferencias dialectales existentes entre los títulos de una y otra época, las cuales se deben en gran parte a la penetración progresiva en las diferentes zonas de Creta de la *koiné* supradialectal de base ática que va sustituyendo las genuinas formas del dialecto hasta terminar imponiéndose por completo, cabe señalar además que los tipos de documentos epigráficos conservados de una y otra fase son en cierto modo diferentes desde el punto de vista del argumento. En las inscripciones más antiguas nos encontramos principalmente con leyes y decretos que regulan diferentes aspectos de la vida privada, pública y religiosa dentro de cada Estado, mientras que en las inscripciones de época helenística se trata de una buena parte de documentos que hacen referencia a las relaciones entre Estados (tratados, arbitrajes, decretos de *asyllia*) o a las relaciones con personas de otros Estados (decretos honoríficos). Dado que la legislación sobre el derecho civil, público, y religioso, es por sí misma más propensa al conservadurismo que la legislación sobre el derecho internacional, la cual es por la naturaleza de sus propios asuntos más receptiva al intercambio y a las influencias de otras legislaciones, y que en las leyes más antiguas de Creta —lo mismo que sucede en otras partes de Grecia— el derecho consuetudinario anterior tiene todavía cierto peso específico, se entiende fácilmente que la lengua legislativa presente diferencias tan notables en los documentos de una y otra época.

Sobre el procedimiento seguido por el dialecto en su fase más antigua para crear una terminología jurídica propia ya nos ocupamos en otra ocasión a propósito de un estudio sobre el término gortinense *ἀνκεμῶλια*¹. Ahora nos ocuparemos de una de las creaciones léxicas de la lengua de cancillería cretense de época helenística donde se puede observar cómo procede el dialecto en su fase más reciente para formar nuevos términos que respondan a realidades específicas del ámbito de la administración.

Por lo demás, de todos es sabido que el léxico de las inscripciones es uno de los campos menos trabajados y más desconocidos. Está aún por hacer un léxico dialectal de las inscripciones griegas. Para ello se hace necesario realizar una labor de estudio exhaustivo del material epigráfico de cada dialecto que permita conocer la totalidad de los datos. En este senti-

¹ «Nota a la terminología jurídica cretense: *ἀνκεμῶλια* (I.C. IV. 21. 3 y 44.7)», VI CEEC, Madrid 1983, pp. 173-182.

do uno de los problemas que los vocabularios especializados presentan en los diferentes dialectos es el que hace referencia al significado de las palabras, como ocurre precisamente con el término que analizaremos en el presente trabajo.

El interés central de nuestro análisis es el lexicográfico y epigráfico. El procedimiento que vamos a seguir para ver el valor del vocablo, un compuesto, consiste en el estudio del compuesto en sus dos miembros, con especial atención al sentido de su primer miembro prepositivo, y en el análisis del contexto, esto es, de la estructura del documento donde ha sido atestiguado.

2. Una inscripción cretense de Gortina de las primera mitad del S. II A.C., nos ha atestiguado el término *πρόκορμος* (= *πρόκοσμος*²) objeto de nuestro estudio. Se trata de un *hárax* cretense, aún no suficientemente estudiado, que plantea problemas en la interpretación de su significado³.

El documento en el que aparece la palabra es un acta de manumisión de una sierva. El texto en cuestión dice así:

Ἐπὶ Ἀντιφάτα τῷ Κύδαντος
 Μιαστῶν⁴ (?) Σώσιος ἐλευθέρα ἀπο
 λαγαθένσα κατέβαλε τῆι πόλι
 ἀργύρια] τριάκοντα καὶ πέντε παρι
 θιντῆς τῷ ἀπολαγάσαντος Ῥανί
 ω] τῷ Δαμάριος ἀπαιτῆς ὁ ταμίας Ῥά
 νιος Σοάρχω φέρει τὸ ἀργύριον Καν

² En *πρόκορμος* la ρ se debe al rotacismo de σ ante μ. Sobre este fenómeno, documentado en cretense en inscripciones recientes, *vid.* M. BILE, *Le dialecte Crétois ancien*, París 1988, p. 131. Véase además BECHTEL (F.), *Die griechischen Dialekte* (Berlín 1921-1924) II, p. 706; BUCK (C.D.), *The Greek Dialects* (Chicago 1955) pp. 56s.

³ Véase nuestro trabajo anterior *Estudio sobre las preposiciones en el dialecto cretense* (Tesis Doctoral inédita, Salamanca 1983), pp. 554-557, donde traté ya de esta problemática y sugerí algunas de las ideas que aquí se desarrollan.

⁴ Véase GUARDUCCI, *ad loc.*

⁵ Suplió De SANCTIS, *Mon. Ant.* 18, 1907, pp. 344 s. En el texto admitido por Guarducci se encuentra α . [...]. (*ibid.*).

νήω τρίται καὶ δεκάται. πρόκορμος

Βιανυθίνης Σαμαγόρα.

(I.C. IV. N. 235)⁶

Con frecuencia se ha señalado que el término *πρόκορμος*, empleado en la cláusula final del documento, hace referencia a «el presidente de los cosmos» (cf., p. ej., De Sanctis, *Mon. Ant.* 18, 1907, pp. 344s; Blass, *S.G.D.I.* 5009, ad b3; *LSJ*⁷ s.v. *πρόκορμος*). Según esto, *πρόκορμος* se utilizaría aquí en el sentido del término *πρωτόκοσμος* usual en cretense para esta significación.

3. El significado de «presidente de los cosmos» propuesto para el compuesto *πρόκορμος* descansa en el valor del prefijo *προ-* que aquí expresaría una idea de prioridad de rango. Se trata de un sentido secundario de *προ-* atestiguado sólo en composición. Del significado originario de *προ-* «delante de», cuando se usa referido a una persona situada delante de otras con idea de ocupar el primer lugar, se origina el sentido de «prioridad de rango». Este valor se encuentra en algunos compuestos usuales en griego como *πρόεδρος* («el que se sienta en el primer lugar», de donde «presidente, proedro») y sus derivados *προεδρία*, *προεδρεύω*, etc., *προΐσθημι* (significando «presidir un partido»; abs., *προεστῶτες* «los jefes»), át. *προκάθημαι* («presidir»), en términos tardíos como *προκαθέζομαι* («presidir»), *προκαθηγητής* («jefe, presidente»), etc. En cretense esta significación de *προ-* está documentada en inscripciones recientes en los términos *πρόεδρος* (I.C. II. V.N. 35.4, Axo, s.I a.C.) y *προεδρία* (I.C. II. III. N. 4. C.10, Aptera, s. III-III a.C.; e I.C. III.II. N.3.C.7, Hierapitna, principios del S. II a.C.)⁸. En resumen, el cretense para formar el compuesto *πρόκορμος* con la significación de «presidente de los cosmos» habría recurrido a un valor del prefijo *προ-* de uso común en griego.

⁶ Para las citas, Guarducci, I.C.= Guarducci (M.) *Inscriptiones Creticae. I. Tituli Cretae Mediae praeter Gortynios* (Roma 1935). II. *Tituli Cretae Occidentalis* (Roma 1939). III. *Tituli Cretae Orientalis* (Roma 1942). IV. *Tituli Gortynii* (Roma 1950).

⁷ Blass, *S.G.D.I.* = «Die kretischen Inschriften», en *Sammlung der griechischen Dialect-Inschriften*, ed. H. Collitz-F. Bechtel-O. Hoffman, Gotinga 1884-1915.

⁸ *LSJ*= Liddell-Scott-Jones, *Greek-English Lexicon*, Oxford 1968.

⁹ Para el despojo del material, vid. J.A. HERNÁNDEZ DÍAZ, *Los preverbios en el dialecto cretense* (Memoria de Licenciatura inédita, La Laguna 1985), pp. 279-281.

Resta añadir que, de acuerdo con esta interpretación, el magistrado epónimo citado en el encabezamiento del título sería en este caso el *κόσμος ξένιος*. Es bien sabido que en Creta los libertos estaban bajo la jurisdicción del cosmo de los extranjeros, según nos documenta un decreto gortinense mucho más antiguo que nuestro título (*I.C.* IV. N. 78, 480-460 a.C.).

4. Ahora bien, esta significación propuesta para *πρόκορμος* choca con algunas dificultades si se analiza el término en el contexto del documento epigráfico en el que aparece. Pues parece lógico pensar que en nuestro título la referencia al presidente de los cosmos no figura en la cláusula final del documento, como se pretende, sino en la fórmula de datación del preámbulo, como es usual en cretense, *Ἐπιτὶ Ἀντιφάτα τῶ Κύδαυτος* (*ibid.* 1).

Ciertamente, los magistrados epónimos que se utilizan en cretense, comúnmente en la parte inicial de las inscripciones, para la datación de los documentos oficiales son el colegio de los cosmos en general y el presidente de los cosmos en particular. En las esporádicas ocasiones en las que se hace referencia en las inscripciones dialectales cretenses a otros funcionarios epónimos diferentes a los cosmos o al presidente de los cosmos para indicar la época de los títulos se debe a razones especiales que lo justifican.

Veamos, pues, cada uno de estos casos en los que se hace mención de epónimos diferentes. Así,

a) en algunas inscripciones de Olunte¹⁰ y de Polirrenia¹¹ de los siglos III y II a.C. se citan los demiurgos (*δαμιουργός*, *δαμιουργοί*) como magistrados epónimos, pero en estas ciudades se sirven de esta denominación para designar a los cosmos.

¹⁰ *I.C.* I. XXII. N. 4. A, 27, 31, 35, 42, 46-7, 57-8, s. III a.C.; *ibid.* N.4.B.1-2, 19-20, 35-36, 61, principios s. II a.C.; *SEG* XXIII, 1968, N. 548. 1-2. (=H. v. EFFENTERRE, *La Crète et le monde grec de Pl. à Plb.*, pp. 230-4), s.II a.C.; y *SEG* XXIII, 1968, N. 549. 1 (= H. V. Effenterre, *o.c.* 319), s.II-I a.C.

¹¹ *I.C.* II. XXIII. N. 7. A. 1ss, primera mitad s. III a.C.; e *ibid.* N. 7. B. 1ss, finales del s. III o principios del s. II a.C.

b) En dos inscripciones de Creta Central del s. II a.C., una de Lato¹² y otra de Lito¹³, se recurre a un doble sistema de datación, en el encabezamiento del texto al arconte de Atenas y más adelante al sistema cretense de los presidentes de los cosmos de cada ciudad. La referencia al arconte como magistrado epónimo en estos documentos cretenses se explica por determinadas circunstancias referentes a los títulos. En Lato, donde nos encontramos ante un convenio de arbitraje entre tres ciudades cretenses, por haber sido expuesto el documento en Delos en una época en la que la isla se encontraba bajo la segunda dominación ateniense. En Lito, donde tenemos un tratado entre litios y oluntios, por haber sido expuesto en la Acrópolis de Atenas. No es de extrañar, pues, que en estos casos, dada la vinculación de los documentos con los atenienses en el momento de su publicación, se dataran por el arconte epónimo. En alguna otra ocasión, cuando se trata de tratados concertados por una ciudad cretense con algún Estado de fuera de Creta, el documento se data por los magistrados epónimos de una y otra parte, como vemos en dos tratados del s. III a.C., uno entre Festo y Mileto¹⁴, y otro entre los gortinios y el rey de Macedonia, Demetrio, hijo de Antígono¹⁵.

c) En dos inscripciones votivas se menciona al sacerdote del templo donde se hace la ofrenda. En una inscripción de Polirrenia¹⁶ del s. III a.C., donde en la dedicación de la ofrenda aparecen, además de los magistrados epónimos, el sacerdote del templo y el autor de la misma. En una inscripción de Sulia¹⁷ del s. I a.C., donde tenemos un documento privado en el que el sacerdote de Zeus Olímpico y de Hera Olímpica dedica junto con su esposa una estela a estos dioses en la época de su cargo. Por último, en una curación del santuario de Asclepio en Lebena¹⁸ del S. II a.C. se data el documento por el funcionario civil (el presidente de los cosmos) y por el funcionario religioso (el guardián del templo). Por consiguiente, estas referencias a sacerdotes están plenamente justificadas por razones del contenido especial de las inscripciones en estos casos.

¹² *I.C. I. XVI. N. 4. B.*

¹³ *I.C. I. XVIII. N. 9. a.*

¹⁴ *I.C. I. XXIII. N. 1. 1-2.*

¹⁵ *I.C. IV. N. 167. 1-4.*

¹⁶ *I.C. II. XXIII. N. 7. A 4.*

¹⁷ *I.C. II. XXV. N. 3. 8-12.*

¹⁸ *I.C. I. XVII. N. 8. 1-2*

Se mencionan, pues, los demiurgos como denominación de los cosmos en algunas ciudades, el arconte de Atenas cuando el documento se expone en Atenas o en una isla bajo el dominio ateniense, los cosmos cretenses junto con el epónimo de otro Estado en los tratados de ciudades cretenses con Estados de fuera de Creta, y el sacerdote de un templo, cuyo nombre se añade al de los propios cosmos o aparece en una ofrenda privada del propio sacerdote. Este tipo de menciones diferentes a las de los cosmos tienen, por consiguiente, muy poca relevancia en cretense si se comparan con el gran número de ejemplos en los que se mencionan el colegio de los cosmos en general y su presidente en particular.

5. En cuanto a la fórmula de datación del preámbulo del título objeto de nuestro estudio, es de notar, por otra parte, que nos encontramos con un tipo de fórmula en que aparece la preposición *ἐπί*, donde la lectura de *ἐπί* se debe en parte a una restitución bien fundamentada (De Sanctis, *Mon. Ant.* 18, 1907, pp. 344s). Para examinar la fórmula de nuestro documento conviene señalar brevemente qué tipo de fórmulas de datación se emplean en cretense.

En primer lugar, se observa que las fórmulas empleadas con mayor frecuencia en las inscripciones dialectales cretenses son giros formularios de la preposición *ἐπί*. Se trata de sintagmas en los que *ἐπί* se usa con nombres de persona que desempeña un cargo público o con nombres comunes que se refieren a un cargo público.

Los fórmulas con *ἐπί* atestiguadas en cretense son las siguientes¹⁹:

1. *ἐπί κόσμων / κοσμητήρων*, que puede presentarse en varias formas.

(1.1) *ἐπί κόσμων τῶν σὺν* N³ P, giro bien atestiguado en cretense, a veces también en la forma (1.2) *ἐπί* (sc. *κόσμων*) *τῶν σὺν* N³, y en menor medida en los giros similares (1.3.) *ἐπί κόσμων τῶν περὶ* N⁴, (1.4) *ἐπί κόσμων τῶν μετὰ* en un caso donde la lectura de *μετὰ* se debe a una restitución, (1.5.) *ἐπί κόσμων* N² P (varios), (1.6) *ἐπί* N² *πρωτοκόσμου καὶ ἄλλων συνκόσμων* y (1.7) *ἐπί κοσμητήρων* N² (varios).

¹⁹ Para las abreviaturas empleadas, N= Nombre Propio de persona, P= Patronímico, los números 2,3,4 en el Nombre= Genitivo, Dativo, Acusativo. Para los testimonios de *ἐπί*, véase nuestro trabajo *Estudio sobre las preposiciones en el dialecto cretense*, pp. 164-179, y 247-249.

2. *ἐπὶ κόσμου*, giro que se encuentra en las formas

(2.1) *ἀπὶ κόσμου* N²P, (2.2) *ἐπὶ* N² *κόσμῳ* y (2.3) *ἐπὶ* (sc. *κόσμου*) N²: documentadas en Creta Central.

3. *ἐπὶ κοσμιόντων*-, *γραμματέος*-.

(3.1) *ἐπὶ τῶν δέλνων* (tribu) *κοσμιόντων τῶν σὺν* N³P, N² P (lista de cosmos), *γραμματέος* N² P, que frecuentemente aparece en la forma más simple (3.2) *ἐπὶ τῶν δέλνων κοσμιόντων τῶν σὺν* N³ P, a veces también en la forma (3.3) *κορμιόντων ἐπὶ τῶν δέλνων τῶν σὺν* N³ P, y en una ocasión atestiguada en la variante (3.4) *ἐπὶ τᾶς Καμυρίδος* (tribu) *κοσμιόντων τῶν σὺν* N³ P. Con esta fórmula se pueden relacionar los giros similares (3.5) *ἐπὶ τῶν δέλνων* (tribu) *κοσμιόντων* N² P (lista de cosmos), *γραμματέος* N² P, que a veces se encuentra también en las formas más sencillas (3.6) *ἐπὶ τῶν δέλνων κοσμιόντων* N²P (lista de cosmos), (3.7) *ἐπὶ τῶν δέλνων κοσμιόντων* NP (lista de cosmos, en nominativo) y (3.8) *ἐπὶ τῶν δέλνων κορμιόντων*; (3.9) *ἐπὶ τῶν σὺν* N³ P *κοσμιόντων*, y (3.10) *ἐπὶ κοσμιόντων* 2 N² P.

4. *ἐπὶ τᾶς ἀρχίας κορμιόντων*-.

(4.1) *ἐπὶ τᾶς ἀρχίας κορμιόντων τῶν σὺν* N³, en algunas inscripciones en la forma (4.2) *ἐπὶ τᾶς ἀρχείας κορμιόντων τῶν σὺν* N³P, y en otra ocasión en la forma (4.3) *κορμιόντων ἐπὶ τᾶς ἀρχίας τῶν σὺν* N³, giros encontrados en los tres casos en Creta Central.

Estas fórmulas de *ἐπί* están escasamente representadas en las inscripciones cretenses más antiguas. Un ejemplo (3.10) se encuentra en una inscripción de Arcades del S. V a.C., [*ἐπὶ κοσμιόντων* *θαμυνδαρίδος τῷ Τηλεγιδτῷ καὶ Πανταυδρίδα τῷ Νικολιάδ* (I.C.I.V.N.4.3-9) «en el cosmontado de Tamindaris, hijo de Telegnoto y de Pantándridas, hijo de Nicolao». Otro caso (3.8) aparece en una inscripción de Gortina de la segunda mitad del s. IV o primera mitad del S. III a.C., *ἐπὶ τῶν Απ-υμα* [· ·] *κορμιόντων* (I.C. IV.N.236.1-2). Los demás ejemplos están atestiguados en gran número en inscripciones de los siglos III y II a.C., y algunos en inscripciones del s.I a.C.

A veces se emplean otras fórmulas como los sintagmas prepositivos *σὺν* N³ *κόσμοι*, documentado también en las variantes *οἱ κόσμοι οἱ σὺν* N³P y *τοὶ κοσμητήρες τοὶ σὺν* N³, y *οἱ κοσμητήρες οἱ μετὰ* N³; la construcción de genitivo absoluto *κοσμιόντων τῶν σὺν* N³ *έν*-, *έν*-

δὲ στεφανηφόρου N², encontrada en una inscripción de Festo²⁰ del s.III a.C.; las frases [N] καὶ N ἐκόσμιον, atestiguada en una inscripción de Eleuterna²¹ del s.VI-V a.C., ἐκόσμιον σὺν N^{3P} οἶδε (con lista de cosmos), empleada en una inscripción de Quersoneso²² en Creta Central del S.I a.C., y ἐκόσμιον, οἶδε NP (lista de cosmos), γραμματεὺς NP; usada ya para completar al final de los documentos la fórmula del preámbulo ἐπὶ τῶν δελίων κοσμίοντων, ya como única fórmula de datación del documento, una vez representada en la forma ἐκόρμιον οἶδε, NP (lista), κόσμων μνάμων NP, ἱεροργῶ (sc. μνάμων) NP²³; y el giro οἶδε κόρμοι (con lista de cosmos), documentado una vez en Gortina²⁴ en el s. II a.C.

Señalemos, finalmente, una fórmula empleada en la *Ley de Gortina* para datar una ley anterior, promulgada bajo la magistratura del etalense Cilo, *Leg. Gort.* 5.4-6 ἀὶ ὅκ' ὁ Αἰθαλεὺς τάρτος ἐκόσμιον οἶ σὺν Κίλλῳ «como (la ley promulgada) cuando Cilo y sus colegas del *startos* etalense ejercieron las funciones de cosmos».

En definitiva, los magistrados epónimos utilizados en cretense son los cosmos y el presidente de los cosmos, y las fórmulas usuales en el sistema cretense de datación están formadas por giros de ἐπὶ con genitivo. De lo expuesto hasta aquí, se colige, pues, fácilmente que el magistrado epónimo nombrado en la primera línea del documento que analizamos es el presidente de los cosmos, y que consecuentemente el πρόκορμος citado en la última línea hace referencia a otro magistrado o funcionario diferente al presidente.

Cabe señalar además que la referencia al presidente de los cosmos para la datación de los documentos es un procedimiento usual en las actas de manumisión gortinense, como se deduce por otros títulos (*I.C.* IV. N. 233. 3-5, s. III a.C.; *ibid.* N. 236. 1-2 y 4-5, s.IV-III a.C., e *ibid.* N. 232.1, s.II a.C..)

6. En cuanto al supuesto significado de «presidente de los cosmos» para πρόκορμος, hay que tener presente, además, que para referirse a es-

²⁰ *I.C.* I. XXIII. N. 1. 1-2.

²¹ *I.C.* XII. N. 9. 2.

²² *I.C.* I. VII. N. 5. 3-6.

²³ *I.C.* IV. N. 260.

²⁴ *I.C.* IV. N. 195. b.3.

te alto magistrado se emplea en cretense, como he señalado más arriba, la palabra *πρωτόκοσμος* atestiguada en Creta Oriental a partir del s.III a.C.²⁵, y en Creta Central a partir del S.I a.C.²⁶.

Asimismo, en una inscripción de Gortina, que data del 480-460 a.C., se ha señalado para esta significación el empleo del término *σπαρταγέτας* (I.C. IV. N. 80.4)²⁷.

7. Según lo dicho anteriormente, vemos que existen, pues, fundadas razones para descartar que *πρόκορμος* designa al presidente de los cosmos (= *πρωτό-κοσμος*). Se impone, por tanto, otra interpretación que ofrezca un sentido más satisfactorio para *πρόκορμος* en el contexto del documento.

Como he apuntado en otra parte, el compuesto *πρόκορμος* presenta aquí, en mi opinión, la significación de «el que hace las veces del cosmo» donde el prefijo *προ-* indica la noción de substitución de una persona por otra en grado de inferioridad²⁸. Conviene aquí señalar que la interpretación de *πρόκορμος* entendido como *πρωτόκοσμος* ya fue puesta en duda por A. Maiuri²⁹, y posteriormente por Guarducci³⁰, quien, adu-

²⁵ I.C. III. VI. N. 7. A. 3 y N. 8. 8s, Preso, inscripciones de principios del s. III a.C., *ibid.* IV. N. 20. A. 5, Itano, del 200-210 d.C., y en una inscripción de Hierapitna del 200-250 d.C. encontrada recientemente, *SEG XXXII*, 1982, N. 872. 9 (=ed. pr. K. Davaras, *AE* 1980 [1982] pp. 19-21). Sobre este substantivo se forma en época imperial el denominativo *πρωτοκοσμίω*, documentado en Creta Oriental (*SEG XXXII*, 1982, N. 869. 9, Hierapitna, s. II d.C.) y en Creta Central (I.C. I. XVIII. N. 11. 3s, Lito, s. II o III d.C.)

²⁶ En Gortina, en I.C. IV. N. 416. d. 6, s. I a.C.; N. 293. 9s, finales s.I a.C. o s.I d.C.; N. 294.2, s.I d.C.; N.300. A.6s, s.II d.C.; N.309.3 y N.311.2, s.II o III d.C.; y N.447.4 (?), época imperial. en el resto de Creta Central, en I.C. I. V.N.9.9 y N.20.B.5, Arcades, primera época imperial; *ibid.* XVIII, Lito, N.16.9, s.I d.C., N.18.9, N.19.10, N.20.3, N.21.10, N.22.9s, N.23.12s, N.24.7s, N.25.8s, N.26. 9, N.27.11, N.28.6s, N.29.10s, N.30.11s, N.31.9, N.32.11, N.33.9s, N.34.7s, N.35.6s, N.36.3, N.37.6, N.38.3, N.39.10, N.40.5, N.41.9, N.42.10s, n.43.5, N.45.6, N.46.6, N.49.2, N.50.4s, N.55.4, N.56.5, todos del s.II d.C.; *ibid.* XXII. N. 15.9. (?), Olunte, s.II d.C.; e *ibid.* XXIV. N.5.7, Prianso, s.I d.C.

²⁷ Cf. GUARDUCCI, *ad loc.*

²⁸ *Estudio sobre las preposiciones en el dialecto cretense*, pp. 555s.

²⁹ «*πρόκορμος* non va certo con *πρωτόκοσμος*, come par che pensi il Blass, ma starà a *κόρμος*, come in qualche modo, *πρόδικος* sta a *δικαστής*. È dunque chi fa le veci del *κόρμος*...» («Il calendario cretense», *Rendiconti della Reale Accademia dei Lincei* 19, 1910, p. 116 n.1).

³⁰ I.C. IV. N. 235, *ad loc.* Cf. además M. BILE, *op. cit.*, p. 338.

ciendo el empleo en Gortina en la época más antigua de *πρό* con el valor de *ἀντί* al que nos referiremos a continuación, sugiere correctamente que el término designa a una persona (quizás un magistrado) que en la manumisión de la esclava hace las veces del presidente de los cosmos.

8. Este valor secundario de *προ-* «en lugar de», documentado en la preposición y en el prefijo, se crea a partir del sentido originario «delante de», cuando éste se aplica a una persona que está delante de otra con la idea de ocupar su lugar o ser su sustituto. Esta significación de *πρό* ha sido atestiguada en micénico en el compuesto *po-ro-ko-re-te-re*, que señala al funcionario que hace las veces del *ko-re-te-re* (*pro-koretere* = «vice-»)³¹. Se presenta además en griego en el compuesto *προβασιλεύς*, utilizado en una pequeña inscripción de Argos del s. V-IV a.C. recientemente descubierta³², en *προβοσκός* «pastor subordinado», «ayudante de pastor» (Hdt. 1.113.2), *προσποδότης* «el que hace las veces del vendedor», «substituto del vendedor», «garante»³³, término cuyo empleo ha sido señalado en textos delficos, locrios y etolios de manumisión del s. II a.C., con el que se relaciona el verbo *προσποδίδωμι* significando «actuar de garante» en la liberación de un esclavo (Delfos, s. II a.C.)³⁴, *πρόμαντις* y *πρόξενος*³⁵ (= «aquél que hace las veces de huésped»).

En giros prepositivos, donde *προ-* se emplea con nombre de persona en genitivo, ha sido documentada en Heródoto, en la lengua de la tragedia, y en inscripciones cretenses de Gortina como veremos a continuación. Por ejemplo, Hdt. 1.152 *εἴλοντο πρό πάντων λέγειν τὸν Φω-*

³¹ Sobre estos términos, *vid.* comentario en M. LINDGREN, *The People of Pylos*, Upsala 1973, vol. II pp. 85s, que recoge las interpretaciones propuestas, y más recientemente F. AURA JORRO-F.R. ADRADOS, *Diccionario Micénico*, Madrid 1985, vol. I s.v. *ko-re-te*. Véase también M.S. RUIPÉREZ, «*ko-re-te-re* et *po-ro-ko-re-te-re* à Pylos. Remarques sur l'organisation militaire mycénienne», *Etudes Mycéniennes. Actes du colloque international sur les textes mycéniennes*, París 1956, pp. 105-120.

³² C.B. KRITZAS, «Κατάλογος πεσόντων από το Άργος», en Στήλη. Τόμος εις μνήμην Ν. Κοντολέοντος (Stele. Homenaje a N. Kontoleon), Atenas 1980, pp. 497-510. Para el valor propuesto, cf. además A. MORPURGO DAVIES, «Mycenaean and Greek Prepositions: o-pi, e-pi, etc.», *Res Mycenaee*, Gotinga 1983, p. 285 n.9.

³³ Cf., p. ej., M. GUARDUCCI, *Epigrafia Greca* vol. III, Roma 1974, p. 283 n. 1. *Vid.* además *LSJ*, en *Supplement* s.v.

³⁴ Véase, p. ej., *LSJ*, *Supplement* s.v. *προσποδίδωμι*.

³⁵ Para estos dos últimos términos, cf., p. ej., CHANTRAINE, *Dict. étym.* s.v. *πρό*.

καίεα ; Sófocles, *Edipo Rey* 9s ἐπεὶ πρέπων ἔφυς¹ πρό τῶνδε φωνεῖν, etc.

Nos encontramos, por tanto, ante un empleo muy antiguo de πρό, ya documentado en composición en el griego del II milenio y que después ha perdurado en algunos lugares. Se trata de un valor de πρό que tiene paralelos en otras lenguas indoeuropeas³⁶. En latín, por ejemplo, se encuentra en los giros prepositivos *pro consule* y *pro praetore*, de los que se originan por hipóstasis los compuestos *proconsul* y *propraetor*.

En griego este significado de πρό desaparece a partir de la *koiné*, y a ello se debe que en la traducción giega de los nombres latinos que presentan el prefijo *pro-* se extienda en todas partes el prefijo ἀντι-. En Creta, por ejemplo, se utilizan con frecuencia en las inscripciones tardías los términos ἀνθ-ύπατος³⁷ (= lat. *pro-convul*) y ἀντι-στράτηγος³⁸ (= lat. *pro-praetor*).

9. En cuanto al cretense, este valor de πρό es bien conocido en giros prepositivos en la lengua legislativa de Gortina.

Ha sido encontrado en cuatro ocasiones en inscripciones de la primera mitad del s.V. a.C. Se trata de los ejemplos siguientes:

³⁶ Cf., p. ej., K. BRUGMANN, *Grundriss der vergleichenden Grammatik der idg. Sprachen. II. Lehre von den Wortformen und ihrem Gebrauch*. 2, Berlín 1967 (= Estrasburgo 1911²), p. 876.

³⁷ I.C. I. V.N.20.B.4s, Arcades, primera época imperial; *ibid.* XVII. N.40.b.4s (?), Lebena, primera época imperial; *ibid.* XVIII. N.44.2, Lito, s.II d.C. En Gortina, en I.C.IV. N.327.4, segunda parte del s.I a.C.; *ibid.* N.329.2, s.I a.C.; N.200.5 y 11, y N.294.1, s.I d.C.; *ibid.* N.296.5, N.297.3, N.299.4 y N.301.3, s.II d.C.; *ibid.* N.314.3 y N.320.3, s.IV d.C.; *ibid.* n.460.2, s.VI d.C., y *SEG*, XXVIII 1978, Amsterdam 1982, N.738.7, 98-117 d.C. (= G. MANGANARO, «Epigrafia e istituzioni di Creta», *Antichità Cretesi. Studi in onore di Doro Levi*, Catania 1973-74, Vol. II, pp. 39-41). En Creta Occidental, en I.C. II.VI.N.2.4, Cantano, s.I d.C.; e *ibid.* XII. N.29.4, Eleuterna, 209-210 d.C. En Creta Oriental ha sido atestiguado recientemente en una inscripción de Hierapitna del s.II d.C., *SEG* XXXII 1982, Amsterdam 1985, N.869. 8-9 (=ed. pr. K. Davaras, *AE* 1980 [1982] pp. 1-8).

³⁸ En Gortina, en I.C. IV.N.296.9, N.297.7, N.302.3, s.II d.C.; e *ibid.* N.306.A.4, segunda mitad del s.II d.C. o primera mitad del s.III d.C. En Creta Oriental, en I.C.III.III.N.21.5, Hierapitna, s.II d.C. En el resto de Creta Central y en Creta Occidental no aparece.

a) ἀποδεικσάπῶ... ἔ αὐτὸς ἔ ἄλος πρὸ τούτῳ (Leg. Gort. I. 24-44) «le mostrará ... él mismo u otro en su lugar».

b) ἄλλον πρὸ τούτῳ ἐνεκ[υ]ράδδου[π]α (I.C. IV. N. 75. C. 6-7) «otro podrá embargar en su lugar», referido a uno que no puede ir a hacer un embargo debido a su avanzada edad o a cualquier otro motivo (cf. *ibid.* 3-6 αἱ κά τις πλεῖγυς ἔι ἔ ἄλῶς μῆ ννατὸς ἔι ἔρπεν [ἔκ]α δεεῖ ἐνεκυριάδδεν

c) [- c.6 1.-] γ τὸν κάρικα ῥιττενάδε ἐν ταῖδ (δέκα παρεμῆν ἔ αὐτὸνς ἔ ἄλλοις πρὸ [τούτῳ]) «el heraldo [ordenará] a éstos que se presenten en Ricena, en el plazo de diez días, ellos mismos u otros en su lugar», frase, perteneciente a un tratado entre Gortina y Ricena, en la que se hace referencia a los gortinios que deben presentarse a juicio ante la asamblea de los ricenios para responder de ciertas acusaciones.

d) ὅτι δὲ κ' αὐτὸς πρὸ φιαυτι ὄ (sc. ἀμάρτη) «las faltas que cometa por sí mismo», lit. «haciendo las veces de sí mismo», donde se alude a un esclavo ofrecido por su dueño a un acreedor en garantía de una deuda. En la inscripción se hace una distinción entre las faltas en las que el esclavo actúa por su propia cuenta, como se señala en la frase mencionada, y las faltas que comete el esclavo obedeciendo órdenes del que lo ha tomado como garantía (*ibid.* 3-5, ὅτι μὲν κια κατταθεμένῳ κελομένῳ ἀμάρτη), donde obviamente se entiende que actúa haciendo las veces del acreedor.

Además ha sido atestiguado en una inscripción del s. II a.C. en la frase [ὁ δ' ἀδικιόμενος] ἢ ἄλλος πρὸ τῷ ἀδικιομένῳ πευθέτω τοῖς κόρμοις (?)] (*SEG*, XXIII, 1968, N. 589. 16-17 = K. Davaras, *Ἀρχ. Δελτ.* 18, 1963, pp. 141-152, N. 1) «el perjudicado u otro en lugar del perjudicado presentará una denuncia ante los cosmos».

Por consiguiente, este antiguo uso de la preposición *πρὸ*, poco extendido en el griego del I milenio, se mantiene vivo en Gortina desde el s. V a.C. hasta el S. II a.C. como un arcaísmo de la lengua legislativa. En este sentido téngase en cuenta que el compuesto *πρόκορμος*, que, como se ha señalado ha sido encontrado en un documento de Gortina del S. II a.C., pertenece a la terminología técnica de la burocracia gortinense.

No es, pues, de extrañar que en Gortina, ante la necesidad de tener que crear un compuesto técnico de la lengua de cancillería para expresar

la idea específica de un funcionario supeditado a los *kosmos* que en determinadas ocasiones desempeñaba funciones propias de éstos, se recurriera a un empleo del prefijo *προ-* que les era especialmente conocido en giros prepositivos.

10. Por lo demás, el procedimiento de formar compuestos con el sustantivo *κόσμος* en el segundo miembro se muestra especialmente productivo en la lengua legislativa cretense, como demuestran algunos compuestos de este tipo, a saber:

a) *ἀπό-κόσμος*, un *hárax* que se encuentra en Axo en una prescripción sagrada de finales del s. IV a. c., *Αἴ τις τᾶν νῦν κοσμιόβητων ἢ ἀπό-κόσμος τὰ [πάμ]ατα ἢ ἄλλῃ θεῖη τὰν ἱερῆσαν*³⁹ (G. Manganaro, *Historia* 15, 1966, pp. 11-18, texto N. 1 líneas 13-14 = *SEG*, XXII, 1968, N. 566, 13s), «Si alguno de los cosmos en el desempeño de su cargo o un cosmo ya designado dedica a los animales o la víctima de modo diferente...» Se ha señalado que el término *ἀπό-κόσμος* se refiere a los que han sido designados como cosmos entrantes antes de la salida del cargo de los cosmos del año, esto es, al cosmo designado que aún no está en el desempeño de sus funciones⁴⁰. Este significado se basa en la fuerza privativa del prefijo *ἀπο-* por la que se expresa la exclusión provisional de cierto estado. Un valor similar se atribuye a *ἀπο-* en *ἀπόδρομος*, compuesto que designa al joven que todavía es excluido de los *δρόμοι* o gimnasios públicos (=menor de edad), frente al término simple *δρομείς* para designar al varón que participa en los ejercicios del gimnasio público (= mayor de edad), en *ἀπάγγελος*, compuesto con el que se indica al muchacho que todavía no tiene acceso a las corporaciones llamadas *ἀγέλαι* frente al término simple *ἀγελάος* para referirse al joven que es miembro de una *ἀγέλη*.

b) *σύν-κόσμος* «colega de un cosmo», o «miembro del colegio de los cosmos», utilizado en Preso en dos decretos de principios del s. III a.C., uno redactado en dialecto cretense mezclado con formas de la *koiné*, *ἐπὶ .. ἰδίου πρωτοκόσμου καὶ τῶν ἄλλων συνκόσμων* (I.C. III. VI. N. 7.

³⁹ *τὰ [πάμ]ατα*, conjetura propuesta como probable por el primer editor de la inscripción, G. Manganaro, que en el texto adoptado presenta TA [...]IA (art. cit. pp. 11 y 14)

⁴⁰ Cf., p.ej., G. MANGANARO, art. cit., p. 16 y M. BILE, op. cit. p. 274..

A. 3) «en época del presidente de los cosmos... y de sus demás colegas del colegio de los cosmos», y otro redactado en dialecto ático, ἐπι πρῶ|τοκόσμου Ἀλκαίου τοῦ Κλητιωνίου καὶ τῶν ἄλλων συνκόσμων φυλάς Φαρκαρίδος (I.C. III. VI. N. 8.8-12) «en época del presidente de los cosmos Alceo hijo de Cletónimo y de sus demás colegas del colegio de los cosmos de la tribu Farcáride».

c) el mencionado término *πρωτόκοσμος* que designa «el presidente de los cosmos».

11. Y ahora es necesario hacer algunas consideraciones sobre el empleo de *πρόκοσμος* en nuestro texto de manumisión. El documento recoge los datos referentes a las personas y circunstancias que confieren validez al acto de la manumisión. Se mencionan mediante una indicación expresa del nombre propio y del patronímico:

a) el funcionario epónimo local, esto es, el presidente de los cosmos, para datar el documento (línea 1 [ἐπι] Ἀντιφάτα τῷ Κύδαντος).

b) las dos partes particulares interesadas en el proceso, es decir, la esclava liberada (línea 2 [Μαστῶι Σώσιος) y el amo que le concedió la libertad (líneas 5-6 πῶ ἀπολαγάσαντος Ῥανίῳ τῷ Δαμάριος).

c) el tesorero del Estado encargado de cobrar la tasa de manumisión a la sierva liberada (líneas 6-7 ὁ ταμίης Ῥάγιος Σοάρχω).

d) el *prokosmos*, funcionario público que actuaba en representación de los cosmos en el procedimiento de la manumisión (líneas 8-9 πρόκοσμος| Βλαρυθένης Σαμαγόρα).

Se indica además la cantidad de la contribución pagada por la sierva al erario público, la forma en la que ésta se realizó (esto es, la contribución se paga al tesorero en presencia del amo liberador que actúa como testigo), y la fecha (mes y día) en la que ésta se hizo efectiva.

Dado que, como parece evidente, el tesorero aquí se limita sólo a cobrar el impuesto correspondiente y la indicación del nombre de este funcionario en nuestro documento escrito se hace a modo de justificación o comprobante del pago de la tasa por parte de la sierva manumitida, se puede observar que sobre el *prokosmos* recae una parte no desdeñable de las atribuciones otorgadas al Estado por las que éste garantiza la regularidad en el procedimiento de la manumisión de particulares. Pues, cierta-

mente, si en nuestro acto de manumisión hubiera desempeñado un papel significativo otro funcionario aparte de los indicados, esta circunstancia se habría recogido en el documento escrito.

Por tanto, el término *πρόκορμος* designa en los actos civiles de manumisión gortinenses del s. II a.C. a cierto funcionario dependiente del colegio de los cosmos que actuaba en representación de éstos en la manumisión de los esclavos de particulares.

El intento por ir más allá en la delimitación de sus funciones puede resultar vano a la luz de los testimonios de que disponemos. Los restantes decretos cretenses de manumisión conservados, seis inscripciones de Gortina de los siglos III y II a.C.⁴¹, aportan poco sobre los detalles del procedimiento de la manumisión debido fundamentalmente al reducido número de documentos encontrados y al estado fragmentario en que se encuentra la mayor parte de ellos. No obstante, si el empleo de la fórmula *πρόκορμος* NP al final del texto guarda relación con cierto formulismo observado a veces en la estructura de los documentos públicos cretenses del período helenístico por el que se suele nombrar al final del texto al secretario de los cosmos⁴² (*κόσμων μνάμων* NP, en Gortina: *γραμματεὺς* NP, en otros lugares), podría pensarse que el *prokosmos* desempeña, entre otras funciones, las propias de un secretario. En todo caso, a juzgar por un texto de manumisión gortinense bastante mutilado del S. III a.C. referente a esclavos públicos⁴³, parece cierto que en los actos de manumi-

⁴¹ I.C.IV.231,232,233,234 y 236.

⁴² Así, en Gortina en dos inscripciones del s.II a.C., I.C.IV.N.260.5 *κόσμων μνάμων Διονυσιοκλήης Ἀρτέμωνος* e *ibid.* N.261.7-8 *κόρμων μνάμων* |-- Ἦνανπίωνος y probablemente *ibid.* N.259.10-11 *Κυδανς Νεμονήω* (cf. Guarducci, *ad loc.*) título gortinense aproximadamente de la primera mitad del s.II a.C.; en Lato en varias inscripciones del s.II a.c., I.C.I.XVI.N.25.8-9 *γραμ<μ>ατέος Λαμάρω τῷ Θεοδότῳ*, *ibid.* N.29.8-9 *[γραμ]/ματεὺς Δαμοκάρτης*---, *ibid.* N.31.12-13 *γραμ/ματεὺς Πολύτιμος Ἀνδρόλα*, *ibid.* N.32.6-7 *[γραμματαέος] Μνάστωίος τῷ Μναστοκλείος*---

⁴³ I.C.IV.N.231.4-6, *αἱ δὲ τις τίνα τούτων καταδωοῖ| ἢ μνάμων ἐπιδέξαιτο, αὐτόν τε κατάρτοι| ἡμεν καὶ (γ)ἄν εὐκάρπιαν μὴ φέρει* «Si alguien intenta someter de nuevo a la esclavitud a un esclavo liberado, de manera que el secretario de los cosmos admita el proceso, que sea objeto de maldición y que la tierra no le produzca buena cosecha», donde incorporo al texto adoptado por Guarducci varias restituciones probables que Guarducci recoge en el aparato crítico.

sión gortinenses del período helenístico el secretario de los cosmos tenía encomendadas ciertas funciones.

La traducción de nuestro documento queda así:

«Durante el cosmotado de Antífatas, hijo de Cidante, la liberta Masto, hija de Sosis, tras ser liberada pagó al Estado treinta y cinco dracmas en presencia de su manumisor, Ranio, hijo de Dámares, todo de acuerdo con la ley. El tesorero del Estado, Rano, hijo de Soarco, cobró el tributo en el día décimo tercero de mes Carneio. Fue vicecosmo Barístenes hijo de Samágoras».

12. Como resumen, podemos decir que el significado de «presidente de los cosmos» dado a veces al *háραx* cretense *πρόκορμος* y recogido en el *LSJ* resulta inadmisibles si se examina con detalle el contexto de la inscripción en la que aparece. Un estudio del término, con especial atención al valor del prefijo *προ-* sobre el que se basa fundamentalmente el significado de la palabra, y un examen atento de la estructura del documento donde se emplea, un acta de manumisión de Gortina del s. III a.C., permite deducir claramente que con este término técnico cretense se designa, en la lengua de cancillería gortinense del período helenístico, a cierto funcionario dependiente del colegio de los cosmos que actúa en representación de éstos en determinados actos civiles, como en el caso que nos ocupa en la manumisión de esclavos de particulares. Una mayor delimitación de sus funciones no es segura a la vista de los testimonios existentes, pero se puede aventurar con cierta lógica por la estructura del documento que este funcionario ejercía funciones propias de un secretario de los cosmos.

Por lo demás, se observa cómo el cretense, ante la necesidad de crear este nuevo término que responda a una realidad existente en el ámbito de la administración, se sirve de elementos lingüísticos que le son bien conocidos en la lengua de cancillería, como la formación de palabras presentando el sustantivo *κόσμος* en el segundo miembro (*ἀπό-κόσμος*, *σύν-κόσμος*, *πρωτό-κόσμος*) y el empleo del antiguo valor de *πρό-* «en lugar de» usado en giros prepositivos en Gortina desde el s.V al s. II a.C.

Esta interpretación sobre el sentido de *πρόκορμος* no sólo resuelve el problema de la palabra y nos permite entender mejor el contenido del

documento, sino que además supone una pequeña aportación al conocimiento del vocabulario de cancillería cretense y al de las instituciones por él designadas. El estudio del término nos proporciona una interesante información sobre el procedimiento seguido en la manumisión de particulares donde se requiere para la formalización del acto la presencia del *prokosmos*.

EL MITO DEL DRAMA SATÍRICO

ANTONIO MELERO

Universitat de Valencia

SUMMARY

On the basis of Aristotle's statement in the Poetics about the origin of Tragedy from the satyric spirit, the author examines the themes, plots, style and diction of Satyr-Play in order to define more accurately the existing relationships between the two dramatic genres especially in the treatment of the traditional myth. As a result one may say that beneath its apparent comicity, greek Satyr-Play has a ethical seriousness which can be perceived in the remaining fragments.

1.1. En un conocido pasaje de la *Poética*,¹ al tratar del origen de la tragedia, Aristóteles afirma que ésta tardó en completar la evolución que la

¹ 4,1449a, 9 γενομένη δ' οὖν ἀπ' ἀχῆς αὐτοσχεδιαστικῆς καὶ αὐτῆ καὶ ἡ κωμῳδία, κατὰ μικρὸν ἠξήθη, προαγόντων ὅσων ἐγένετο φανερόν αὐτῆς, καὶ πολλὰς μεταβολὰς μεταβαλοῦσα ἡ τραγωδία ἐπαύσατο, ἐπεὶ ἔσχε τὴν ἑαυτῆς φύσιν... ἔτι δὲ τὸ μέγεθος ἐκ μικρῶν μύθων καὶ λέξεως γελοίας διὰ ἐκ τοῦ σατυρικοῦ μεταβαλεῖν ὀψέ ἀπεσεμνύθη, τό τε μέτρον ἐκ τετραμέτρου λαμβεῖον ἐγένετο τὸ μὲν γὰρ πρῶτον τετραμέτρῳ ἐχρῶντο διὰ τὸ σατυρικὴν καὶ ὀρηστικωτέραν εἶναι τὴν ποίησιν

llevó a la gravedad y dignidad que le eran propias desde sus humildes orígenes de representación improvisada de «pequeños mitos», «dicción ridícula» y «ritmo trocaico propio de una poesía apta para la danza y adecuada al espíritu satírico». Sin afirmar, pues, que la tragedia proceda del drama satírico, Aristóteles reconocía una cierta afinidad entre la tragedia primitiva y el «espíritu de los sátiros» (τὸ σατυρικόν), tal como se manifestaba aún en su tiempo en determinados géneros literarios, entre los cuales, sin duda, debía contarse el drama satírico.

Vale la pena que examinemos, a la luz de nuestros conocimientos actuales del género, esta afirmación aristotélica para aquilatar el valor de la misma.

1.2. La primera cuestión y, sin duda, la más difícil de responder es la de qué entendía Aristóteles por «espíritu satírico». Sin duda que σατυρικόν no designa el drama satírico como género dramático, sino un concepto más amplio, un tono, un modo de entender y representar la realidad que, a los ojos de los griegos, era propio de esos extraños espíritus que conocemos como sátiros². Era, sin duda, la presencia obligada del coro de sátiros la que imponía la primera condición al tratamiento del mito satírico, aunque no conocemos bien cuáles eran las libertades que, en la elección de aquél, los tragediógrafos se concedían.

1.3. De un lado, observamos que el tratamiento del mito en el drama satírico es menos prolijo que en la tragedia. Como veremos, existe una tendencia constatable a desarrollar ciertos motivos y esquemas de acción típicos. Obsevamos también que el conflicto escénico, con su «happy end» característico, se resuelve en un tiempo menor que el de la tragedia. Ningún drama de los que tenemos noticias presenta mitos de la amplitud temporal y espacial de una *Orestia* o tramas tan elaboradas como las de un *Edipo Rey*, o desarrollos tan sostenidos como los de unas *Troyanas* o *Bacantes*. El mito elegido debía permitir la incorporación, sin excesiva violencia, del coro de sátiros, con Sileno a la cabeza, y la elaboración de un esquema argumental escenificable en un tiempo bastante inferior al de la tragedia.³ Todo ello afectaba al μέγεθος del género y justifica la calificación de Aristóteles de «pequeños mitos».

² Para un análisis el término σατυρικόν vid. Q. CATAUDELLA, «Satyricon» *Acti I Cong. Intern. sul dramma antico, Dioniso*, 39 (1965) pp. 158 ss.

³ Alrededor de unos 800 vv. Cf. D. F. SUTTON, *The Greek Satyr-Play*, Meisenheim am Glan, 1980, pp. 104-7.

1.4 Pero, dicho esto, en principio, ningún mito quedaba, a priori, excluido de un posible tratamiento satírico⁴. A lo sumo, algunos títulos de obras, cuya filiación genérica desconocemos, pueden parecernos más adecuados para el drama satírico que para la tragedia⁵. Así, por ejemplo, de las dos obras intitoladas *Glauco* que Esquilo escribiera, el *Glauco Pontio* parece, en opinión de Sutton⁶, más apropiado para un drama de sátiros que para una tragedia. El mito sobre el que se basaba la obra nos es conocido por diversas fuentes⁷: Glauco, un pescador de Antedón, observó un buen día que una determinada hierba poseía la virtud de devolver a la vida los peces que había atrapado. Él mismo comió la hierba y se hizo inmortal, convirtiéndose en un afamado oráculo local. Resulta, efectivamente, difícil deducir de ello una trama argumental para una tragedia, mientras que, por el contrario, el mito contiene *in nuce* algunos motivos característicos del drama satírico⁸ y terminaba con un final feliz. Más allá no es posible ir en la reconstrucción de la obra, pero un fragmento papiáceo⁹ perteneciente a ella, nos muestra a un vaquero local intentando convencer a su auditorio de que el milagro que acaba de presenciar no ha sido una ilusión de sus ojos. La situación y el estilo invitan a identificar al vaquero con sileno y a su auditorio con el coro de sátiros. Muy probablemente este *Glauco Pontio* formaba parte de la tetralogía en que también se representó el *Glauco de Potnia*.

1.5. El ejemplo presentado nos invita a examinar la relación existente entre el mito del drama satírico y el de las tragedias de la trilogía precedente. No es necesario decir que en muchos casos, dada la falta de infor-

⁴ En algún caso es posible que un tema originalmente satírico pasara a la tragedia. Tal pudo ser el caso de *Prometeo* de Esquilo. En otros muchos casos observamos que tragedia y drama satírico trataron los mismos temas, si bien el tratamiento debía ser diferente en cada género. En el caso del drama satírico se ha hablado de «travestismo mítico». Cf. P. GUGGISBERG., *Das Satyrspiel*, Zurich, 1947 pp. 44s. Para un ejemplo muy concreto de parodia satírica, vid. mi trabajo «La muerte de Encélado: una parodia satírica» en *Apophoreta Philologica Emmanuelli Galiano... oblata, EClás.* 87 (1984) pp. 159-66.

⁵ Un examen crítico de los testimonios y fragmentos recogidos por V. STEFFEN en sus *Satyrographorum Graecorum Fragmenta* (Poznan, 1952) en D. F. SUTTON «A Handlist of satyr-Plays», *Revist. di Stud. Class.* 22, 1974 pp. 176-84.

⁶ *Greek Satyr-Play*, p. 22.

⁷ Pausanias XI. 226; Serv. *ad Eneid.* V. 825

⁸ Especialmente el motivo del *tépas*.

⁹ pap. Oxy. 18.2159.

mación, resulta imposible establecer cualquier tipo de relación. Pero en otros casos la situación es más favorable y permite extraer, con algunas cautelas, ciertas conclusiones¹⁰.

Se ha observado que algunos dramas satíricos comportan esquemas de acción muy semejantes a los de las tragedias correspondientes. Veamos algunos ejemplos.

Sabemos que Esquilo hizo representar *Amimone* como colofón satírico de su trilogía sobre las *Danaides*, que escenificaba la huida de las doncellas a Argos, donde encuentran refugio y protección contra los hijos de Egipto. *Amimone* tocaba un aspecto marginal del mito¹¹: Posidón, encolerizado con Ínaco, hizo que todos los manantiales de Argos se secaran. Dánao, confortablemente instalado ya en la región, tras las angustiosas aventuras de la trilogía precedente, envía a su hija Amimone a buscar agua. En el camino ésta disparó un dardo contra un ciervo, pero marró el tiro e hirió accidentalmente a un sátiro mientras dormía. Este intentó raptarla y forzarla a casarse con él. Empavorecida suplicó a Posidón, que se hizo presente y puso en fuga al sátiro. Agradecida, Amimone se entregó al dios y de esa unión nació Nauplio. Cuando, por mandato del dios, levantó el tridente que había dejado clavado en una roca, brotó milagrosamente la fuente de Lerna. Entre las *Suplicantes*, la única obra de la trilogía que nos ha llegado completa, y *Amimone* es posible descubrir numerosas acciones paralelas. La invocación a Posidón del drama satírico encuentra un correlato próximo en la famosa súplica a Zeus de la tragedia (vv. 524 ss.) La escena de acoso sexual de las infelices hijas de Dánao, a la que sólo pone fin la intervención de Pelasgo, el rey de Argos, encuentra su réplica en el ataque de los sátiros a Amimone, y la subsiguiente intervención de Posidón. Por todo ello es difícil sustraerse a la idea de que, en la repetición de esas escenas, no se diera expresión, si no a una parodia propiamente dicha, al menos, a una recreación tranquilizadora y humorística de la violencia trágica. E, incluso, como sugiere Chormuziades¹², el

¹⁰ Para esta cuestión vid. D. F. SUTTON, *Greek Satyr-Play*, pp. 134 ss. Chourmuziades, *ΣΑΤΥΡΙΚΑ*, Atenas, 1984, pp. 24ss.

¹¹ Cf. Apolod. *Biblioth.* II 1,4; Higinio *Fab.* 169 y 169a. Para reconstrucción de posibles escenas a partir de las representaciones vasculares vid. F. BROMMER, *Satyrspiel. Bilder griechischer Vasen*, Berlín, 1959.

¹² *Op. cit.* pp. 30s.

drama satírico, con la unión amorosa y el reconocimiento de la necesidad física que ello implica, pondría un cierre adecuado a la trilogía. Muy probablemente la trilogía (*Suplicantes, Egipcios, Danaidas*) se cerraba, muy al modo de Esquilo, con una reconciliación en que las jóvenes doncellas se sometían a la ley física, uniéndose a un grupo de jóvenes argivos.

En el drama satírico, Amimone repetía, en cierto modo, el proceder de su hermana Hipermestra y resumía también la conducta de las demás doncellas que pasaban de un rechazo histérico —de una *ἔβρις* en el lenguaje trágico— de la idea de matrimonio a una reconciliación con la naturaleza y sus exigencias. El drama satírico recreaba, así, el esquema dramático en un ambiente dominado por los sátiros. Vemos, pues, cómo satirizaban los poetas trágicos los temas de sus tragedias, repitiendo, sin embargo, los esquemas y tramas de las mismas.

La *Esfinge*, representada en el 467, como cierre de la trilogía tebana (*Layo, Edipo, Siete*), trataba un episodio marginal de la primera tragedia o del intervalo entre la primera y la segunda obra. El drama resumía muy probablemente, de acuerdo con las convenciones del género, todas las referencias a *τέρατα* de la trilogía, sin descartar incluso la propia presencia de la esfinge en escena¹³. Una crátera de Magna Grecia representa a una esfinge y frente a ella a un viejo sátiro mostrándole en su mano un pájaro muerto¹⁴. La fábula esópica del impío que quiso poner a prueba al oráculo délfico, preguntándole si lo que guardaba bajo la axila estaba vivo o muerto, nos ilustra sobre el sentido de la escena. Muy probablemente en el drama los sátiros se enfrentaban a la Esfinge con sus propias armas, hasta que el monstruo descubría el engaño y se aprestaba a matarlos. En ese momento intervendría Edipo que derrotaba a la Esfinge y seguía probablemente la celebración de la dobe victoria y, quizá, la boda de Edipo y Yocasta, que le era ofrecido como recompensa. Así se proporcionaba el elemento erótico tan característico del drama satírico. En cualquier caso, el mito y los personajes de la *Esfinge* muestran que el paso de un héroe trágico de una atmósfera de dolor y angustia al ambiente festivo del drama satírico no era cosa inusual y se hacía sin gran violencia. Por ello son tan frecuentes en las tetralogías contrastes como los comentados. El pro-

¹³ Cf. SUTTON, *op. cit.* 28s.

¹⁴ Una semejante se conserva en Madrid, en el Museo del Prado, que muestra también a un sátiro enfrentado a una esfinge. Vid. BROMMER, *op. cit.* catálogo.

pio Esquilo cerró su *Licurga* (*Bássares, Edonios Jovencillos*) con un *Licurgo* satírico, en el que, de nuevo, un tema marginal —el apresamiento de los sátiros y su posterior liberación por el dios— duplica festivamente el tema central de la trilogía.

1.6. No era necesario, sin embargo, que el drama satírico tratara el mismo mito que la tragedia. Bastaba que el espectador percibiera la relación estructural entre las obras. Así, Sutton ha llamado la atención sobre el paralelismo existente entre los *Rastreadores* y el *Ajax*, y, más convincentemente, entre el *Cíclope* y *Hécuba*¹⁵. En estas dos últimas obras la situación general es la misma: un personaje monstruoso es cegado por su víctima anterior. En ambos casos también, éste personaje ha traicionado una relación de confianza, porque prefiere explícitamente la vileza a una vida civilizada, regida por el *nómos*. Las concordancias van más allá de lo temático y es posible señalar coincidencias estructurales y de dicción. El parecido es tal que, dejando a un lado el hecho de que Poliméstor sea un personaje inventado por Eurípides, cuyo nombre y caracterización parecen modelados sobre el Cíclope, hace pensar que entre las dos obras existiría una relación de parodia, como la señalada entre *Amimone* y las *Danaides*.

2.1. Veamos ahora qué base tiene la afirmación de Aristóteles de que la dicción satírica «movía a la risa». Desde el punto de vista de su caracterización escénica los sátiras son personajes muy bien definidos. Seres salvajes, selváticos, apartados de la civilización de la ciudad y frecuentemente enfrentados a las normas de la misma; habituales acompañantes de Dioniso, el dios al que criaron en compañía de las ninfas; lascivos, cobardes, irreflexivos, fanfarrones, traidores. Esclavos frecuentemente de algún monstruo u ogro que los hace víctimas de vejaciones o bien explota sus habilidades domésticas o pastoriles. Asociados, por necesidades del género dramático, a algún lance heroico, esta fauna, bulliciosa, equina y, a la par, desproporcionadamente humana en sus atributos sexuales, estaba siempre presta a embarcarse en cualquier empresa bélica o deportiva, para poner rápidamente pies en polvorosa y abandonar sin ningún rubor a su ocasional amigo o aliado, a la menor amenaza de peligro. Los sátiros en la escena ática encarnaban todos los vicios de un sistema moral basado, como es bien sabido, en el ideal de la *kalokagathía*. El sátiro es, en

¹⁵ *The date of Euripides' Cyclops*, Ann Arbor, 1974.

cierto sentido, el reverso exacto del héroe, cuyas virtudes, por contraste, resalta¹⁶. Y, sin embargo, la lengua en que tan indeseable fauna se expresa es de una considerable circunspección. Nada tiene aparentemente que ver su lenguaje con el desenfado y libertad de los coros o héroes cómicos. No suelen ser sus palabras vehículos de obscenidades y grosería. El vicio moral se expresaba en ellos más en sus propósitos y en su libertinaje —frecuentemente frustrados y reprimidos— que en la libertad de una dicción irrefrenada. Parece como si los sátiros, en su trato con los héroes, a los que habitualmente aparecen asociados, hubieran aprendido algo de sus aristocráticas maneras. La irrefrenable chusma del bosque aprendió a moderar, al menos, su lengua en el altar de Dioniso. Para poder entender esta aparente contradicción y comprender mejor algunas de las características de lo que he llamado satirización del mito, debemos preguntarnos, siquiera sea de pasada, por el significado de estas figuras de la imaginación popular.

2.2. Hace ya muchos años que Ridgeway intentó dar una interpretación de la figura de los sátiros. Estos seres, al igual que los Centauros, Telquinos y Cíclopes, serían, en su opinión, la representación mitológica que los conquistadores indoeuropeos se formaron de los pueblos sometidos. Los conquistadores miran a los conquistados con una mezcla de odio, aversión y temor, al tiempo. Los vencidos conocen los espíritus de la tierra y saben utilizarlos en su beneficio en prácticas de brujería. Incluso cuando las relaciones entre ambos grupos sociales son pacíficas, los vencedores se sirven de los vencidos como educadores de sus propios hijos, si bien les imputan todo tipo de rasgos perversos y bestiales, acercándolos a figuras animales. Esta visión historicista del folclore griego, tiempo ha desacreditada, ponía, sin embargo, de relieve algunos rasgos de los sátiros, como su capacidad para educar niños, su inventiva en el terreno musical, su lujuria también. Todo ello ha sido explicado de modo más satisfactorio, en mi opinión, por Mannhardt, mediante un estudio comparativo de las creencias en seres salvajes o espíritus del bosque, que se mantienen aún vivas en diferentes pueblos de origen indoeuropeo, especialmente de la Europa Central.

¹⁶ Para un análisis de la ética implícita en el drama satírico, vid. F. LASERRE, «Le drame satyrique», RFIC 101 (1973), pp. 274-301.

Los espíritus del bosque, que se sitúan fuera del espacio civilizado regido por normas humanas y, por tanto, en oposición a ellas, poseen, sin embargo, saberes secretos y conocen las fuerzas de la naturaleza. En unos casos guardan celosamente el secreto de la fabricación del queso y de la mantequilla; en otro, el de la domesticación de animales. Poseen ocasionalmente remedios contra las enfermedades. Y el hombre puede frecuentemente reducirlos gracias al vino o al licor que deja a propósito en un recipiente de leche para que los demonios lo roben. A menudo, estos seres se transforman en espíritus benéficos. Sileno aparece, a veces, calificado como *ἡδιστος δαίμων*, que cuida a los bebés, en ocasiones bebés divinos. En otras ocasiones, como en el *Cíclope*, son los encargados de cuidar del ganado, lo que les confiere un aire pastoril, o atender las tareas domésticas¹⁷.

2.3. Con estos rastros paradójicos se nos presentan los sátiros en la escena ática. Por un lado, paradigmas de animalidad y crudeza; por otro, asociados, muchas veces, a invenciones maravillosas o entregados a la educación y el cuidado de infantes divinos o heroicos. No es ello un invento del teatro griego. Como es bien sabido, en el mito fue Marsias el que recibió la flauta de la diosa Atenea¹⁸, el que inventó la *σῦριγξ* y diversos modos musicales¹⁹ y enseñó la música al propio Olimpo²⁰. En las *Bacantes* (vv.130ss.), en un canto coral que muestra ya indicios de sincretismo religioso, se nos informa que fueron los sátiros los que recibieron el *τύμπανον* de la diosa Rea y lo introdujeron en el culto dionisiaco. Estáfilo, el hijo de Sileno, pasa por haber sido el inventor de la mezcla de vino y agua²¹. Sus capacidades pedagógicas están ampliamente atestiguadas en el drama satírico ático.

3.1. Pues bien, con la presencia obligada de los sátiros, que conferían a la situación mítica un inequívoco sesgo grotesco y con la convenciones en la construcción dramática propias del género, el drama satírico explo-

¹⁷ Para el origen de los sátiros vid. R. SEAFORD, «On the Origins of Satyric Drama», *Maia*, 3, 1979, pp. 209-221 y «Dionysiac Drama and the Dionysiac Mysteries», *CO*, 31, 2, 1981 pp. 252-75.

¹⁸ Apoll. *Biblioth.* 1.4.2.

¹⁹ Aten. 184a.

²⁰ Higino *Fab.* 273.

²¹ Plinio *H.N.* 7.199.

taba, de las ilimitadas posibilidades del mito griego, un reducido repertorio de situaciones, temas, caracterizaciones y elementos típicos, de los que es posible elaborar un sucinto catálogo, cuyas características se explican bien en función de la naturaleza de los sátiros²².

3.2. Un amplio grupo de dramas ponía en escena la destrucción de un conocido ogro o malvado, que asolaba a una región o maltrataba a los viajeros, hasta que finalmente topaban con el héroe de turno que les daba muerte o los sometía. Tal era el tema que trataban *Cerción*, *Circe*, *Proteo*, *Esfinge*, *Recogedores de huesos* (*Ὀστολογοί*) y el llamado *Drama de Dike* de Esquilo. El *Amico*, *Dédalo*, *Epitaenarii*, *Inaco* y *Cedalión*, de Sófocles. *Busiris*, *Cíclope*, *Escirón*, *Síleo* y *Teseo*, de Eurípides. *Hesíone*, de Demetrio y un anónimo *Fórcides*.

Al mismo tipo pertenece otro grupo de dramas que trataban de la destrucción de un renombrado villano como castigo por sus pecados. Tal el *León*, de Esquilo; *Salmoneo*, de Sófocles y *Etón*, de Aqueo.

Es de notar que a estos temas suelen ir asociados una serie de motivos. Por ejemplo, el motivo de la hospitalidad y el abuso u obliteración de sus exigencias. La destrucción del monstruo o villano es presentada frecuentemente como un castigo por traicionar una relación de hospitalidad²³. Igualmente frecuente es el motivo de la esclavitud a que se encuentran sometidos los sátiros o el héroe y de la que naturalmente se liberan mediante la victoria o la huida²⁴. Cuando un personaje femenino interviene en la acción no es infrecuente que se vea sexualmente asaltado bien por los sátiros o por el monstruo o villano de turno. El motivo lo encontramos en *Amimone*, *Pescadores de redes*, *Recogedores de huesos*, *Yambe*, *Cedalión*, *Escirón*, *Iris*, *Dafnis* y *Atalanta*.

Bastantes dramas satíricos implicaban escenas de competiciones atléticas o musicales, bien porque el monstruo desafiara a sus víctimas a competir con él²⁵, el héroe a sus antagonistas²⁶ o simplemente porque la situa-

²² Para una lista completa de temas y motivos vid. GUGGISBERG, *op. cit.* pp. 60ss. Sutton, *op. cit.* pp. 145ss.

²³ Cf. *Cíclope*, *Circe*, *Ostologoi*, *León*, *Yambe*, *Proteo*.

²⁴ *Cíclope*, *Amimone*, *Pescadores de redes* (*ΔΙΚΤΥΟΥΛΚΟΙ*), *Circe*, *Prometeo Pyrkacus*, *Sísifo Drapetes* y *Sísifo Petrokylistes*, *Yambe*, *Rastreadores*, *Euristeo*, *Escirón* y *Teseo*

²⁵ *Síleo*, *Busiris*, *Anteo*.

²⁶ *Ostologoi*

ción dramática la exigía²⁷. Característico de este tema es la proverbial fanfarronería de los sátiros, dispuestos a batirse con todos y con todo, para salir huyendo en cuanto el peligro se aproxima.

Otros dramas giran en torno a los engaños, enredos, ardidés, estratagemas y trampas de bien conocidos embaucadores y trapaceros del mito griego: Ulisis, Sísifo, Autólico, Menelao, sin excluir de la nómina a algunos dioses como Hermes o Dioniso.

Un motivo omnipresente es la presentación de *τέρατα* y *θαύματα*, escenas de magia, milagro o maravilla. En fin, algunos dramas trataban algún episodio de la infancia y crianza de dioses y héroes. Tal las *Trophoi*, de Esquilo; *Amantes de Aquiles*, *Dionisisco*, *Heraclisco*, *Yambe* y *Rastreadores*, de Sófocles; el primer *Autólico*, de Eurípides; el *Lino* de Aqueo y las *Zenos Gonae*, de Timesíteo.

Muy frecuentemente la acción se desarrollaba en el campo o en algún lugar exótico, lo que permitía confrontar las virtudes de la vida civilizada, griega por definición, a la crudeza y zafiedad de las costumbres bárbaras.

Y naturalmente, como exigía su carácter de «tragedia en broma», cuya finalidad principal era el alivio de los espectadores, tras haber asistido a las desdichas de la tragedia, el drama de sátiros acababa siempre con un final feliz²⁸.

3.3. Muchos de estos temas y motivos proceden claramente del folclore y del cuento popular. Y no está de más observar de pasada que tales argumentos debieron ser tan del agrado del público que Eurípides trasvasó a la tragedia sus esquemas habituales, como ya observara Anne Newton Burnett²⁹. *Ifigenia entre los tauros* y *Helena* están construidas según los esquemas habituales de un drama de sátiros. No es difícil descubrir los elementos comunes: la cautividad de la protagonista, sometida a un ogro que mata a los viajeros; el rescate final con la victoria sobre el monstruo; la oposición civilización/barbarie a que acabamos de aludir³⁰. La *Al-*

²⁷ *Teoros, Athla*.

²⁸ Para esta función esencial del género vid. L. ROSSI, «Il dramma satiresco attico», *R. Arch.* 2-3, 1972, pp. 248-302.

²⁹ *Catastrophe Survived*, Oxford, 1971.

³⁰ Vid. D. F. SUTTON, «Satyric Qualities in Euripides' Iphigenia at Tauris and Helena», *RSC* 20 (1972) pp. 321-30.

cestis, una de las llamadas tragedias prosatíricas, es la que más claramente muestra su filiación popular. Tres motivos del folclore popular se han combinado felizmente en esta tragedia: 1) la lucha con la muerte; 2) el sacrificio de una esposa en lugar de su marido; 3) la negativa de los padres a morir en lugar de su hijo³¹.

Conviene, sin embargo, que examinemos más de cerca algunos de los pobres restos que de este género tan popular nos han llegado, para observar con más detalle el tratamiento a que en él sometían al mito los tragediógrafos áticos.

4.1. De los *Rastreadores* nos han llegado alrededor de unos cuatrocientos versos del comienzo de la obra, lo que permite reconstruir el drama sin gran dificultad. La obra dramatizaba un episodio de la infancia de Hermes —el robo del ganado de Apolo—, narrado con el *H. Hom. IV*, con una construcción en díptico, característica de Sófocles³², que acordaba dos movimientos dramáticos de aproximadamente igual longitud: a) la cólera de Apolo y sus esfuerzos por descubrir al ladrón de su ganado, y 2) la reconciliación de Apolo y Hermes. La pieza se abre con un prólogo a cargo de Apolo (vv. 1-444), en el que se lamenta por el robo de su ganado y promete una recompensa a quien le ayude a encontrarlo. Tras la párodo, en la que los sátiros se presentan con la actitud de una jauría y las primeras pesquisas que los llevan a descubrir el ardid del dios (las huellas del ganado se dirigen hacia atrás), se oye desde dentro de la escena un extraño ruido, que llena de temor a los asustadizos sátiros. Sileno, en una clásica escena de fanfarronería, se jacta de su valor en el pasado y reprocha a los sátiros que hayan desistido tan pronto de obtener la recompensa prometida. Cuando, a invitación de los sátiros, se aproxima al lugar de donde procece el misterioso ruido, el Paposileno es presa del pánico y se da impudicamente a la fuga. Los sátiros, indignados por esta conducta vergonzosa, reemprenden la búsqueda y conciben la idea de patear fuertemente para que alguien pueda acudir al reclamo del estrépito. Efectivamente, la ninfa Cilene acude y, tranquilizada por los sátiros, explica el origen de tan peculiar sonido, tras haberles exigido el más riguroso secreto. Parece, cuenta la ninfa, que Zeus ha seducido a la hija de Atlante, Maia, de cuya unión ha nacido un niño. Puesto que la madre está desola-

³¹ Cf. GUGGISBERG, *op. cit.* pp. 68s.

³² T.B.L. WEBSTER *An Introduction to Sophocles*, Oxford, 1936, pp. 32ss.

da, el niño le ha sido confiado para que atienda a su crianza. Pero la ninfa confiesa su inquietud porque el infante no es normal. Se está haciendo adulto con una rapidez sorprendente y muestra, además, una precocidad e ingenio sobrehumanos. Ahora mismo acaba de inventar un nuevo instrumento musical, la lira, con la concha de un animal. El ingenio del niño anda a la par de su astucia, según descubren los sátiros, cuando al continuar su interrogatorio, descubren que el tal niño no es otro que el ladrón que andaban buscando. Aquí se interrumpe el fragmento, pero no es difícil adivinar que debían seguir, al menos, dos escenas: una de reconciliación entre Apolo y Hermes y otra en que Sileno reclamaba la recompensa prometida³³. Lo que nos interesa, para nuestro propósito, es observar cómo Sófocles ha construido una acción dramática, a partir de un brevísimo episodio referido en el Himno homérico, acumulando elementos típicos del género: la escena de negociación entre Apolo y Sileno; la fanfarronería del sátiro y su subsiguiente huida; el acoso sexual a la ninfa; la reclamación del botín/recompensa; la escena de reconciliación; las danzas satíricas de un carácter elemental. El núcleo lo constituye, en este caso, un *τέρας*, una escena de milagro o de prodigio: la invención de la lira, que es descrita en los acostumbrados términos enigmáticos.

4.2. W. Steffen³⁴ ha llamado la atención sobre los muchos puntos de contacto existentes entre los *Rastreadores* y *Dionisisco*, otra obra de Sófocles basada en un episodio de la infancia de un dios. En los dos dramas, un infante divino es confiado a una o más ninfas para su crianza, con el fin de ocultarlo a los celos de Hera. En las dos obras ambos dioses crecen con una rapidez milagrosa. Y en ambas obras también los sátiros actúan como detectives que encuentran al dios cuando acaba de realizar un invento provechoso para la humanidad: la lira o el vino. Así los sátiros son los primeros en conocer el invento y, quizás, en origen, de administrar su uso y transmitirlo a los hombres.

³³ Fundamental sigue siendo la reconstrucción de U. von WILAMOWITZ-MÖLLEN-DORF, «Die Spürhunde des Sophokles», *Kleine Schriften* Berlín, 1935, I pp. 3457-83=*Satyrspiel*, ed. B. Seidensticker, Darmstadt, 1989, pp. 93-108. Cf. También E. SIEGMAN, *Untersuchungen zu Sophokles' Ichmeutae*, Hamburgo, 1941.

³⁴ «De Sophoclis Dionysisco», *Munera Philologica L. Cwiklinsky oblata*, Posen 1936, pp. 84-91.

4.3. Poco sabemos, por desgracia, de un drama satírico de Esquilo en el que se trataba también de otro episodio de la infancia de Dionisio: *οἱ Τροφοί*³⁵ La obra formaba parte de una trilogía, *Semele οἱ Ὑδροφόρες*³⁶, *Panteo* o *Bacantes* y *Ξάντριες*. Aunque temáticamente relacionado con la trilogía lo único que sabemos de este drama es una noticia, recogida por tres fuentes distintas, según la cual *ἡ Μήδεια τὰς Διονύσου τροφούς μετὰ τῶν ἀνδρῶν αὐτῶν ἀνεψήσασα ἐνεοποίησεν*³⁷. Quizás el duro Dionisio de *Panteo* aparecía aquí como un inocente infante en las manos de sus nodrizas. Aquellas terribles mujeres que, en la tragedia final, despedazaban al hijo de la hija mayor de Minias aparecían en el drama de sátiros prodigando sus tiernos cuidados a Dionisio. En todo caso algún papel debían necesariamente desempeñar los sátiros en la obra y no es descabellado pensar que lo hicieran como *παιδοτροφοί*.

4.4. Pero en esta función los sátiros se desempeñan a la perfección en los *Δικτυουλκοί* de Esquilo³⁸. El argumento es bien conocido, Dánae, abandonada por su padre Acrisio, junto con el niño Perseo, en un cofre a los azares del mar, es arrojada por las olas a las costas de la pequeña isla de Sérifos, donde es rescatada por Dictis, un pescador, hermano de Polideuctes, el rey del país, ayudado probablemente por el coro de sátiros. La simple vista de Dánae despierta en los sátiros sus lascivas pasiones y el viejo Sileno intenta ganarse el favor de la madre con delicadas atenciones al niño Perseo (vv.810ss.):

κοιμήσῃ δὲ τρίτος ξὺν
μητρὶ καὶ πατρὶ τῷδε,
ὁ πάπας δὲ παρέξει
τῷ μικκῷ τὰ γελοῖα

³⁵ Para un intento de reconstrucción vid. KAIBEL, *Hermes*, 30 (1895) pp. 88-9.

³⁶ La obra recibe su nombre del coro que llevaba agua a Semele durante su embarazo y contaba cómo Hera logró convencer a Semele para que cometiese un acto de *ἕβρις*: solicitar a su amante divino que se le apareciera en toda su magnificencia, lo que le acarree la muerte.

³⁷ *Hypoth. Medea*. Cf. *Schol. ad Aristoph. Equites* 1321.

³⁸ Para la reconstrucción de esta obra vid. R. PFEIFFER, «Die Netzfischer des Aischylos» en *Satyrspiel* ed. Seidensticker pp. 58-77. M. WERRE DE HAAS, *Aeschylus' Diktyoulki*, Leiden, 1961.

Lenguaje y situación debían ser un lugar común del género, como demuestra otro pasaje similar de la obra (vv.786-88).

Ἰγελᾶ μου προσοπῶν
 ἰὸ μικκὸς λιπαρὸν
 Ἰφαλακρὸν

así como un fragmento del *Dionisisco*, de Sófocles (40 Steffen):

ὅταν γὰρ αὐτῷ προσφέρω βρώσιν διδοῦς,
 τὴν ῥίνα μ' εὐθὺς ψηλαφᾶ κἄνω φέρει
 τὴν χεῖρα πρὸς <τὸ> φαλακρὸν ἤδὺ διαγελῶν

El tema central de los *Dactyloici* lo constituía, sin duda, las pretensiones de Sileno de desposar a Dánae para desesperación de la heroína. En los vv. 777-85 Dánae rompe en un patético lamento: ¿Pondrán alguna vez los ríos de Argos, los dioses de su familia y el mismo Zeus fin a sus sufrimientos? ¿Van a entregarla a las bestias? Mejor escapar antes o incluso darse muerte en la horca. Todo ello parece una miniatura del lamento trágico de una heroína, pero la conclusión rompe todo el patetismo de la escena: «Eso es todo lo que tengo que decir». En torno a este mínimo esquema argumental proporcionado por un mito casi desconcido, volvemos a encontrar toda la panoplia de motivos satíricos: el coro de sátiros, esta vez en función de pescadores; la escena de negociación entre Dictis y Sileno; el *τέρας* que proporciona la pesca del cofre, primero, y el descubrimiento de lo que guarda en su interior, después; la escena de acoso sexual; la vindicación de Sileno de los derechos que le asisten sobre Dánae, según el acuerdo inicial; la escena de *παιδοτροφία*; una procesión nupcial en la que el coro celebra la futura boda de Dánae y Sileno; el final feliz, procurado por el rescate de Dánae por obra de Dictis y probablemente te su unión en matrimonio.

4.5. Pequeños mitos como vemos, dramatizados con el arsenal de motivos del género, en relación muchas veces con los temas de la trilogía para proporcionar diversión y alivio al espectador. Esta es la esencia del drama satírico.

5.1. Como conocedores o partícipes de saberes secretos, el lenguaje de los sátiros se vuelve, en ocasiones, extrañamente enigmático, como si quisieran mantener celados esos saberes a la curiosidad de los no inicia-

dos. Es este uno de los rasgos más característicos de la λέξις del drama satírico, rasgo que suele ir asociado al motivo de la invención (εὔρημα) o del portento (τέρας), con los que se enfrentan los sátiros. Desde el punto de vista dramático este motivo ofrecía muchas posibilidades, como hemos visto. Lo que nos interesa ahora es poner de relieve esta forma de hablar de los sátiros que, según creemos, hunde sus raíces en la misma naturaleza de esos seres. No es casual que los dos fragmentos más antiguos que conservamos, pertenecientes a Quérilo (fgts. 2,3 Steffen) sean dos enigmas: γῆς ὀστοῖσιν; γῆς φλέβες.

En los *Rastreadores* de Sófocles los sátiros manifiestan su terror y fascinación, al tiempo, al oír el sonido de la cítara. Cuando interrogan a la ninfa Cilene por el significado del extraño ruido, su respuesta es enigmática y va acompañada de la prohibición, hecha a los sátiros, de revelar a nadie el secreto (vv. 293 Steffen):

πιθοῦ θανῶν γάρ ἔσχε φωνήν, ζῶν δ' ἀναυδος ἦν ὁ θῆρ

Por modo semejante, en los *Teoros* los sátiros se refieren a las máscaras satíricas que ofrendan en el templo de Posidón (vv. 10 ss. Mette) del siguiente tenor:

κάπιπασσάλευε ἕκαστος τῆς καλῆς μορφῆςλέμῆς
ἄγγελον, κήρυκα [ἀ]ναυδον, ἔμπορον κωλύτορα.

En el papiro *Tebt.* 692, perteneciente con toda probabilidad al *Inaco* de Sófocles, los sátiros se azoran también al oír el sonido de la zampoña tocada por el invisible Hermes. La segunda columna comienza con lo que parece ser la expresión de la sospecha del coro de que el invisible visitante es Hades, sospecha expresada en una enigmática etimología del nombre del dios:

πολὺ πολυδρίδας
ὅτις ὄδε προτέρων
ὄνομ' εὖ σ' ἐθροῖει
τὸν Ἀἰδοκυνέας
σκότον ἄ<β>ροτον ὑπαί³⁹.

³⁹ Vid. D. F. SUTTON, *Sophocles Inachus*, Meisenheim am Glan, 1979.

La dicción enigmática es un rasgo constante en el drama de sátiros y su presencia se debe muy probablemente al carácter de estos seres primitivos, a los que es posible encontrarles parentela en la fauna indoeuropea, especialmente en la saga nórdica.

6.1. Una amplia serie de dramas satíricos escenificaban, como ya hemos visto, el enfrentamiento de un héroe a un ogro o monstruo al que acababa dando muerte o sometiendo. *El Cíclope* de Eurípides, el único drama que nos ha llegado completo, nos ilustra muy bien el tipo.

La obra es una fiel dramatización del episodio narrado en el libro IX de la *Odisea*⁴⁰. Los cambios efectuados por Eurípides son los absolutamente necesarios para su puesta en escena. El tema, por posibilidades cómicas, había sido ya previamente tratado por Epicarmo, Cratino (*Οδυσσῆς*), Aristias y posiblemente Mesato. Vemos incluso que Aristias, un poeta cómico, había resuelto ya el problema de introducir a los sátiros en la situación mitológica. Y fue probablemente Epicarmo el que situó por vez primera la acción en Sicilia.

Pero lo que nos interesa ahora es observar cómo un esquema tan simple como el enfrentamiento de un héroe a un monstruo se enriquece, en el tratamiento satírico, con una multitud de desarrollos en los que se mezclan las bromas y las veras.

Gran parte de la comicidad del Cíclope radica, como demostrara Rossi⁴¹, en ser un κῶμος incompleto. El monstruo es objeto de una iniciación burlesca en una costumbre tan ateniense como la del simposio, pero lo es por medio de falsos preceptos y disparatadas recomendaciones, aunque al final el discípulo parece haber aprendido demasiado bien las lecciones recibidas para desesperación de su maestro. Y por otro lado la obra presenta explícitamente la oposición civilización/barbarie. En un largo discurso, en el que se ha querido ver reminiscencias de doctrinas sofisticas y alusiones a la Machtpolitik que Atenas siguió en la expedición a Sicilia, (vv. 316-44) el Cíclope declara su desinterés por los dioses y la moralidad que éstos encarnan y, en consecuencia, su deprecio del nómos, que emana, en último término de aquellos. En esta oposición entre la vi-

⁴⁰ Vid. W. WETZEL, *De Euripidis fabula satyrica quae Cyclops inscribitur cum Homericis comparata exemplo*, Wiesbaden, 1965.

⁴¹ «Il Cíclope di Euripide come Kōmos mancato», *Maia*, 23, 1971, pp. 10-38.

da civilizada y la vida salvaje es donde Eurípides sitúa el fiel de la balanza. La súplica de Ulises (vv. 347-55) deja claro que Polifemo es un pecador contra los dioses y, en particular, contra *Zeús Ζεύς*, cuyas exigencias ha despreciado. Por debajo de la grotesca comicidad de la obra, se plantea el tema de la piedad o de la impiedad, lo que le confiere una indudable dimensión religiosa. Precisamente algunas de las modificaciones del relato homérico, fueron introducidas por Eurípides para presentar a Ulises y sus compañeros como seres desgraciados, necesitados de recibir las atenciones que el deber de *ξενία* impone. Por eso llegan a Sicilia arrastrados por vientos contrarios y carentes de toda provisión. M. Dale ha mostrado, por otro lado, que aquellas obras donde hay plegarias nucéticas, suelen tener final feliz, lo que no es más que un recordatorio dirigido a los espectadores de que el final feliz acontece con el asentimiento de los dioses⁴².

Vemos así que, junto al elemento cómico que representaban el coro de sátiros y el tratamiento grotesco del mito, existía una seriedad subyacente aportada por los peligros y sufrimientos de los personajes que se veían envueltos en la acción. Así se moralizaban también los pequeños mitos que el drama de sátiros trataba.

7.1. La figura del Ulises del *Cíclope* nos tiende un puente hacia un tipo de héroe satírico de una catadura moral diferente que encontramos en numerosos dramas satíricos, como ya vimos al tratar de los temas y motivos del género. Nos referimos a la figura del *trickster*, del embaucador, liante o trapacero: Sísifo, Ulises, Autólico, Heracles, capaces de dárselas con queso a la misma muerte.

No podemos entrar en el análisis de los distintos dramas, muy fragmentarios por lo demás, donde tal figura de indudable filiación popular aparece. Algunas consideraciones generales sobre tal figura sí parecen pertinentes a nuestro propósito de definir el tratamiento satírico del mito.

Desde el punto de vista de llevar alivio a los espectadores, este tipo de héroe es infinitamente más cómodo que el héroe trágico, porque las cualidades, que lo hacen grande y admirable, no son fruto de la idealización de nuestras supuestas cualidades y grandeza, sino, más bien, él mismo es una idealización de nosotros mismos. Dicho en otros términos, este tipo

⁴² Vid. D. F. SUTTON, *The Date of Euripides' Cyclops*, Ann Arbor, 1974.

de héroes concita más nuestras simpatías porque está más próximo a nosotros.

7.2. Y, por otro lado, no deja de ser interesante observar que la inteligencia no es una cualidad excesivamente apreciada por la tragedia griega. Recordemos los sombríos rasgos con que se nos presenta Ulises en *Ajax* o en *Filoctetes*. Por el contrario en el cuento popular las hazañas y aventuras del trapacero inteligente son contadas con deleite. Y esta actitud es la que encontramos también en el drama satírico, donde, por ejemplo, experimentamos fruición con las perversas travesuras del pequeño Hermes. Hasta cierto punto hay una tendencia en el drama satírico a sustituir la integridad moral del héroe trágico por la inteligencia práctica del trickster. Y ello puede encontrar explicación en la naturaleza misma del género. Así como la tragedia viene a confirmar la existencia de un orden, que no puede ser transgredido impunemente, el drama satírico, aún sosteniendo la misma tesis, la hacía más accesible al espectador, acercando al héroe a sus propias incertidumbres y debilidades humanas. Si el mundo no puede ser como los sátiros querrían que fuera, tampoco, a fin de cuentas, los hombres pueden ser durante toda su vida como los héroes de las tragedias.

Y estos héroes satíricos aportaban además una dosis de romanticismo, aventura, fábula, milagro y portento, propios del cuento popular, que volvía infantiles los ojos y oídos de los espectadores durante un cierto tiempo. En este sentido el drama satírico, al igual que la comedia, pero con procedimientos diferentes, proporcionaba una cierta evasión de la realidad.

LA GRAFÍA <σδ> EN LA TRANSMISION DE LOS LÍRICOS Y DE LOS BUCÓLICOS

M^a TERESA MOLINOS TEJADA
Universidad de Valladolid

SUMMARY

The spelling σδ for ζ is a common feature of the textual tradition of Alcaeus and Sappho, though the inscriptional evidence shows that it is a late phenomenon. Outside the Lesbian poets, there is no trace of the spelling in any other manuscript tradition than that of two Doric poets: Alcman and Theocritus. The evidence for the former is scanty, but not for Theocritus. A close examination of the manuscript data indicates that σδ was felt by the copyist to be a typical bucolic characteristic, and the papyri confirm the process of analogical extensions suffered by the medieval manuscripts.

Los gramáticos antiguos consideraron que el dígrafo <σδ> en lugar de <ζ> era un rasgo característico del dialecto eólico¹. Como trabajaban fundamentalmente sobre textos literarios, esto implica que veían en él una peculiaridad del texto de los poetas lesbios. Las inscripciones dialectales

¹ Vid. los textos de los gramáticos cómodamente recopilados en K. MEISTER, *Die griechische Dialekte* I, Göttingen 1882, pp. 129 ss., o H.L. AHRENS, *De Graecae linguae dialectis* I, Gottingae 1839, p. 47, n.4.

tales, sin embargo, atestiguan que se trata de una grafía tardía, puesto que no se encuentra hasta época imperial² y, cuando esto ocurre, los testimonios son realmente escasos³. En la transmisión manuscrita de Alceo y Safo el dígrafo aparece en las citas que de ellos hicieron los eruditos antiguos, es decir, en la transmisión indirecta, y también en los fragmentos de papiro representantes de la edición alejandrina⁴. Pese a los ejemplos de σδ inicial que los gramáticos mencionan, los textos no muestran nunca tal grafía en esta posición (aunque sí al inicio del segundo elemento de compuestos: *εὔσδυγος* A. 34, 9, *φερέσδυγος* A. 249, 3); entre vocales, si bien predomina claramente, no es grafía única, ya que en ocasiones alterna con <ζ>⁵.

Fuera de la transmisión de los líricos lesbios, volvemos a encontrar <σδ> en el texto de dos poetas dóricos, cronológicamente muy distantes

² Quizá *ΔΙΔΥΣΧΩΝ* e el óstrakon florentino del s. III a.C. con el fr. 2 de Safo encubra la digrafía δι' ὕσδων de la tradición posterior. Los fragmentos de Alceo y Safo se citan por la ed. de Eva M. VOIGT (Amsterdam 1971).

³ *προσωνιμαδεσθαι* en un decreto de Cime de tiempos de Augusto (Schwyzer 647, 7-8), frente a cuatro -ζ- en el resto de la inscripción: *δογματιζοντος, αρμοζορσαν, νομιζων, ασμενιζοισα*. Vid. la revisión del documento por R. HODOT en *ZPE* 19, 1975, p. 122. Aproximadamente un siglo más tarde, hay dos nuevos ejemplos epigráficos de -σδ-: *ασπασδελο* y *χθισδου*, grabados en el coloso de Memnón. Se trata de unos versos conmemorativos compuestos por la poetisa Julia Balbila, dama de honor de la Emperatriz, que iba con el séquito de Adriano en la visita que éste realizó a la Tebas egipcia en noviembre del 130. En esta época, la única fuente de la que Balbila pudo extraer sus conocimientos dialectales lesbios era precisamente la obra poética de Alceo y Safo, muy probablemente en su edición alejandrina, y las noticias de los gramáticos en sus comentarios. Vid. M. GARCIA TEJEIRO, «La lengua de los epigramas de Julia Balbila», *Actas VII Congr. Est. Clás.* I, Madrid 1987, pp. 163-168.

⁴ Donde pudo haberse introducido para notar una pronunciación especial de Lesbos (vid. D. PAGE, *Alcman. The Partheneion*, Oxford 1951, p. 145). En ello influyó tal vez el deseo de diferenciar el resultado de la palatalización dialectal [dy] en *δα* y en *Διόνυσος*, que se escribe siempre con ζ- (vid. M. LEJEUNE, *Phonétique historique du mycénien et du grec ancien*, Paris 1972, p. 114; R. HODOT, «Dialecte et koiné», *Lalies* 9, 1990, pp. 68 s. Cf. también E.M. HAMM, *Grammatik zu Sappho und Alkaios*, Berlin 1958², § 9.

⁵ La digrafía está, a lo que se puede juzgar, muy extendida; no obstante, -ζ- se atestigua alguna vez, tanto en citas (S. 37, 2; 111, 7; A. 347,6), como en papiros (S. 3, 10; 44, 31; 74, 6; A. 124, 7) y es de notar la tendencia de las correcciones: sobre una primera -ζ- se escribe -σδ-, así A. 72, 5 *παφλαζει* *suprascr.* σδ, POxy. 1234, y no a la inversa.

entre sí: Alcmán⁶ y Teócrito⁷. La tradición gramatical antigua afirmó esta vez que <σδ> en lugar de <ζ> era una característica dórica⁸, aunque las inscripciones no lo atestiguan nunca en este ámbito dialectal⁹.

De la obra de Alcmán conservamos desgraciadamente muy poco, pero, aún así, se puede constatar que, al igual que ocurre en los poetas lesbios, σδ- no se utiliza en inicio de palabra, donde sólo aparece ζ-: Ζεῦ (PMG 81)¹⁰, ζατεύει (17, 8), ζάτραφα (134). Intervocálica, -σδ- se documenta ya con toda claridad en un papiro de finales del s. I a.C. o comienzos de nuestra era, ισδει (3, 72), y en media docena de citas, dos procedentes de Hefestión: παίσδει (58, 1), μασδῶν (50 b); otras dos del *Etymologicum Magnum*: μελισδομέναι (35), ἀγίσδεο (128); otras dos, en fin, de Ateneo: ὄσδοντα (92 b) y τραπέσσαι (19, 1). Pero también tenemos -ζ- intervocálica en las citas de dos gramáticos, normalmente más cuidadosos en estas cuestiones, Herodiano ἐπλαζε (120) y Apolonio Díscolo ἄζομαι (70 c). Por último, hay que mencionar las variantes κθαρί-ζειν/-σδειν/-δδειν en un fragmento transmitido por Plutarco (41). El hecho de que el dígrafo aparezca en condiciones muy semejantes a las que tenía en la lírica lesbia (no inicial, predominante en posición intervocálica, aunque no exclusivo), sugiere una posible contaminación entre las

⁶ El dígrafo no se documenta en ninguno de los demás líricos; únicamente λακτισδέμεν en Píndaro P. II 95, como variante de dos códices, frente a ζ en todos los demás. B. FORSSMAN, *Untersuchungen zur Sprache Pindars*, Wiesbaden 1966, p. 18 y n. 5, considera que Píndaro quiso matizar la lengua empleada en esta oda mediante ciertos toques lesbios, como la psilosis en el v. 11 ἄρματα, o esta grafía σδ. La verdad es que no se puede estar en absoluto seguro de que estas pinceladas remonten al propio Píndaro. Es más probable que algún copista introdujera la variante. Cf. J. IRIGOIN, *Histoire du texte de Pindare*, Paris 1952, p. 251. Contra Forsman, *o.c.* p. 14, n.7.

⁷ Como se verá más adelante, el dígrafo llega a considerarse típico de cierto vocabulario bucólico y, además de en Teócrito, aparece también en algún poema dórico del *Corpus Bucolicorum*; pero no vuelve a documentarse en el texto de ningún otro autor dórico, ni siquiera en Calímaco, cuya lengua dórica tantos puntos de contacto muestra con la de Teócrito, ni en los escritos de Arquímedes, ni en los de los pitagóricos. Ocasionalmente en Arquitas, se encuentra δδ en lugar de ζ. Vid. H. THESLEFF, *Introduction to the Pythagorean Writings of the Hellenistic Period*, Abo 1961, p. 88.

⁸ Cf. AHRENS, *De dialectis* II, p. 94.

⁹ Vid. E. RISCH, «Die Sprache Alkmans», *MH* 11, 1954, p. 28, n. 39.

¹⁰ Las citas se realizan conforme a la numeración continuada de D. PAGE, *Poetae Melici Graeci*, Oxford 1962.

dos transmisiones¹¹. Sabida es la opinión de los antiguos sobre la lengua empleada por Alcmán. Lo consideraban, desde luego, un poeta dórico, pero observaban que ciertos rasgos lingüísticos (conservación de *f*, geminación de sonantes, participios en *-οισα*, etc.), eran los mismos que los de las composiciones de Alceo y Safo. Apolonio, *Pronom.* 136 b (= 103 *PMG*), afirmaba que era un poeta que «eolizaba» constantemente (*Ἀλκμάν δὲ συνεχῶς αἰολίζων*). No es imposible que con la grafía <σδ>, típica de la transmisión de los poetas lesbios, algún editor o copista hubiera pretendido subrayar el componente «eólico» de la lengua de Alcmán. Una vez introducida en el texto, lo cierto es que los gramáticos afirmaron que el dígrafo era un rasgo dórico.

El texto de Teócrito ofrece para el estudio de este problema unas condiciones indudablemente mejores que las que encontramos en el texto de Alcmán o en el de los líricos lesbios: ya no son sólo citas indirectas y fragmentos de papiro, sino que poseemos toda una colección de poemas completos, con tradición manuscrita directa y un abundante cuerpo de escolios. El material sobre el que se puede trabajar es, pues, mucho más amplio. Observando con cuidado los datos que nos proporcionan todas estas fuentes, se podrá, sin duda, comprender mejor el comportamiento de la transmisión de los bucólicos al respecto.

Se advierte en primer lugar que no todos los poemas de Teócrito atestiguan la digrafía:

En los idilios eólicos (XXVIII-XXXI) no hay ninguna palabra con σδ- o -ζ- intervocálica. Carecemos, pues, de datos. En inicial, naturalmente, se usa ζ-: *ζοίας* XXIX 5, *ζόης* XXIX 20, *ζύγον* XXX 29.

En los idilios jónico-épicas¹² (XII, XXII), como era de esperar, no se atestigua el dígrafo, salvo dos excepciones, frente a numerosos ejemplos con -ζ- intervocálica: XII 13 *ἄμυκλαῖάσδων* (= *ὁ ἀμυκλαῖάσδων*), con -σδ- en todos los códices, y la corrección del papiro de Antinoe en XXII 2 *ερεθιζειν*, *suprascr.* -σδην, en contra de todos los manuscritos (*vid.* más adelante).

¹¹ Las opiniones sobre la digrafía en Alcmán varían. Así, mientras que Morani (*RIL* 110, 1976, p. 79) piensa en una grafía antigua, anterior a la δδ que se encuentra en los pasajes laconios de Aristófanes, otros (PERROTTA-GENTILI, *Polinnia*, Messina-Firenze 1948, pp. 376 s.; PAGE, *Alcman*, p. 145) lo consideran un rasgo de una ortografía tardía.

¹² Seguimos la división de los idilios de Gow, discutible, pero práctica.

Los idilios mixtos (XII, XVI, XVII, XXIV) tampoco presentan ningún caso de -σδ-, y sí muchos de -ζ-, a pesar de que los códices ofrecen con frecuencia otras características dóricas en este grupo de poemas.

Se puede decir, pues, que la digrafía está restringida en nuestra transmisión a los poemas estrictamente dóricos. No es, sin embargo, tampoco aquí grafía exclusiva, ya que en todos ellos coexiste con -ζ-. Así, en el idilio I todos los códices concuerdan en *μελίσδομαι*, *συρίσσω* o *έρίσσω*, pero también en *έθειράζω* y en *μοχθίζω*. ¿Se puede establecer un criterio de repartición? ¿Por qué unas palabras atestiguan la digrafía y otras no?

Es difícil hallar una norma, puesto que se han producido, sin duda, extensiones analógicas, siempre fáciles cuando no interviene la protección del metro; igual ha ocurrido con otros rasgos de la lengua de Teócrito. De todas formas, un examen atento de los datos de los códices permite establecer lo siguiente:

1) La grafía -σδ- se siente característica de ciertos verbos que podríamos calificar de «bucólicos», ya relativos al canto en general (*μελίσδομαι* I 2, VII 89, *μουσίσσω* XI 81, VIII 380), o al bucólico en particular (*βουκολιάσδομαι* V 60, VII 36, IX 1, 5); a tocar la siringa o instrumentos similares (*συρίσσω* I 3, 14, 16, VI 9, 44, VIII 4, XI 38, *ποππύσσω* V 7); a competiciones amebas entre pastores (*έρίσσω* I 24, IV 8, 63, V 30, 60, 67, 136, VI 5, VII 41). Fuera de estos casos, -σδ- se encuentra también en vocablos que no están de por sí específicamente relacionados con el mundo pastoril, pero que adquieren esa relación por el contexto en que se encuentran: *ῥοσσω*, *παίσσω*, *ἔσδομαι*, *ἴσσω*, *μασδός*, etc.; cuando estas palabras aparecen fuera del marco bucólico se escriben, en cambio, con -ζ- (*παίσσω* ocupa una posición algo especial, puesto que se documenta en boca del Cíclope en XI 77 y aparece luego en XIV, XV y XVIII, sin connotaciones pastoriles). Así, frente a *έσδάμεθα* en I 21 o *έφίσσει* en V 97, se escribe *έζετ'*, *έζόμενος* en II 113, *καθεζόμενος* en XI 17, *καθίζεν* en XV 3. Es interesante observar que, entre estos vocablos, los que se repiten varias veces, se atestiguan así mismo con -σδ- en la transmisión de Alcman o de los líricos lesbios. Estos verbos se subrayan, siempre que es posible, con otras características, consideradas también dóricas en general o, particularmente, bucólicas, como la desinencia de infinitivo temático -εν o la de segunda persona

singular primaria $-ες$, aunque estas grafías, salvo en una ocasión (V 7), carecen del respaldo del metro: *συρίσδεν* I 14, 16, XI 38, VIII 4, *έρίσδεν* IV 8, V 136, VI 5, *μυθίσδεν* X 58, *συμπαίσδεν* XI 77, *δωρίσδεν* XV 93, *ποππίσδεν* V 7, *πυκάσδεν* II 153 (v.l.) *συρίσδες* en I 3.

2) Hay, en cambio, palabras que nunca se escribieron con $-σδ-$: *βιάζω*, *φροντίζω*, *θηλάζω*, *μοχθίζω*, *κνίζω* y otras muchas más, siempre tuvieron $-ζ-$ en los idilios dóricos, incluso en los más «bucólicos».

Así pues, partiendo de los datos que proporcionan de modo unánime los códices medievales puede establecerse un criterio básico de repartición entre vocablos con $-σδ-$ y con $-ζ-$ en la transmisión de Teócrito: la digrafía es propia de un léxico específico, que naturalmente abunda más en los idilios propiamente bucólicos, mientras que en los mimos urbanos, o en el *Epitalamio de Elena*, que, aunque dóricos, no son pastoriles, es menos frecuente. Por ello, en estos últimos, la grafía predominante es $-ζ-$.¹³

Se ha intentado explicar el uso de $-σδ-$ de muy diversas maneras, por motivos estilísticos, fónicos, etimológicos¹⁴, pero todas las propuestas tropiezan con una dificultad básica: la inseguridad de los datos sobre los que se asientan. Al carecer de la protección del metro, las extensiones analógicas, como ya hemos dicho, son inevitables: un determinado rasgo se siente típico y se generaliza en el proceso de transmisión. En nuestro caso, esto no sólo ocurre dentro de un idilio bucólico sobre vocablos que no pertenecen a este léxico específico bajo la presión de los que tienen $-σδ-$ ¹⁵, sino que las tendencias igualatorias afectan a todo el conjunto, se producen de poema a poema, entre idilios «bucólicos» y simplemente dóricos, e incluso en ocasiones aisladas llegan a traspasar el límite de los idilios es-

¹³ Así, en el id. II, frente a 14 palabras con $-ζ-$, sólo dos con $-σδ-$, y no unánime, sino con vacilaciones: *έψιθυρίσδομες* 141, *πυκάσδεν* 153.

¹⁴ Vid. referencias en T. MOLINOS TEJADA, *Los dorismos del Corpus Bucolicorum*, Amsterdam 1990, p. 128 y nn. 192-5.

¹⁵ Así, además de *έσδώμεθα* o *έφίσδει* ya citados, *φράσδη* en I 102, pero *φράζεο* una decena de veces en el estribillo del idilio II y en VI 13. En el idilio VIII, que, aunque puede no ser de Teócrito, sin embargo sigue la misma tradición textual que los poemas auténticos, *λάσδεο* 84 o *χρήσδω* 11 y 12, pero *λάζειν* en XV 21 o *λαζόμεναι* en XVIII 46, *χρήζονται* en XV 28.

trictamente dóricos. Así, en dos idilios épicos¹⁶, XII 13 ἀμικλαῖάσδων, XXII 2 ἐρεθισδην en el papiro de *Antínoe*. Por ello, aislar los idilios, considerar cada uno de modo independiente¹⁷, es en estos problemas, perder perspectiva. Explicar, por ejemplo, que en XV 42, παῖσδε, Teócrito utiliza el dígrafo porque Praxínoa para dirigirse a la esclava, emplea el «cyrénien ptolémaïque» de la Alejandría de la época, mientras que al hablar con su amiga siracusana se sirve del dialecto de su ciudad natal y, por tanto escribe -ζ-, además de indemostrable, como el propio Ruijgh reconoce¹⁸, significa perder de vista el conjunto, pasar por alto los mecanismos de la transmisión, pues παῖσδω, con la digrafía, aparece en boca de Polifemo (XI 77), en el *Epitalamio de Elena* (XVIII 14) o en la respuesta del embromado Esquines (XIV 8), y ninguno de estos idilios se desarrolla en la Alejandría de los Ptolomeos. Por otra parte, es atribuir al testimonio de la transmisión un valor que no tiene en estas cuestiones de grafía dialectal, como lo demuestra la frecuente discrepancia de los papiros: todos los códices tienen en XV 49 ἐπαισδον y en 88 πλατειάσδοισαι, pero el pap. de *Antínoe* escribe -ζ- en ambos casos. En III 1 leen κωμάσδω, pero *PBerol.* 21182 -ζω-, o en VII 108 los códices atestiguan μαστίσδοιεν, pero *POxy.* 2064 y *POxy.* 1618 tienen -ζ- (vid. más adelante).

Una gran aportación de los papiros es, precisamente, el control que nos permiten ejercer no sólo sobre los códices, sino también sobre el proceso mismo de transmisión, sobre las sucesivas etapas que ha ido atravesando. En efecto, el texto de los idilios, en éste y en otros problemas dialectales, suele ser distinto si el fragmento de papiro que lo atestigua es antiguo (siglos I-II a.C.) o es ya del siglo V en adelante. Los primeros ofrecen con mayor fijeza características dóricas (acentuación dialectal $\bar{\alpha}$ originaria, desinencia de infinitivo temático -ην, ἀμές, ἕμές, etc.), que

¹⁶ En ocasiones, se ve una cierta lógica para la extensión: si la digrafía es un rasgo típico de la lengua dórica, se habrá de escribir *δωρίσδειν* XV 93 «hablar en dorio» y *πλατειάσδειν* XV 88, verbo que, según el escoliasta, designa ese modo de hablar abierto típico de los hablantes de este dialecto, e incluso *ἀμικλαῖάσδειν* en XII 13, «hablar dialecto de Amiclas», la pequeña aldea dórica al norte de Esparta. O si *ἐρίσδειν*, el verbo que designa la actividad típica de estos pastores, se escribe siempre con el dígrafo, se comprenden bien las vacilaciones en *ἐρεθίζειν*, cuyo campo semántico es, a veces, muy similar al de *ἐρίσδειν*.

¹⁷ Cf. C.J. RUIJGH, «Le dorien de Théocrite: dialecte cyrénien d'Alexandrie et d'Egypte», *Mnem.* 37, 1984, p. 78: «Il faut analyser séparément la distribution de σδίζ dans chaque idylle».

¹⁸ *I.c.* p. 88.

se ven vacilar en el texto de los más recientes, ya muy cercano al que ofrece la transmisión medieval. Gracias a los datos de los papiros, se puede comprobar que:

1) Ciertas palabras nunca presentaron la digrafía. En diez y siete ocasiones (doce más si contamos el estribillo del idilio Π φράζεο) el testimonio de los papiros, tanto antiguos como los del siglo V, corrobora la -ζ- unánime de los códices incluso dentro de los idilios más bucólicos: I 34 εθειραζοντή *PBerol.* 17073; V 117 ποτεκλυχλιζεν *POxy.* 1618; V 122 κνειζω *POxy.* 1618; VII 127 επιφθιζοισα¹⁹ *POxy.* 2064.

2) Los papiros del siglo V en adelante confirman el dígrafo de la tradición medieval en palabras como βουκολιασδεν V 60, μελισδομενος VII 89 *POxy.* 1618; ψυθιρισδομες II 141 *PAnt.*; παισδε XV 42 *POxy.* 1618 y *PAnt.*; ποτοσδον I 28 *PParVind.* Desautorizan, sin embargo, la -σδ- unánime de los códices en otras como μαστιζοιεν VII 108 *POxy.* 1618; πανιζεται XVIII 32 *PAnt.*; κωμαζω III 1 *PBerol.* 21182; πλατιαζοισαι XV 88 *PAnt.*, e incluso επαιζον XV 49 *PAnt.*, con lo que demuestran la extensión progresiva del dígrafo a lo largo de la transmisión. σδ suprascrito sobre ζ de la primera mano evidencia las vacilaciones y la tendencia de la extensión: así, el papiro de Antínoe en χρηιζοντι XV 28, παιζοισ' XV 101 o ερεθιζω XXII 2.

3) En el siglo II, *POxy.* 2064, el único papiro de esta erapa que nos proporciona documentación sobre el problema, atestigua siempre -ζ-, no sólo en επιφθιζοισα²⁰ VII 127, donde los códices medievales vacilan entre ζ y σδ, o en palabras que los manuscritos escriben unánimemente con -σδ-, aunque no sean precisamente bucólicas (como μαστιζοιεν VII 108, κοκκυζων VII 124, εραζε VII 146, χρηιζεις VIII 11, χρηζω VIII 12), sino incluso en palabras como ποτοζον VII 16, αζειν²¹ o μου. Αδοι *suprascr.* ζ²² VIII 38, que pertenecen a ese léxico específico en el que se emplea la digrafía.

La conclusión parecería obvia: <ζ> era la única grafía en el texto del siglo II. No se debe, sin embargo, pasar por alto el hecho de que todos es-

¹⁹ El editor del papiro señala que ζ cabe mejor en la laguna que σδ («for which there is no space in pap»).

²⁰ Vid. nota anterior.

²¹ Ed. «αζε|ν suits the space better than ὠσδεν codd».

²² Ed. «μου.Ιδοι (the trace suggests μου|σ|ε|τ· more than μουσ|-) altered to -ιζοι »

tos ejemplos antiguos proceden de un mismo papiro. Verdad es que se trata de un ejemplar cuidado, incluso con acentuación dórica y observaciones interlineares sobre lengua; pero, de todos modos, no debe descartarse la posibilidad de que la total ausencia del dígrafo sea una peculiaridad de *POxy.* 2064. Nuevos datos tendrán que confirmar o desautorizar la conclusión.

Además de los datos de los papiros, dos escolios antiguos se refieren también al problema que nos ocupa, con posturas radicalmente opuestas: en el idilio I, el escolio tanto de la mejor rama de la transmisión, la *Ambrosiana*, representada por *K*, como de la *Vaticana*, advierte que *μελίσσεται* (v. 2) ha de escribirse con ζ, y escuetamente, comentan: τὸ γὰρ μελίσσω Αἰολικόν ἐστὶ. En el verso siguiente, sin embargo, ahora sólo en la rama *Vaticana*, otro escolio, a propósito de una explicación sobre la desinencia de segunda persona -εσ, aduce a modo de ejemplo: τὸ σπρίζεις γὰρ σπρίζεσ γράφουσι; τὸ δὲ σπρίζειν σπρίζεν y a continuación se añade: διαλύουσι δὲ τὸ ζ εἰς τὰ ἐξ ὧν ἦν συγκείμενον στοιχεῖα. La época de estos comentarios no la podemos precisar con exactitud. Pueden ser muy antiguos. La base de los *scholia uetera* teócriteos, según Wilamowitz, remonta a Teón, que vivió en época de Augusto. Podrían ser, pues, tan antiguos o más que *POxy.* 2064.

Estos son todos los datos que, por ahora, nos proporciona la transmisión de Teócrito. No podemos saber con absoluta certeza si la digrafía remonta al propio poeta, aunque parece más probable que no sea así. Al igual que en la transmisión de los líricos lesbios, donde todo indica que -σδ- en lugar de -ζ- se debe a los editores, también en la de Teócrito hay indicios para suponer, como hemos visto, que el dígrafo se introdujo en el texto con posterioridad, probablemente hacia la misma época que lo hizo en la de Alcmán, donde un papiro de finales del siglo I o principios de nuestra era (*POxy.* 2387) lo documenta ya.

Se trataría de una contaminación entre transmisiones. Page pensó que la de Teócrito influyó en la de Alcmán; bien pudo ser también al contrario. Un rasgo típico de la tradición manuscrita de Alceo y Safo se introdujo en el texto de Alcmán, el poeta dorio que «eolizaba continuamente». En uno de sus fragmentos (35) se ha conservado *μελίσσομέναι*, precisamente el vocablo que todos los gramáticos utilizan para ejemplificar la digrafía, ya se trate del dialecto eólico o del dórico. Y es importante

que a comienzos del idilio I, que pudo ser el que encabezaba el grupo bucólico, Teócrito, el otro poeta más representativo del dialecto dórico, utilizara así mismo *μελιζεται*. Quizá sea éste el eslabón que une las tres tradiciones: la lírica lesbia con Alcmán y, puesto que también era dorio y su lengua en muchos puntos similar, con Teócrito.

En el verso siguiente, I 3, se lee *συρίζες*, una palabra ya típicamente teocritea, no sólo por su significado, sino también por su desinencia *-ες*, que no se encuentra en literatura griega fuera de los idilios. La grafía tuvo fortuna a pesar de la advertencia en contra del escoliasta a I 2. Puesto que ambos verbos, *μελίσσεται* y *συρίζες*, corresponden al léxico típico del melodioso mundo pastoril, *-σδ-* se extendió a otros verbos relacionados, ya por tratarse de sonidos, de música, o de cantos, ya, como *έρισσω*, por referirse a una actitud típica y tónica de este mundo: la competición amebea entre pastores. Naturalmente, las extensiones analógicas y la contaminación con otras transmisiones, afectaron a otras palabras, no estrictamente bucólicas, que también atestiguan reiteradamente con *-σδ-*.

La digrafía se sintió hasta tal punto característica de este mundo pastoral que algunos poemas dóricos del resto del *Corpus*²³, cuya transmisión, parcialmente distinta a la de los poemas auténticos, no suele presentar los dorismos más característicos de los poemas de Teócrito, atestiguan, sin embargo *μελίσσομαι* (nada menos que siete veces), *συρίσω*, *βουκολιάσω*, *ψιθυρίσω*, así como también *παίσω*, *ἔσσω* y *ἔσομαι*.

²³ XX, Mosco I, <Mosco> III, Bión I, *Epitalamio de Aquiles y Deidamia*, Bión frs. 9, 10, 13, 16. Otros, sin embargo, como XXI, XXIII y XXVII, no utilizan en absoluto *-σδ-*, ni siquiera en palabras como *ψιγύριζον* XXVII 68 o *μαζῶν* XXVII 49.

MOTIVOS Y TEMAS EN LAS CARTAS DE AMOR DE FILÓSTRATO Y ARISTÉNETO¹

EMILIO SUÁREZ DE LA TORRE
Universidad de Valladolid

SUMMARY

The author puts forward a classification of the different motives and themes of these two epistolary corpora, in order to study the survival of some literary topics and to value the peculiar adaptation made by their authors, according to the literary taste of their times.

Las cartas que reciben en la epistolografía literaria griega el calificativo de *έρωτικάί* están muy lejos de nuestro concepto de la misiva amorosa. Frente a ellas, una excepción notable son las cartas incluidas en las nove-

¹ El presente trabajo reproduce, con muy escasas modificaciones (y la adición de algunas notas a pie de página), una de las lecciones pronunciadas por el autor en la Facultad de Filosofía y Letras de La Laguna y Las Palmas dentro del curso «Literatura erótica greco-latina», celebrado en septiembre de 1989, titulada entonces «Cartas de amor griegas». Mi más sincero agradecimiento a su organizador, Prof. Dr. Marcos Martínez Hernández, por su invitación al mismo, y al Dr. D. Angel Martínez Fernández por acoger ahora esta publicación en la revista de su dirección. Vaya con estas líneas el deseo de que conozca una larga andadura.

las, delicadamente engarzadas por sus autores en la trama de las mismas². Por su parte, entre aquéllas que componen los *corpora* epistolares, tan sólo algunas de Aristéneto revelan cierta sensibilidad para describir sentimientos amorosos y, sobre todo, para analizar (si es que se puede denominar así) el amor con alguna profundidad. Sin embargo, por lo general, las epístolas que se agrupan bajo el epígrafe de *amorosas* o *eróticas* llevan en su misma artificialidad su característica más negativa. Simplemente, les falta *vida*³.

En el presente estudio pasaremos revista exclusivamente a los motivos y temas utilizados en las cartas de Filóstrato o Aristéneto. Las *Cartas de heteras* de Alcifrón (el más importante) y Eliano, que tratan de poner de relieve aspectos afectivos de éstas en un tono entrañable y no exento de admiración por estos personajes, constituyen un subgénero que merece un tratamiento aparte y algo distinto. Tampoco hacemos referencia a las

² Véanse las observaciones de A. CARSON, *Eros the Bittersweet. An Essay*, Princeton 1986, pp. 91-97. También es interesante el capítulo dedicado a este género por A. LESKY, *Vom Eros der Hellenen*, Göttingen 1976, pp. 139 ss.

³ En comparación con las conservadas, resultan casi más apasionadas algunas utilizadas como modelos por los manuales de preceptiva epistolar. He aquí por ejemplo, el que propone el autor de los *Τύποι ἐπιστολικοί* [Atribuido a «Demetrio» (por identificación –falsa– con el autor del célebre tratado *Περὶ Ἑρμηνείας*; probablemente un rétor, que se dirige a un discípulo de nombre Heraclides; su posible datación corresponde al Egipto helenístico de los siglos II a.C. a I d.C.; cf. A. BRINKMAN, «Der älteste Briefsteller», *RHM* 64, 1909, pp. 310-317, y V. Weichert (ed.) *Demetrii et Libanii qui feruntur Τύποι ἐπιστολικοί et Ἐπιστολιμαῖοι χαρακτῆρες* Leipzig 1910, pp. XVII-XX. Esta es la edición que seguimos]: «*Amo, sí, por los dioses, amo tu distinguida y amorosa belleza y no me avergüenzo de amarte, pues no es vergonzoso amar la distinción. Y si alguno me censurara en general por amar, a su vez me elogiaría por aspirar a una mujer hermosa.*»

En un intento de superar este modelo, algunos códices añaden otro más explícito y elaborado:

«*Hay un amor corporal, pero también uno espiritual. Sin duda puedes calcular la fuerza del espiritual a partir del corporal, pues si éste con frecuencia desprecia mares, fuego, fieras, golpes, afrentas y riesgos de todo tipo con tal de alcanzar al ser amado ¿de qué clase crees que es el espiritual? Con exactitud lo caracteriza el sapientísimo Salomón en El Cantar de los Cantares con palabras amorosas de naturaleza corporal. Por ello, queridísima alma mía, al manifestarte la ardentísima disposición amorosa que tengo hacia ti, más que avergonzarme me enorgullezco de ello. Te amo. Sí, sinceramente: amo tu angelical naturaleza, amo tu discreta y dulcísima mirada, amo tu voz delicada, que brota de tus inmaculados labios con más dulzura que la miel; y prefiero arrojarme sobre tus sagradas huellas a gozar de una vida regia.*»

más tardías de Teofilacto de Simocata⁴. Pensamos que los *corpora* seleccionados presentan una mayor homogeneidad para los fines previstos, sin que ello excluya la existencia de numerosas relaciones con los que ahora no tratamos.

Filóstrato.- Las cartas de Filóstrato, más breves en general que las de Aristéneto, recogen en rápidas pinceladas la manifestación de sentimientos amorosos, protestas, consejos, elogios, etc., entre enamorados. El elemento narrativo está prácticamente ausente; tan sólo aparecen algunas descripciones de los rasgos de la persona amada. Son artificiosos ejercicios retóricos, muy propios del gusto de la «segunda sofística», que ilustran «en miniatura» algunas de las más importantes reglas de la preceptiva retórica, tanto de tipo general (respecto a las clases y la estructura del discurso), como específicas de la teoría epistolar, (sobre todo las que se refieren a la brevedad y claridad)⁵, en un claro alarde de habilidad y concisión. Además de estos rasgos, se caracterizan por la abundante utilización de modelos míticos para ilustrar las afirmaciones, normalmente en series un tanto recargadas.

Teniendo en cuenta, pues, la naturaleza de estas cartas, consideramos procedente dar una descripción de las mismas basada en los *motivos* que aparecen en ellas, reunidos de la forma más económica, pero también más precisa posible.

En primer lugar mencionaremos aquellos que están presentes en las cartas dirigidas a jóvenes de uno y otro sexo, destacando en su caso algunas diferencias en razón de éste.

-*Las rosas* (1, 2, 3, 9, 17, 21, 51, 54, 55,,63)⁶.- Se trata de uno de los tópicos más abundantes en esta colección. La rosa sirve normalmente

⁴ Puede obtenerse una visión de conjunto con la consulta de la traducción comentada de B. KYTZLER, *Erotische Briefe der griechischen Antike*, München 1967 (no tiene introducción, pero sí un epílogo que puede servir al efecto, pp. 277 ss.).

⁵ Cf. nuestro trabajo «*Ars epistolica*. La preceptiva epistolográfica y sus relaciones con la retórica», en *Estudios de drama y retórica en Grecia y Roma* (coord. por G. Morochó Gayo), Universidad de León, 1987, pp. 177-204.

⁶ La numeración corresponde a la de la edición de E. HERCHER, *Epistolographi Graeci*, París 1873, tanto para Filóstrato como para Aristéneto. Ofrecemos en su mayoría los textos traducidos, con el fin de que este trabajo pueda reportar alguna utilidad a los estudiosos de la literatura en general y (last, but not least) para facilitar la impresión de este

para destacar la belleza de la persona elogiada, indicando que supera a la de la flor, pero que es el adorno propio de jóvenes y muchachas. Esta afirmación se justifica de diversas formas: por su carácter «divino» a veces (las rosas son recordatorios de Adonis, tintura de Afrodita, ojos de la tierra; sedujeron a Anquises, desarmaron a Ares, etc.) o por su afinidad con el olor y la piel de los jóvenes (cf. 1,2,3). Dentro de esta variedad se registra a su vez un tópico basado en la idea de que las rosas no son excesivamente adecuadas como adorno de los cabellos rubios, pues ya de por sí éstos están dotados de un «fuego» natural (cf. 9, 21)⁷. En un caso (54) las rosas «sustituyen» al enamorado, pues les ha encargado *besar su cuello, invadir sus pechos y ejercer de varón si ella lo permite*. Con finalidad más espiritual, las rosas también pueden recibir el encargo de beber el rocío puro de la piel de la amada (63), para retener la ψυχή de ésta. Las rosas son las flores de Eros: como él son *húmedas, llevan cabellera de oro... poseen espinas en vez de flechas*. La rosa, en fin, es flor perecedera que hay que coger pronto.

Hay dos ejemplos en que el motivo de la rosa enlaza con el del conocido *carpe diem* (popularizado en la literatura moderna por autores como Ronsard). En la vida, leemos en la carta 55, hay que hacer como en la carreras de portadores de flores: *si las coges, permanecen, mas si vacilas, ya se han perdido. También la mujer se marchita junto con las rosas, si se demora. ¡No vaciles, hermosa mía! ¡Juguemos juntos, coronémonos de rosas, corramos juntos!* Para un destinatario masculino la formulación es la siguiente: *La belleza y la rosa tienen su primavera. Quien no goza de ellas cuando se le presentan es un insensato, pues es dubitativo con cosas que no permanecen y lento con aquello que pasa; el tiempo, en efecto, es envidioso, pues extingue la sazón de la flor y arrebató la plenitud de la belleza. ¡No vaciles, oh tú, rosa dotada de voz, y mientras se puede y vives, comparte conmigo lo que tienes!* (17).

artículo. El filólogo clásico deberá acudir a la citada edición de Hercher, pero teniendo a mano la de A.R. BENNER y F.H. FÖBES, *Alciphron, Aelian, and Philostratus: Letters*, London 1949 para Filóstrato y la de O. MAZAL, *Aristaenetus. Epistolarum libri duo*, Leipzig 1974, para Aristéneto.

⁷ En última instancia, puede citarse Safo, fr. 98 a.

—*La cabellera (16, 21, 58, 61).*— Es éste otro adorno especialmente apreciado en el presente *corpus*. Cortarse la melena puede ser casi un crimen, como se censura en la carta 16, dirigida a un muchacho, al que se le llega a decir: *¿Qué te ha sucedido para haber hecho la guerra contra tí mismo, homicida de tu propia cabeza?* La reprimenda va en esa misma carta acompañada de ejemplos tomados de la propia naturaleza y del mito, de tipo real y metafórico: la «cabellera» de los ojos son los párpados, la de la nave las velas, los montes la de la tierra, etc.; el león resulta más feroz con melena, el caballo con crines y el gallo es más combativo cuando alza la cresta. La cabellera es atributo de Posidón, Apolo, Pan, Isis, Dionisio, Helio, Zeus, Hermes. La cabellera convierte a la cabeza en algo florido, *más grato que el árbol de Atenea (58)*. Por eso cortar los cabellos a una mujer es falta totalmente reprochable: el amado, ante tal hecho, quiere saber dónde le cortaron a ella la melena, pues está dispuesto a besar el suelo en que se encuentra, entre desesperadas exclamaciones: *¡Oh alas de Eros, primicias de la cabeza, reliquias de la belleza!* (61).

—*Los ojos y la mirada (10, 11, 12, 26, 41, 50, 52, 59).*— El motivo del papel desempeñado por los ojos y la mirada en el enamoramiento es seguramente el mejor atestiguado y mejor conocido de toda la literatura griega⁸. También está presente en este *corpus*, llegándose a formulaciones bastante tajantes: *τυφλοὶ οἱ μὴ ἐρώντες*, «ciegos están los que no aman», se llega a decir en la carta 52. Sin embargo, no se trata exactamente de elogiar la belleza de los ojos del ser amado, sino de subrayar la función de los propios en el proceso. Los ojos son redes en las que queda prendida la imagen del ser amado, que de esta forma está siempre presente (10) y de los que no se va por más que los abra el enamorado (11). Por eso los ojos son la fortaleza que hay que conquistar para conseguir la total seducción (12); y ello es fácil, pues su única muralla son los párpados. Los ojos, en fin, pueden provocar huracanes que, junto con las rocas del amor, cual Caribdis, hagan hundirse al enamorado (50).

—*«No te calces» (18,26).*— Esta recomendación la encontramos dirigida tanto a un joven como a una muchacha. En el primer caso (18) se señala la inutilidad del calzado. Asclepio desprecia las heridas producidas por su uso, pues son evitables; es propio que lo lleven los enfermos y viejos, no

⁸ Vid. H.M. MÜLLER, *Erotische motive in der griechischen Dichtung bis auf Euripides*, Hamburg 1980, pp. 29 ss. y *passim*.

los sanos. Diversos modelos míticos (o «mitificados») apoyan la defensa de los pies descalzos: Diógenes de Sínope, Crates (filósofos cínicos), Ayante, Aquiles y el mismo Jasón, cuando «liberó» uno de sus pies por casualidad. La carta se cierra con un apasionado elogio de las huellas de los pies queridos: *¡Moldes de mis amadísimos pies, flores nuevas, besos impresos!* Por su parte, la carta dirigida a la joven (36) basa su consejo de ir descalza en que los tintes de las pieles del calzado harían un contraste poco afortunado con la piel de ella. Nada hará daño a pies tan hermosos; y, una vez más, los modelos míticos: Teris «*la de pies argénteos*» (tal es la interpretación que Filóstrato hace del epíteto ἀργυρόπεζα) y Afrodita saliendo del mar. El suelo, dice nuestro autor, se sentirá agradecido por sentir tu huella.

—*«No te enfades» (24,25,53).*— No faltan las recomendaciones de no afear el rostro con gestos adustos y antipáticos (τὸ σκυθρωπὸν). Al muchacho se le recuerda el ejemplo de Agamenón, equiparado por Homero a Zeus, Ares y Posidón cuando no estaba airado, pero semejante a un ciervo o un perro cuando sí lo estaba. Afrodita, Hera, Atena y las Erinis sirven de ilustración de tales diferencias en el caso de la joven, a quien se le recuerda que *también es una flor para la mujer la calma del rostro*; y, en caso de duda, no tiene ella más que coger un espejo y hacer la prueba.

—*Defensa del extranjero (8,28).*— Tal motivo se presta al catálogo de modelos históricos y míticos, lo que nuestro autor aprovecha con profusión. Tales ejemplos refuerzan, a modo de pruebas, en el caso de la carta dirigida a un joven, la afirmación inicial de que *a los ojos no se les puede condenar por ξενία* pues, sean de un extranjero o no, prenden en ellos por igual la belleza y el fuego. Branco no rechazó a Apolo por extranjero, ni Patroclo a Aquiles, ni Crisipo a Layo; Polícrates se enamoró de Esmerdis, Agesilao de un persa; ξένοι (en el doble sentido griego de «extranjero» y «huésped») son las lluvias de la tierra, los ríos del mar, Asclepio de los Atenienses, Zeus de los griegos, el Nilo de los egipcios y el Sol de todos; el alma del cuerpo, el ruiseñor de la primavera, la golondrina de la casa, etc (8). Ella no debe rechazarle por extranjero, cuando no lo hizo Hipodamia con Pélope ni Andrómeda con Perseo. El propio enamorado ha acogido como huésped al amor, y la amada a la belleza, pues ambos han venido a alojarse en ellos. Ella, por tanto, no deberá comportarse como un espartano, ni imitar a Licurgo: el amor es ajeno a la ξενηλασία (28).

—*Defensa de la pobreza (7,23)*.— Para conseguir el amor de un joven encontramos en la carta 7 una ardorosa defensa del pobre, que se abre con la habitual relación de modelos míticos, aquí colocada en cabeza: la desnudez de Eros y de las Gracias, Heracles vestido con la piel de león y durmiendo en el suelo o el propio Apolo, cubierto con ligera indumentaria abren la argumentación. La abundancia del *δῆμος* de origen humilde en los teatros, en los tribunales y su conducta en las guerras (no cometen, dice, *ῥυψασπία*) apoya la misma idea. A diferencia del rico, el pobre no utiliza «intermediarios» en asuntos amorosos; no llama al amado *ἐρώμενος*; *σινὸ κύριος* ; no le trata como a un *ὑπερήτης* sino como a un dios. Su riqueza, en fin, es espiritual: llegaría a dar la vida por el amado. Tratándose de una mujer, se busca otro medio de persuasión: a diferencia de la hetera, la mujer libre no debe atender a la riqueza de quien la pretende, sino a sus cualidades y honradez. Ahí está entonces el pobre, dispuesto incluso a caminar sobre el fuego si ella se lo pide (23).

—*«¿De dónde procedes?» (5,47)*.— La explicación de la insensibilidad de la persona requerida de amores se busca en su origen en dos cartas, de similares características y dirigidas, una vez más, cada una de ellas a una persona de distinto sexo. En el primer caso (5) se rechazan las posibles procedencias helénicas, pues los modelos míticos que las representan demuestran una conducta muy distinta por parte de sus naturales: Jacinto en Esparta, Aquiles en Tesalia, Harmodio y Aristogitón en Atenas, Branco y Claros en Jonia y el propio Eros en Creta (todos ellos modelos de amores homosexuales «canónicos») obligan a pensar en un origen bárbaro: sin duda es Escita el muchacho que tan duro se muestra. En el caso de la mujer (47), el enamorado llega a la conclusión de que está intentando persuadir a una auténtica Danaide, por lo que se ofrece para que ella lo ejecute y se comporte como una de aquellas *ἀνδροφόνου παρθένου*.

Junto a estos tópicos compartidos por las cartas dirigidas a destinatarios de ambos sexos encontramos otros exclusivos de uno de los dos, siendo más variados los que aparecen en cartas dirigidas a mujeres. En las que se dirigen a muchachos aparece el siguiente:

—*El vello (13, 15)*.— En el primero de los ejemplos el motivo del crecimiento del *ἰουλος* se utiliza, como ocurría con el de la rosa, para sustentar el tema del *carpe diem*: Si el joven deja pasar el tiempo, se le ensombrecerá el rostro pues el vello se convertirá en barba cerrada: será como

cuando el sol queda oculto por las nubes. El enamorado ruega, pues, que el joven ceda a sus deseos cuanto antes. En la carta 15 se consuela al amado por la aparición del vello: si Homero elogia al hombre barbado es porque él había acariciado y besado un rostro tal. Los imberbes eunucos sienten más vergüenza por la falta de barba que por el «otro» defecto, pues aquélla no puede ocultarse.

Por su parte, propios de las cartas a mujeres son éstos:

—*Rechazo del maquillaje y de los postizos (22, 40).*— El argumento fundamental que se utiliza para la defensa de «lo natural» es que todos los recursos usados para embellecer fueron creados *para quien los necesitara*: por tanto, la mujer hermosa por naturaleza no tiene por qué recurrir a aditamento alguno (Τὸ ἀκόσμητον ἀληθῶς καλόν, 22). Por otra parte, los polvos y tinturas de los labios y de las mejillas son un estorbo para los besos y, en cualquier caso, delatan la vejez disimulada (40).

—*Descripción de la belleza femenina (32, 33, 34).*— Un contenido fundamental de algunas de las cartas de Filóstrato (y también de Aristéneto) es la descripción de la mujer amada, que se convierte en un auténtico ejercicio demostrativo de los recursos del escritor. Dos de las cartas con este contenido comparten una misma imagen: la comparación de la mujer (o de sus atributos) con una **copa** y su contenido. Sus ojos son más transparentes que una copa y a través de ellos se ve el alma; pero también parece que brota de sus fuentes agua, de modo que se asemeja a una de las Ninfas: *En cuanto te veo, siento sed y, sin querer, me quedo de pie sujetando mi copa; no la llevo a mis labios, pero sé que estoy bebiendo de ti (32)*. El enamorado también pide a la amada que beba a su salud sólo con los ojos o que, si no quiere desperdiciar el vino, llene la copa de agua, la cubra de besos y la entregue a quien lo necesite; pues no puede haber nadie, se dice, que siga deseando el don de Dionisio después de haber probado las viñas de Afrodita (33). Por último, la carta 34 es un breve elogio del rostro de la amada en el siguiente tono: *«No sé qué elogiar más de ti ¿Tu cabeza? Pero... ¡ay, qué ojos! ¿Tus ojos? Pero... ¡ay, qué mejillas! ¿Tus mejillas? Sin embargo, tus labios me atraen y me abrasan terriblemente: cerrados, por su belleza; abiertos, por su buen olor.*

—*La idealización de la prostituta y de la tabernera (19, 38, 60).*— Herencia de la Comedia Nueva, el tratamiento afectuoso y comprensivo de la figura de la hetera está presente, como ya hemos indicado, en la tradición

de cartas eróticas griegas. Según indican los encabezamientos, van dirigidas a heteras la mayoría de las cartas con destinatario femenino. Sin embargo, nos referimos ahora a aquéllas en las que *se defiende* la vida y actividades de la prostituta de una forma que tiende a la idealización. Para ello se recurre de nuevo a las comparaciones, mediante construcciones bímembres o trimembres, que van limando el valor de las críticas que reciben. Así, contra el reproche de que la prostituta se vende a sí misma, se esgrime el paralelo de los mercenarios y de los pilotos. Frente a la censura por la «libre disposición», se la compara con los ríos y las rosas. La prostituta debe enorgullecerse de su facilidad: también el agua, el fuego y el sol están a la disposición de todos. En un condensado clímax, la carta 19 concluye: *«Tu casa es acrópolis de belleza, los que en ella entran sacerdotes, los coronados teoros y el dinero tributos. ¡Reina con dulzura sobre tus súbditos y que incluso te adoren!* En la carta 38 se utiliza una argumentación muy similar, con la diferencia de que aquí se añade una serie de modelos míticos: Dánae sucumbió al oro, igual que ella acepta dinero; Artemis también se cubrió con coronas; y si ella se entrega a los campesinos, también Helena hizo lo propio con pastores y citaredos; los esclavos se sentirán libres al unirse a ella, y los marinos emularán a Jasón.

No menos divinizada queda la tabernera en la carta 60. Su túnica de lino es como la de Isis, su taberna, templo de Afrodita y sus copas, como los ojos de Hera. Después de alabar la forma en que sujeta la copa, el elogio llega a un extremo casi morboso: *«Y si alguna vez bebes de ella, todo lo que queda se torna con tu aliento más cálido y más dulce que el néctar. En verdad desciende hasta la garganta por caminos expeditos, como si la mezcla no estuviera hecha con vino, sino con besos».*

—*La expresión de amor (39, 59).*— Aunque la manifestación de sentimientos, más o menos velada, se encuentra en muchas de las cartas, se dan algunos ejemplos que merece la pena considerar aparte, debido a la formalización que adquiere. El primer ejemplo seleccionado describe el amor rechazado mediante la equiparación del despecho amoroso con el exilio. De esta forma el autor dispone inmediatamente de una serie de ejemplos a los que recurrir: Aristides (que regresó), Temístocles (que se ganó la estima de los bárbaros), Alcibiades y Demóstenes son los seleccionados. Se suman a ellos los ejemplos de la naturaleza: el mar, el sol, el invierno, etc., se retiran cuando otro fenómeno natural obliga a ello. No falta, una vez más, la serie mítica: los atenienses acogieron a Deméter en

su vagar, a Dionisio y a los Heraclidas. Por ello se reclama el amor de la mujer, pues, de no ser concedido, el exilio será doble: por alejamiento y por desamor.

Por su parte, la carta 59 nos muestra a un enamorado que, después de reconvenir a sus ojos por haber perdido de vista a la amada, se declara dispuesto a seguirla a cualquier parte, incluso al campo, y a trabajar en él en todas las labores que sea menester. Con una excepción, expresada de forma rotunda: «*A una sola cosa me niego de las habituales en el campo: a ordeñar. Tus tetas son las únicas que me gusta tocar.*»

Aristéneto ⁹ .- Las cartas de Aristéneto presentan una complejidad mayor que las que hemos visto en Filóstrato. Ello es debido, en primer lugar, a que reúnen en su conjunto un elenco de casi todos los géneros en los que el componente erótico aparecía de una forma o de otra. Da la impresión de que la literatura «erótica» ha sedimentado de una manera peculiar en esta colección. Individualmente consideradas, se trata de cartas de mayor extensión que las precedentes, con contenidos que oscilan entre los propios del monólogo teatral (ya desde Eurípides), la narrativa novelesca, los diálogos evocadores de la Comedia Media y Nueva, el tratamiento amoroso tomado de la poesía helenística y también latina, pero con claros precedentes arcaicos griegos, etc.

Una peculiaridad que puede haber contribuido a esta mayor variedad formal y de contenido es que el remitente no es una misma persona que exprese sus sentimientos de forma directa a un destinatario sino que se escoge el esquema «A cuenta a B lo que a él le ha sucedido o lo sucedido a C o D».

La localización precisa de los diversos antecedentes literarios de esta interesante colección del siglo V exigiría por sí sola un tratamiento individual. Teniendo en cuenta que éste ha sido llevado a cabo ya en buena medida por otros autores y comentaristas, hemos preferido hacer una presentación de la colección similar a la efectuada con Filóstrato. Sin embargo, en este caso preferimos hablar de *temas* (que pueden incluir, a su

⁹ Para una revisión de los antecedentes literarios de estas cartas, remitimos a la traducción, con introducción y notas, de A. LESKY, *Aristainetos: Erotische Briefe*, Zürich 1951, pp. 7-48 y, por supuesto, la obra citada *supra* en n. 2 (que, sin embargo, no dedica ningún capítulo a la literatura erótica epistolar).

vez, *motivos*), ya que afectan al contenido general de la carta. No es verdaderamente muy fácil reducir este conjunto a unos pocos epígrafes, pero sí pueden seleccionarse unos cuantos de mayor importancia que agrupen los textos más significativos del *corpus*, sin descuidar por ello la referencia a los antecedentes literarios.

—*El elogio de la mujer amada (II, 12, 26; III, 4)*.— Es probable que la carta que encabeza esta colección sea una de las más conocidas. Con alguna excepción en sus antecedentes, estamos ante una de las más detalladas y elaboradas descripciones en lengua griega de la belleza femenina. La lectura de algunos párrafos dará idea de la multitud de tópicos que se agolpan en estas líneas:

«La naturaleza fabricó a la perfección a mi amada Laís, Afrodita la dotó de los adornos más bellos entre todas las cosas y ella se sumó al coro de las Gracias. El dorado Eros enseñó a mi deseada a disparar certeramente con los dardos de sus ojos. ¡Oh, tú, la más bella obra de arte de la naturaleza! ¡Tú, fama de las mujeres e imagen viva de Afrodita en todas partes! Sus mejillas, en efecto (para describir con palabras en la medida de lo posible su seductora belleza) poseen una mezcla de blancura y tenue rubor, y así reproducen el esplendor de las rosas; sus labios son finos, ligeramente entreabiertos y más rojos que sus mejillas. Sus cejas son negras, de puro negro, separadas por un moderado entrecejo. La nariz es recta, adecuada a la finura de sus labios. Los ojos grandes y radiantes, resplandecientes de luz pura. Lo negro de ellos, muy negro y lo blanco que rodea a aquello, muy blanco: lo uno y lo otro hacen ostentación entre sí de superioridad y su fuerte contraste resalta por la proximidad [.....]. Por poco se me ha pasado decir que sus pechos empujan su vestido hacia afuera con violencia. Sin embargo, son tan armoniosos y delicados los miembros de Laís, que cuando la abrazas parece que sus huesos se pliegan dócilmente...».

Lo más frecuente, sin embargo, es que la descripción de la mujer se incluya en una carta con otra finalidad. Así, en *II4*, al narrar la entrevista con la amada en el callejón, describe el aspecto que ella tenía cuando se asomó a la ventana: cabello, cejas, mejillas, cuello y ojos aparecen una vez más acompañados de encendidos elogios. En *II2* se une la descripción al motivo ya señalado de la idealización de la hetera, pues tal es el oficio de Pitáde, la mujer alabada. Con encendida admiración por ella, se invita al comienzo de la carta a que acudan enamorados de todo el mundo a com-

probar que no hay mujer más bella ni en Oriente ni en Occidente. Los detalles de sus cualidades físicas se unen aquí a los de sus modales (*ἐφ' ἧ δομαὶ τοῖς τρόποις εὖ μάλα συμπρέπουσι τῇ μορφῇ*) y a la alabanza del placer que supone su compañía. En el caso de la bailarina Panáreta (I26) se elogia simultáneamente la belleza y las cualidades artísticas de la joven. El remitente no sabe si llamarla «rétor» o «pintor»; hermosa forma de indicar la capacidad de la bailarina de transmitir con sus manos y con todo su cuerpo palabras e imágenes en forma de figuras de baile, a lo que se unen sus cualidades en el canto. Su poder es tal, que «*todos los espectadores, movidos por el placer, intentan ser pantomimos*».

—*Amor y naturaleza (I3, III)*.— Aunque la presencia de este tema no es muy abundante, merece la pena destacarlo, pues supone la cristalización de una larga tradición en la literatura griega. En I3 la conocida descripción platónica del lugar a orillas del Iliso, donde transcurre la acción del *Fedro* sirve de marco al recuerdo de una jornada feliz del remitente, llamado precisamente *Φιλοπλάτανος*, con una mujer de nombre no menos transparente, *Λειμώνη*, en carta dirigida a Antócomes. Al aprovechamiento que se hace del texto platónico se suman otros rasgos que proceden de la poesía griega arcaica (Hesíodo, Alceo, Íbico), mezclados con algún motivo tomado de autores más cercanos del mismo género, como Alcifrón. El autor consigue así dar una condensadísima y minuciosa descripción de lo que él mismo designa como un *ἐρωτικὸς παράδεισος*, en el que tuvo lugar el delicioso encuentro. Esa fusión de amor y naturaleza facilitada por el propio nombre de la amada (con transfondo religioso místico) aflora en cada línea, a veces mediante el simple recurso de insertar un detalle nuevo en el curso de la narración platónica: «*al pie del plátano corre un arroyo gratisimo de agua muy fria, como podía comprobarse con el pie, y tan transparente, que, mientras nadábamos juntos y nos abrazábamos amorosamente, eran visibles claramente todos nuestros miembros*». El detalle erótico abunda en la semejanza: tan perfectos eran los pechos de Limone que él se agarró a una manzana que pasó flotando a su lado creyendo que era la protuberancia femenina¹⁰. El perfume de ella llega a superar al delicioso olor del lugar. Y, al final de la carta, nos dice que «Pra-

¹⁰ Sobre esta y otras peculiaridades del gusto griego en lo referente al pecho femenino, vid. D.E. GERBER, «The female breast in Greek erotic literature», *Arethusa* 11.1,2, 1978, pp. 203-212.

dera» (Limone) con unas flores se adornó la cabeza como un «prado» (λειμών).

El motivo del λειμών reaparece en *III*, aunque con una intención diferente. En efecto, el contenido de esta carta es puramente *suasorio*, como veremos en otro lugar, y la comparación de la mujer con un prado se acerca más al tópico del *carpe diem*, tal como lo hemos visto en Filóstrato. La belleza de la mujer es equiparable a la de un prado, pues su duración se ajusta a la de la primavera de la vida. A ella va unida, pues, la de Eros, pues sólo mora en flores hermosas y perfumadas; y la rosa, al fin y al cabo, aunque no la corte, se marchita.

—*La pasión amorosa y los efectos del amor* (I2, 7, 8, 13, 15, 16, 21, 22, 23; III, 2, 5, 9, 10, 11, 12, 14, 16, 18, 20, 21).— A diferencia de lo que sucede con las cartas de Filóstrato y a pesar de que no estamos ante «declaraciones» de amor de una persona a otra, sino ante relatos y confidencias que no atañen directamente al destinatario, son abundantes en Arísténeto cartas en las que, con recursos muy variados, se nos ofrece una amplia variedad de expresiones sentimentales, aventuras presididas por el amor, ejemplificaciones de sus efectos positivos y negativos; un conjunto, en fin, que hace a estas epístolas más merecedoras que en otros casos del epíteto de *eróticas*. El grupo puede subdividirse en los siguientes apartados:

El encuentro erótico.— Con una larga tradición en la literatura erótica de la Antigüedad (como ha demostrado el Arquíloco de Colonia), el motivo del encuentro casual de una pareja (enamorado y/o como consecuencia del encuentro) venía a ejemplificar bien tanto la fuerza irresistible del amor como las dotes de persuasión masculinas y/o femeninas, según los casos, además de realizar la freudiana función de *realización de deseos* como liberación de la libido, aunque ésta sólo fuera sobre el papel. Así, el protagonista de la epístola I2 acaba gozando de las delicias eróticas no de una, sino de dos jóvenes que le sorprenden mientras está en el callejón rondando a su amada. Claro que no siempre el sujeto correspondiente goza de la suficiente capacidad de persuasión. Tal es el caso del pescador de I7, quien, en vez de lograr la nueva «pesca» que se le presentaba (a saber, una hermosa muchacha que le encomienda guardarle la ropa mientras se baña y a quien llega a comparar nada menos que con una Nereida mientras lo hacía y con Afrodita al salir del baño) pierda la pesca

y la caña, pues la joven, indignada, le rompe su instrumento y le tira los peces a agua.

No falta, en fin, el encuentro ilustrativo del tópico «flechazo» de Eros. Así le sucede en un templo a Euxíteo (nuevo nombre *ad hoc*) en II2. Orando en efecto, a los dioses, sintió la *bofetada de Eros*: ἐξαιφνης ὑπο τοῦ Ἐρωτος ἐρραπίσθη. Se volvió, y la belleza de ella hizo lo demás; por ello está dispuesto a servirla como *esclavo amoroso* (ἐρωτικὸς θεράπων).

El poder de Eros.- Eros responde de forma casi mágica a la plegaria que le dirige el ardiente enamorado de la carta II6. Sus deseos se ven cumplidos inmediatamente. En presencia de la mujer deseada y no atreviéndose él a manifestarle sus sentimientos, ruega a Eros que sea «ella la primera en pedirlo y me anime a ello y me lleve a su cama». Y más o menos, así sucede: la mirada de la joven, antes seria, se torna amorosa; no se resiste al roce de las manos del amante, sucumbe a sus besos y..., como viene a decir el autor, ya sabéis cómo fue lo demás y no hacen falta más palabras; «sólo os diré que durante toda la noche estuvimos compitiendo a ver quién se mostraba más apasionado que el otro; y como, mientras nos entregábamos tiernas expresiones, las palabras, a causa del placer, se deslizaban de nuestros labios incompletas»

Sin embargo, es probable que la más conocida ilustración del poder de Eros, no ya para subyugar a los mortales, sino incluso para influir en el curso de los acontecimientos humanos, se dé en la conocida «historia milesia» de la larga carta II5. A pesar de la larga extensión del texto, el argumento es fácil de resumir: las ciudades jonias de Mileto y Miunte (Μυοῖς) conocían una larga hostilidad, que impedía a los habitantes de cada una de ellas pisar el territorio de la otra, salvo en períodos de tregua; el rey de la primera, Frigio, se enamoró de una muchacha de Miunte, llamada Pieria, que había acudido a Mileto con ocasión de una festividad en honor de Ártemis. Encantado con los goces amorosos que le proporcionaba la joven, Frigio le ofrecía toda clase de costosos regalos, que ella rechazaba. Así que él le preguntó qué es lo que más deseaba obtener. Entonces la joven le respondió: «Concédeme, mi rey, que mis parientes y yo podamos venir cuando queramos a esta ciudad dichosa sin ningún perjuicio». Y así, naturalmente, acabó aquella larga hostilidad entre las dos ciudades.

La enfermedad del amor.- Un argumento no de novela, sino propio de la comedia ática tardía, encontramos en II3 como ilustración del título

de este epígrafe. Se trata de un joven enamorado de la *παλλακή* del padre, de forma tal que, entre la fuerza de su pasión y la necesidad de mantenerla oculta, cae enfermo. En toda esta historia la figura del médico (de nombre, por cierto, Panaceo) es fundamental. Cuando está intentando hacer un diagnóstico que se presenta difícil, acierta a pasar delante del joven la susodicha, provocando la turbación de su mirada y la aceleración del pulso; por el contrario, cuando aquélla desaparece retorna aquél a la postración habitual. La astucia del médico, convertido en un auténtico *μαστροπός* solucionará el problema. Le explica al padre que los padecimientos del hijo se deben nada menos que al amor que siente por la esposa de aquél. Ante su gran desconuelo, le pregunta si aceptaría que su hijo tuviera relaciones con la *παλλακή* en vez de con la esposa; y, al asentir el padre, le revela lo que sucede. Policles (pues tal era el nombre del progenitor) accede finalmente, tras hacerse esta sensata reflexión: «*Duro es lo que se me pide: mas, si hay que elegir entre dos males, se debe escoger el más leve*».

Mal de amores padece también Parténide, la protagonista de *II5*, quien describe sus síntomas en términos con claras evocaciones sáficas. La joven comienza por elogiar el canto del muchacho, luego su mirada y exclama: «*Ojalá me deseara y estuviera yo contemplando a quien corresponde a mi amor*». Según escribe la carta, se le manifiestan los síntomas de su pasión: siente que se aceleran los latidos del corazón, que casi se le sale del pecho y parece inflamarse; «*la cabeza se me cae unas veces sobre las rodillas, otras se inclina sobre mi hombro; mientras contemplo a mi amor («bello») siento vergüenza, temor, suspiro de placer. ¡Fuego dulcísimo! ¿Quién te ha plantado dentro de mí? ¡Cuán frecuentes sufrimientos siento y no sé quién hace que esto me suceda!* [se refiere a Eros]. *Me consume un dolor indecible, corren por mis mejillas incontenibles fuentes de lágrimas*». En fin, hasta el pensamiento le ha trastornado Eros. Su pasión es tan grande, que está dispuesta a perder de una vez la vergüenza y la virginidad, a que se unan no sólo sus miradas, sino también sus cuerpos. Por eso pide la ayuda y el consejo de Harpédone, destinataria de la carta, a quien le revela estos *μυστήρια*.

El amor no correspondido y los efectos negativos del amor.- Algunos de los relatos amorosos de Aristóneto ilustran también pasiones no correspondidas o bien las consecuencias nocivas de ciertos amores. Quizá el re-

lato más concido de este tipo es el de Aconcio y Cidipe (que conocemos también por Calímaco¹¹), que llena la carta *II0*, aunque es sabido que tiene un final feliz. Contiene diversos elementos que aquí hemos tratado aisladamente: el del enamoramiento súbito de Aconcio, el de los sufrimientos de amor (descritos aquí, con todo lujo de detalles, como un auténtico *enloquecimiento* del protagonista, que habla hasta con los árboles, buscando así una especie de *sim-patía* de la naturaleza); y otros rasgos propios de las narraciones populares y de los mitos griegos, como el de la consulta a Apolo para averiguar el porqué de las repetidas enfermedades de Cidipe. En efecto, como es sabido, Aconcio escribe en un membrillo la frase «por Ártemis que me casaré con Aconcio», lo arroja a los pies de la esclava de Cidipe la cual, asombrada de que el fruto lleve una inscripción, pide a su dueña que se la lea, por lo que ésta queda ligada por el juramento. Cada vez que la joven, prometida a otro hombre, iba a contraer matrimonio, caía gravemente enferma; hasta que, por fin, el oráculo de Apolo, consultado por el padre de aquélla, confirma la necesidad de que se cumpla lo jurado a Ártemis. Todo lo cual concluyó en una coyunda de las que hacen época, a juzgar por la descripción de Aristéneto.

La *infidelidad al juramento* amoroso (motivo también tradicional, pues forma parte de la *dike* que preside las relaciones de este tipo) es el tema de *II9*; Dionisodoro, autor ficticio de esta carta a Ampélide, da muestras de su profundo amor, al indicarle a ella que no sufre tanto por el despecho de que ha sido objeto, como por el temor de pensar en el duro castigo que su falta al juramento le puede traer, por lo que, generosamente, ruega a los dioses que la perdonen.

El *amor imposible* se ilustra con el «motivo de Pigmalión» en *III0*. Un pintor, Filopínace, se ha enamorado de la imagen femenina que ha pintado. El tópico de «sólo le falta hablar» se desarrolla aquí con todo el lujo de la prosa de Aristéneto. Es efectivamente la boca y la sonrisa de esta helénica Monna Lisa *avant la lettre* lo que más enloquece al autor, quien confiesa acercar el oído a veces al cuadro por ver si consigue escuchar lo que ella parece querer susurrar. La pasión le lleva a acostarse con el retrato sobre el pecho y, en fin, reconoce que se ha vuelto loco y que está a punto de perder su alma (entiéndase «vida») por un objeto inanimado

¹¹ frs. 67-76 Pfeiffer.

(καὶ τέλεον ἐπιμέμηνα τῇ γραφῇ... καὶ κινδυνεύω τὴν ἐμὴν προσαπολέσαι ψυχὴν δι' ἄψυχον ἐρωμένην).

No obstante, no siempre el hecho de convivir con una mujer de carne y hueso depara mucha mejor suerte, tal como se desprende de *I21*. El fingido autor de la carta (Aristómenes) confiesa a su destinatario que le va a contar un caso de «mal de amor» hasta ahora inusitado. Se trata de un individuo al que su pareja le ha fijado una limitación en las relaciones amorosas, expresada del siguiente modo: *tócame las tetas, prueba los más dulces besos y abrázame vestida; pero no andes buscando el matrimonio ni lo esperes, pues sufrirás la pena de verte privado incluso de lo que se te ha permitido*. Y ahí tenemos a nuestro personaje llevando una vida de eunuco sin serlo.

No tuvo suerte en su matrimonio el protagonista de *III2*. En ella se ejemplifica cómo a la mujer que es de mala índole (*δύστροπος*), ni siquiera la pobreza la amansa. Así lo ha experimentado Eubúlides, quien llegó al amor por la vía de la compasión, para ahora acabar arrepentido, pues ella se ha transformado en un ser insaciable de riquezas y de insopportable carácter.

La reacción de la mujer despechada tiene su expresión en *III6*, en que Mírtale reprocha a Pánfilo que ahora la desprecie y persiga a Tais. Viene a argumentar ella que la razón del desprecio es haber sido complaciente, mientras que el atractivo de su rival está en que le rehuye; pero las cosas no quedarán como están, pues ella cambiará totalmente de actitud. En una adaptación del antiguo *πάθει μάθος* le anuncia que «aprenderá por experiencia propia» (*μαθήσει δὲ τῇ πείρᾳ*).

Por su parte, el protagonista de *II20* intenta convencer sin éxito a su amada, tal como se nos narra en la carta. El conocido motivo de la «persuasión amorosa» por la palabra se materializa en esta negativa de la joven que replica rotundamente a los argumentos del conquistador, con razones tan claras como ésta: *igual que los lobos aman a los corderos, así desean los jóvenes a las muchachas, y es el suyo un amor lobuno*. En efecto, satisfecho su apetito, abominan de los placeres antes reclamados.

También hay mujeres-lobo, como demuestra la carta *III8*. El ingenuo Pánfilo se enamoró, en cuanto la contempló, de uno de estos ejemplares, de nombre (transparente) Telxínoe. Ella se pone de acuerdo con un falso

mago, que ofrece sus supuestas artes al joven para atraerse el amor de la susodicha. Claro que, cada vez que se produce la unión entre ambos, el intermediario cobra tales sumas que acaban dejando al buen Pánfilo *más desnudo que un clavo*, según dice Aristéneto. Cuando ya le han arruinado, ambos se marchan (sin dejar de fingir por un momento), abandonándolo «compuesto y sin novia», además de inmerso en la más absoluta pobreza.

La mala suerte acompaña, por último al remitente de *I23*, a quien ha arruinado tanto la pasión amorosa como su afición a los dados. Su gran problema es que el amor le distrae en el juego y pierde siempre; y, como consecuencia, sus rivales en el juego tienen más medios para obsequiar a la joven, con lo que el buen hombre queda postergado.

El mundo del engaño y de la infidelidad.- Es éste un apartado amplio, con una variedad notable de ejemplos que intentaremos presentar de forma abreviada. Su abundancia y diversidad se comprenden fácilmente si se tiene en cuenta su arraigada tradición literaria, e incluso popular, en la cultura griega. Son especialmente perceptibles los antecedentes teatrales de algunas de estas narraciones, sin excluir la influencia de géneros como la novela. También es cierto que, dado lo común del tema, tradiciones literarias no griegas recogen situaciones semejantes.

Tal es el caso del motivo de la *malmaridata* (*malmaríée*), unida a un cónyuge vetusto, que a la menor ocasión lo engaña. En *I5* se nos cuenta cómo con ocasión de una *πανήγυρις* un tal Caridemo logra «pescar» (gr. *ἀγκιστρῆει*) a una mujer y llevársela a una fiesta; mas resulta que al convite es invitado también su anciano marido, que reconoce el vestido que ella se ha quitado antes de entrar; al percatarse la mujer, escapa sin que él la haya visto y urde la siguiente estratagema: coge el vestido, se lo da a una vecina y, cuando llega el esposo a casa lleno de ira y pidiendo una espada para acabar con la adúltera, aparece aquélla a «devolver» la prenda con la que ha ido a la fiesta; con lo cual el vejestorio se deshace en perdones.

No menos recursos para burlar al cónyuge muestra la mujer de la carta *I9*, quien, paseando por el ágora con aquél encuentra al amante y finge una caída con el fin de que éste le dé la mano para levantarse (llegando a besarse primero la suya, fingiendo dolor, para transmitirle así un ósculo indirectamente).

Imaginación para justificarse al ser sorprendida demuestra la mujer que oye regresar al marido cuando está con su amante (II22): rápidamente pone todo en desorden, hace que éste salga precipitadamente y le explica al esposo que acaba de sorprender a un «butronero» (τοιχωρύχος) con las manos en la masa.

Una situación difícil puede surgir cuando la pasión amorosa estalla entre personas que conviven. La esclava que protagoniza la carta II7 se enamora del amante de su señora, a lo que la conduce la contemplación de la ardiente relación de la pareja. Una vez que su ama la ha enviado a buscar al amante, aprovecha para confesarle su incontenible deseo, a lo que él responde sin vacilación alguna (ἀμα ἔργον ἀμα ἔπος, «dicho y hecho»). Lo malo es que la dueña los sorprende en tan cálida situación, lo que provoca su airada reacción: arrastra de los pelos a la esclava y dirige una amarga reprimenda al amante, con la argumentación de que ella no es virgen y tiene más experiencia en temas afrodisíacos («la mujer besa, la virgen se deja besar»). «Ven aquí que te lo recuerde» es su expresión final.

Peor lo está pasando Teocles (II8), enamorado a un tiempo, por obra del βάσκανος Ἔπος, de la esposa y de la suegra, por lo que pide ayuda a los dioses para que ejerzan funciones apotropaicas y eviten esa doble relación.

Claro que, entre personas civilizadas, siempre se puede llegar a un acuerdo, como se ve en III5. Una mujer ama al esclavo de su amiga y ésta al marido de la primera. La solución para un encuentro es bien sencilla: basta con que la una dé una paliza (medurada, claro) al esclavo y lo eche de casa para que éste acuda a buscar protección junto a la mujer amada; por su parte ésta le enviará a la otra el marido, para interceder por el esclavo. Con lo cual, ya está todo resuelto para colmar los deseos, aunque sea de forma pasajera.

En las uniones extraconyugales tiene especial importancia, como es sabido, la tercera o μαστροπός, papel que con frecuencia ejerce la propia esclava, como vemos en I22 o III9, siempre con gran éxito. Y, como en la comedia, también aparece en estas cartas el μοιχός profesional irredento. Así, en II20 en que el guardián de la cárcel se apiada del prisionero que tiene encomendado (detenido por haber sido sorprendido en adulterio), lo libera y aquél reincide nada más salir con la propia esposa del liberador, convertido en un «guardián que no supo guardar lo suyo».

Como pertinaz es también el remitente de la carta *III7*, que acosa a una mujer casada a pesar de las protestas y negativas de ésta última; no en vano, claro, el desesperado enamorado se llama Epiménides¹².

Este es, pues, el panorama que nos ofrece este erudito y refinado autor de las postrimerías del mundo antiguo. No podemos decir que sea el último representante del género epistolar amoroso en lengua griega (ahí están las cartas de Teofilacto de Simocata), pero su obra, poco conocida y estudiada, es posiblemente el mejor colofón, el más rico y elegante, para completar una visión de la *erótica antigua* y para pasar el testigo de estos análisis a los especialistas de otras tradiciones posteriores.

¹² Aunque de nuevo merecerían un tratamiento especial dentro de este apartado las cartas protagonizadas por heteras y bailarinas, no volvemos a mencionarlas al haberlo hecho más arriba. Valgan las referencias dadas en su lugar.

ACTITUD DE LOS CRISTIANOS ANTE LA RETÓRICA

ANTONIO ALBERTE
Universidad de Málaga

SUMMARY

The author shows the different attitudes of Christian-Latin writers towards Rhetoric in his paper: frontal opposition represented by Tertulianus, vacillation represented by Hieronimus and defended acceptance by Augustinus. The author also shows the influence of stoicism upon more radical theses and the influence of Cicero on those of a more condescending attitude.

Como consecuencia de los cambios políticos producidos durante el período de Augusto el *tirocinium fori* había sido sustituido por la escuela del rétor y el orador político por el *declamator* privado. A partir de ahora la retórica ya no será un reflejo de la elocuencia viva y dinámica, como pretendía Cicerón, sino que se convertirá en la responsable exclusiva de la misma¹.

Resultado de tal situación es la aparición de un paroxismo retoricista criticado por Tácito, Plinio el Joven y Petronio². Ahora bien, quienes ha-

¹ *de or.* 2,146: *sic esse non eloquentiam ex artificio sed artificium ex eloquentia.*

² Tac. *dial.* 35. Plin. *ep.* 11, 14, 8. Petr. 1.

brían de adoptar una actitud de denuncia permanente serían los cristianos: ellos no sólo atacarían los excesos retoricistas sino todo principio retórico, justificando esta actitud con testimonios bíblicos. Así nos recordará Tertuliano (*spect.* 17, 6) basándose en la carta de S. Pablo a los corintios (I *Cor.* 1,20): «Despreciamos toda doctrina pagana porque para Dios no es más que necedad». Esta misma idea volvería a ser repetida por Jerónimo (*ep.* 52,9): «Lee la epístola de Pablo a los corintios...: Es mucho mejor poseer una santa ignorancia que una elocuencia pecadora» Del mismo modo Rufino en su comentario a Orígenes (*in Leviticum* 5,7) interpreta el texto bíblico (*obseruate a fermento Pharisaeorum*) como el repudio que debe mantener todo cristiano frente a las letras paganas y, concretamente, frente a la gramática y la retórica. Declaración semejante podemos ver también en Paulino de Nola (38,1,1): «Por esto el apóstol de los gentiles... no siente orgullo alguno por el estilo elevado». También Pelagio en su comentario a S. Pablo dice (*In I Cor.* 2,1): «He querido eliminar de la predicación la pompa de la elocuencia». Del mismo parecer es Gregorio Magno (*moral.* XVIII 46, 74): «Con toda razón Pablo había despreciado el estucado policromado... Prefería mostrar esta sabiduría tan solo mediante la pura verdad sin tener que maquillarla con los coloretes de la elocuencia».

De todos modos, aun cuando esta actitud antirretórica haya perdurado en el seno de la iglesia, no sería correcto pensar que dicha actitud haya sido asumida de manera uniforme por todos los cristianos. Los grados de rechazo, tolerancia o aceptación de tales aspectos formales varían con el tiempo y formación del individuo: el criterio rigorista de un Tertuliano no es exactamente igual al de Lactancio o Jerónimo y difiere totalmente del de Agustín.

La actitud de rechazo absoluto estaba protagonizada por Tertuliano. Para éste, acérrimo adversario de la cultura pagana, *philosophari* y *rhetoricari* eran procedimientos culturales igualmente despreciables, como señala en *res.* 5,1 (*Ita nos rhetoricari quoque prouocant heretici sicut etiam philosophari*). Concretamente en su obra *adu. Marc.* 5,19,7 señala que los herejes, vástagos de los filósofos, basan sus opiniones «en las reglas de la sutil elocuencia y de la filosofía». Según él tan sólo el cristiano poseía frente al filósofo pagano dicha verdad y, consiguientemente, no necesitaba de los afeites utilizados por aquellos filósofos y rétores paganos para cubrir sus falsedades. De ahí que llegue a decir en *nat.* 1,4,5: «La verdad,

harto dificultosa para el hombre pagano, fingen tenerla los filósofos, pero tan sólo la poseen los cristianos; por tanto, quienes la poseen resultan menos gratos con el lenguaje, porque el que finge recurre a artificios engañosos, quien la posee, en cambio, los rehuye».

Según Tertuliano los filósofos paganos, al no poseer la verdad, se ven obligados a disimularla quedando identificados con aquellos rétores que se valen del engaño para hacer valer sus opiniones, mientras, por el contrario, serán los cristianos los únicos que por poseer dicha verdad, rechazarán toda técnica productora de engaño, como era la retórica. Tertuliano, en definitiva, identificaba a filósofos paganos y rétores con sofistas.

En esta misma línea de rechazo absoluto se hallaba Lucifer de Cagliari, quien se mostraba orgulloso de haber dado la espalda a la cultura clásica, oponiendo la ciencia pagana a la verdad de la doctrina cristiana (*moriend.* 11,9: *Nos uero, quibus ad loquendum natura sufficit, alieni ab omni scientia ethncialium litterarum ad omnem destruendam haeresem ualemus, quia res ipsa et ueritas loquantur*).

De igual modo Cesáreo de Arlés llegó a identificar las artes liberales con las plagas de Egipto (*sermo* XCIX 389: *secunda uero plaga, in qua inducuntur ranae, indicari figuraliter arbitror carmina poetarum, qui inani quadam et inflata modulatione uelut ranarum sonis et cantibus mundo huic deceptionis fabulas intulerunt; sermo* C 392: *In ranis haeretici intelleguntur atque philosophi*). Con relación a la elocuencia señala cómo ésta no necesita de preparación previa, siendo la gracia divina la única que presta capacidad elocutiva al individuo (*sermo* XCV 374 –*cf.* *Ex.* 4,10–): *Moses dixit: «Domine, non sum eruditus, et tardus sum ad loquendum». Et ait illi Dominus: «Ego aperiam os tuum et instruam te quae oportet te loqui». Beati sunt quorum os aperit ut loquantur*. De este modo estaba, en definitiva, oponiéndose a aquella formación pagana profundamente enraizada en el arte de la retórica.

Una postura semejante se observa, incluso, en Gregorio Magno, quien continuaba viendo a la filosofía y a la elocuencia como actividades antagónicas con relación a la verdad cristiana (*moral.* XVIII 46,74: «El propio lenguaje de las leyes divinas les resulta extraño a los sabios de este mundo, pues, mientras atienden a la elocuencia, su lenguaje se revela hermoso en apariencia por los barnices de pintura y, como carecen de la verdadera virtud, procuran engañosamente mostrarse de manera distinta a como

son, valiéndose de la *compositio uerborum* que no es más que un falso colorete. En cambio, la enseñanza de la sabiduría divina no sólo es hermosa por medio de la predicación, sino también clara por el uso de la pura verdad»). Para este autor la *sapientia mundi* continúa siendo incompatible con la *coaeterna sapientia Dei* (*Ibid.*) siendo caracterizada la primera por su enmascaramiento retórico y la segunda por la sinceridad de su expresión libre de tales afeites retóricos.

En todos estos autores se puede ver cómo el lenguaje que van a utilizar para descalificar toda teoría literaria va a ser el mismo que habían utilizado los estoicos, tal como nos ha sido transmitido especialmente por Cicerón y Séneca el filósofo. Concretamente, al referirse a la elocuencia, emplean expresiones despectivas, como *tumor uerborum* o *pompa uerborum*, mostrando su interés exclusivamente por la *uera sapientia* y por las *res*. Despreciaban, por tanto, el *quomodo* y sólo prestaban atención al *quid*. Calificaban o, mejor, descalificaban todo efecto literario con términos como *fuscus*, *tumor*, *lenocinium*, *blandimenta*, etc. Toda pretensión de estilo elevado sería recriminado con los adjetivos *tumidus* y *turgidus*. Frente al estilo cultivado, censurado como *effeminatum*, sería reclamado aquel otro *fortis*. Ellos limitarían su expresión a un *sermo humilis, breuis, simplex, pressus* y, por supuesto, rechazarían la *concinntas*.

En consecuencia, aun cuando estos autores cristianos recurran a la autoridad de los textos bíblicos para desestimar toda pretensión literaria, el lenguaje que van a utilizar es exactamente el mismo del estoicismo. Desde este punto de vista puede decirse que la pretendida ruptura con la tradición pagana se limitaba a una parte de la misma, aquella cultivadora de los valores estéticos, como era la de los académicos y rétores, pero no a toda ella.

Otra segunda línea estaría representada por aquellos cristianos que, en parte, mantenían una actitud de reserva frente a la cultura clásica y, en consecuencia, frente a los procedimientos utilizados por la misma, como era la retórica, y, en parte, no podían escapar al influjo de la misma. Este sería el caso de Lactancio. Si bien en el epílogo de su *De opificio Dei* señala que Cicerón podría ser vencido por el peor estilista y que la verdad es por sí suficiente para vencer a la elocuencia (*opif.* 20: «Si el propio Marco Tulio, modelo único de elocuencia, fue muchas veces superado por personas indoctas y sin elocuencia, que, sin embargo, se esforzaban por de-

fender la verdad, ¿por qué vamos a desesperar nosotros de que la verdad misma pueda vencer por su propia fuerza y claridad a la falaz y capciosa facundia?) y, aun cuando muestra a la elocuencia como instrumento peligroso (*opif.* 20: «La fuerza increíble de la elocuencia... podrá engañar a cualquiera») en el prefacio de sus *Institutiones Diuinae* señala la importancia persuasiva de la misma (*inst. praef.* «Aun cuando la causa de la verdad pueda ser defendida sin la elocuencia, como ha sido defendida por muchos, sin embargo, deberá ser ilustrada y en cierto modo razonada con el resplandor y brillo de la lengua, para que así, fortalecida por la dialéctica y embellecida por el brillo de las figuras, pueda penetrar más profundamente en el ánimo de los oyentes») y más adelante en *inst.* 3,1,1-5, expresa su deseo de poseer, si no la elocuencia de Cicerón, al menos algo parecido a ello. Más aún, frente al símil de la cautiva ofrecido por Jerónimo, Lactancio, anticipándose a Paulino de Nola y Agustín, dice que el cristiano deberá aprovecharse de los recursos utilizados por los paganos para defender sus propias creencias (*opif.* 20: «A éstos —sc. filósofos— nosotros podremos vencerlos con nuestras propias armas y en parte con las suyas propias, tomadas de sus discusiones internas»). Más aún, frente a la tradición seguida por muchos cristianos de ver a los poetas como embaucadores y falaces, Lactancio hace una clara apología de los mismos (*inst.* 1,36): *multa in hunc modum poetae transferunt non ut in deos mentiantur, quos colunt, sed ut figuris uersicoloribus uenustatem ac leporem carminibus suis addant. Qui autem non intellegunt quomodo aut quare quidque figuretur, poetas uelut mendaces et sacrilegos insecuntur.*

De igual modo se puede observar esta misma vacilación en Jerónimo. Si por un lado entiende la necesidad de que los niños estudien a los clásicos, por otro, critica el que como adultos les tengan excesivo afecto (*ep.* 21,13). En este mismo párrafo le recomienda a Dámaso renunciar a la lectura de los clásicos (*ne legas philosophos, oratores, poetas*) para, acto seguido, señalar que si dicho amor es inevitable deberá someterseles a la misma cosmética purificadora que los israelitas aplicaron a la esclava cautiva antes de unirse a ella (*Cauendum igitur ne captiuam habere uelimus uxorem, ne in idolio recumbamus; aut, si certe fuerimus eius amore decepti, mundemus eam et omni sordium horrore purgemus, ne scandalum patiatur frater...*). Por otra parte, frente a la acusación que le había hecho Rufino de no cumplir la promesa de abandonar la literatura pagana, refiriéndose al famoso sueño (*ep.* 22,30), Jerónimo dirá que «incluso los profetas nos

advirtieron de no tomar demasiado en serio los sueños» (*adv. Ruf.* 1,30-1). Incluso en la epístola 22 dirigida a Eustoquio, si, por un lado, parece presentar como incompatibles cultura clásica y pagana (*ep.* 22,29: «¿Qué tiene que ver Horacio con el Psalterio? ¿Virgilio con los Evangelios? ¿Cicerón con Pablo?»), siguiendo a Tertuliano (*praescr.* 7), por otro, elogia la elocuencia de Ambrosio, reconociéndole los tres principios básicos fijados por la retórica: *inuentio*, *dispositio* y *elocutio* (*ep.* 22,22). De igual modo en la *ep.* 53, dirigida a Paulino de Nola, reconoce la importancia de la formación literaria señalando que no sólo son necesarias las buenas obras sino también la buena formación (*ep.* 53,3: *Sancta rusticitas sibi soli prodest et quantum aedificat ex uitae merito ecclesiam Christi, tantum nocet, si destruentibus non resistit*). En este texto, Jerónimo no sólo estaba siguiendo aquel principio atribuido por Cicerón a Platón (*fin.* 2,45: *ut ad Archyiam scripsit Plato, non sibi se soli natum meminere*), sino también aquel mismo reconocimiento que «malgrè lui» había tenido que hacer Tertuliano sobre la necesidad inevitable de conocer las artes liberales (*idol.* 10, 4-5).

En esta misma línea de aceptación y rechazo, de amor y odio hacia la cultura pagana y, por tanto, hacia la retórica se encuentra Paulino de Nola. Mientras en la *ep.* 16,11 se recomienda a Jovio el que utilice los procedimientos retóricos como botín de guerra tomado al enemigo para embellecer la verdad cristiana y unir así lo útil y lo grato (*tibi satis sit ab illis linguae copiam et oris ornatum quasi quaedam de hostilibus armis spolia cepisse, ut eorum nudus erroribus et uestitus eloquiis fucum illum facundiae, quo decipit uana sapientia, plenis rebus accommodes, ne uacuum figmentorum sed medullatum ueritatis corpus exornans, non solis placitura auribus sed et mentibus hominum profutura mediteris*) y mientras en el *ep.* 11,11, dirigida a Sulpicio Severo, señala la importancia del historiador como transmisor de la vida ejemplar de S. Martín, utilizando para ello una frase de clara inspiración ciceroniana (*Beatus et ille—sc. Martinus— pro meritis, qui dignum fide et uita sua meruit historicum. Cf. Cic. Arch. 24: O fortunate adulescens, qui tuae uirtutis Homerum praeconem inueneris*), en cambio, en la *ep.* 38,1, basándose en S. Pablo (I *Cor.* 2,1) muestra total desprecio hacia la cultura pagana y, concretamente, hacia la *sublimitas sermonis*, esto es, hacia el estilo elevado (*Et ideo ipse magister gentium... non in sublimitate sermonis neque in legis scientia gloriatur sed omnem gloriam, qua uel Iudaeorum uel philosophorum sapientia inflatur, abiicisse se et aestimasse ut stercona protestatur...*). Reflejo de tal actitud vacilante es la utilización unas veces del lenguaje de cuño estoico

para demostrar todo efecto estético y otras de un lenguaje de ascendencia ciceroniana, esto es, de reconocimiento de tales valores.

En tercer lugar, frente a tales reservas y vacilaciones motivadas por la condena inicial de los primeros cristianos y por su interpretación literal de los textos bíblicos y, concretamente, de la primera carta de Pablo a los corintios, acabarán oyéndose testimonios de reconocimiento de la elocuencia.

Hilario de Poitiers, desde el principio del *decus* y basándose en citas bíblicas, exigirá la debida atención al lenguaje. Así el texto de su comentario a los salmos (*psalm.* 13,1) constituye un verdadero alegato en favor del culto a la forma literaria y una contundente descalificación de aquellos principios fijados por Tertuliano. Hilario establecerá una clara diferencia entre el *sermonis nostri usum*, esto es, el uso común de la lengua, y la *sollicitudo sermocinandi*, la preocupación estilística, entre el *sermo humilis*, esto es, el vulgar, y un *sermo dignus*, un lenguaje elevado, entre una utilización *negligenter* de la lengua y aquella otra cuidada. Tal actitud marca, pues, una clara diferencia frente a aquella otra protagonizada por los cristianos más integristas (para éstos no había más *sermo* que el *humilis*, ni había más principio estético que la *ueritas*) y, consiguientemente, frente a la línea estoica, defensora de una *oratio inelaborata e incomposita*, ajena a toda *oratio sollicita*, como, en cambio, lo exigía Hilario. Según J. Fontaine a este autor se le debe la gran aportación en el camino hacia la configuración de una estética cristiana³.

De todos modos, la reconciliación definitiva entre cultura clásica y espíritu cristiano, entre elocuencia y fe habría de realizarse con Agustín. Este autor no sólo se había propuesto componer una obra enciclopédica, esto es, una obra integrada por las artes liberales que sirviera de base para objetivos superiores⁴, sino que, en claro contraste con el criterio de aquellos cristianos más integristas, no considera precisamente feliz a la persona que desconozca dichas artes liberales (*de ord.* 2,9,26: *Qui autem sola*

³ J. FONTAINE, «L'apport d'Hilaire de Poitiers à une théorie chrétienne de l'esthétique du style», *Hilaire et son temps*, Paris, 1969, 287-305.

⁴ A. PINCHEARLE, «Ambrogio e Agostino», *Augustinianum*, 14, 1974, 396: «En el *De ordine* (2, 4, 13; 2, 5, 14 etc.) expone el plan de sus *libri disciplinarum* y señala que lo hará *per corporalia cupiens ad incorporalia quibusdam quasi passibus certis uel peruenire uel ducere*».

auctoritate contenti bonis tantum moribus rectisque uotis constanter operam dederint aut contemnentes aut non uolentes disciplinis erudiri, beatos eos quidem, cum inter homines uiuunt, nescio quo modo appellent, tamen inconcussae credo, mox ut hoc corpus reliquerint, eos, quo bene magis minusue uixerint, eo facilius aut difficilius liberari). Más aún, varias de sus obras tratan cuestiones retóricas⁵ y, concretamente, el libro IV de su *Doctrina Christiana* se convirtió en la versión cristiana de la retórica ciceroniana, o mejor, de los principios estéticos ciceronianos sobre la elocuencia. En efecto, Agustín, siguiendo al Arpinate exigirá para la formación del orador la concurrencia de filosofía y elocuencia, de *res* y *uerba*. Al igual que aquél reclamará la fusión de lo útil y lo grato y, desde el punto de vista de la *elocutio*, exigirá también el dominio de los tres estilos literarios y su adecuación a los *officia oratoris*. Por tanto, frente a las críticas y reticencias contra la filosofía observadas por muchos de sus correligionarios (éste era el caso de Tertuliano, Lactancio, Paulino de Nola, Cesáreo de Arlés, etc.) Agustín no se cansará de repetir la necesidad de acudir a la misma como instrumento para alcanzar la verdad⁶, estableciendo la compatibilidad entre ésta y el evangelio. Frente al rechazo a los *uerba*, como instrumento de ostentación inapropiado para la sencillez de la verdad, Agustín descubre en la obra de los propios escritores cristianos los distintos estilos fijados por la retórica⁷. Frente al rechazo del placer, como instrumento de corrupción, Agustín restablece la asociación entre el *prodesse* y *delectare*⁸, que ya había sido reclamado por el Arpinate en oposición a los estoicos.

⁵ G. COMBES, *Saint Augustin et la Culture Classique*, Paris, 1927, p. 49: «La elocuencia es un género literario particularmente familiar para S. Agustín. La ha aprendido durante 10 años, enseñado durante 15 y practicado toda su vida y, muy a menudo, ha dado también preceptos tal como los ha conocido en los tratados retóricos ciceronianos. Su doctrina es la más pura doctrina ciceroniana apenas completada con algunos puntos de vista cristianos... Él la ha expuesto principalmente en *De doctrina christiana II*, *De ordine*, *De catechizandis rudibus* y *Contra Cresconium*.

⁶ *ord.* 1,8,21; 2,3,8. *ciu.* 8,1. Cf. A. LABHARDT, «De Cicéron à saint Augustin», *Euphrosyne* n.s.5, 1975, 161-84. H-I MARROU, «Patristique et Humanisme», *Melanges*, 1976, p. 60.

⁷ *doctr. christ.* 4,6,10 y ss.

⁸ *doctr. christ.* 4,5,7: «Pero mientras unos se expresan torpe, desaliñada y friamente, otros, en cambio, aguda, elegante y vehementemente, conviene que, al menos, acuda a esta actividad oratoria aquel que pueda discutir o hablar sabiamente, aun cuando su utilidad sería mayor si pudiera expresarse elocuentemente». cf. *doctr. christ.* 4,11,26; *ciu.* 22,44,4; *ord.* 2,13,38.

Ahora bien, este autor se basará en S. Pablo para justificar tales principios estéticos, hecho éste singularmente significativo por cuanto el Apóstol había sido utilizado por la mayor parte de los cristianos como principio de autoridad para desechar la cultura pagana y, por tanto, todo principio retórico⁹.

Agustín, de este modo, se opone radicalmente a los criterios de un Tertuliano y, por ende, de los más radicales, en la valoración de la elocuencia. Mientras aquél la veía como el recurso falaz utilizado por los hereéticos, Agustín, siguiendo la tradición que se remonta a Platón y sería retomada por Aristóteles y Cicerón, la presenta como un procedimiento cuyos efectos favorables o perjudiciales van a depender de la persona que los utilice, pero que intrínsecamente no entraña valor negativo alguno (*c. Crescon. I 1,2*). En este sentido diferenciará elocuencia de sofística para justificar la primera y rechazar la segunda, como había hecho el Arpinate, frente a un Tertuliano que las confundía.

Con Agustín cambiaría radicalmente la actitud general de los cristianos frente al concepto de la retórica aun cuando continuarán oyéndose voces de protesta contra la misma. Evidentemente esta retórica, como señala a través del símil de los vasos egipcios utilizados por los judíos para su culto (*doctr. christ. II 40,60. Exod. 3,22; 11,2; 12,35*), sería una retórica al servicio de los nuevos intereses, del hombre nuevo, así como el orador presentado por aquél ya no será el *eloquens ciuilis*, sino el *eloquens christianus*.

En esta misma línea agustiniana se encuentra Casiodoro. Sus *Institutiones* tienen el propósito de llevar al alumno a un mejor conocimiento de los libros sagrados, como revela en el prólogo. De ahí que hable de una *eloquentia legis diuinae* (*Exp. Psalt. praef. XV 19*). De igual modo, Isidoro, vinculándose a esta nueva orientación agustiniana, introduce el

⁹ Agustín comentando en *doctr. christ. 4,7,13* un fragmento de una de las cartas de Pablo a los Corintios dice: *quid decoris et delectationis habeat!* En este texto le está atribuyendo el principio de la *iucunditas* o *delectatio* exigido por el Arpinate y rechazado por estoicos y cristianos como inmoral. De igual modo en *c. Crescon. I 16,20* le reconoce al Apóstol no sólo capacidad dialéctica sino también oratoria: *Hoc ille uero disputator si late diffuse faciat, eloquenter facit, alioque tunc censetur augeatur uocabulo, ut dicatur potius quam disputator uocetur; sicut illum locum Apostolus copiose dilatat atque diffundit: «In omnibus...». Quid enim hoc stilo apostolico uberius et ornatus, id est, eloquentius, facile inuenis? cf. *doctr. christ. 4,7,11*.*

estudio de las artes liberales como medio para alcanzar mejor los objetivos de la fe.

Evidentemente, con esta nueva orientación la retórica se convertirá en un instrumento al servicio de la religión cristiana, pero gracias a tal servidumbre, se recupera para la cultura medieval esta disciplina rechazada anteriormente por sus predecesores en la fe.

SITUACIONES AMBIGUAS DEL GENERO GRAMATICAL EN LATÍN TARDÍO*

FRANCISCO GONZÁLEZ-LUIS
Universidad de la Laguna

SUMMARY

In this paper a varied sample is presented of ambiguous situations which have been observed in late Latin. They all share the difficulty of elucidating whether they are due to ignorance of how grammatical gender really functions, or are merely copyists' spelling errors. The paper reviews the confusion of -ael-el-i endings, especially in relatives; the case of arbus (instead of arbos) in St. Isidore; the «-m falso adiecta»; the lack of gender distinction in pronominal forms; the graphic confusion of -ul-a in Visigothic writing; and, lastly, the gender inaccuracies in the Latin versions of Greek works. In all the examples examined grammatical gender appears to be weakened and obscured, and this undoubtedly has also contributed to its progressive degrammaticalization.

El lingüista francés A. Meillet¹ situaba al género gramatical dentro de las categorías de las lenguas indoeuropeas que debían tender a reducirse

* La mayor parte del contenido de este trabajo se presentó como comunicación al XIX Simposio de la Sociedad Española de Lingüística (Salamanca, diciembre 1989) bajo el título «¿Cambios de género gramatical o confusiones ortográficas en latín tardío?», cuyo resumen aparece publicado en RSEL 20, 1990, p. 184.

¹ En «Le genre grammatical et l'élimination de la flexion», *Linguistique Historique et Linguistique Générale*, I (Paris 1921), p. 199-210, esp. p. 204.

o a eliminarse en el curso del desarrollo de la lengua. Entre las razones en que basaba esta afirmación se cuentan por un lado el hecho de que se trata de una de las categorías gramaticales «les moins logiques et les plus inattendues», junto a, por otro lado, una tendencia hacia la simplificación de la compleja morfología indoeuropea y el debilitamiento de las sílabas finales que servían de soporte formal del género. No obstante —continúa Meillet—, el género se ha mantenido completamente hasta el momento presente en una gran parte del dominio indoeuropeo, mientras que en otras lenguas de la misma familia «l' élimination du neutre montre la tendance à éliminer une catégorie dénoué de sens»².

Fueron las confusiones de unas desinencias con otras, las que en último término causaron la ruina total del sistema flexional latino con la desaparición de la declinación; y fueron tales confusiones quienes provocaron la nueva clasificación de la categoría gramatical del género en las lenguas románicas con la desaparición de uno de los miembros de la oposición genérica, el neutro.

La caracterización morfológica del género en latín se presenta con claridad para distinguir la oposición *animado/inanimado*, denominada género de origen jerárquico, flexional e, incluso, sintáctico. El animado, el término marcado de la oposición, exhibe una serie de marcas siempre en contraste con el inanimado, que a su vez se manifiesta desnudo de ellas. Estas marcas propias del género se encuentran, como es sabido, amalgamadas y solidarias con otra de las nociones básicas del sistema, la de caso. De hecho, la única diferencia morfológica que distingue la oposición *animado/inanimado* consiste en que el nominativo y el acusativo singulares son distintos en el animado, mientras que no se distinguen en el inanimado. Y esta exigua diferencia tiene tanta importancia que bastaría extender la marca del animado a los inanimados para que desaparecieran en su totalidad estos últimos³.

² *Ibidem*, p. 206.

³ «Il est probable que l' élimination du neutre a été entraînée par la tendance à distinguer le cas sujet et le complement direct dans tous le cas; le neutre, où cette distinction n' existait pas, a disparu devant le masculin, non parce que la notion de genre était contraire à la mentalité des sujets parlants, mais parce que la flexion casuelle avait gardé tout sa valeur et tendait à s' étendre, non á se restreindre . Ici encore, c' est le système linguistique dont l' influence a été décisive», apud A. MEILLET, *op. cit.*, p. 210. Cf., además,

Las distinciones morfológicas en el seno de las dos subdivisiones del animado, masculino y femenino, son bastante menos relevantes. A lo sumo, —y para el latín con más dificultades que para otras lenguas afines⁴—, puede distinguirse una polarización de los temas en *-a* (primera declinación) hacia el femenino y de los temas en *-e/-o* (segunda declinación) hacia el masculino. Esta polarización es completa en los adjetivos y en la mayoría de las formas pronominales (género relacional o predominantemente sintáctico). En cualquier caso, la tercera declinación o atemática quedaba fuera, según se ve, de estas distinciones morfológicas⁵: Cualquiera de los temas que se integran en ella puede englobar masculinos o femeninos, salvo, si se quiere, los temas en *-es, -is*, del tipo *sedes, caedes*, etc., con una clara tendencia al femenino⁶.

Así pues, en la distribución genérica masculino/neutro frente a femenino, denominada género de origen sufijal o de derivación, sólo en el género relacional (adjetivos de la primera clase) estas distinciones morfológicas se encuentran completamente gramaticalizadas, mientras que en los otros casos la distribución de uno y otro género, tanto desde el punto de vista formal como del semántico, se muestra bastante asistemática, es decir, se sitúa casi totalmente en el plano léxico.

Si a esta indistinción morfológica añadimos el hecho de que el mismo sufijo *-a* (*-eH₂/-H₂*) servía por igual para el femenino singular que para el neutro plural⁷, no resulta difícil comprender por qué la tendencia del

F. VILLAR-LIÉBANA, *Ergatividad, acusatividad y género en la familia lingüística indoeuropea*, Salamanca 1983, pp. 124-6; y A. DÍAZ-TEJERA, «Sobre la categoría de género gramatical en griego antiguo y algunos problemas morfológicos», *Emerita* 39, 1971, pp. 383-424, esp. 385-99.

⁴ En latín los masculinos en *-a* son abundantes, frente al griego, por ejemplo, donde son esporádicos y de origen dialectal. Fenómeno que se ha puesto en relación con una influencia etrusca, cf. G. BONFANTE, «Etruscan Words in Latin», *Word*, 36, 1985, pp. 203-10, esp. p. 204-5.

⁵ Incluso en el género relacional o en los adjetivos que se declinan por la tercera, pues las acomodaciones morfológicas del tipo *acer/acris/acre* son, como es sabido, secundarias.

⁶ Cf. T. JANSON, «The Latin Third Declension», *Glotta*, 49, 1971, pp. 111-42, esp. 119. Para las diferentes teorías acerca de los temas en *-e* y su relación con el género femenino, *uid.* el luminoso artículo de J. GIL, «Los temas nominales en larinal», *Emerita*, 37, 1969, pp. 371-409.

⁷ Con independencia de las distintas opiniones sobre su origen, la hipótesis más común es la de que se trata de un sufijo con un valor primario indiferente que adquirió diversas adaptaciones, entre ellas, el valor de femenino y el de colectivo.

latín a eliminar el neutro como categoría gramatical mediante, entre otros fenómenos, la masculinización del singular o la feminización del plural, atestiguadas ambas desde los primeros textos literarios.

No cabe duda que gran parte de esta anómala situación del género le viene al latín por herencia indoeuropea, como la progresiva indistinción de *animado/inanimado*, la tendencia a la reducción de la flexión, el debilitamiento de las sílabas finales, etc. Herencia a la que hay que agregar los fenómenos característicos y especiales del latín, como la no gramaticalización con el valor de femenino del sufijo *-i*⁸, la ya señalada abundancia de masculinos en *-a*, sus propios procesos fonéticos y morfológicos, etc.

Pero, aparte de todos estos hechos lingüísticos, generalmente bien descritos y analizados por numerosos estudiosos de la cuestión, existe un repertorio de situaciones o circunstancias que han contribuido de forma especial a crear un clima de confusión y ambigüedad en una categoría ya de por sí profundamente alterada. Tal es el propósito de estos apuntes: reunir y comentar unas cuantas de esas situaciones inciertas y confusas, en las que resulta difícil decidir con seguridad si nos encontramos ante una confusión ortográfica o ante un empleo equivocado del género gramatical. Un grupo de ellas se refiere, por un lado, a las confusiones originadas por los cambios fonéticos y morfológicos que suceden especialmente en las sílabas finales en virtud de la ya aludida tendencia a su debilitamiento; una segunda serie, por otro, se relaciona con las ambigüedades provocadas por la tendencia a la fosilización y, en consecuencia, a la indistinción genérica, de ciertas formas pronominales; por último, situaciones ambiguas en relación con el género gramatical son no sólo la que se deriva de alguna que otra confusión gráfica sino también la ocasionada por las incorrecciones que afectan al género en las versiones latinas de obras técnicas griegas.

Todas estas manifestaciones de incertidumbre que presentamos ocurren en una época importante por lo que respecta al nacimiento de las lenguas románicas, la que se conoce con el nombre de «latín tardío»,

⁸ Por lo que en latín falta el tipo semejante al griego ἡδύς, ἡδέλα, y al sánscrito *svaduh*, *svadvi*, etc. (sufijo *-iH₂/ieH₂). Si bien tal sufijo, como es sabido, aparece en formaciones como *reg-i-na*, *gall-i-na* y en el genitivo en *-i* de los temas en *-o* (cf. J. GL, «El genitivo en *-i* y los orígenes de la declinación temática», *Emerita*, 36, 1968, pp. 25-43, esp. 29).

aproximadamente desde el siglo II al VII después de Cristo; época en la que, como es sabido, se sitúan importantes acontecimientos como, entre otros, la desfonologización de la cantidad.

1. OSCILACIONES DE -AE/-I

Según doctrina común, como consecuencia de la monoptongación del diptongo *-ae-* se confundieron *ae*, *e* e *i*, debido al parecido con que se realizaban en la pronunciación corriente, de tal manera que *-ae-* pudo no ser más que la expresión del sonido *-i-* y, viceversa, *-i-* la expresión de *-ae-*. El fenómeno, que es ampliamente conocido en todo el latín tardío, se dio en todas las posiciones silábicas (*caementum/cimentum*, *Daedalus/Didalus*,...) ⁹. Como es fácil de entender, esta confusión en posición final afecta de modo especial al género, ya que desinencias como *-ael/-i* distinguen masculinos de femeninos, por ejemplo en el nominativo plural y genitivo singular de los adjetivos de la primera clase.

He aquí un grupo de ejemplos del latín visigodo español, sacados todos del *De natura rerum* de San Isidoro de Sevilla¹⁰, donde se registra la aludida confusión en variantes de manuscritos:

- 29,1 *et uirtutis suae (sui PEKB)*
 20,3 *sacrilegae (-gi PC¹-V) coniurationis*
 26,12 *caecae (ceci KLSB caeci PE) noctis*
 32,2 *collectae (-ti AS) mentes*
 32,2 *nubes dictae (-ti AS)*

Lista que podría ampliarse bastante más y que se encuentra de manera análoga en escritores de la misma época, como, por ejemplo, Gregorio de Tours¹¹:

- Franc.5, 25 p. 221, 10 *maiestatis lesi*
 Franc.6, 29 p. 267, 19 *beati crucis*
 Franc.10, 25 p. 437, 9 *diabolici emissionis (sólo B²)*

⁹ Cf. M. RODRÍGUEZ-PANTOJA, «Notas de ortografía isidoriana», *Habis*, 5, 1974, pp. 65-92, esp. p. 74-5.

¹⁰ Cf. *Isidore de Seville. Traité de la nature*, ed. de J. FONTAINE, Burdeos 1960.

¹¹ Cf. M. BONNET, *Le latin de Grégoire de Tours*, París 1890 (= Hildesheim, Olms, 1968), p. 117 y 512.

Andr.5 p. 830, 2 *humanae generis*

Franc.5, 43 p. 234, 15 *dominice (-ci B⁵ A¹) nominis*

El problema se agrava cuando una confusión de esta naturaleza alcanza a formas pronominales tales como el relativo o el interrogativo-indefinido, donde el fenómeno se documenta desde las inscripciones pompeyanas (*Bellicus hic fuit quiindam*)¹². Para el relativo recuérdese el célebre *mater qui* registrado por S. Mariner¹³ en una inscripción hispana del siglo III.

No cabe duda que la mayor parte de los pasajes citados, a los que podrían agregarse muchísimos más¹⁴, se explica por una falta morfológica ocasionada por los motivos señalados más arriba. En el relativo e indefinido manifiesta, sin duda, un temprano precedente de la indistinción genérica de estas formas en las lenguas románicas. No obstante, la incertidumbre surge en otros textos (como, por ejemplo, CONC. Aurel. a. 549, 17 [p. 106, 3 Maassen] *quicumque persona*; PASS. Polycarp. 10, 2 *potestatribus, qui [quae v.1.]... praecedunt*)¹⁵, en los que tanto *persona* como *potestas* podrían tener referentes masculinos y, por consiguiente, tratarse de una «constructio ad sensum», es decir, una falta sintáctica provocada por el sentido. La perplejidad es aún mayor cuando nos encontramos con vocablos cuya oscilación de género está más o menos atestiguada en latín, como *antique serpentis* (GREG.TVR. Franc. 1, 25), o *gentes qui...* (Vetus Latina Rom. 9, 30 [*gentes quae... VVLG.*])¹⁶. En pasajes como éstos, no es

¹² Cf. V. VÄÄNÄNEN, *Le latin vulgaire des inscriptions pompéiennes*, Berlín 1966³ p. 87.

¹³ En *Inscripciones hispanas en verso*, Barcelona-Madrid 1952, pp. 64-5: «En una inscripción pagana de corte muy vulgar (1088 s. III) aparece el relativo *qui* referido a un antecedente femenino (*mater*); anomalía que representa el precedente de la pérdida de las diferencias entre masc. y fem. que se observan en la mayoría de las lenguas romances».

¹⁴ Véanse las listas de *qui* fem. (por *quae*) y de *quae* masc. (por *qui*) en BONNET, *op. cit.*, respectivamente p. 390 y p. 392.

¹⁵ El primero, apud D. NORBERG, *Beiträge zur spätlateinischen Syntax*, Upsala 1944, p. 58 n.1, donde hay más ejemplos (*quorumdam personarum*); el segundo, apud *ThLL* 10:2, 300, 14. Por lo demás, algunas «atracciones del relativo» (cf. ISID. nat. 3, 2 *Tertium <diem> ab stella Martis, quae [qui OB²] Vesper uocatur*) podrían engrosar el catálogo de ejemplos.

¹⁶ Cf. *ThLL* 6:2, 1843, 7: «in plur. apud scriptores aeui inferioris generi masculino addicitur, ut idem fere quod "homines" "populi" intellegatur»; también Ch. MOHRMANN, «Les origines de la latinité chrétienne à Rome», *Vigiliae Christianae*, 3, 1949, pp. 67-106, esp. p. 95; y, para el cambio de significado, E. LÖFSTEDT, *Il latino tardo. Aspetti e problemi*, Brescia 1980 (= *Late Latin*, Oslo 1959), pp. 106-8.

fácil dilucidar si nos encontramos ante simples errores ortográficos o nos hallamos más bien ante testimonios de oscilaciones de género.

2. CIERRE DE TIMBRE —O>—U

Este proceso, como resulta fácil de entender, ha tenido una incidencia menor en los casos de ambigüedad en torno al género, que venimos enumerando.

A título de curiosidad, sin embargo, conviene traer a cuento la forma *arbus* (por *arbos*, *arbor*) que aparece en *Las etimologías* de Isidoro (17, 6, 3 *Arbor autem et fructifera et sterilis; arbos [arbus] non nisi fructifera*), donde el escritor sevillano establece, como se ve, una distinción semántica entre las formas *arbos* y *arbor*, sólomente transmitida por él¹⁷. Este *arbus*, puesto que la *u* sólo aparece en el nominativo, podría representar un testimonio de empleo masculino de *arbor* por analogía formal con los nombres de la segunda declinación¹⁸; género mayoritario, como se sabe, en las lenguas románicas, cuyos primeros ejemplos se documentan desde la época de Tiberio (CIL XIII 1780 *inter duos arbores*) y en las primeras versiones latinas de la Biblia (Apoc. 7, 1 [Primas.] *neque in ullo arbore; 7,3 neque ullum arborem*)¹⁹.

Pero, aparte de esta explicación a partir del género gramatical, cabe la interpretación de que la forma *arbus* no representa más que un simple cierre de timbre (*o>u*), análogo al que tan abundantemente constata M.

¹⁷ Frente a una diferencia diacrónica (arcaica/clásica) que admite en orig. 1, 27, 23 (*R littera communionem habet cum S littera. Itaque apud anticos "honos" "labos" "arbos" dicebatur, nunc "honor" "labor" "arbor"*), siguiendo la tradición de los gramáticos latinos.

¹⁸ Cf. J. GIL, «Notas sobre fonética del latín visigodo», *Habis*, 1, 1972, pp. 45-85, esp. p. 62.

¹⁹ Para Th. BÖGEL («Lateinisch *arbor* in der Entwicklung zum Maskulinum und Personennamen um Ausonius», *Helikon*, 6, 1966, pp. 37-50, esp. 38-43) estos ejemplos no constituyen ninguna prueba segura de la aparición tan temprana del empleo masculino de *arbor*, y basa su afirmación precisamente en que, en el primer testimonio (*inter duos arbores*) entra en juego la forma del numeral *duos*, frecuentemente fosilizada en las inscripciones, y en los demás textos aparecen otras formas pronominales, entre las que vuelve a aparecer *qui* por *quae* (ITIN. Anton. Plac. Red. A 15 [Geyer p. 169] *non longe a ciuitate Hiericho est illa arbor, ubi ascendit Zachaeus uidere Dominum, qui [quae BrR] arbor inclausus infra oratorium, ipsius per tectum foris dimissa est, sicca quidem*). La aparición segura de empleos masculinos de *arbor* se debe retrotraer, según Bögel, hacia finales del siglo IV, en el círculo burdigalense de Ausonio.

Bonnet²⁰ en Gregorio de Tours (*custus* por *custos*, *nepus* por *nepos*, *sacerdus* por *sacerdos*, etc.), y el profesor Mariner²¹ en las inscripciones hispánicas (*herus* por *heros*). Y vuelve a aflorar la incertidumbre acerca de con qué explicación quedarnos.

3. LA «-M FALSO ADIECTA»

También el debilitamiento y la pérdida de la *-m* en sílaba final ofrece múltiples situaciones de ambigüedad sobre si se trata de testimonios de cambios de género o, por el contrario, de negligencias o errores sintácticos en la concordancia. Una consecuencia de la pérdida de la *-m* la constituye, sin duda, la acción inversa, es decir, la de añadir una *-m* por ultracorrección, por temor a que su colocación resultara incorrecta. Este fenómeno de la «*-m* falso adiecta» se había puesto de manifiesto por el ya citado M. Bonnet, haciendo especial referencia a los adjetivos de la segunda clase, con acusativo singular en *-em*, *-e* tipo *caelestem regnum*, *exanimen corpus*, *consilium utilem*, etc. Se quejaba el autor de *Le latin de Grégoire de Tours* de que los índices de los escritores de latín tardío y los del CIL solían llevar habitualmente el apartado titulado «*-m male omitta aut adiecta*» y reclamaba la posibilidad de que muchas de estas *-m*, al menos en los adjetivos aludidos, pudieran representar testimonios de una masculinización del neutro, máxime cuando algunos poetas de la época estudiada, sin poder alegar inadvertencia, contaban en su escansión con tal *-m* final²².

En cualquier texto de latín tardío abundan estas «*-m* falso adiectae», sobre todo en las variantes de manuscritos registradas en los aparatos críticos; y ante ellas siempre nos surgirá la duda de si denotan una ignorancia del género correcto del vocablo, o un testimonio más de la progresiva pérdida del neutro por el simple hecho, mencionado el principio, de extender al inanimado la marca (la *-m*) del animado, o, por último, una equivocación provocada por la ultracorrección ortográfica. Sirvan de ejemplo, entre los muchos que podrían citarse, éstos de Isidoro:

²⁰ *Op. cit.*, pp. 127-30.

²¹ *Op. cit.*, p. 26; igualmente J. GIL, art. cit., *Habis*, 1, 1970, p. 62.

²² Por ejemplo, VEN. FORT. *carm.* 8, 3, 377 *maritalem repetit... sepulchrum* (apud BONNET, *op. cit.*, p. 513 n. 2). El número de ejemplos recogidos por Bonnet alcanza la cifra de treinta y ocho, cf. pp. 513-5.

Ort. 25,3 *caeleste* (-em ΓGf)... *pabulum* ²³

Ort. 27,2 *insigne* (-em ΣL) *monumentum*

Vir. 1,29 *simile* (-em todos los ms.) *supplicium* ²⁴

Nat. 6,1 *tempus acceptabile* (-em PKV)

4. CONFUSIONES EN LAS FORMAS PRONOMINALES

Además del relativo, al que ya hemos hecho referencia, otros pronombres muestran en latín una tendencia a cristalizar sus formas resistiéndose no sólo a la declinación, sino también a la diferenciación genérica²⁵. No será difícil encontrar en nuestros textos junturas como *hunc stagnum, eum signum, illum sepulchrum, istum miraculum*, etc., donde parece que se ignoran completamente las formas pronominales neutras *hoc, id, illud, istud*... Fluctuaciones como las ya señaladas de *aeli* son normales en las variantes de manuscritos (por ej., ISID. nat. 17, 5 *dum sustinent ipsi [ipsae F] lumen*); con cierta frecuencia en el latín visigodo encontramos *idem* por *eadem* (así en EVG. TOLET. carm. 15, 4 *Pax reprimit litem, concordēs nectit et idem [uel eadem suprascr. C]*)²⁶; igualmente la no rara sustitución de la forma *hae* por *haec*, en el nominativo plural femenino (como en ISID. nat. 26, 6 *haec [hae CS (sc. Pliades stellae)] ab oriente surgunt*)²⁷.

²³ Cf. Isidoro de Sevilla. *De ortu et obitu patrum*, ed. de C. CHAPARRO, París 1985, p. 141.

²⁴ Cf. C. CODOÑER, *El «De uiris illustribus» de Isidoro de Sevilla*, Salamanca 1964, p. 134.

²⁵ El fenómeno inverso, el de dotar de distinción genérica a las formas pronominales que carecían de ella, también es característico del latín vulgar y se produce desde los primeros textos (*istae, illae*, dat. sing. fem. en Plauto, etc.), cf. V. VÄÄNÄNEN, *Introducción al latín vulgar*, Madrid 1968, p. 196-7.

²⁶ Cf. N. MESSINA, *Pseudo-Eugenio di Toledo, Speculum per un nobile visigoto*, Universidad de Santiago de Compostela 1984, pp. 40-1. También, M. DÍAZ Y DÍAZ, «El latín de la península ibérica: Rasgos lingüísticos», *Enciclopedia Lingüística Hispánica I* (Madrid 1960), p. 190 (LEX Visig. 3, 3, 8 *iudicis idem sententiā*); y, para el latín merovingio, cf. BONNET, *op. cit.*, p. 519 (*idem persona* en Gregorio de Tours).

²⁷ Esta forma *haec* para el nom. pl. fem. no debe considerarse una continuación de la utilizada por Plauto y Terencio (Eun. 582 *Nouiciae puellae: continuo haec* [‘*haec* pluraliter pro *hae*’: *hae* DGPCF¹] *adornant ut lauet*), según opina P. MONTEIL (*Éléments de phonétique et de morphologie du latin*, París 1979, p. 236), pues la del latín arcaico procede de **hai-ce*, mientras que la del latín tardío lo hace de **ha-i-ce*, la misma forma del neutro pl. y del nomin. fem. sing.

Todas estas confusiones en los pronombres, y muchas otras que alargarían innecesariamente este trabajo, obligan a plantearnos una vez más si estos pasajes reflejan errores en la concordancia de género o evidencian, más bien, ignorancia de la flexión pronominal. Así, por ej., ante un pasaje como (ISID. ort. 67, 3 *horum [harum HU] uirtutum signis effulsit*) cabe pensar en una confusión de la forma pronominal, en una incorrección de la concordancia de género o en un cambio de género del vocablo *virtutes*. Un rápido cotejo del comportamiento de esta palabra, perteneciente por lo demás al tipo flexivo de los abstractos en *-tu(t)s, -tutis*, femeninos sin excepción²⁸, nos lo descubre con empleos en género neutro en Gregorio de Tours (Iul. 22 p. 577, 21 *de uirtutibus quae aut gesta sunt aut geruntur*)²⁹, por lo que podrían admitirse para la misma unas «connotaciones cercanas al género neutro» como dice el editor del texto isidoriano, el profesor Chaparro³⁰.

5. CONFUSIÓN GRÁFICA *u/a* EN LA ESCRITURA VISIGODA

Ciertas ambigüedades no están condicionadas por fenómenos estrictamente lingüísticos, sino que vienen impuestas al texto en buena medida desde fuera del mismo. Me refiero, entre otras, al confusionismo originado a partir de algunas grafías o abreviaturas, no del todo claras, o con dificultades de transcripción, en la escritura de los manuscritos por medio de los que se transmiten los textos. El hecho es ampliamente conocido de los epigrafistas, porque, por ejemplo, el signo *q* corrientemente equivale a *que, quae, qui*, e incluso a *quem y quod* (así, INSCR. christ. Le Blant I 17 [año 601] *epytadium hunc q [quem? quod?] hintuis [= intueris]*)³¹ en las inscripciones sobre piedra. Hasta qué punto esta indistinción gráfica de las formas del relativo en la epigrafía ha podido contribuir a la indistin-

²⁸ Cf. un catálogo e historia de estos abstractos en W. MEYER-LÜBKE, «Zur Geschichte der lateinischen Abstracta», *ALLG*, 8, 1893, pp. 321-34.

²⁹ Apud BONNET, *op. cit.*, p. 520: «le neutre est-il amené par l' idée de *miracula* qui se substitue à *uirtutes*».

³⁰ *Op. cit.*, p. 196: «En el terreno morfológico, hay que destacar el testimonio manuscrito que da *horum uirtutum*, bien porque *uirtus* tuviese connotaciones cercanas al género neutro, bien porque la forma *horum* valiese para los tres géneros».

³¹ Cf. *Inscriptions chrétiennes de la Gaule antérieure au VIII^e siècle*, reunies et annotées par E. LE BLANT, Paris 1856. Vid., también, R. CAGNAT, *Cours d'épigraphie latine*, Roma, «L' Erma» di Bretschneider, 1964, p. 457: Q = *que, qui, quae, quod*.

ción genérica del relativo señalada más arriba, no podemos determinarlo con seguridad, pero está claro que ha tenido que influir.

Aunque la pluma sea más exacta que el cincel, no por ello hay menos situaciones equívocas en los textos manuscritos. Así ocurre, pongo por caso, con la confusión gráfica *u/a* en la escritura visigoda del latín hispánico. Como se comprende fácilmente, una confusión en las minúsculas de tales signos, porque los rasgos gráficos son muy parecidos, va a tener una especial incidencia en el género gramatical, sobre todo en la distinción de las formas del acus. sing. *-um/-am*, tanto en la flexión de los nombres como en la de los adjetivos. Así en el siguiente pasaje de San Isidoro (uir. 28, 21 *Scriptis et epistolas multas: ad Papam Gregorium de baptismo unam, alteram ad fratrem, in qua praemonet, cuiquam mortem non esse timendam [-dum KFQK]*), la forma *timendum* puede explicarse o por la aludida confusión gráfica, o bien como una fosilización de la forma más frecuente en *-um* del infinitivo³².

No se puede negar que tal confusión gráfica se da en una gran mayoría de las variantes que ofrecen los manuscritos, tales como *multa uersu (-sa BG) prosaque componere dicitur* (ISID. uir. 33, 2); *per totum (-tam A¹) annum* (ISID. nat. 1, 5, 73); etc., cuya simple enumeración ocuparían varias páginas. Pero se hallan sin mucha dificultad pasajes donde parece lícito hablar de oscilaciones de género, como en *contra Illiricianam (-num BHGF) sinodum* (ISID. uir. 18,3), donde la variante *-um* puede representar la tendencia general del latín a considerar masculinas todas las formas en *-us*.

Afortunadamente estas grafías *u/a* no se encuentran confundidas en todos los códices visigodos: algunos de ellos las distinguen perfectamente, como el Ovetense del siglo VII de la Biblioteca de El Escorial, el único conservado del *De haeresibus liber* de Isidoro³³. Pues bien, en un pasaje

³² Cf. ISID. nat. praef. 1 *et quaedam ex rerum natura uel causis a me tibi efflagitas suffragandum (-da Vw)* (=«et me presses instamment de t' aider à connaitre certains phénomènes naturels et leurs causes»), donde, como se ve, el editor, J. Fontaine, prefirió la forma en *-um*, a la más gramatical en *-a* (por su sujeto *quaedam*): cf., *op. cit.*, p. 121, con cita de Tertuliano (pall. 3, 4 *multa dicendum fuit*) y de otros pasajes de Isidoro.

³³ Cf. *Sancti Isidori Hispalensis Episcopi De Haeresibus liber*, ed. del P. VEGA, El Escorial 1940. Hay, por lo demás, opiniones en contra de la atribución de esta obra a San Isidoro.

de este Códice (p. 27, 1 *Nicolaitae detestabili turpitudine inuoluti, uicissem coniugia mutant, mundique creaturam non a Deo, sed a quibusdam fictis potestatibus factum adfirmant*), aparece sin posibilidad de confusión la forma *factum* en una posición sintáctica en la que se interpretaría como de confusión gráfica *u/a* en los códices que las confunden, hasta tal punto que el editor del texto, el P. Vega, efectuó la corrección *factam*, siguiendo los postulados de la concordancia de género ante un sujeto femenino (*creaturam*)³⁴. Este hecho no hace más que corroborar lo que venimos diciendo acerca de que muchas de estas variantes de manuscritos, interpretadas como errores de los copistas por la aludida confusión gráfica, podrían reflejar registros de fluctuaciones en el género de los nombres. Pero, discernir en cada caso si estamos ante vacilaciones de género o meras negligencias gráficas, no siempre resulta fácil.

6. INCORRECCIONES DE GÉNERO QUE APARECEN EN LAS VERSIONES LATINAS DE OBRAS GRIEGAS

Desde el estudio de Hermann Rösensch, *Itala und Vulgata*³⁵, llamó poderosamente la atención la manera de traducir al latín los textos de la Biblia griega en la denominada *Vetus Latina* o conjunto de primeras versiones latinas anteriores a la Vulgata de San Jerónimo; en donde con bastante frecuencia la concordancia de género gramatical en el texto latino venía impuesta por el vocablo griego que se traducía. Uno de los ejemplos más conspicuos y sorprendentes (Act. 6, 1 [cod. Laud.] *factus est murmuratio* [ἐγένετο γογγυσμός]), lo comentó E. Löfstedt en su obra *Late Latin*³⁶, señalando que el verbo latino *factus est* no concierda con el femenino latino *murmuratio*, sino con el masculino griego *γογγυσμός*.

Estudios más recientes, en especial de Sven Lundström, han puesto de manifiesto el alcance de estas incorrecciones ampliando el corpus de estudio al Irineo latino, al Orígenes latino, a Epifanio y Muciano, junto

³⁴ Cf. V. BEJARANO, «Algunas notas gramaticales y críticas al *De haeresibus liber isidoriano*», *Emerita*, 26, 1958, 65-76, esp. p. 69: «El P. Vega hace la corrección *factam*, muy lógica; pero puede muy bien mantenerse la lectio difficilior: *factum* se refiere al genitivo *mundi* con el que está en relación, si no estrictamente gramatical y lógica, sí psicológica».

³⁵ *Itala und Vulgata. Das Sprachidiom der urchristlichen Itala und der katholischen Vulgata unter Berücksichtigung der römischen Volkssprache*, Marburgo 1875.

³⁶ Oslo 1959, *op. cit.*, en la traducción italiana *Il latino tardo*, Brescia 1980, p. 132.

con las Actas de los Concilios y las traducciones latinas de tratados médicos griegos como los de Celio Aureliano. El número de concordancias erróneas respecto al género gramatical que registra en su *Lexicom errorum interpretum Latinorum*³⁷ alcanza nada menos que a 112 vocablos diferentes. Un examen detenido de estos registros confirma que las incorrecciones en torno al género observadas en la concordancia de la frase latina, análogamente a los ejemplos proporcionados por E. Löfstedt y por H. Rönsch, se deben en su mayor parte al dominio del vocablo griego, como en IREN. 5, 19,1 *adstricta (-tum edd.) est morti genus humanum*, probablemente por ἡ ἀνθρωπότης³⁸; o en VL Luc. 12, 7 (d) *capilli uestri omnes de capite numeratae sunt* (αἱ τρίχες τῆς κεφαλῆς ὑμῶν πᾶσαι ἢ ριθμημένοι εἰσίρ); etc. Es evidente que aquí no se puede hablar de cambios, ni siquiera de fluctuaciones de género. A lo sumo, un comportamiento semejante proporciona un argumento más a los que piensan que las primeras traducciones de los textos bíblicos «debieron ser compuestas las más de las veces por gentes cuya lengua materna era el griego»³⁹.

Pero, frente a esta seguridad de interpretación, vuelve a surgir la incertidumbre en unos pocos ejemplos de estos mismos textos, en los que el género incorrecto del vocablo latino, condicionado indudablemente por el vocablo griego, coincide con alteraciones de género documentadas en latín en otros textos de la misma o de diferente época. Así, por ej., que aparezcan empleos femeninos en los abstractos en *-or, error y honor*, respectivamente, en ACO V:1, p. 73, 10 *corrigente tunc proprium errorem, licet ad eam* (DV) *iterum... reuersus est* (V:1, p. 72, 12 *διωσαμένου τὴν οἰκείαν πλάνην, εἰ καὶ πρὸς αὐτὴν πάλιν... ἐπέστρεψεν*)⁴⁰, y en VL Gen. 31, 16 (cod. 100) *honorem, quam abstulit deus patri nostro* (τὴν δόξαν, ἣν ἀφέλατο ὁ Θεὸς τοῦ πατρὸς ἡμῶν), no puede resultar extraño, cuando precisamente el término *honor* aparece documentado en tal

³⁷ Upsala (*Studia Latina Upsaliensia* 16), 1983. Cf., además, del mismo autor, *Die Überlieferung der lateinischen Irenaeusübersetzung*, Upsala (*Studia Latina Upsaliensia* 18), 1985.

³⁸ Aunque S. LUNDSTRÖM (en *Übersetzungstechnische Untersuchungen auf dem Gebiete der christlichen Latinität*, Lund 1955, p. 240) prefiere pensar en una falta del copista.

³⁹ Vid. A. GARCÍA-CALVO, «Apuntes para una historia de la traducción», en *Lalia. Ensayos de estudio lingüístico de la Sociedad*, Madrid 1973, pp. 39-76, p. 65.

⁴⁰ ACO= *Acta conciliorum oecumenicorum*, I-VI, ed. E. SCHWARTZ y J. STRAUB, Berlín 1923-74; V:1, ed. R. RIEDINGER, Berlín 1984.

género desde finales del siglo II de nuestra era (CIL VI 32308 *dolorem... nefandam*) y una feminización casi completa de estos nombres en *-or* se mantiene hasta hoy día en sus derivados románicos (al menos del francés: *erreur, honneur...*). No son infrecuentes tampoco las masculinizaciones del neutro singular, entre otros⁴¹, de *sepulchrum* en VL Macch. I 13, 27 (I) *aedificauit Simon super sepulchrum patris sui... et exaltauit eum uisu* (ἠκοδόμησε Σίμων ἐπὶ τὸν τάφον τοῦ πατρὸς αὐτοῦ...καὶ ὑψωσεν αὐτὸν τῇ ὀράσει), o de *uinum*, en VL Luc. 5,3 7 (δ) *rumpet uinum nouum utres... et ipse effundetur* (ῥήξει ὁ οἶνος ὁ νεὸς τοὺς ἀσκοὺς καὶ αὐτὸς ἐκχυθῆσεται). Una simple atracción del relativo puede verse en VL Macch. I 11, 7 (B) *usque ad flumen, qui uocatur Liber* (ἕως τοῦ ποταμοῦ τοῦ καλουμένου Ἐλευθέρου)⁴². E incluso hallamos en estas versiones dentro del amplio catálogo de incorrecciones de género a un viejo conocido nuestro: el empleo en género neutro de *uirtutes* (HIST. trip. 1, 11, 22 *haec... pauca uirtutum* [Soz. 1, 13, 11 *μικρὰ ἄττα τῶν... πολιτευμάτων*])⁴³. Estas coincidencias entre al menos dos condicionamientos, el del texto griego y el de las oscilaciones del latín respecto al género, hacen englobar también a estas versiones de obras griegas en el grupo de textos tardíos que muestran una gran confusión y hasta una cierta ignorancia de las normas gramaticales latinas.

Hasta aquí este inventario de situaciones vacilantes y dudosas, entre otras que pudieran presentarse, agrupadas en torno a una época, la latinidad tardía, y en virtud de la dificultad que todas ellas tienen en encontrar criterios válidos para deshacer la incertidumbre de si nos encontramos ante alteraciones de género o frente a negligencias de otra índole. La mayor parte de las mismas, por lo demás, se registra sólo en las distintas variantes de la tradición manuscrita por lo que, las más de las veces, no aparece en la edición del texto, que se suele adecuar a la corrección gramatical. La generosidad de detalles, la gran riqueza de datos y puntualizaciones que nos proporcionan tales variantes de los manuscritos, hace

⁴¹ De *aurum* y *templum* en un mismo pasaje: VL Mat. 23, 17 (δ) *quis... maior est, aurum aut templum...*? (τίς γὰρ μελίων ἐστίν, ὁ χρυσὸς ἢ ὁ ναὸς...).

⁴² Otras versiones del mismo pasaje: VL (L) *usque ad flumen quod Liberum uocatur* (VVLG. *usque ad fluuium, qui uocatur Eleutherus*).

⁴³ Cf. Cassiodorus-Epiphanius, *Historia ecclesiastica tripartita*, ed. W. JACOB y R. HANSLIK, Viena 1952 (CSEL 71); cf., también, F. WEISSENGRUBER, *Epiphanius Scholasticus als Übersetzer*, Viena 1972.

que merezca la pena el trabajo de recolección e interpretación de las mismas, aunque en ocasiones tomemos por un fenómeno lingüístico lo que en realidad es una falta de un copista⁴⁴. No cabe duda que la categoría gramatical del género, con profundas alteraciones, según indicamos al principio, aparece en todos estos textos tardíos oscurecida y debilitada, y su progresiva desgramaticalización se vio incrementada en no poca medida por la gran incongruencia y asistematización que evidencian tales ambigüedades.

⁴⁴ Recordando la observación de uno de los mayores conocedores de la literatura latina cristiana, P. COURCELLE (en *Revue d'Etudes Anciennes*, 56, 1954, p. 425), donde, hablando de las ediciones de textos de latín tardío, decía que era preferible «risquer d'éditer une faute de scribe qu'altérer arbitrairement les "incorections" ou vulgarismes d'un écrivain de latinité tardive»

DENOMINACIONES GRIEGAS DE LAS PARTES DEL PIE EN LA ANTIGUA DOCTRINA RÍTMICA Y MÉTRICA

J. LUQUE MORENO
Universidad de Granada

SUMMARY

This article deals with the different Classical Greek denominations for the parts of the metrical foot as they are used in ancient doctrines of rhythm and metre. The method that we follow is based upon a compilation and classification of the more outstanding text for this topic.

0.— Entre otras cuestiones pendientes en el estudio de la música y de la métrica grecolatinas se halla la de la ejecución de las obras, instrumentales, cantadas o simplemente recitadas. La imposibilidad de acceso directo a dicha ejecución hace muy difícil, por no decir imposible, cualquier intento en este sentido. Y, por si esto fuera poco, quien desde nuestra perspectiva intenta abrirse camino por tan espinoso terreno se tropieza además con la dificultad añadida de no contar con un apoyo suficiente en lo que podría ser una vía secundaria para abordar el problema, es decir, en la tradición escrita. En efecto, no se puede decir que los textos sean muy explícitos al respecto. No lo son ni siquiera a la hora de definir los términos con los que se designaban las partes del pie/compás, lo cual habría sido una ayuda inestimable en este sentido. Pero, por desgracia, no es éste

el caso; tales términos ya en los escritos técnicos más antiguos figuran como algo consabido que, al parecer, no necesitaba de mayores precisiones o especificaciones.

Así pues, la inaccesibilidad del referente, unida a esta escasez de apoyos documentales, reduce a un mínimo las posibilidades del estudioso moderno para plantearse con suficientes garantías una cuestión tan difícil y, a la vez, tan importante para un buen conocimiento de la música, de la métrica y de la versificación antiguas. Dicha cuestión, al parecer, empezó a estar oscura ya para muchos filólogos, gramáticos y metricólogos de la Antigüedad, sobre todo tardía, que por moverse en ámbitos bastante ajenos a la música, no tardaron en dar muestras de incomprensiones y malentendidos ante unos conceptos y unos términos que cada vez les resultaban más lejanos pero que tenían que seguir usando y repitiendo, inmersos en la corriente de la tradición escolar. Semejante confusión de los tratadistas tardíos viene a agravar la situación para los estudiosos modernos, quienes se han visto inducidos y casi forzados a formular conjeturas diversas sobre la medida del ritmo en la Antigüedad, sus unidades (pies/compases) y su organización en partes, las marcas (motrices, visuales, sonoras) empleadas para dicha medida y la evolución que tanto en la praxis como en la teoría (conceptos y términos) se produjo en todo ello a lo largo de muchos siglos.

No es propósito del presente trabajo replantear algo tan complejo, ni pretendemos tampoco resumir tanto y tanto como se ha escrito al respecto, ni siquiera presentar un estado de la cuestión. Nuestro objetivo es mucho más simple, pues nos vamos a limitar a algo preliminar: la recopilación y clasificación de los textos más significativos al respecto. Es una meta modesta, pero en modo alguno carente de importancia, por lo que tiene de paso imprescindible para ulteriores avances.

Intentamos hacer una lectura previa, desapasionada (en cuanto que libre de todo lazo teórico apriorístico), de dichos textos, ordenándolos según el sentido que creamos que se asigna en cada uno de ellos a los términos empleados para aludir a las partes del pie y a todo cuanto se refiere a la concepción y a la praxis de la medida del ritmo.

Nos limitamos aquí al léxico griego; queda para otra ocasión un tratamiento similar de los términos latinos equivalentes.

1.— La pareja *ἄνω* - *κάτω* aparece en el libro segundo de los *Elementa rhythmica* de Aristóxeno con el sentido que Del Grande¹ les reconocía en Damón, a saber, de momentos del movimiento agógico que distribuye en partes los *χρόνοι πρώτοι* del *πούς*:

Τῶν δὲ ποδῶν οἱ μὲν ἐκ δύο χρόνων σύγκειται τοῦ τε ἄνω καὶ τοῦ κάτω, οἱ δὲ ἐκ τριῶν, δύο μὲν τῶν ἄνω, ἑνὸς δὲ τοῦ κάτω, ἢ ἐξ ἑνὸς μὲν τοῦ ἄνω, δύο δὲ τῶν κάτω, <οἱ δὲ ἐκ τεττάρων, δύο μὲν τῶν ἄνω, δύο δὲ τῶν κάτω>²

Se corresponde este pasaje con Psellos 14, p. 26, 1-3 Pearson.

Con el sentido de partes del pie en relación proporcional (*λόγος* o su ausencia, *ἀλογία*) los encontramos en II 20, p.12, 20-26 Pearson:

εἰ ληφθείσαν δύο πόδες, ὁ μὲν ἴσον τὸ ἄνω τῷ κάτω ἔχων καὶ δίσημον ἑκάτερον, ὁ δὲ τὸ μὲν κάτω δίσημον, τὸ δὲ ἄνω ἡμισυ, τρίτος δὲ τις ληφθείη πούς παρὰ τούτους, τὴν μὲν βάσιν ἴσην αὐτοῖς ἀμφοτέρους ἔχων, τὴν δὲ ἄρσιν μέσον μέγεθος ἔχουσαν τῶν ἄρσεων. ὁ γὰρ τοιοῦτος πούς ἄλογον μὲν ἔξει τὸ ἄνω πρὸς τὸ κάτω.

Aunque aquí Aristóxeno relaciona ya *ἄνω* y *κάτω*, respectivamente, con *ἄρσις* y *βάσις*.

Igual sentido presentan ambos términos en II 25, p.16,4 s. Pearson (=Psellos 16, p. 26,9 s. Pearson).

Claramente referidos al *ἄρσις* y a la *θέσις* como movimientos hacia arriba (*ἄνω*) o hacia abajo (*κάτω*) de algún miembro corporal (*μέρος σώματος*) los encontramos luego en Aristίδes Quintiliano:

ἄρσις μὲν οὖν ἐστὶ φορὰ μέρους σώματος ἐπὶ τὸ ἄνω, θέσις δὲ ἐπὶ τὸ κάτω ταύτου μέρου.³

Es la única ocasión en que el músico emplea ambos términos para aludir a las partes del pie.

En Hefestión, escolios y demás textos de metricólogos griegos sobre el pie no vuelven a aparecer.

¹ DEL GRANDE 1948, pp. 3 ss; 1960.

² ARISTOXENO, *Elem. Rhythm.* II 17, p. 10, 23-26 Pearson.

³ *De musica* I 13, p. 31,15-16 Winnington-Ingran.

Tampoco parecen haber trascendido estos términos a territorio latino. Sólo en Varrón se documentan sus equivalentes *sursum - deorsum*, en contextos en que se describen las tres prosodias tonales (aguda, media, grave):

*natura uero prosodiae in eo est, quod sursum est aut deorsum... prosodiam ibi esse dicimus ubi sursum est aut deorsum*⁴

*quae notae demonstrant omnem acutam uocem sursum esse et grauem deorsum*⁵

2.- ἄρσις - βάσις, pareja documentada con este sentido sólo en Aristóxeno, parecen ser, en opinión de Del Grande⁶, los dos vocablos con que el de Tarento aludía a las partes del pie desde la perspectiva del movimiento agógico.

Acabamos de verlos en II 20 empleados como sinónimos de τὸ ἄνω y τὸ κάτω al hablar del λόγος entre dichas partes o tiempos.

En II 21, p. 14,17 Pearson, vuelve a aparecer la pareja aludiendo a la misma cuestión.

En Psellos 8 figuran ἄρσις y βάσις definidas como χρόνοι ποδικοί ο σημεῖα ποδικά:

*ποδικὸς μὲν οὖν ἐστὶ χρόνος ὁ κατέχων σημεῖου ποδικοῦ μέγεθος, οἷον ἄρσεως ἢ βάσεως ἢ ὅλου ποδός*⁷

y otro tanto sucede en Psellos 12, p. 24, 17.

En los cuatro pasajes que acabamos de mencionar se usan siempre los dos términos emparejados. En *Excerpta Neapolitana* 22, p. 30,25 Pearson, aparece βάσις solo:

πᾶς ὁ κατὰ βάσιν γινόμενος χρόνος διορισμένου δύνανται ἔχει.

En el resto de los textos aristoxénicos o bien βάσις no tiene ya el sentido técnico de «parte del pie», o bien ἄρσις se empareja ya con θέσις, como es el caso de los *Fragmenta Neapolitana* 12 y 15

⁴ *De sermone latino* 215, 1 y 30.

⁵ *De sermone latino* 217, 8.

⁶ 1960, pp. 216 ss.

⁷ p. 28,14 Pearson.

Γνώριμος δὲ γίνεται ποῦς ἐξ ἄρσεως καὶ θέσεως συγ-
κείμενον σύστημα. ἄρσις δέ...θέσις δέ...⁸

ὁ συνέχων ἔν ἐν ἄρσει καὶ διπλάσιον ἐν θέσει ὄ.

3.- "Ἀρσις - θέσις son las denominaciones de las partes del pie que se implantan como definitivas en los tratadistas de rítmica posteriores, en los metricólogos, en los rétores, gramáticos, etc. griegos.

Su sentido respectivo de subida/bajada, sobre el que volveremos ense-
guida para hacer alguna puntualización, es algo más que claro en estos
términos tanto por su propia etimología como por ser herederos y apare-
cer a veces, según acabamos de ver, expresamente relacionados con ἄνω -
κάτω.

Los tratadistas latinos los heredan como tecnicismos definitivamente
fijados y los emplean sistemáticamente, bien manteniéndolos en griego,
bien transliterándolos, en ocasiones incluso con alusión expresa a su carác-
ter de helenismos técnicos:

ictibus quia fit (pes) duobus, non gemello tempore

...

parte nam attollit sonorem, parte reliqua deprimat

(ἄρσιν hanc Graeci vocarunt, alteram contra θέσιν)¹⁰

Arsis igitur ac thesis quas Graeci dicunt, id est sublatio et positio¹¹.

Bien es verdad que estos tratadistas, como en el caso de Mario Victori-
no que acabamos de citar, emplean también para referirse a las partes del
pie, junto a o en lugar de ἄρσις - θέσις otra serie de términos latinos
que los traducen y que, como tales traducciones, transparentan con toda
claridad el sentido que ellos reconocían en los términos griegos. Nos refe-
rimos a tecnicismos como *elevatio, elatio, sublatio, positio, depositio*, etc.
De todos ellos nos ocupamos, según hemos dicho, en otro lugar.

3.1. "Ἀρσις y θέσις tanto en territorio griego como latino son, pues,
tecnicismos claramente especializados en la designación de las partes del

⁸ P. 28, 14 ss. Pearson.

⁹ P. 30, 10 Pearson.

¹⁰ TERE 1343.

¹¹ MAVI AGI 40,14.

pie. Pero esto no impide que tanto en griego como en latín se los emplee también, transfiriendo más o menos su sentido originario, en otros campos, como el de la armonía (para hacer alusión a la subida y bajada de la altura tonal) o el de la prosodia (entonación de la frase, acentuación de las palabras).

Estos otros usos requieren un tratamiento aparte, al cual atenderemos en otro momento.

3.2. Aquí nos vamos a centrar exclusivamente en las partes del pie y en el empleo de *ἀρσις* - *θέσις* como tecnicismos consagrados en los escritos de los especialistas para designarlas.

Y desde esta perspectiva alcanzamos a distinguir los siguientes matices de sentido para ambos términos:

A. Momentos o partes del proceso rítmico.

B. Necesidad de dos elementos como mínimo (dos *ictus*) para producir ritmo.

C. Factores de una relación.

C.1. Tiempo secundario/principal, no marcado/marcado.

D. Partes del pie.

D.1. Partes del pie compuesto.

E. Marcas motrices-visuales: *arsis* ↑ / *thesis* ↓

E.1. Con el pie.

E.2. Con la mano.

F. Marcas motrices-visuales-sonoras (no vocales)

F.1. Con el pie.

F.2. Con la mano.

G. Parte inicial: *arsis* / parte final: *thesis*.

G.1. Elevación inicial / descenso final: *arsis* ↗ / *thesis* ↘.

G.2. Intensificación sonora (vocal) inicial / cadencia final:

arsis ↗ ^{vocis} ↘ *thesis*

G.2.1. *Vocis*G.2.2. *Vocis cum temporibus*G.2.3. *Syllabarum.*

Vamos, pues, a repasar todas estas variaciones semánticas de nuestros dos términos en los principales escritos técnicos conservados.

A. Los distintos momentos o partes que constituyen el flujo rítmico reciben con relativa frecuencia la denominación de *arsis* - *thesis*. En tales pasajes aparecen ambos términos simplemente con el sentido de momentos de dicho proceso, sin más especificación ni más alusión a las peculiaridades estructurales, de ejecución, etc., de cada uno de esos elementos distintos.

ῥυθμός...διαίρεῖται δὲ εἰς ἄρσιν καὶ θέσιν

se lee en los escolios a Hermógenes¹²

Y en el pasaje *περὶ ποδῶν* 356, 6 ss. Consbruch:

τὸ μὲν ὄνομα τοῦ ποδός ἐστι ῥυθμικόν. ὥσπερ γὰρ ἐν εὐνρεπέι κινήσει ποδῶν βάσις γίνεται ἐξ ἧς ὁ ῥυθμός, οὕτως ἐν ἄρσει καὶ θέσει.

Aquí ya se alude al *πούς* como unidad rítmico-métrica y al movimiento rítmico del pie en la danza.

Como *πάθη* del proceso rítmico-temporal concibe Aristides el *ἄρσις* y la *θέσις*, aunque a continuación las caracteriza como *ἡρεμία* y *ψόφος*:

Ῥυθμός. . . ἐστὶ σύστημα ἐκ χρόνων κατὰ τινα τάξιν συγκεκμημένων· καὶ τὰ τούτων πάθη καλούμεν ἄρσιν καὶ θέσιν, ψόφον καὶ ἡρεμίαν¹³.

Subyace en todos estos pasajes de métricos y rítmicos tardíos una idea y un modo de expresión que remontan sin duda a Aristóxeno, tal y como se ve por este *fragmentum Neapolitanum*:

Γνώριμος δὲ γίνεται πούς ἐξ ἄρσεως καὶ θέσεως συγκεκμημένων συστήμα. ἄρσις δὲ ἐστὶ τῆς ἰδίας θέσεως, θέσις δὲ ἐστὶ τῆς ἰδίας ἄρσεως¹⁴.

¹² *Schol. in Hermog., Rhet. Graeci* VII p. 893, 4 Walz.

¹³ *De musica* I 13, p. 31, 9-10 W-I.

¹⁴ *Fragm. Neap.* 12, p. 28, 14 ss. Pearson.

En territorio latino se documenta este uso de *arsis-thesis* ya desde Varro:

*rhythmus est pedum temporumque iunctura velox divisa in arsi<n> et thesi<n>*¹⁵.

definición transmitida por Mario Victorino, quien inmediatamente antes escribe

*cuius (rhythmi) origo de arsi et thesi manare dinoscitur*¹⁶.

Y un poco más adelante

*Rhythmorum... differentias... quae fiunt per arsin et thesin*¹⁷,

aunque aquí ya se implica en el contenido de ambos términos la idea de factores de la relación (λόγος) que determina el γένος (*differentias*).

En Marciano Capela leemos igualmente

*dividitur sane numerus in oratione per syllabas, in modulatione per arsin et thesin; in gestu figuris determinatis schematibusque completur*¹⁸.

Y más adelante define el pie como

*numeri prima progressio... cuius partes duae sunt arsis et thesis*¹⁹.

B. En el proceso rítmico *arsis-thesis* son los dos momentos, los dos sucesos (πάθη) que se relacionan, definen y potencian en mutuo contraste: ἄρσις δὲ ἐστὶ τῆς ἰδίας θέσεως, θέσις δὲ ἐστὶ τῆς ἰδίας ἄρσεως, acabamos de leer en Aristóxeno.

Porque, como el mismo músico afirmaba, uno solo no hace ritmo; se necesitan como mínimo dos elementos, dos tiempos o momentos en un flujo discontinuo o que, al menos, se percibe como tal:

“Ὅτι μὲν οὖν ἕξ ἑνὸς χρόνου ποὺς οὐκ ἂν εἶη φανερόν, ἐπειδήπερ ἓν σημεῖον οὐ ποιεῖ διαίρεσιν χρόνον· ἀνευ γὰρ διαίρέσεως χρόνου ποὺς οὐ δοκεῖ γίνεσθαι.”²⁰

¹⁵ *SL* 218,12.

¹⁶ *MAVI GLK* VI 41, 24 ss.

¹⁷ *MAVI GLK* VI 42, 7 s.

¹⁸ *NM* IX 517, 13 ss.

¹⁹ *NM* IX 519, 15 s.

²⁰ *Elem. Rhythm.* II 18, p. 10, 27 ss. Pearson.

La misma idea la recoge luego Psellos en dos ocasiones: 4, p. 22, 1 s. y 14, p. 26, 4 s. Pearson.

Es la idea que sustenta el pasaje de Terenciano donde se habla de dos *ictus*. Esos dos golpes no son, como pretendía Nicolau²¹, ni mucho menos, testimonio de un paso intermedio hacia la supuesta instauración de un *ictus* vocal y consecuente inversión del sentido tradicional de *arsis-thesis*. De lo que aquí habla el metricólogo es de ese principio rítmico de la necesaria discontinuidad en el proceso sonoro-temporal, para que con el contraste entre dos sucesos o señales sonoras (*ictus*) se produzca ritmo: dos tiempos primos pueden ya formar un pie, el menor de todos, pero esos dos tiempos tienen que ser algo discontinuo, dos elementos en contraste, dos sílabas, por ejemplo; no servirían esos dos tiempos si son continuos, si pertenecen a la misma sílaba:

*una longa non valebit edere ex sese pedem
ictibus quia fit duobus, non gemello tempore.
brevis utrimque sit licebit, bis ferire convenit:
parte nam attollit sonorem, parte reliqua deprimit
(ἄρσιν hanc Graeci vocarunt, alteram contra θέσιν):
una porro bis feriri quando poterit syllaba?²²*

Otro tanto y casi con las mismas palabras viene a decir Diomedes cuando afirma

pes ergo tunc dicitur, quando duae sunt syllabae, quoniam arsin et thesin in pedibus quaerimus, non ubi duo tempora sunt. ergo una longa pedem non valebit efficere, quia ictibus duobus arsis et thesis, non gemello tempore perquirenda est.²³

Arsis y *thesis*, por tanto, son aquí únicamente esos dos momentos, sucesos, señales, partes, etc., necesarios en un proceso sonoro para que de su contraste surja y se establezca el ritmo.

C. Ritmo que precisamente consiste en el establecimiento de unas unidades de retorno, los pies, que se constituyen a base de interrelacionarse, y caracterizarse mutuamente en esa relación, dichos dos momentos o sucesos.

²¹ 1930, pp. 50 ss.

²² *DM* III 1342 ss.

²³ *AG* III, *GLK* 1475, 1 ss.

De ahí que *arsis* - *thesis* designen muchísimas veces simplemente los dos términos de esa relación (*λόγος / ratio*) que, según la concepción aristoxénica, define ya en sí misma el pie.

Es lo que, según acabamos de ver, ocurre en Aristóxeno con *ἄνω* - *κάτω* y con *ἄρσις* - *βάσις* en *Elem. Rhythm.* II 20 (p.12,20 ss. Pearson), II 21 (p.14,17 Pearson) o II 25 (p. 16,4 s. Pearson).

Es lo que en muchas ocasiones siguen recogiendo los metricólogos y gramáticos tardíos. He aquí algunos pasajes:

*temporum momenta sane lege certa dividunt
seu duas pes quisque iunget sive plures syllabas.
aut enim quantum est in ἄρσει, tantum erit tempus θέσει,
alterna aut simplo vicissim..²⁴
verum uterque quantum in arsi, tantum habebit in thesi ²⁵
horum uterque tempus aequum librat arsi cum thesi ²⁶.
etenim in simplicibus pedibus arsis ac thesis aut simpli aut dupli aut
sescupli ratione taxatur ²⁷
disemus autem appellatur pes, qui per arsin et thesin primus constare
dicitur, ut est leo. duplum vero... ²⁸
ergo et dibrachys et spondeus tantum habet in arsi quantum
in thesi ²⁹.
et est aequa divisio in his pedibus, qui soluti tot tempora habent in
arsi, quot in thesi. ut est dactylus. dupla est quotiens...³⁰*

C.1. En esta idea de la unidad rítmica, del pie, como relación entre dos partes o tiempos (*χρονοὶ ποδικοί*) se trasluce a veces la concepción de una de esas partes o tiempos como principal o marcado, frente al otro. Es lo que se aprecia en el hábito de los rítmicos tardíos de lla-

²⁴ TERE, *DM* II 1348 ss.

²⁵ TERE, *DM* II 1380.

²⁶ TERE, *DM* II 1409. Otro tanto en 1388, 1421 ss., 1434 ó 1566.

²⁷ MAVI *AG* I 40,23 s. Otro tanto en 41,13; 42,7; 45,2; 45,17; 46,2; 47,6; 70,25; 89,21.

²⁸ MARTC, *NM* IX 522,1 s. Otro tanto en 525,6 ss.

²⁹ DIOM, *AG* III, *GLK* I, p. 476,17 s. Otro tanto en 480,8 ss.

³⁰ SERG, *DL* 481,17. Otro tanto en SERV, *CD* 425,21 ss.; CLED, *AG* 31,19 ss.; POMP, *CO* 123,34 ss.; IS, *ETI* 18, p. 302; IUL, *AG* 155,18 ss.; 169,12 ss.; ALDH, *DM* 151,9 ss.; BONI, *AM* 109,13; CRUI, *AM* 20,32 ss.

mar al uno *μείζων* y al otro *ελάσσων*; y ello aún en casos como el del dáctilo en que entre ambos tiempos no hay diferencia cuantitativa o de duración.

Así se expresa, por ejemplo, Aristides, cuando habla de la *διαφορά κατ' ἀντίθεσιν*, es decir, del rasgo en virtud del cual unos pies se diferencian de otros según empiecen por el tiempo marcado o por el no marcado:

ἑβδομή (διαφορά) ἢ κατὰ ἀντίθεσιν, ὅταν δύο ποδῶν λαμβανομένων ὁ μὲν ἔχῃ τον μείζονα χρόνον καθηγούμενον, ἐπόμενον δὲ τον ελάττοντα, ὁ δὲ ἐναντίως ³¹

En este mismo sentido cabría interpretar el empleo de *ἄρσις* - *θέσις* que encontramos en *περὶ ποδῶν* 356,6 Consbruch:

οὕτως ἐν ἄρσει καὶ θέσει, τούτέστιν ἐν μακρᾷ καὶ βραχείᾳ συλλαβῇ, ποῖς γίνεται.

D. Como es bien sabido, en manos de los métricos el concepto de pie como tal entidad rítmica se va progresivamente desvirtuando hasta ir a parar en una mera estructura o patrón silábico. En ese contexto se alude a las partes del pie de una forma más o menos mecánica, sin que sea posible afirmar que el gramático o metricólogo en cuestión comprenda el verdadero sentido de dichas partes y de los términos que las designan; ello incluso en el caso de que, como ocurre muchas veces en los gramáticos latinos, a los tecnicismos *arsis-thesis* se les añada una traducción.

**Ἄρσις-θέσις* simplemente como partes de una estructura silábica sin más sentido rítmico se encuentran en textos como este de Querobosco:

ποῖς ἐστὶ σύνταξις συλλαβῶν ἄρσιν καὶ θέσιν περιέχουσα ³²,

texto que encontramos literalmente repetido en los escolios B³³.

³¹ *De mus.* I 13, p. 33,26 ss. W-I. Nótese la construcción quiástica *μείζονα. . . καθηγούμενον, ἐπόμενον . . . ελάττοντα*, que, como luego veremos, puede apoyar la interpretación también quiástica de p. 31,9 s.

³² *Choer.* 211,13 Consbruch.

³³ *Schol. B* 294,13 Consbruch.

Otros textos griegos tardíos recogen una definición similar, aunque más confusa, al sustituir *καὶ* por *ἢ*:

ποὺς ἐστὶ σύνταξις συλλαβῶν ἄρσιν ἢ θέσιν περιέχουσα ³⁴.

Ya en territorio latino, Mario Victorino comienza su capítulo *De arsi et thesi* con estas palabras:

decursis syllabarum modis, quae per vocales et consonantes litteras velut quibusdam elementis coalitae conexasque formantur certisque secundum aut naturam aut positionem legibus positae pedes, cum inter se geminantur, per arsin et thesin gradientes procreant, quibus metrorum omnis ratio inter se praefinita subsistit ³⁵.

Aquí nos hallamos ya ante la tónica jerarquía métrico-gramatical *littera* < *syllaba* < *pes* < *metrum*, en la cual *arsis-thesis* como partes del pie empiezan a ser unos términos heredados de la rítmica pero con su auténtico sentido originario bastante difuso, si no completamente perdido.

Algo así hay que reconocer en ciertas descripciones del pie en Marciano Capela, como cuando escribe

disemus appellatur pes, qui per arsin et thesin primus constare dicitur, ut est leo ³⁶.

Algo así es lo que hay que reconocer en Diomedes cuando en el libro tercero de su *Ars grammatica* define

Pes est sublatio ac positio duarum aut trium ampliusve syllabarum spatio comprehensa. pes est poeticae dictionis duarum ampliusve syllabarum cum certa temporum observatione modus recipiens arsin et thesin ³⁷.

Se pueden escuchar aquí aún ecos lejanos de la antigua rítmica, pero lo que prima ya es una concepción del pie como mero patrón silábico en la organización y medida de la *poetica dictio*. Así se pone de manifiesto unas líneas más abajo, cuando escribe

accidunt autem uni cuique pedi arsis thesisque, numerus syllabarum, tempus, resolutio, figura, metrum ³⁸.

³⁴ *Fragm. περί ποδῶν* 356,6 ss Consbruch; *Anon. Ambros.* 232,3 Studemund.

³⁵ MAVI, AGI 40,6 ss.

³⁶ NMIX 522,2 s.; véase también, por ejemplo 525,6.

³⁷ 474,30 ss.

³⁸ AG 454,4 ss.

Es la doctrina de los «accidentes» del pie, que incorpora Donato al capítulo *De pedibus* de su *Ars grammatica* ³⁹.

D.1. Similar a la que hemos detectado en el apartado anterior es la acepción de los términos *arsis-thesis* cuando los encontramos referidos a las dos partes de un pie compuesto, cada una de las cuales constituye, a su vez, un pie simple.

Es lo que refleja, por ejemplo, Atilio Fortunaciano, aunque empleando *sublatio - depositio* en lugar de *arsis - thesis*, cuando en el pasaje *De iambico* describe las distintas posibilidades esquemáticas de este tipo de metros:

funt ergo hi universi pedes quinque. inveniuntur semper hi omnes incipientibus locis, id est sublacionibus, quae loca imparia quidam vocant, in desinentibus vero, id est in depositionibus, quae loca paria appellant, non nisi qui a brevibus incipiunt ⁴⁰.

Más explícito resulta el siguiente pasaje de Mario Victorino:

nam graeco sermone duorum pedum copulatio basis dicitur, veluti quidam gressus pedum. qui si eiusdem generis, id est pares, iugati fuerint, dipodian, aut ut quidam, tautopodian, sin dispare, ut trochaeus cum iambo, syzygian efficiunt: in qua arsis unum, alterum thesis pedem obtinebit. quamquam in his non numquam syllaba pro integro pede in ultima dumtaxat versus accepta propriam impleat thesin ⁴¹.

En Pompeyo volvemos a encontrar algo semejante:

in dispondeo octo sunt tempora; quattuor habet arsis, quattuor thesis. in antispasto, choriambo, diiambo sena sunt tempora, tria habet arsis, tria thesis ⁴².

E. La propia etimología de los términos ἄρσις - θέσις, en la cual va implícita la idea de subida y bajada, apunta a lo que debió de ser el origen y luego la primitiva praxis de marcar el ritmo en la ejecución musical, su-

³⁹ 607,6: el texto del pasaje coincide exactamente con el de Diomedes; luego lo repetirán y/o glosarán sus comentaristas: SERG *DL* 480,13; CLED *AG* 30,9; POMP *CO* 120,27; IS *ETI* 302,17; IUL *AG* 153,13; ALDH *DM* 510,14; CRUI *AM* 20,1.

⁴⁰ FORT *AG* 286,22 ss.

⁴¹ MAVI *AGI* 47,6 ss.

⁴² POMP *CO* 124,7.

biendo y bajando el pie (en la marcha o en la danza) o la mano (en la dirección coral, por ejemplo).

Resultan así *ἄρσις* - *θέσις* expresión de las partes del pie en cuanto que hechas perceptibles a base de unas marcas (*σημεῖα*) principalmente motrices o motrices y visuales: subida y bajada de algún miembro o parte del cuerpo:

*ἄρσις μὲν οὖν ἐστὶ φορὰ μέρους σώματος ἐπὶ τὸ ἄνω,
θέσις δὲ ἐστὶ τὸ κάτω ταῦτου μέρους.*

define Aristides Quintiliano⁴³.

Este carácter motriz de las marcas queda también en primer plano en expresiones como ésta de Mario Victorino:

*Tribus pedibus et semipede, quae in arsi et thesi septem motus efficiunt*⁴⁴

y se deja traslucir, aunque más de lejos, también en el fondo de este pasaje de Atilio Fortunaciano:

*qui (pedes) gressibus determinatis quasi incedunt per versus et moventur. hic est motus et ingressio, quam Graeci basin appellant: de sublatione constat et positione, quae et thesis dicitur*⁴⁵.

Aparece aquí ya una de las habituales traducciones o interpretaciones latinas de los términos griegos: *sublatio* y *positio*⁴⁶. Algo que ya ocurría (*sublevo/deprimo*) en Terenciano cuando, a propósito del anfibraco, escribía:

*arsis hinc sumat necesse est tria priora tempora
et thesis relinquat unum: vel licet vertras retro,
arsis uno subleuetur, deprimat thesis tria*⁴⁷,

y que volvemos a encontrar en Mario Victorino:

*Pes autem dictus est... quia in percussione metrica pedis pulsu ponitur tolliturque*⁴⁸

⁴³ *De mus.* I 13, p. 31, 15-16 W-I.

⁴⁴ *AG* I, p. 65, 12.

⁴⁵ FORT, *AM* 281,4 ss.

⁴⁶ Bennet 1898, p. 368: «The commonest definition explains arsis as *elevatio* (sublatio), thesis as *positio*».

⁴⁷ *DM* III 1421 ss.

⁴⁸ *AG* I 44,3 ss.

Algo que veremos luego perpetuarse en los comentaristas de Donato, cuando, de forma más o menos mecánica y con implicaciones en algún caso de otra índole, glosan el «accidente» *arsis-thesis* del pie. Servio escribe

*Arsis dicitur elevatio, thesis positio*⁴⁹.

Y Sergio,

*arsis et thesis, hoc est elevatio et positio*⁵⁰.

Y Pompeyo,

*arsis et thesis dicitur elevatio et positio*⁵¹.

Destaca, pues, en la interpretación que estos autores latinos hacen de los términos ἄρσις - θέσις la idea de subida y bajada, en muchos casos sin especificar qué es lo que sube y baja, en otros incluso (como, según veremos enseguida, los gramáticos tardíos) con implicaciones vocales o prosódicas que suponen una transferencia desde lo puramente motriz a lo sonoro⁵².

E.1. En ocasiones, sin embargo, no sólo se hace referencia al movimiento de un miembro corporal, como era el caso de Aristides, sino que, de modo más o menos explícito, se alude a una subida y bajada del pie.

Así leemos en Bacchius:

Ἄρσιν ποίαν λέγομεν εἶναι; ὅταν μετέωρος ἦ ὁ πούς,
ἤνικα ἄν μέλλωμεν ἐμβαίνειν; Θέσιν δὲ ποίαν; ὅταν κείμε-
νος⁵³

⁴⁹ CD 425,7.

⁵⁰ DL 480,13. Otro tanto en EX 523,2: *arsis et thesis est levatio et positio*.

⁵¹ CO 120,29.

⁵² Hay otros textos, tanto griegos como latinos que, aunque sin aludir expresamente a las partes del compás, hacen referencia a señales motrices o motrices y sonoras en la praxis de marcar el compás por parte de los directores de coro o de los danzantes e incluso de los intérpretes solistas de algún instrumento de viento o de cuerda; recuérdese, por ejemplo, para los auletas el pasaje de Cicerón (*Orat.* 58,196) donde habla de los *tibicinii percussionum modi*, o en el caso de los citaredos aquel otro de Quintiliano (*IO* I 12,3): *citharoedi...ne pes quidem otiosus certam legem servat?* Para otros testimonios al respecto, cf. Westphal 1885, pp. 103 s.

⁵³ *Isagoge* § 09, p. 314 Jan.

Y algo similar se puede reconocer tras las palabras del anónimo *περι ποδῶν*:

τὸ μὲν ὄνομα τοῦ ποδός ἐστι ρυθμικόν· ὡσπερ γὰρ ἐν εὐπρεπεὶ κινήσει ποδῶν βάσις γίνεται, ἐξ ἧς ὁ ρυθμός, οὕτως ἐν ἄρσει καὶ θέσει⁵⁴

Más explícitamente, Mario Victorino escribe:

Arsis igitur ac thesis quas graeci dicunt, id est sublatio et positio, significant pedis motum⁵⁵.

Y Cledonio, comentando a Donato:

Omnis pes in passu est; arsis elevatio, thesis positio⁵⁶.

Así pues, con mayor o menor valor referencial a una efectiva praxis de ejecución, con más o menos dosis de tópico heredado, abunda en todo el mundo antiguo, griego y latino, la concepción fundamentalmente motriz de los términos *ἄρσις* - *θέσις* e incluso la especificación de dicha idea en el movimiento de los pies.

E.2. No ocurre, en cambio, otro tanto con la subida y bajada del brazo, de la mano o de uno o varios dedos, igualmente posible en otro tipo de ejecuciones musicales, vocales o instrumentales, o incluso en la recitación de la poesía.

Sólo en S. Agustín hemos encontrado una mención explícita al *arsis* y a la tesis como partes del pie marcadas por el movimiento de la mano:

in plaudendo enim quia levatur aut ponitur manus, partem pedis sibi levatio vindicat, partem positio⁵⁷.

El movimiento de la mano por parte del director del coro podría reconocerse implícito en el *Lesbium servate pedem meique pollicis ictum* horaciano⁵⁸, pero aquí se insiste más en el golpe que conlleva o produce dicho movimiento y además no se alude a las partes del compás. Algo similar es lo que ocurre con Quintiliano, cuando escribe

pedum et digitorum ictu intervalla signant quibusdam notis⁵⁹,

⁵⁴ 356,6, Consbruch.

⁵⁵ AG I 40,14.

⁵⁶ AG 30,10.

⁵⁷ DM II 12.

⁵⁸ CA IV 6,31.

⁵⁹ IO IX 4,51.

o con Terenciano Mauro, cuando, refiriéndose a una práctica didáctica, al parecer, ya habitual en las escuelas de su tiempo, dice:

*pollicis sonore vel plausu pedis discriminare, qui docent artem solent*⁶⁰.

E. Todos estos testimonios apuntan probablemente a las mismas marcas motrices-visuales en la medida del compás, pero atendiendo también o sobre todo al componente sonoro que podían normalmente conllevar; en efecto, el movimiento hacia abajo de la mano o del pie culmina con un golpe (*ictus / percussio*) que produce sonido:

*pulsus vero atque percussio nullo modo esse potest, nisi praecesserit motus*⁶¹.

El *motus* lleva a la *percussio* y ésta produce el *sonus*⁶². Y ese sonido se constituye en marca sonora, no vocal (esto es importante destacarlo) de la *θέσις*, frente al silencio del *ἄρσις*.

Es lo que implícitamente se dice en esos pasajes de Horacio, de Quintiliano y de Terenciano Mauro. Es lo que de forma explícita describe Mario Victorino, quien a renglón seguido de la definición que acabamos de mencionar de *arsis* y *thesis* como *sublatio* y *positio* en el *pedis motus*, añade:

*est enim arsis sublatio pedis sine sono, thesis positio pedis cum sono*⁶³.

Es lo que hay que entender en el pasaje tantas veces citado de Aristides Quintiliano en el que al definirse el ritmo se afirma:

*Ῥυθμός. . . ἐστὶ σύστημα ἐκ χρόνων κατὰ τινα τάξιν συγκειμένων· καὶ τὰ τούτων πάθη καλοῦμεν ἄρσιν καὶ θέσιν, ψόφον καὶ ἡρεμίαν*⁶⁴.

No hay por qué referir *ψόφος* a *ἄρσις*, como han pretendido quienes defienden una inversión del sentido de los términos *ἄρσις* - *θέσις*. Tampoco hay necesidad de corregir el texto, como se ha propuesto alguna vez, para referirlo a *θέσις*; basta para ello tener en cuenta que la interpretación quiástica del pasaje no sólo es posible, sino incluso muy probable, como lo demuestran, además de testimonios como el de Mario Victori-

⁶⁰ DM III 2254.

⁶¹ BOETH, IMI 189,18.

⁶² FAV, DSII 16,8.

⁶³ AG I 40,15 s.

⁶⁴ De mus. I 13, p. 31,9 s. W-I.

no, el recurso al orden quiástico por parte del mismo Arístides en otros pasajes como, sin ir más lejos, el de página 33,26 ss. que antes comentábamos.

F.1. Al igual que en 31,15 s., centrándose en el aspecto motriz de la señal, se limitaba Arístides a hablar de subida y bajada de un μέρος σώματος, sin especificarlo, tampoco aquí concreta con qué miembro corporal se produce el ψόφος de la θέσις. Mario Victorino sí liga este sonus de la positio al pes. Al pie aluden también los pasajes anteriormente mencionados de Quintiliano y Terenciano Mauro y muchos otros, como éste del Ps. Acrón:

*· pro sono cantilenae ad rhythmum pede ferientes*⁶⁵,

o éste otro de S. Agustín, que recoge una costumbre extendida entre los danzarines:

*symphoniaci scabella et cumbala pedibus feriunt*⁶⁶.

F.2. Pero no hay que descartar la posibilidad de que la marca sonora de la θέσις venga producida por la mano o los dedos. Así lo indican, sin ir más lejos, los mismos pasajes de Terenciano y Quintiliano o el pollicis ictus de Horacio CA IV 6,31, pasaje que el Ps. Acrón glosa así:

*«pollicis ictum» modulationem lyrici carminis veluti ipse lyram percutiat*⁶⁷,

o este otro de Porfirio:

*cum metra digitis ob aures ferimus probantes an consonent*⁶⁸.

G. Y llegamos así al segundo de los dos significados generales que parecen tener los términos ἄρσις - θέσις (o sus equivalentes latinos) en boca de metricólogos y gramáticos tardíos: ἄρσις = parte inicial del pie / θέσις = parte final.

En algunos casos puede que esta acepción sea interpretable como lejano eco de aquel sentido primigenio que, según Del Grande⁶⁹, tuvieron, si no estos términos, sí sus antecesores ἄνω - κάτω.

⁶⁵ CA 33,12.

⁶⁶ DM III 160,12

⁶⁷ CA 350,2.

⁶⁸ AP 172,26.

⁶⁹ Cf. supra.

Quizá uno de ellos sea el de Máximo Planudes, cuando escribe

ἀπὸ τῶν χορευτῶν. . . ἄρσις οὖν καὶ θέσις ἢ ἐν τῷ
ἀρχέσθαι καὶ λήγειν τῶν χορευτῶν ὁρμῇ λέγεται⁷⁰.

Se podría pensar también en un malentendido o desvirtuación de aquellos pasajes de la rítmica aristoxénica en que se afirmaba que en la producción del ritmo era inexcusable la presencia de dos elementos, dos momentos o fenómenos temporales en sucesión contrastiva:

Ἄ οὐδὲ ρυθμὸς οὐ γίνεται ἐξ ἐνὸς χρόνου, ἀλλὰ προσδεῖται ἢ γένεσις αὐτοῦ τοῦ τε προτέρου καὶ τοῦ ὑστέρου⁷¹.

Probablemente aquí πρότερος ο ὑστέρος no se emplean tanto en el sentido de la simple sucesión lineal cuanto en el de la necesaria relación de contraste entre dos. Pero esto, unido a la que parece ser la antigua tradición damoniana y a la costumbre consagrada entre los tratadistas de hablar e incluso aludir siempre a ἄρσις γ θέσις por ese orden, pudo propiciar en los metricólogos y gramáticos tardíos el resurgimiento de la concepción de ἄρσις como parte inicial del pie y θέσις como parte final.

G.1. Muchos de ellos, como Diomedes, así lo afirman explícitamente, estableciendo una clara oposición entre *arsis* ↗ como elevación inicial y *thesis* ↘ como descenso final:

*Pes est sublatio ac positio duarum aut trium ampliusve syllabarum spatio comprehensa. pes est poeticae dictionis...modus recipiens arsin et thesin, id est qui incipit a sublacione, finitur positione*⁷²

O como Atilio:

*Pedes simplices fiunt duabus vel tribus syllabis a sublacione in depositionem certis temporibus terminatis*⁷³.

Otro tanto viene a afirmar el metricólogo, cuando al hablar sobre los versos yámbicos dice:

fiunt ergo hi universi pedes quinque. inveniuntur semper hi omnes incipientibus locis, id est sublacionibus, quae loca imparia quidam vo-

⁷⁰ *Rhet. Graec.* V 454 Walz.

⁷¹ Psellos 4, p. 22,1-2 Pearson.

⁷² *AG* III 474,30 ss.

⁷³ FORT, *AM* 280,10.

*cant, in desinentibus vero, id est in depositionibus, quae loca paria appellant, non nisi qui a brevibus incipiunt*⁷⁴.

De lo cual se deduce que éste debe ser el sentido de ambos términos en este otro pasaje:

*hic est motus et ingressio, quam Graeci basin appellant: de sublacione constat et positione, quae et thesis dicitur, ut est «arma vi»; ar sublatio est temporum duum, ma vi positio temporum duum*⁷⁵.

Esta concepción de *arsis* y *thesis* como partes inicial y final del pie se halla fuertemente arraigada entre los gramáticos del grupo Donato. Sergio, por ejemplo, afirma:

*Scire autem debemus, quod unicuique pedi accidit arsis et thesis, hoc est elevatio et positio. Sed arsis in prima parte, thesis in secunda ponenda est*⁷⁶.

Y Julián de Toledo:

*Quid est arsis? Elevatio, id est inchoatio partis. Quid est thesis? Positio, id est finis partis*⁷⁷.

Y el gramático Virgilio:

*nonnulli aiunt quod in unoquoque gressu duum pedum primus elevetur et secundus inclinetur*⁷⁸

*in unoquoque gressu idest sono duum pedum ...syllabarum primus elevetur et secundus inclinetur*⁷⁹.

En otras ocasiones el valor de primera - segunda parte para *arsis* - *thesis*, aunque no expresamente declarado, se deduce claramente por el empleo que de ambos términos hace el artífgrafo al describir la organización interna de los pies. Tal es el caso de Mario Victorino en el capítulo *De pedibus*, al hablar del yambo y del troqueo:

⁷⁴ FORT, *AM* 286,22 ss.

⁷⁵ FORT, *AM* 281,4 ss.

⁷⁶ *DL* 480,13 s.

⁷⁷ *AG* 153, 12. Aunque aquí, por lo que se dice a continuación, hay ya en *elevatio* y *positio* implicaciones prosódicas.

⁷⁸ *EP* 24,11.

⁷⁹ *EX* 190,5.

*horum arsis et thesis alterna mutatione variantur, siquidem in iambo arsis primam brevem, in trochaeo autem longam habeat incipientem, thesis vero contraria superioribus*⁸⁰.

E igualmente en el capítulo *De arsi et thesi*, no ya tanto en la descripción del yambo y del troqueo⁸¹, sino en la de otros pies, sobre todo en la de la pareja baqueo - palimbaqueo:

*in bacchiis etiam haec divisio (sescupla) est. nam bacchius a brevi incipiens in sublacione semper brevem et longam retinet, in positione longam; palimbacchius autem in sublacione longam, in positione longam et brevem*⁸²,

y en la del anfibraco:

*amphibrachys, in quo duae breves, media longa est, in arsi tria, in thesi unum tempus accipiet, rursusque arsis unum, thesis tria sibimet vindicabit*⁸³.

Otro tanto ocurre en territorio griego con el Anónimo Ambrosiano, cuyo marcado paralelismo con Mario Victorino es bien sabido, cuando describe el crético, el baqueo o el palimbaqueo⁸⁴.

Diomedes, cuya relación con este anónimo griego es también evidente, se comporta de modo similar al analizar el yambo y el troqueo:

*iambi enim arsis unum tempus tam in se habet et eius thesis duo quam trochaei versa vice arsis duo habet et thesis unum*⁸⁵.

Este mismo había sido el proceder de Terenciano Mauro al describir esos dos pies:

*ἄρσις unum possidebit, quando iambum partior; fiat alternum necesse est, cum trochaeum divides*⁸⁶,

⁸⁰ AG I 45,2 ss.

⁸¹ *trochaeo autem et iambo contraria inter se ratio est: alterius enim prius longa tollitur, dehinc brevis ponitur; alterius secundum suam legem <brevis ponitur, longa tollitur> situ supra dicti ordinis immutato.* Esta es la lectura de Keil (GL VI 40,19 ss.) para este pasaje, que por lo deteriorado del texto de los códices dio lugar a varias correcciones conjeturales y a encendidas polémicas en lo que a su interpretación doctrinal se refiere: cf., entre otros, Caesar 1886, especialmente pp. X ss.

⁸² AG I 41, 4 ss.

⁸³ AG I 41,12 ss.

⁸⁴ §14, p. 227,12 ss. Studemund.

⁸⁵ AG III 480,10 ss.

⁸⁶ DM III 1388 s.

pasaje cuya posible ambigüedad, por las dudas que puede ofrecer el sentido de *alternum*, se disipa, si se tiene en cuenta este otro, en el que, analizando el anfibraco, afirma el metricólogo:

*arsis hinc sumat necesse est tria priora tempora
et thesi relinquat unum: vel licet vertat retro,
arsis uno sublevetur, deprimat thesin tria*⁸⁷.

Este será también el proceder de Pompeyo cuando escriba:

*iambus duplam habet divisionem; unum habet arsis, duo thesis. trochaeus duo in arsi, unum in thesi*⁸⁸.

Así pues, esta segunda acepción general de *arsis* - *thesis* como partes inicial - final del pie se halla más que demostrada entre los latinos y no es ajena tampoco a los griegos. En su apoyo y confirmación se podría aducir también el frecuente empleo de *thesis* como sinónimo de *positura* o *distinctio* por parte de los gramáticos para referirse a los finales de frase. Téngase además en cuenta la proximidad estrecha entre *positura* y *positio* o *depositio*, así como el empleo de estos otros términos, además de como traducción de *θέσις*, para indicar el final del verso o período. A este propósito es interesante recordar aquí una frase del Anónimo Ambrosiano, que, refiriéndose al hexámetro, afirma:

*ἄρσις μὲν γὰρ καλεῖται ἡ ἀρχὴ τοῦ στίχου, θέσις δὲ τὸ τέλος*⁸⁹.

Es, ni más ni menos, lo mismo que ya Ovidio decía, describiendo el dístico elegíaco:

*sex mihi surgat opus numeris, in quinque residat;
ferrea cum vestris bella valete modis*⁹⁰.

Hay en todo esto, no se olvide, una implicación de la idea de elevación o subida con la de comienzo y de la de descenso con la de terminación. *Arsis* y *thesis* se oponen, por tanto, como «elevación inicial» / y «cadencia final» .

⁸⁷ DM III 1421 ss.

⁸⁸ CO 124,19 s.

⁸⁹ 215,21 Studemund.

⁹⁰ AM I 1,27.

G.2. Y en esa oposición van, como ya dijimos, implicados de forma más o menos explícita componentes sonoros o, más concretamente, vocales (vocales claramente en este caso; algo completamente distinto a las marcas sonoras que, como veíamos más arriba –apartado F– se reconocían antes implicadas en la *thesis*), de modo que *arsis-thesis* se conciben, respectivamente, como implantación o apertura y cierre o inflexión de una unidad vocal.

arsis ↗ *uocis* ↘ *thesis*

G.2.1. Es así como hay que interpretar el pasaje de Marciano Capela al que tantas veces se suele acudir por parte de quienes pretenden demostrar que, al menos en latín tardío, se produjo una inversión del sentido tradicional de los términos *arsis-thesis*:

*arsis est elatio, thesis depositio vocis ac remissio*⁹¹.

Así parece entenderse igualmente en otro pasaje de Terenciano Mauro no menos citado que el de Capela:

parte nam attollit (pes) sonorem parte reliqua deprimi
(ἄρσιν hanc Graeci vocarunt, alteram contra θέσιν)⁹².

No se habla aquí expresamente de *uox* sino de *sonor*, lo cual unido a la posibilidad de interpretación quiástica del pasaje podría inducir, en principio, a entender que se está aludiendo a una posible marca sonora de la *θέσις*, frente al silencio del *ἄρσις*. Pero no parece ser ése el caso, sino que la expresión *parte...parte reliqua* parece no sólo excluir el quiasmo, sino incluso abonar el sentido de elevación sonora inicial para *ἄρσις* y de depresión cadencial para *θέσις*.

Así lo expresa claramente Isidoro de Sevilla:

*Accidunt unicuique pedi arsis et thesis, id est elevatio et positio vocis. Neque enim iter pedes dirigere potuerunt, nisi alterna vice levantur et ponantur, ut «arma»: «ar» elevatio est, «ma» positio*⁹³.

⁹¹ NM IX 519,12.

⁹² DM III 1345 s.

⁹³ ET I, 302,4.

Y luego especifica aún más:

*Arsis est vocis elevatio, hoc est initium, thesis vocis positio, hoc est finis*⁹⁴,

pasaje que luego recogerá Cruindmelo:

*Arsis et thesis quid est? Elevatio et positio vocis, ut arma Roma: ar elevatio, ma positio; neque enim iter dirigere pedes possunt, nisi alterna vice leventur et ponantur, ut Roma: Ro elevatio, ma positio*⁹⁵.

En esta misma línea se expresa el anónimo *Commentum Einsidlense*:

*Arsis, elevatio s. vocis, eo quod ibi vox elevetur. Thesis, humiliatio, i. depositio vel demissio, quia ibi vox deponatur*⁹⁶.

G.2.2. En alguna ocasión además del término *uox* aparece *tempus*, lo cual puede interpretarse como alusión al componente temporal que conlleva el proceso vocal del pie (o de la palabra, que con él se identifica) desde su comienzo hasta su terminación.

Así se expresaba Mario Victorino cuando definía el *arsis* como

*elatio temporis soni vocis*⁹⁷.

Un eco de esto mismo se puede reconocer en Bonifacio, donde se lee

*arsis est vocis elevatio cum temporibus, thesis est vocis positio cum temporibus*⁹⁸.

G.2.3. Otras veces es el término *syllaba*, como exponente de la unidad básica en el proceso temporal de producción de la *uox*, el que entra en este tipo de definiciones:

*de arsi ac thesi, id est de alterna syllabarum sublacione ac positione, quibus pedes in metris nituntur atque formantur, dicere*⁹⁹.

Así se aclara la oscuridad que pueda ofrecer unas líneas más abajo el mismo metricólogo al definir la *thesis* como:

*Depositio et quaedam contractio Syllabarum*¹⁰⁰.

⁹⁴ ET III 448,4.

⁹⁵ AM 20,14 ss.

⁹⁶ GLK VIII 228,23.

⁹⁷ AGI 40,16.

⁹⁸ AM 209,23.

⁹⁹ MAVI, AG I 40,10 ss.

¹⁰⁰ AG I 40,17.

Es al cierre (*contractio*) y cadencia (*depositio*) de ese proceso silábico-vocal que constituye el pie métrico (o la palabra, como ocurrirá en otros casos, en contextos no ya métricos, sino prosódicos, a los cuales prestaremos atención en otro trabajo) a lo que se está refiriendo aquí Mario Victorino¹⁰¹.

¹⁰¹ Este trabajo ha sido realizado con la colaboración de Marina del Castillo, profesora del Departamento de Filología Latina de la Universidad de Granada y miembro del equipo de investigación «La doctrina métrica de los romanos». El autor quiere dejar constancia y agradecer su ayuda en la selección, interpretación y clasificación de los textos, así como sus oportunas observaciones.

BIBLIOGRAFIA Y ABREVIATURAS EMPLEADAS

ACR? = Ps. Helenius Acro, *Scholia in Horatium vetustiora* ed. O. Keller, Leipzig, 1902.

CA = *Carmina*.

ALDH = Aldhelmus

DM = *De metris et aenigmatibus ac pedum regulis* ed. Ehwald MGH aa, Berlin 1919.

AUG = Aurelius Augustinus

DM = *De musica* ed. G.Finaert-F.J.Tonnard, París 1947.

Bennet, Ch.E., 1989: «What was ictus in latin prosody?». *Am. Journ. of Phil.* 19, pp. 361-383.

BOETH = Boethius

IM = *De institutione musica* ed. Friedlein, Leipzig 1887.

BONI = Bonifatius

AM = *Ars Metrica* ed. Gevabert-Löfstedt CCh SL, Turnhout, 1980.

CLED = Cleonius

AG = *Ars grammatica*, GLK V pp. 9-79.

CRUI = Cruindmelus

AM = *Ars metrica* ed. Huemer, Wien 1883.

Del Grande, C. 1948: «Damone metrico», *Giorn. Ital. Fil.*, pp. 3 ss.

1960: *La metrica greca*, Torino.

DIOM = Diomedes

AG = *Ars Grammatica*, GLK I pp. 300-529.

FAV = Favonius Eulogius

DS = *Disputatio de somnio Scipionis* ed. Holder, Leipzig 1901.

FORT = Atilius Fortunatianus

AM = *Ars metrica*, GLK VI pp. 278-304

GLK= *Grammatici latini*, ed. H Keil, Hildesheim 1961 (= Leipzig, 1857 ss.)

- GRF = *Grammaticae Romanae Fragmenta* ed. Funaioli, Stuttgart, 1969.
- IS = Isidorus Hispalensis
- ET = *Etymologiae* ed. y trad. J.Oroz-M.Marcos, Madrid 1982 (= ed. Lindsay-Arévalo)
- IUL = Iulianus Toletanus
- AG = *Ars grammatica* ed. M.A.H. Maestre Yenes, Toledo 1973.
- MARTC = Martianus Capella
- NM = *De nuptiis Philologiae et Mercurii* ed. Dick, Leipzig 1925.
- MAVI = Marius Victorinus - Aphthonius
- AG = *Ars grammatica*, GLK VI pp. 3-215
- Nicolau, M.G. 1930: *L'origine du «cursus» rythmique et les débuts de l'accent d'intensité en latin*, Paris.
- POMP = Pompeius
- CO = *Commentum Artis Donati*, GLK V pp. 95-312
- PORPH = Pomponius Porphirius
- AP = *Commentum in Artem Poeticam* ed. Holder, Innsbruck, 1894.
- SERG = Sergius
- DL = *De littera*, GLK IV pp. 473-485.
- SERV = Servius Honoratus
- CD = *Commentarius in Donati artem*, GLK IV pp.405-448
- TERE = Terentianus Maurus
- DM = *De litteris, de syllabis, de metris*, GLK VI pp. 325-413
- VARRO = M. Terentius Varro
- SL = *De sermone latino*, GRF pp. 199-205.
- VIRG = Virgilius, grammaticus
- EP = *Epitomae*, ed. Polara, Napoli 1979.
- EX = *Excerpta*, GLK VIII 189-201.
- Westphal, R. 1885: *Theorie der musischen Künsten der Hellenen. I Griechische Rhythmik*, Leipzig.

NOTAS AL «TRATADO» DE MÉTRICA DEL HUMANISTA JUAN DE IRIARTE

FRANCISCA PLAZA PICÓN
FRANCISCO SALAS SALGADO
Universidad de La Laguna

SUMMARY

The objective of this paper is the description and analysis of the metrical commentaries that the Canarian humanist, Juan de Iriarte y Cisneros, exposes in the sixth book of his Grammatica latina.

I. Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que don Juan de Iriarte y Cisneros fue un humanista ejemplar de entre otros que llenaron la Ilustración española en general y canaria en particular.

El que sería Oficial Traductor de la primera secretaría y despacho, Bibliotecario de su Majestad y Académico, había nacido en los albores de la centuria dieciochesca, un 15 de diciembre de 1702, en el Puerto de la Cruz, antes Puerto de la Orotava. Pero lejos de querer ofrecer una detallada biografía¹ de este ilustrado canario, sólo nos detendremos en la face-

¹ Seguimos para ésta las «Noticia de la vida y literatura de D. Juan de Iriarte» que anteceden al prólogo de su gramática y que fueron escritas por su sobrino Bernardo de Iriarte, basándose en un documento —él lo llama fragmento— en latín que don Juan, a modo de autobiografía, empezó a escribir el 20 de enero de 1762. Cf., además, para más detalle, D. GUIGOU COSTA, *El Puerto de la Cruz y los Iriarte*. Santa Cruz de Tenerife, 1945;

ta —quizás menos estudiada, pero no por ello menos importante— de humanista, de cultivador y estudioso de las *litterae humaniores*².

De este modo nos encontramos a don Juan de Iriarte en París a la edad de 11 años, recomendado a don Pedro Hely, cónsul de la nación francesa en Canarias, que había vuelto a su patria después de una larga estancia en Tenerife. El cónsul, generosamente, hospedó en su casa al joven portuense, colocándole, a los pocos meses, en casa de un preceptor del que se desconoce el nombre y con el que comenzó el estudio de los Rudimentos de la lengua latina³.

Pero, aunque la escuela de dicho preceptor era una de las más acreditadas de París, don Pedro Hely creyó oportuno que pasara a la de un preceptor apellidado Du Coti, quien consideró conveniente que nuestro humanista, por los conocimientos que ya tenía aprendidos, entrara como estudiante de Sexta Clase en el Colegio del Cardenal Le Moine. De esta época y en relación a los adelantos que el humanista canario realizaba en materia de Latinidad nos refiere su sobrino⁴:

«Desde aquel punto empezó á freqüentar las Escuelas públicas; y vivamente excitado ya de la publicidad misma, ya de la emulación de sus Condiscípulos, abrazó el estudio con sumo ardor; y agregándose á esto las lecciones domésticas con que el Maestro ilustraba á sus estudiantes, llegó á hacer rápidos progresos en la Gramática Latina, de suerte que traducía fácilmente en Francés los Historiadores menores y las Fábulas de Fedro, recitando de memoria todos sus libros en pleno concurso de la misma Escuela y de varias personas literatas, é interpretándolos allí mismo en el idioma vulgar».

No pudo, empero, Iriarte, continuar sus estudios en la capital francesa porque el cónsul determinó marcharse a sus posesiones de Rouen a mediados de abril de 1715, sin que por ello olvidara a su púpilo y mucho menos el cuidado que había contraído en su educación. Monsieur Man-

E. COTARELO Y MORI, *Iriarte y su época*, Madrid, 1897 y A. RUIZ ÁLVAREZ, *Poetas del Puerto*, Puerto de la Cruz, Tenerife, 1945.

² Cf. A. MILLARES CARLO, *Juan de Iriarte: Latinista y Helenista*, Las Palmas, 1981; A. Soon, «Le *De Matrili sordibus* de Juan de Iriarte (1702-771) et les courants d' idées de son époque», *Acta conventus Neo-Latini Guelphersbytni*, New York, pp. 339-351.

³ B. DE IRIARTE, *Noticia de la vida y literatura de D. Juan de Iriarte*, p. 2.

⁴ *Ibid.*, p. 3.

duit sería en esta ciudad su preceptor (*quo nemo et Latinis sermonis peritia, et omnis humanitatis politiorisque doctrinae studiis tota urbe praestantior; adhaec patriae poeseos laude insignem*) quien dejará una huella tan profunda en Iriarte, cautivado como estaba por la erudición de aquél, que le hará exclamar... *mirum quam avidè eius biberem praecepta, quam accurate iisdem obsequi elaborarem. Ac revera, si quis in me fuit, vel adhuc est, Latini leporis atque elegantiae amor, eius initium ab illius eruditione deductum lubentissimus profiteor, eidemque accepta plane refero omnium quos in eo litterarum genere preceperint fructuum semina*⁵.

Bajo la tutela de Mr. Manduit ascendió a la cuarta clase, pasando a continuar sus estudios en el Colegio que la Compañía de Jesús tenía en la ciudad bajo el cuidado del P. Joanino. Especialmente relevante en esta etapa de su formación fue su aplicación a los poetas latinos, aunque siempre siguiendo a los dos modelos que consideraba padres de la latinidad, Cicerón y Virgilio⁶.

De regreso a París continuó su aprendizaje en el Colegio de Luis el Grande, ahora, bajo la tutela de P. Porée, adentrándose también con suerte en el estudio de la lengua griega, de la filosofía, la física, las matemáticas y la retórica, esta última con el P. La Sante⁷.

Su padre, entonces, vio llegado el momento de que regresara a España, no sin que antes pasara don Juan una temporada en Londres. Así nos lo encontramos, en 1724, cuando contaba con 22 años, en Madrid para cursar la carrera de Derecho. Sin embargo, su magnífica formación humanística, adquirida en Francia, le iba a facilitar la entrada en la biblioteca y como preceptor de los hijos del duque de Béjar y, más tarde, del duque de Alba, no siendo obstáculo estas ocupaciones para que su incansable vocación del saber se mantuviera vigente. Su labor así lo manifiesta: una amplia producción de epigramas y elegías latinas, inscripcio-

⁵ *Ibid.* p. 4.

⁶ *Etenim cum recentis praemii gloria, tum maiorum ac plurium spe inflammatus, haud facile dictu est quam alacriter, quam vehementer eas arripuerim, atque in primis Poesim Latinam, cuius tradita iam fuerant in superiori Classe rudimenta (...) Itaque Ciceronem ac Virgilium, tamquam binos Romanae facundiae Consules, praecipuo semper studio cultuque prosequutus, eorum praeceptis ac dictis quam diligentissime obtemperabam.* Cf. B. de Iriarte, *op. cit.*, pp. 4-5.

⁷ *Ibid.*, p. 6.

nes también latinas, catalogación de códices griegos, traducciones al latín de un gran número de adagios, la composición de un diccionario bilingüe Latín-Castellano y Castellano-Latín, en el que llegó a realizar casi 600 artículos de la letra A y, una gramática, centro de atención de las páginas que siguen, amén de otros opúsculos, saldrían de la pluma de Iriarte hasta su fallecimiento en Madrid el 23 de agosto de 1771⁸.

Detengámonos, por tanto, en su obra gramatical.

III. Es en París, cuando nuestro humanista, según veíamos, iba acrecentando sus conocimientos en la lengua latina a la par que observando muchos defectos de los Tratados gramaticales, donde comienza su labor gramatical cuyo fruto, después de casi 40 años, fue una «Gramática en verso castellano con sus observaciones en prosa» cuya primera edición es del año 1771⁹. La mucha dificultad y el sumo trabajo que corresponde a una empresa de tal envergadura, se refleja en las siguientes palabras de su sobrino:

«Ademas de tener presentes para su formación los Artes y observaciones de Antiguos y Modernos, tomó por suya la dilatada empresa de hacer como una reseña general de la lengua Latina; y con este objeto, leyó atentamente todos los autores clásicos, anotando y extractando... entre otras cosas, quanto juzgó conducente á la formación de un Arte completo y qual se necesitaba para aprender los preceptos del idioma que tantos estudian y que tan raros llegan á poseer perfectamente».

Efectivamente, hijo de su siglo se muestra Iriarte al realizar esta gramática en lengua castellana y verso español, con el loable propósito de facilitar la retención de las reglas expresadas por las coplas, redondillas y ro-

⁸ Cf. B. DE IRIARTE, *op. cit.*, pp. 7-28. El epitafio que don Casimiro Ortega escribiera sobre Iriarte, resume muy bien las cualidades que poseía este humanista:

*Hic licet et Graece doctus, doctusque Latine
Et Musis carus, Iane Iriarte, iaces.
Librorum Custos, Librorumque optimus Auctor,
(Bibliothecae instar namque loquens eras)
Cantasti moriens Linguae praecepta Latinae
Dulcius, heu! moriens sic quoque cantar Olor.*

⁹ A. MILLARES, *Biobibliografía de escritores canarios (siglos XVI, XVII y XVIII)*, IV, El Museo Canario, 1980, pp. 24-30 nos da una relación de 18 ediciones de esta gramática, lo que manifiesta la buena acogida dispensada a esta obra de Iriarte.

mances, siguiendo así la corriente que dominó todo el XVIII de reacción contra el *Antonio* de Nebrija. Había que hacer gramáticas en vernáculo y a ello se entregaron otros ilustrados como Juan Pastor Abalos y Mendoza y don Gregorio Mayans y, a ser posible, en verso, en la creencia de que la *suavitas* de la rima ayudaba a la retención de los preceptos gramaticales. Pero lejos de querer entrar en polémica, si que convendría señalar el método que usa el portuense en su tratado. Él mismo nos lo indica en el prólogo que antecede a la edición de 1771:

«Viniendo al Método, que tanto facilita la inteligencia de las Ciencias y Artes, se ha dividido este Arte, en Libro, Capítulos y Reglas, con su explicación al pie de cada una, y algunas Notas y Observaciones distribuidas en varios lugares (...). En la colocación de las materias he seguido el orden racional, metódico y científico, tratando completamente de cada parte de la Oración con separación de las restantes. En el nombre, por exemplo, se explican todas sus especies y accidentes hasta dexar apurado el asunto ántes de pasar al Pronombre. Decláranse después todas las circunstancias del pronombre ántes de proceder á tratar del Verbo. Sin concluir las reglas que se dan acerca del Verbo, no se emprenden las del Participio; observándose lo mismo en las demás partes de la oración».

Pese al crecido número de reglas de las que Iriarte «abusa» (y que justifica advirtiendo que no es por culpa de maestros, sino de la misma lengua por ser «varia y mui difusa») es una gramática de menos bulto que la de otros «grandes» que él admite conocer y haber utilizado, hecho que lo enmarca en una tradición gramatical. Así Calepio, los «Estéfanos», Conrado Gessner, Gerardo Juan Vosio, el padre Lanceloto, Agustín Monte, Nebrija, Juan Pastor Abalos, Tamara, el Brocense y Mayans, sin olvidar los *antiquiores grammatici*, han pasado por sus manos, como se vislumbra por el comentario que él realiza de las obras de aquéllos.

La misma disposición de los libros en su tratado gramatical lo hace seguir esa tradición —de la que la *Arts* de Nebrija tiene gran parte de culpa— aunque indica en el prólogo lo que ha aumentado o mejorado, en la edición que nos ocupa, con relación a estas artes. Las partes que aborda en su gramática son:

La Etimología (Libros I al III; pp. 1-388)

La Sintaxis (Libro IV; pp. 389-493)

La Ortografía (Libro V; pp. 494-503)

La Prosodia con un compendio del Arte Métrica (Lib. VI; pp. 504-551).

Llegados a este punto, nos detendremos en el último de los libros citados, objeto principal de este artículo.

IV. Acostumbrados como estamos hoy en día a que la métrica y la prosodia sean unas disciplinas que se estudian fuera de la gramática, todavía en el XVIII, enmarcado dentro de la tradición gramatical humanista, encontramos aquéllas ocupando el último lugar.

Pero no por eso va a ser tomada en menos consideración que las otras y de ello se hará eco don Juan cuando, refiriéndose a esta última parte, dice en el prólogo:

«Se ha juzgado conveniente tratar de la Cantidad de los Nombres griegos en separación de los Latinos: omitir el tratado de las Primeras y Medias Silabas, por estar expuesto á muchas dudas y excepciones; y agregar á la misma Prosodia por Apéndice un breve Compendio del Arte Métrica, á fin de que no se eche de ménos alguna enseñanza de la Juventud en esta parte, cuya materia, si se tratase con la debida extensión, ocuparía por sí sola un tomo separado».

Tal es la atención que presta a esta parte de su gramática, única en la que, como indica, ha comprobado los textos con citas de autores «ya citándolos o dejándolos de citar cuando son conocidos».

III. a. La estructuración de la materia (como ha dejado entrever) la realiza en trece capítulos que agrupamos en tres partes:

a) La Cantidad (caps. I-IX) donde establece las bases de las largas y breves y comunes; la abreviación de vocal ante vocal; los diptongos; la vocal ante consonante; la sinéresis; los compuestos y la preposición en composición.

b) Una segunda parte dedicada al Acento.

c) El compendio del Arte Métrica, que divide en tres capítulos dedicados a los pies, los versos y a las figuras (la sintaxis figurada).

III. b. Comienza Iriarte definiendo la Prosodia como aquella parte de la gramática que enseña a pronunciar bien las palabras. Dirá que los medios de que se vale para conseguir su fin son dos: la cantidad y el acento.

En cuanto a las reglas de la cantidad dirá que toda sílaba puede ser larga, breve o común. El criterio a la hora de diferenciar unas de otras en el «tiempo»: en la breve se gasta la mitad de tiempo que en la larga, y en ésta el doble que en la breve. La común depende de que sea tomada como larga o como breve. Esta concepción implica el entendimiento de la sílaba como una entidad variable, sujeta a un determinado «tiempo» de magnitud duracional fija aunque no determinada. Distingue entre sílaba breve y larga, por naturaleza o por posición. Sin embargo, no trata con la debida amplitud esta cuestión. Ya en estas consideraciones puede verse la influencia del gramático Mario Victorino¹⁰ a quien posteriormente hará referencia.

Antes de abordar el tratamiento del pie nuestro autor analiza el acento, que como habíamos visto era uno de los medios que Iriarte consideraba fundamentales para la buena pronunciación de las palabras.

El acento lo entiende como sinónimo de tono. No obstante no se detiene en su análisis. Tras señalar la existencia de tres tipos de acento¹¹: grave, agudo y circunflejo, y su representación gráfica: «El *Agudo*... se denota con una corta línea tirada de la mano derecha acia la izquierda, en esta forma (´) El *Grave*... se expresa con una línea contraria á la del Agudo, en esta forma (˘). El *Circunflexo*... se denota con las dos líneas encontradas del Agudo y del Grave, en esta forma (^)»¹², expone la conveniencia de no ofrecer un tratado con difusas consideraciones sobre el mismo al no conocer cómo «variaban los Griegos y Romanos el *Tono* de la voz que se denota con los *Acentos*».

Siguiendo el orden establecido por el humanista portugués, llegamos a lo que él titula *Compendio del Arte Métrica*. El primer capítulo —como dijimos anteriormente— lo dedica al pie. Iriarte lo entiende como un núme-

¹⁰ Mario Victorino en su *Ars grammatica* dice: *syllabarum in pedibus differentiae sunt tres: sunt enim longae breves et mediae, quae et communes dicuntur... longarum autem syllabarum duae species sunt: Nam aut naturaliter longae sunt aut positione fiunt*. Cf. H. Keil, *Grammatici latini*, VI, Hildesheim, 1961 (=Leipzig 1874), p. 26, 18-26.

¹¹ Es posible que Iriarte conociera el apartado titulado *De accentibus de Máximo Victorino* donde leemos: *Accentus... hi sunt, acutus, grauis, circumflexus*. Cf. H. KEIL, *op. cit.*, p. 192, 15-16.

¹² J. DE IRIARTE, *Gramática latina escrita con nuevo método...*, p. 542. Cf. MAXIMO VICTORINO, *op. cit.*, p. 193, 21-23.

ro especial de sílabas por el cual logra el verso su cadencia. Observemos la similitud con Mario Victorino: *Pes est certus modus syllabarum*¹³.

La división de los pies viene determinada por el número de sílabas. Según este criterio, los pies pueden ser disílabos, trisílabos, tetrasílabos o pentasílabos. Además ofrece otra clasificación: simples (disílabos y trisílabos), dobles o compuestos (tetrasílabos y pentasílabos formados a partir de los simples).

El humanista canario realiza una exposición detallada de cada uno de los pies y en ella parece seguir el criterio de la *antipatía* —a un pie le sucede su opuesto. Son cuatro los pies disílabos señalados por Iriarte, ocho los trisílabos, dieciséis los pies dobles de cuatro sílabas, y treinta y dos de cinco sílabas. La división que de los pies establece puede estar tomada de Mario Victorino, a quien demuestra conocer.

Establece la supremacía de los pies disílabos y trisílabos. En palabra de Iriarte: «...todos los demás no son propiamente *Pies*, sino uniones, ó mezclas de *Pies*: cuyo número según Mario Victorino, sube á 124»¹⁴.

Por lo que a la denominación de los pies se refiere, curioso nos parece el criterio descriptivo adoptado para algunos de ellos. Así habla de «spondepirriquoio, ó jónico mayor», de «pirrispondéo, ó jónico menor», de «copirriquoio, ó peon primero», de «iambipirriquoio, ó peon segundo», de «pirricoréo, ó peon tercero», de «pirriambo, ó peon cuarto», de «iambispondéo, ó epítrito primero», de «correspondéo, ó epítrito segundo», de «espondijambo, ó epítrito tercero» y de «espondecoréo, ó epítrito cuarto».

Este tipo de denominación puede deberse al carácter pedagógico de su tratado. En todo momento Iriarte muestra gran preocupación por facilitar el aprendizaje a los jóvenes.

Por otro lado, confirma la existencia de seis pies necesarios: el dáctilo, el espondeo, el tríbraco, el yambo, el troqueo y el anapesto.

El carácter pedagógico del tratado, reseñado anteriormente, sigue estando presente cuando habla del *verso*: «Los versos son de muchos géne-

¹³ Cf. H. KEIL, *op. cit.*, p. 43,9.

¹⁴ Cf. H. KEIL, *op. cit.*, p. 49, 4-9.

ros; mas para la instrucción de los Jóvenes bastará explicar algunos de los más frecuentes y notables».

En el orden expositivo de este apéndice ocupa el primer lugar el hexámetro. Iriarte da su etimología, contenido y esquema. En lo que concierne al esquema establece la preferencia del dáctilo para el quinto pie y del espondeo para el sexto, señalando también la posibilidad del espondeo en el quinto pie, precedido del dáctilo y seguido de dos espondeos. Hace notar que esta última posibilidad favorece la majestad, gravedad o lentitud del verso. Este tipo de hexámetro recibe el nombre de hexámetro espondeaico.

A continuación centra su atención en el pentámetro del que ofrece su etimología y esquema. Considera acertadamente el pentámetro como la unión de dos hemiepes. Indica que, generalmente, aparece formando pareja con el hexámetro recibiendo entonces el nombre de elegíaco.

Seguidamente habla del «iámbico» indicando que el principal es el senario. Vuelve a ser Mario Victorino la posible fuente de esta concepción. Así leemos en Iriarte: «Si es *Puro*, consta solo de Iambos, ... Si *Mixto* admite á veces *Espondeos* en los Pies impares, ó nones, esto es, en el primero, tercero y quinto...» Y en Mario Victorino: ... *senarium nominamus, veluti hexametron: sex enim pedes iambos habet, ut ille dactylos, cum uterque purus ex se figuratur... unde intellegi datur iambica metra ex iambo et spondeo et eorum solitione subsistere... ex spondeo autem soluto dactylus et anapaestus creantur*¹⁵.

Para concluir Iriarte esboza el esquema de algunos versos líricos: asclepiadeo, falecio, sáfico y adonio, y alcaico. La interpretación que de ellos ofrece, al ser realizada con el mismo patrón que el resto de la versificación, deviene simplista y errónea.

Convendría destacar la concepción que nuestro tratadista tiene de las figuras poéticas entendiéndolas como sinónimos de licencias métricas. En este último apartado estudia someramente la síncopa, la apócope, la elipsis, la sinalefa, la dialefa, la sinéresis, la sístole, la diástole, la metátesis. Finalmente, dedica algunas líneas a la cesura, a la que define como la síla-

¹⁵ Cf. respectivamente, J. DE IRIARTE, *op. cit.*, p. 549; y H. KEIL, *op. cit.*, p. 79, 8-80,7.

ba que queda después de un pie, al fin de alguna palabra, para servir de principio al siguiente. Como observamos, nuestro autor confunde elementos segmentales con elementos de entidad rítmica.

V. En conclusión, podemos decir que la parte dedicada por el humanista a la métrica merece ser valorada, al menos, por lo que de acercamiento a esta difícil materia supone. En ella se entremezclan principios entresacados de los gramáticos antiguos con concepciones propias o heredadas de la tradición gramatical humanista. Su deseo de ser accesible da lugar en numerosas ocasiones a simplificaciones un tanto banales. En cualquier caso, hemos de reconocer su valor pedagógico y escolar, corroborado por la forma en que esta gramática ha sido compuesta. Recordemos que Iriarte da forma poética a sus enseñanzas teóricas, empleando coplas, redondillas, etc., con fines nemotécnicos.

Iriarte se muestra aquí simplificador y compilador, lo cual no es obstáculo para su intervención personal ni para sus consideraciones, en algunos casos, acertadas.

CICERONIANISMO MODERADO E IMITACIÓN EN LA ESPAÑA DEL XVI: LAS FIGURAS DE MALDONADO, PALMIRENO Y MATAMOROS

MIGUEL ANGEL RÁBADE NAVARRO
Universidad de la Laguna

SUMMARY

The article, based on the matter of imitatio as it was developed during Renaissance about Classics, deals with the polemics between Ciceronianists and Erasmists and its influence in Spain, where because of several reasons some authors took a moderate attitude even though they showed various degrees.

1. Si la posibilidad de leer directamente un gran número de textos clásicos provocó en los humanistas un deseo común de limpiar de impurezas el latín que les había legado la Edad Media, no es menos cierto que semejante celo no tardó en originar divergencias de criterios.

La cuestión era, sin duda, el cómo llevar a cabo este perfeccionamiento de la lengua escrita, y la respuesta —salvo actitudes que defendían el innatismo en las capacidades literarias del individuo¹ —parecía estar en la

¹ Cf. D. ERASMO DA ROTTERDAM, *Il Ciceroniano*. Ed. a cura di A. Gambaro. Brescia. La Scuola, 1965. pp. XXXIV ss. donde se relata la polémica entre Pico della Mirandola, que defiende la idea del innatismo, y Pietro Bembo, quien propone la imitación de Cicerón.

imitación. Y fue en torno al modelo que debía ser elegido donde surgió la polémica que iba a enmarcar y determinar toda una época.

Como ya ha sido bien estudiado², fue Petrarca el primero en plantear que el modelo principal de esta imitación, aunque no el único, había de ser Cicerón. A partir de aquí, los diversos autores se repartieron en tres polos : quienes propugnaban la absoluta preeminencia de Cicerón, los que no concedían el primer puesto a ninguno de los autores dignos de imitación, y quienes, considerando a Cicerón el primero, no rechazaban acudir a otros clásicos.

Pero la polémica tomó tintes extremistas cuando entró en escena Erasmo con la publicación de su *Ciceronianus* en 1528, con sus acerbos ataques contra los adoradores italianos del Arpinate. Inmediatamente, se hizo una cuestión de bloques : se trataba de un enfrentamiento entre la Europa del Norte e Italia. El falseamiento de la situación se agrandó cuando se mezcló con motivos religiosos ciertos o fingidos.

España, embarcada en Europa por la empresa imperial de Carlos V, conoció bien la polémica a través de los intelectuales de una Corte que simpatizaba con las ideas reformistas de Erasmo³, pero que había tenido y seguiría teniendo contactos con Italia. Erasmismo y ciceronianismo tuvieron que encontrarse por fuerza en tierras españolas. Se trataba en principio de una cuestión literaria, pero el choque con razones políticas y religiosas era inevitable en los tiempos que corrían. En medio de esta delicada situación se movieron nuestros estudiosos.

El propósito del presente artículo no es otro que seguir los vaivenes y las constantes de esta cuestión de la imitación y el ciceronianismo entre aquellos autores que en nuestro país trataron el arte de la retórica y de las buenas letras, basándonos en la comparación de tres de ellos, que representan distintos momentos en distintos puntos geográficos pero que muestran evidentes contactos.

2. Tres son las fechas clave que hemos de conjugar : 1529, 1560 y 1570, años en que aparecieron, respectivamente, la *Paraenesis ad litteras*

² Cf. *id.* pp. XXXIII ss.

³ Sobre el erasmismo en nuestro país *vid.* M. BATAILLON, *Erasmo y España*. Madrid. F.C.E. 1979.

de Juan Maldonado, el *De uera et facili imitatione Ciceronis* de Juan Lorenzo Palmireno y el *De tribus dicendi generibus* de Alfonso García Matamoros. Dos son los lugares: Burgos, ciudad donde se publica la obra de Maldonado y Valencia, a cuyo *Studi General* están vinculados de uno u otro modo Palmireno y Matamoros.

El escalón existente entre la primera fecha y las otras dos podría considerarse suficiente para establecer dos épocas distintas, y en determinados aspectos así ha de ser. En torno a 1529 se vive plenamente el erasmismo en la corte castellana del emperador Carlos, pero también se empiezan a desarrollar las ideas que provocarán el Concilio de Trento y sus resultados⁴. Por su parte, 1560 y 1570 son años implicados en el desarrollo del Concilio o en sus consecuencias. Hay, pues, un hecho que levanta una muralla entre las dos épocas, pero al mismo tiempo existe una corriente interna que las une.

Maldonado, tan erasmista como ciceroniano antes de 1528⁵, presenta ya en su *Paraenesis* una actitud mucho más unilateral, más apegada al culto de Cicerón, pero suavizada por ecos erasmianos.

En Valencia, permeable a la influencia italiana, no tarda en prender el fervor ciceroniano. El propio Palmireno dedica su *De uera et facili* el discípulo de Vives Honorato Juan, de quien dice fue el introductor de Cicerón en las aulas valencianas⁶. Pero aunque en Italia el culto al Arpinate iba aparejado normalmente con el desprecio al Bátavo, y tal debía de ser la actitud de Juan tras sus contactos directos con los italianos⁷, la postura de Palmireno, si bien decididamente ciceroniana, no deja de guardar un cierto respeto hacia Erasmo.

Matamoros, formado en Valencia, es ciceroniano convencido, pero muestra una moderación teñida de erasmismo, aunque adopte una prudente reserva frente al holandés, quizás por razones religiosas.

⁴ Cf. J.R. HALE, *Enciclopedia del Renacimiento italiano*. Madrid. Alianza. 1984. pp. 378-379.

⁵ Cf. E. ASENSIO, «Ciceronianos contra erasmistas en España. Dos momentos (1528-1560)». *Revue de Litterature Comparée. Hommage à M. Bataillon*. Paris, 1978. pp. 141 ss.

⁶ Cf. *id.* p. 149.

⁷ Cf. *ibid.*

Los intereses políticos, religiosos y culturales han ido cambiando la situación a lo largo de los años, pero, salvando matices debidos a la fecha o al lugar, las obras de los tres autores señalados mantienen pautas similares y son ejemplo conspicuo de ciceronianismo moderado, que inspiró, dejando aparte diatribas y enconos, algunos de los mejores tratados de la España del XVI.

Pero la aludida similitud no afecta únicamente a las líneas generales de estas obras, sino que se puede rastrear en puntos muy concretos y de forma frecuente. Es lo que nos proponemos demostrar a continuación.

3. Empezaremos comparando las dos obras y los dos autores más cercanos en el tiempo y el lugar. Alfonso García Matamoros, de origen andaluz, se graduó en el *Studi General* de Valencia como Bachiller y Maestro en Artes Liberales el 21 de octubre de 1540⁸. El aragonés Palmireno alcanzó el bachillerato en Artes el 25 de octubre de 1550⁹. Pese al desfase de diez años —el mismo que, a la inversa, existe entre sus dos obras—, el ambiente intelectual que respiraron ambos debió de ser muy similar.

Confrontando sus obras vemos cómo uno y otro parten del mismo planteamiento para llegar a igual conclusión: la lengua latina se corrompió desde su pura latinidad y ello nos obliga a buscar un modelo de pureza. Dice Palmireno en el diálogo entre el Padre y el Hijo, redactado en castellano, del *De uera et facili*:

*«pues creciendo el imperio, como vieron cosas que en Roma no las auia, vinieron a fingir vocablos nuevos a cosas nuevas. Porque es cierto verdad, que plura sunt negotia, quam vocabula, como dize bien Ulpiano jurista, y pues es cierto, que la lengua latina se corrompió, no iremos a tomarla sino del que mas pura la ha conservado que es Cicerón»*¹⁰.

Matamoros en su *De tribus dicendi* dedica el capítulo IX a la pureza de la lengua latina y allí afirma, tras una enumeración de épocas y autores:

⁸ Así consta en los *Libros de Grados del Studi General de Valencia* (año 1540) que se conservan en el Archivo Municipal de dicha ciudad.

⁹ Cf. A. GALLEGO BARNÉS, *Juan Lorenzo Palmireno (1524-1579): un humanista aragonés en el Studi General de Valencia*. Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 1982. p. 38.

¹⁰ LAURENTII PALMYRENI *De uera et facili imitatione Ciceronis cui aliquot opuscula studiosis adolescensibus utilissima adiuncta sunt*. Caesaraugustae, 1560. p. 77.

«Postea nulla quidem oratio populi Romani Latina fuit, sed barbara nempe Gothica aut Vandalica. Lingua enim cecidit cum urbe et parente sua. Igitur cum aetas uerborum uaria fuerit in lingua Latina, ex ea solum aetate uerba sumemus quae nitorem et elegantiam habuit, qualis sola fuit Ciceronis aetas»¹¹.

No obstante, los dos autores muestran su moderación desde el momento en que hacen referencia a la polémica de ciceronianos y anticiceronianos y la describen como viéndola desde fuera. Así lo hace Palmireno en una breve pero clara alusión que inserta en un discurso publicado en 1566¹². Maramoros emplea en el *De tribus dicendi* buena parte del capítulo XI a mostrar el estado de la cuestión¹³.

Pero la actitud moderada de ambos se hace elocuente cuando descienden a analizar los términos exactos en que ha de llevarse a cabo la imitación.

Como principio fundamental hay que seguir a Cicerón, y así lo indica Palmireno en el opúsculo *Quonam modo imitabitur aut quae sit uera imitationis Ciceroniana ratio*, incluido en el *De uera et facili*, y en cuyo comienzo nuestro autor se declara más partidario de Sebastián Corrado, considerado ciceroniano radical, que de Charles Estienne, ciceroniano moderado:

«Sebastianus Corradus in sua *Quaestura* rationem imitandi talem praescribit : *Ego singula Ciceronis uerba, tum uerborum comprehensiones integras memoriae soleo mandare. Indo fit ut rebus multis referendis uerba Ciceronis usurpem. Interdum tamen soleo, se res ita postulet, aliquod uerbum uel addere uel demere uel etiam mutare.*

At Carolus Stephanus aliter sentit. Sic enim loquitur : *Neque uero illorum sententias approbauerim, qui puras atque integras M. Tullii periodos consuunt atque in rem suam conuertunt, ac multo minus eos qui nulla Ciceronis modorum habita ratione, id unum nimis religiose obseruant, ut ne minima quidem uoce utantur quae non in illius libris reperitur.*

¹¹ ALFONSI GARTIAE MATAMORI Hispalensis et Rhetoris primarii Academiae Complutensis *De tribus dicendi generibus, siue de recta informandi styli ratione commentarius: cui accessit de Methodo concionandi liber unus eiusdem auctoris*. Compluti, 1570. ff. 53 y 54.

¹² LAURENTII PALMYRENI *Tertia et ultima pars rhetoricae*. Valentiae, 1566, p. 142.

¹³ A. G. MATAMOROS, *op. cit.* ff. 60-64.

Nos, ut aperte nostram de hac re sententiam explicemus, fatemur quidem Corradum egregiam imitandi methodum indicasse, et eam uolumus auditores nostros, cum possint, sequi».¹⁴

La opinión de Palmireno, favorable a Corrado, podría hacer pensar que el aragonés abrazaba la línea radical si no siguiéramos ahondando en su obra. Otro tanto ocurre con Matamoros cuando se expresa en los siguientes términos:

«... haec praescripta lex ut in his rebus omnibus de quibus Cicerò scripsit et quarum a Cicerone imitatio peti potest, non liceat alium praeterquam unum Ciceronem imitari...»¹⁵

Sin embargo, la actitud de ambos se esclarece cuando surge el inevitable problema con el que ha de topar todo el que imite a un solo autor : ¿qué ocurrirá cuando el imitador no encuentre en el imitado la expresión o el vocablo que en determinado momento precisa? Aquí se encuentra el punto de inflexión, la auténtica divisoria entre la postura radical y la moderada.

Veámos en la anterior cita de Palmireno cómo Estienne se quejaba de quienes no consentían usar una sola palabra que no se hallara en Cicerón. Tanto Palmireno como Matamoros dan al cabo la razón a Estienne. El aragonés así lo demuestra cuando en su diálogo entre el Padre y el Hijo cruza estas palabras:

«H. —Pues que, cierto es que puedo usar vocablo que no este en Cicerón? P. —Quien dize que no?»¹⁶

Más elocuente y decididamente moderado es Matamoros cuando dice:

«Quae (malum) haec superstitio aut dementia est cui nos patimur illigari? Si Marcus Tullius de rebus omnibus non scripsit, quo modo isti obsecro, qui se Ciceronianos appellant et esse uolunt, Ciceronis uerbis de rebus aut nouis aut nuper inuentis, quae Ciceronis seculo nondum extiterant, neque ipsi Ciceroni in mentem uenerunt, se uerba facturos pollicentur?»¹⁷

¹⁴ J. L. PALMIRENO, *De uera et facili...* ff. I, III r. —I, III v.

¹⁵ A. G. MATAMOROS, *op. cit.* f. 64.

¹⁶ J. L. PALMIRENO, *De uera et facili...* p. 85.

¹⁷ A. G. MATAMOROS, *op. cit.* ff. 63 y 64.

El siguiente paso es indicar a quiénes se puede imitar cuando se dé esta circunstancia. Nuestros dos autores aportan igual solución: recurrir a los escritores que se especializaron en las diversas materias. Palmireno lo expresa con estas palabras puestas en boca del Padre :

«...En otras cosas seguirás, los que mejor han escrito dellas, como en Architectura a Vitruvio... En Agricultura seguirás a Columella, en Medicina a Cornelio Celso...»¹⁸

Matamoros con mejores armas retóricas lo expone en estos términos:

«... An non licebit conscribenti historiam uerba et phrases a Liuio, Sallustio et Caesare mutuari? An poema canenti fas non erit a principe poetarum Vergilio, praeter poematis leges, dictiones etiam et uocabula mutuo accipere? An si medicina literis Latinis sit explicanda, Cornelium Celsum non exprimam, qui ea de re elegantissime disseruit? An si naturae arcana in lucem proferre uelim, ad Plinium Secundum non me componam ut si minus Ciceroniane, Pliniane saltem de rebus naturae dicam?»¹⁹

De esta actitud, aunque restringida, abierta a la imitación de otros autores se deriva inevitablemente cierta flexibilidad de criterios, y por ello, una visión más amplia de la lengua latina y de quienes se sirvieron de ella para escribir.

Matamoros, en el capítulo IX, hace un somero recorrido por las distintas épocas de la lengua valorando la pureza de los autores según el uso del léxico. Desfila toda una serie de nombres que le merecen mayor o menor consideración²⁰, hasta concluir en una selección:

«... Atque praeter Ciceronem, Caesarem, Terentium, uix alium quempiam authorem inueniemus qui pure loquatur...»²¹

Palmireno, por su parte, llega a establecer una tabla jerárquica adoptando en apariencia una postura menos restrictiva que su colega pero basada en el siguiente precepto: «que siempre puedas tomar del primero no tomes del segundo»²², dice el Padre al Hijo, y añade la clasificación:

¹⁸ J. L. PALMIRENO, *De uera et facili...* p. 91.

¹⁹ A. G. MATAMOROS, *op. cit.* f. 63.

²⁰ *Id.* ff. 53 y 54.

²¹ *Id.* f. 54.

²² J. L. PALMIRENO, *De uera et facili...* p. 89.

«Acies prima : Cicero, Caesar, Terentius, Corn. Celsus, Columella, Quint. Cicero, A. Hircius, Curnificius, Corn. Nepos, Sallustius, Varro, Asconius Paedanius, Liuius; Acies secunda : Fab. Quintilianus, Catullus, Vergilius, Horatius, Ouidius». ²³

El primero es, por supuesto, Cicerón, y con los dos que le siguen se completa el mismo trío que aconseja Matamoros.

4. La coincidencia de criterios que presentan en aspectos importantes de sus obras los dos condiscípulos del *Studi General* de Valencia se explica en cuanto a su ciceronianismo por el ambiente de la época y el lugar; pero la moderación y mayor amplitud de miras sólo es posible concebirlas atendiendo a una influencia más persistente y que se mantuvo tras recorrer un buen trecho de tiempo. La obra de Maldonado es a este respecto elocuente.

Publicada la *Paraenesis*, como ya hemos precisado, en el punto de inflexión entre la época más fiel al erasmismo y los tiempos que anunciaban la Contrarreforma, resulta ser, a nuestro entender, una obra que busca un equilibrio comprometido, a la vez que comprometedor, de dos corrientes que se hacían por momentos casi irreconciliables. El ciceronianismo de Maldonado es incuestionable en su planteamiento inicial:

« Cicero scopus ac exemplar est omnis bonae literaturae, totius elegantiae, latini decoris ac copiae. Quicquid in lingua latina deviat a Cicerone, a vero deviat. Illum latine scire solum existimes huius ad exemplum qui dixerit aut scripserit.» ²⁴

No obstante, cuando pasa a exponer un método de enseñanza del latín que se oponga —razón primera de la composición de esta obra— a las *Introducciones Latinae* de Nebrija y a las *Elegantiae* de Valla, demuestra una visión bastante moderada:

«... Capiantur primo Ciceronianis flosculis, et Virgilianis Terentianisque leporibus irretiantur...» ²⁵

²³ J. L. PALMIRENO, *De uera et facili...* p. 89.

²⁴ E. ASENSIO Y J. ALCINA, «*Paraenesis ad Litteras*» de Juan de Maldonado o el Humanismo en la época de Carlos V. Madrid F.U.E. 1980. p. 101.

²⁵ E. ASENSIO Y J. ALCINA, *op. cit.* p. 104.

Primero, Cicerón, pero también Virgilio y Terencio. Más adelante añade a Horacio, Salustio y César²⁶. El paralelismo con Palmireno y Matamoros se puede establecer salvando el mayor rigor y jerarquización que manifiestan éstos dos últimos. Si Palmireno clasifica a los autores en dos grupos con la condición de que lo que pueda tomarse del anterior no se tome del posterior y, por su parte, Matamoros va eliminando hasta quedarse con los tres que considera reflejan el latín más puro, Maldonado no es tan excluyente. Después de referirse a los seis autores nombrados más arriba, añade :

«Non tamen sunt adolescentes sic his aligandi, quamvis puritas ab eis sermonis petatur, quin cum accreverint vires per omne scriptorum genus paulatim volitent...»²⁷

Estos escritores son, entre otros, los poetas Ovidio, Lucano, Tibulo, Catulo, Propercio y Marcial, el historiador Tito Livio e incluso Apuleyo o Aulo Gelio²⁸. La barrera que, llegados a este extremo, separa a Maldonado de Matamoros no es menos clara que el paralelismo inicial. Si acudimos al capítulo XI del *De tribus dicendi* vemos que el humanista andaluz ataca el radicalismo anticiceroniano con estas palabras:

«...uerum nihil inter Ciceronem et Apuleium barbari homines interesse putarunt nullumque discrimen inter oratores et historicos et poetas esse arbitrati...»²⁹

Matamoros rechaza a Apuleyo y descarta mezclar autores de distintos géneros, cosa que sin embargo hace Maldonado y, en cierto modo, Palmireno.

Existe, no nos cabe duda, una comunidad básica de ideas entre los tres tratadistas; no obstante, se aprecian diferencias que nos atrevemos a llamar de grado. Creemos, por tanto, que cuando se habla de ciceronianismo moderado no se deben encuadrar en la misma casilla todas las obras y autores, sino que, tal como se demuestra en los casos estudiados, dependerán del lugar (Palmireno y Matamoros se muestran más cercanos) y, sobre todo, del tiempo (Maldonado y Matamoros resultan los más dis-

²⁶ *Id.*, p. 106.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Id.*, p. 107.

²⁹ A. G. MATAMOROS, *op. cit.* f. 64.

tantes entre sí). Pero, ¿por qué el tiempo? Al principio hablamos de las condiciones políticas y religiosas y de cómo se produjo una variación en la actitud hacia Erasmo. Aquí nos parece que se encuentra la clave. Se suele aceptar que la moderación del ciceronianismo en España va de la mano de un cierto erasmismo que nunca llegó a apagarse del todo durante el XVI, pero hemos de observar también cómo, a medida que avanza el siglo, la influencia del holandés se va debilitando por convencimiento o conveniencia de los autores, y con ello varía en relación directa el grado de ciceronianismo. Quienes se mueven en la línea moderada demuestran deber algo de sus ideas a Erasmo, pero no siempre acostumbran a declararlo abiertamente. Sería interesante hacer un estudio pormenorizado de este punto. Bástenos aquí citar los párrafos en que Maldonado y Matamoros, autores cercanos y distantes a un tiempo, recurren al ejemplo del propio Cicerón para reforzar su ciceronianismo moderado respecto a la imitación de otros escritores. Esto es lo que afirma la *Paraenesis* :

«... Quid aliud Cicero in libris rhetoricis et *De oratore*, *Clarisque oratoribus* et passim ubique, cum ad eloquentiam copiamque sermonis cohortatur persuadere conatus est, quam ut iugi, frequenti, diligentique observatione idoneorum autorum, tum dicendi scribendique continuo usu phrasim nobis paremus?»³⁰

Y a continuación cita directamente el *De oratore*. Por su parte, Matamoros se apoya también en Cicerón y, recurriendo a la misma obra, dice:

«Qui primo *De oratore* libro non tantum per omne scriptorum genus eum quem informat uagari, sed quodcunque in eis utile fuerit sibi uendicare uult.»³¹

E igualmente pasa a hacer una cita directa. Pero cuando así actúan no están más que siguiendo uno de los argumentos del *Ciceronianus* de Erasmo en contra de la imitación de un solo autor. Buléforo dice, refiriéndose a Cicerón, «Num ad unius imitationem semet addixit? Nequa-

³⁰ E. ASENSIO y J. ALCINA, *op. cit.* pp. 109 y 110.

³¹ A. G. MATAMOROS, *op. cit.* f. 65.

quam, sed ex praecipuis quod in quoque esset aptissimum exprimere studuit.»³²

He aquí la estrechísima relación entre el ciceronianismo moderado y la influencia de Erasmo. Profundizar en el estudio de esta relación en estos y otros autores, supondría un paso importante en la aclaración de un fenómeno tan importante para la cultura de nuestro siglo XVI.

³² D. ERASMO DA ROTTERDAM, *op. cit.* 2424 a 2426 (p. 172).

TRAGEDIA CLÁSICA Y PRECEPTIVA
ROMÁNTICA: A PROPÓSITO
DE LAS *NOTICIAS HISTÓRICAS*
DEL DRAMA GRIEGO
DE GRACILIANO AFONSO

FRANCISCO SALAS SALGADO
Universidad de La Laguna

SUMMARY

We intend to show in this article the great influence of the classical world in Romantic writers, taking as a starting point the comments which a humanist from the Canary Islands, Graciliano Afonso (1775-1861), belonging this period, makes about Classic tragedy. The analysis and the subsequent commentary of hte work of this humanist make up the body of our article.

1. Contra la creencia más difundida de que los literatos de la segunda mitad del XVIII y principios del XIX desdeñaban la literatura griega y latina y huían de ella, al magnífico ensayo de Gilbert Higuét nos pone de manifiesto todo lo contrario al referir que «la mayor parte de los grandes escritores europeos de la época que va de 1765 a 1825 conocían mejor la literatura clásica que sus predecesores, y supieron captar y reproducir con más acierto su significado»¹.

¹ Cf. G. HIGUET, *La tradición clásica*, F.C.E., México, 1986, p. 104.

Shelley, Goethe, Keats, Chateaubriand, Alfieri son algunas de las figuras que supieron releer desde una nueva óptica y una comprensión más profunda el genio clásico.

La realidad que les tocó vivir provocó en ellos un escepticismo tal que únicamente encontraban consuelo con la mirada puesta en otras tierras, de entre las cuales Roma y Grecia proporcionaron un refugio más sólido y pleno de satisfacciones.

En este marco espacial, es donde se inscribe la figura del humanista prerromántico, doctoral y diputado a Cortes, Graciliano Afonso Naranjo nacido en La Orotava el 12 de agosto de 1775, mezcla peculiar de la vanguardia más enérgica y de ese conservadurismo clásico que vemos en otras figuras patrias como Martínez de la Rosa (traductor de Horacio), Cienfuegos, Blanco White, Marchena o un apasionado del anacreontismo como era Meléndez Valdés².

2. De la producción de don Graciliano nos vamos a referir en las páginas que siguen a unos comentarios sobre la tragedia griega, que preceden a su traducción de la *Antígona* de Sófocles, localizados en el tomo IV de las *Poetas de D. Graciliano Afonso Naranjo, Doctoral de la Santa Iglesia Catedral de Canarias*, copia de Juan Padilla, y que llevan fecha de 19 de diciembre de 1855³. Haciendo un total de 70 páginas manuscritas es, desde nuestro punto de vista, un manifiesto nada desdeñable para conocer la postura de este humanista con relación a un clásico griego del que extraeremos las partes que creemos de mayor consideración.

2.1. Ya desde el comienzo —y como Nietzsche, quien diría sobre la tragedia griega que era «la manifestación más profunda del genio helénico»—, Afonso considera la lectura de los trágicos el medio para ver «los modelos del genuino entusiasmo que le traeran la verdadera luz sobre las supersticiones, preocupaciones y morales sentimientos de los griegos»⁴ quienes perseguían un fin moral y catártico⁵; afirmación que bien puede

² Cf. A. ARMAS AYALA, *Graciliano Afonso, un prerromántico español*, La Laguna, 1963, p. 200.

³ En el *Museo Canario*. Las Palmas de Gran Canaria. Sign. I-F-8.

⁴ GRACILIANO AFONSO, *Noticias históricas del drama griego*, p. 395.

⁵ Ya desde aquí se observa la influencia de Aristóteles quien dejó bien patente el poder que la tragedia tenía de purificar el alma del terror (*δι' ἐλέου και φόβου πέ-*

servir de enseña para toda esa generación de escritores que añoraban el poderoso juego de la imaginación propio de la tragedia clásica⁶.

2.2. Pero si de entusiasmo se trata, no medra a Afonso afrontar el espinoso tema del origen de la tragedia donde, desde el principio, se hace notar el peso de Aristóteles en sus afirmaciones. Recordemos que el estagirita (*Poética* 1449 a) es de entre los antiguos quien «de un modo más definido» – en palabras de J. Alsina– «intentó explicar cómo se originó la tragedia»⁷ y cuya tesis caló sobre todo en el XIX por su vinculación al culto de Dioniso. Las palabras Graciliano pueden servir de ejemplo:

«Las primeras tragedias correspondían á la celebracion de las fiestas, cuyo simple objeto era el canto coral de las odas acompañadas con música y danza en las fiestas en honor de Baco, en el tiempo en el que se terminaba la vendimia. Esta costumbre no se limitaba a los ritos de Baco pues era mas bien la expresion de una fiesta alegre acompañada de mucha ceremonia de la relijion de los griegos. Con frecuencia, o tal vez anualmente, se disputaban los aspirantes la excelencia de sus obras, como acontecia en las Dionisiacas y la costumbre de disputar el premio traia también la ventaja del coro que acompañaba á la tragedia misma»⁸

Pero además de la teoría, expuesta por Aristoteles, que late en sus páginas, no olvida nuestro humanista hacer mención al trágico más antiguo, al ático de Icaria, a Tespis. Horacio (*Ars poetica*, 275-277)⁹, uno de los clásicos preferidos del humanista orotavense, le sirve de punto de partida para colocar a Tespis como el primer actor-autor, planteando, además la adición que Tespis realizara al incluir, amén de los corales, cantos y danzas, la presencia de un actor cuyo oficio principal consistía en recitar, durante la pausa de los coros, versos en honor de algún héroe o en celebrar algún acontecimiento popular que provocase la risa o la fiesta. Pero

ραίνουσα τήν τῶν τοιούτων παθημάτων κάθαρσιν además de lo que dice Graciliano (p. 396) con respecto al significado de la palabra tragedia: «El sacrificio de una cabra á Baco, que formaba parte del ceremonial, dio, parece, nombre á la tragedia que significa canto de cabra».

⁶ Cf. A. ARMAS AYALA, *op. cit.*, p. 236.

⁷ Cf. J. A. LÓPEZ FÉREZ (ed.), *Historia de la literatura griega*, Madrid, 1988, p. 275.

⁸ G. AFONSO, *op. cit.*, pp. 395-396.

⁹ A. LESKY (*La tragedia griega*, Barcelona, 1973, p. 67) se refiere a estos versos de la *Ars* como mera ficción y quizás de influencia alejandrina.

si el venusino le sirve de exordio, la figura cumbre de la crítica filológica inglesa del XVII, Richard Bentley, le asegura un contundente epílogo. Así sus palabras:

«pero Bentley, el mas erudito y tal vez el mas agudo de todos los críticos modernos, ha probado hasta la evidencia, que las pretendidas tragedias de Tespis eran ficciones de Heraclides. El mismo critico acredita con el testimonio de un mármol del conde Harundel y prueba que la Olimpiada 61 que corresponde á 536 antes de J.C. marcaba la primera representacion de Tespis: de manera que solo podian haber mediado dos generaciones entre él y la batalla de Maratón»¹⁰

2.3. Otro de los aspectos importantes que no debiera faltar al tratar de la tragedia clásica es el referente a sus principales representantes. De esta manera, esbozados aquí y allá a lo largo de este ensayo se encuentran los retratos de Esquilo y Sófocles. Su primeras palabras, a este respecto, van referidas al primero de ellos, demostrando en la narración una erudición y cotejo de fuentes verdaderamente notables. De él dice:

«Esquilo nacio en Eleusis, ciudad del Atica; segun Stanley, en la Olimpiada 63, 525 años a JC. Era noble su familia y distinguida por varios respectos, por el superior lustre de su talento y eminentes servicios á su patria. Una tradición, de que habla Pausanias, asegura que siendo niño se le apareció Baco, mientras guardaba de una viña y que le exhortó dedicar sus talentos á las composiciones trágicas (...) Suidas asegura que disputó y ganó el premio trágico por espacio de 20 años en competencia con Prátinas y Cherilo»¹¹

Otros datos biográficos del autor eleusiaco nos narra Afonso que omitimos para no sobrecargar al lector puesto que no se apartan de la tradición. Por contra, son más interesantes las referencias de don Graciliano a la obra y al estilo del poeta de Eleusis. Así menciona que de entre las setenta tragedias que compuso, sólo han sobrevivido siete a los estragos del tiempo (recuérdese que la Suda le atribuye más de 90 tragedias y unas 28 victorias), pero que «entre estas, sin embargo hay algunas, el Agamenon, los siete Jefes delante de tebas, y el Prometeo, que mientras existan no las podrá cubrir el olvido y serán testimonio del genio poético de la humanidad».¹²

¹⁰ G. AFONSO, *op. cit.*, pp. 397-398.

¹¹ *Ibid.*, p. 399.

¹² *Ibid.*, p. 402.

Lo compara a Homero y a Píndaro – a éste último en lo referente a la sublimidad de su inspiración divina coincidiendo con la afirmación de Quintiliano (X, 1, 66: *sublimis et gravis et grandiloquens saepe usque ad vitium*)–; y, entre los modernos, a Shakespeare y a Milton (por sus imágenes). El voto general de la antigüedad viene a mostrarnos de Esquilo su genio creador que confirman Longino, «Dionisio Alicarnasio» y Walter Scott en su ensayo sobre el drama¹³, además de Horacio cuyos versos de la *Ars* (278-280) seguramente inspiraron las siguientes palabras del orotavense:

«Esquilo manifestó mucho gusto en los ropajes de los actores, asegurando Ateneo que era tal su cuidado en la propiedad de los modelos que servían hasta los trajes de los ministros de la religión»¹⁴

En cuanto a Sófocles realiza sus comentarios Graciliano al final casi de las *Noticias* (p. 445) de forma muy concisa argumentando que, aunque inferior a Esquilo, «en las cualidades de genio en cuanto se encaminaban á lo sublime y terrible y rivalizando rara vez el esplendor de su lira, Sófocles le aventajaba en la elección de juiciosos incidentes, y en la delineación más correcta de las pasiones, en el entendido desarrollo de la intriga y manifestación de circunstancias tan naturales en su unión y más estrechamente coincidentes». Por otro lado, extraña que la única mención de peso sobre Eurípides (p. 446) sea cuando lo considera discípulo de Sócrates, de Anaxágoras y de Pródico.

No omite, como es lógico, en lo que toca a los trágicos, la obligada referencia a su producción literaria, aunque es de notar que sólo centre su interés en Esquilo, aportando juicios de valor, seguramente sacados de sus buenos conocimientos y lecturas, y de los que puede dar una idea la manera cómo describe las *Euménides* :

«La descripción, en las Eumenides, de Orestes sentado como suplicante en el altar de Apolo á cuya instigacion el habia dado muerte á la adúltera madre incitado aun por las furias vengadoras, forma la mas espantosa pintura ilustrando la teología de los griegos que representa á

¹³ *Ibid.*, p. 405. Recordar que al principio los actores actuaban en una tarima de madera y luego se pasó a una colina de forma más o menos circular para que el pueblo pudiera situarse en la falda. Al parecer fue en el 350 a.C. cuando Licurgo construyó el primer teatro fijo de piedra. Cf. M. MARTINEZ, «El teatro griego», *Estudios clásicos* 81-89, Madrid, 1978, p. 69.

¹⁴ *Ibid.*, p. 408.

la humanidad sin auxilio y como de intento para ser castigados por aquellos de quienes eran los mismos agentes. El aspecto y conducta de estas hijas de la noche están bosquejados con tal misterio que pueden recordar las escenas de Shakespeare, supersticiones populares en las clásicas y góticas edades presentan esta persecucion de los asesinos á aquellos que lo había cometido como sucede las furias invocando venganza contra Clitemnestra y como suplicantes armadas de azotes para castigar a los asesinos. La presencia de tan misteriosos seres prepara la imaginacion para la catástrofe tanto que el buen humor con que las furias se presentan á persuasión de Minerva y el hermoso estilo de panejrico con que celebran la tierra del Atica y lisonjean la vanidad de los Atenieses presenta el crítico una reunion de circunstancias incoherentes.»¹⁵

2.4. Menciona en estas *Noticias* otros aspectos relacionados con el drama griego cuales son la representación dramática y los coros. De hecho comienza por referirse a las representaciones realizadas al aire libre y a la luz del día, y que «por consideraciones de propiedad, no era permitido a las mujeres presentarse en escena» afirmación esta última un tanto polémica por cuanto el mismo Aristófanes (*Paz* 962 y ss.) nos indica el acceso del público femenino incluso a las comedias, y que él demuestra conocer más adelante al referirse a la morfología del teatro. Así habla luego de la ubicación del éste y, en relación con ello, de los sentimientos de placer que se originan al contemplar la naturaleza y el paisaje griegos. Pone como ejemplo el teatro «Tauronimium» de Sicilia, que tenía, a espaldas de su auditorio, la hermosa vista del Etna. Lo mismo le pasaba al teatro de Atenas con el Himeto, el golfo Sarónico y el emporio del Pireo. En cuanto a su figura «todos los antiguos teatros se parecían á la herradura de un caballo. Los asientos de los espectadores formaban escalones de segmentos de tres cuartas partes de un círculo con aquella figura. Los asientos mas bajos pertenecían á las personas de cualidad y á los majistrados, los del medio al comun, y los mas altos, se dice, ser apropiados á las mujeres aunque siempre se ha dudado si estas frecuentaban los teatros. Scheleger ha manifestado que en tiempo de Aristófanes, no asistían las mujeres á los juegos cómicos; pero al presente es cosa admitida que ultimamente asistían al teatro».¹⁶

¹⁵ GRACILIANO AFONSO, *Noticias...*, pp. 455-456.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 413-414.

2.4.a. Fija su atención –también al respecto de las representaciones– en las partes del teatro cuestionándose los problemas que «Julo Pollux», Vitrubio y otros antiguos planteaban sobre la parte que componía la escena en el teatro de los griegos. Él la define conforme a los cánones que imperaban en el momento culminante de perfección formal de la obra dramática, la época clásica:

«La escena era un edificio de considerable altura con arquitectura solida con una fachada elevada llena de adornos y dos puertas pequeñas de desagüe. Por lo comun estaba adornada con columnas y estatuas; se hallaban tambien pinturas de escenas movibles como se requiere para la representacion. En el frontis habia un palco escénico permanente y una parte de él estaba cubierto, y servia para ocultar todo el mecanismo de las escenas sobre el que estaba suspenso la cortina; y esto se llamaba el proscenio. La escena donde estaban los actores, nombraba en latin *pulpitum* ocupaba en su extension toda la orquesta y estaba colocada en frente de la escena permanente. Se variaba su figura, segun el intento de la representacion y por consiguiente era movable»¹⁷

no sin olvidar mencionar la utilización de los antiguos teatros no sólo para la escenificación teatral sino también para asambleas polítricas y «contienda de música» como lo demuestra la amplitud del teatro de Megalópolis o que después de la guerra del Peloponeso se celebraran las asambleas atenienses en el teatro de Baco. Expresa, además, la costumbre que existía de coronar a todos los ciudadanos que habían hecho al país señalados servicios y que en muchas ocasiones el calor y la fuerza de la fantasía desbordaron los límites de la realidad, como en la representación de las Euménides.

2.4.b. En lo referente al elemento básico de la tragedia, el coro, acentúa el carácter intermedio que tenía el mismo, refiriéndose a los instrumentos que se utilizaban en los cantos corales de la siguiente manera:

«Los cantos corales formaron en sus motivos, incidentes del drama, dando exteriormente en la escena y solemne aparato morales y religiosos sentimientos que, se supone pasarían entre tanto, escritados en las almas de los espectadores (...) Los instrumentos músicos que servían para acompañar la voz del coro eran pocos y simples. Como la poesía hacia referencia á los incidentes de la pieza á la que servía de es-

¹⁷ *Ibid.*, p. 415.

placion y comentario necesitaba circulacion distinta y por consiguiente la musica no ahogaba la voz de los cantores. La flauta, los caramillos, la lira é instrumentos exclusivamente usados descubrian este carácter»¹⁸

Ello fuè así que los atenienses prestaron especial atención al estudio de la música, la dialéctica y los ejercicios de la palabra. Esto nos lo confirma don Graciliano poniendo como ejemplo de lo primero a Pericles; a Pitágoras como un entusiasta de la música y diciendo que Platón achacaba al desconocimiento de la misma la corrupción de los griegos. Tucídides, además, aseguraba en un pasaje que «las tropas espartanas aprendieron á marchar contra sus enemigos al son de flautas y caramillos que animaban no solamente su valor sino que espresaban los movimientos de sus miembros y refrenar dentro de los límites su natural impetuosidad»¹⁹

Plantea, acto seguido, que los gastos para pagar el coro eran pagados por el Gobierno, especialmente si se tiene en cuenta que el coro y los diálogos eran el principal objeto de complacencia de los griegos. Teoría esta última que enfrenta a las opiniones de Walter Scott (que critica la actitud pasiva del coro) y de Bentley, señalando, en lo que concierne a la fuerza purificadora de la tragedia, que a los trágicos correspondía mover los sentimientos de la multitud de los atenienses, con lo que la obra trágica se convierte en un muestrario de los recursos morales de los griegos donde dirige el mandato del destino:

«... Por esto los poetas griegos, especialmente los trágicos daban un supremo poder á lo que se llamaba el Destino que gobernaba Dioses y hombres y ambos eran sus víctimas. Nada en su Olimpo tenia estabilidad ni eternidad en que fundarse».

2.5. Ya en la parte final de su exposición dirige su atención a la celebración de los «combates trágicos» (así dice que comenzaban en las fiestas de Baco en marzo o abril, durando los «trilojios» por espacio de tres días y que cada uno de ellos consistía en tres tragedias «cuya materia no debían entrelazarse aunque frecuentemente lo eran») y a los premios que

¹⁸ *Ibid.*, pp. 419-421. Es sabido que a lo largo de la historia el coro pierde importancia en lo que respecta a su papel en la pieza teatral. Así, en Esquilo es un verdadero personaje (*Suplicantes*) disminuyendo su protagonismo en Sófocles y Eurípides. Cf. J.A. LOPEZ FÉREZ, (ed.), *op. cit.*, p. 281.

¹⁹ *Ibid.*, p. 422.

la asamblea tenía fijados para los vencedores, tarea que estaba al cuidado de un arconte presidente que escogía un número de jueces obligados por un severo juramento a la más rígida imparcialidad «aunque a veces su virtud no era tan rígida que fuese inaccesible al soborno». El premio era una corona para el vencedor y normalmente un trípode para el coro (según nuestro humanista el trasladar el coro trágico a Alejandría o Roma le hizo a aquél ganar en esplendor) donde estaban inscritos los nombres del arconte presidente, del poeta compositor y del jefe del coro, aunque regalar un trípode es reciente, pues —y cita a Bentley— «en lo antiguo lo era solo una cabra y los poetas sicilianos disputaban por un toro y los artistas por un becerro»²⁰

2.6. Finaliza, haciendo alusión a la influencia posterior de la obra trágica, en especial del coro. Así, «de entre los ingleses Gray en su *Bardo*, Dryden en su convite de Alejandro²¹, Johnson y Algaroti sin perder de vista á la *Cassandra* de Esquilo». Entre los españoles son Herrera (en su Oda a don Juan de Austria, el himno a la batalla de Lepanto, la elegía a la muerte del rey don Sebastián y su delicada canción de las ruinas de Itálica) y Fray Luis de León los que sólo han podido hacer una pequeña copia de la sublimidad griega y especialmente de la inspiración de *Cassandra*.

3. Pese a ser unos comentarios escritos quizá sin otra intención que la de servir de prólogo a su traducción de la *Antígona* de Sófocles (tal y como hiciera Martínez de la Rosa en 1833 en su obra *Edipo*), lo que nos ha legado este apógrafo de Padilla, es desde nuestro punto de vista fiel reflejo del ideario romántico.

De entrada una primera cuestión subyace en el fondo de este comentario, y es si Afonso se enfrenta a este tema acotando sus principales partes o si, por el contrario, menciona lo que él «considera» lo más importante; pues es de hacer notar que faltan muchas otras cosas relacionadas con el tema que incidirían sobremanera en que estas *Noticias* tuvieran mayor homogeneidad: recuérdese únicamente, a título de ejemplo, que, a pesar de ir delante de la traducción de una obra de Sófocles, éste poco

²⁰ Cf. *Ibid.*, pp. 433-440.

²¹ En 1697, realizó Dryden, en la festividad de la patrona de la música, Santa Cecilia, esta obra, *Alexander's feast* que no fue sino una de las múltiples odas pindáricas que se escribieron durante la época barroca para orquesta y cantores que no se mueven de su lugar. Cf. G. HIGHET, *o.c.*, pp. 380-381

aparece en los comentarios del orotavense y mucho menos Eurípides. ¿Es que nuestro el doctoral Afonso no era capaz de acometer tal tarea? No cabe duda —y las páginas anteriores son buena muestra de ello— que no faltan sobradas cualidades a este humanista.

Habría entonces que ver este comentario desde una óptica diferente y ésta no es otra que no olvidar el «pesado equipaje» que los clásicos en general (y dentro de ellos la corriente helenista) eran todavía para los autores románticos, algo de lo que no pudieron desprenderse tan fácilmente.

Así estas *Noticias* demuestran todavía el poderoso influjo de Aristóteles²²: el estagirita es la fuente primera a la que recurre el canario para desarrollar sus ideas, pero aunque no descartamos que Graciliano hubiera leído sus obras, especialmente la *Poética*, es otro preceptista, éste ya latino, Horacio, quien fundamentará, con mayor seguridad, a nuestro humanista. Horacio fue el introductor de Aristóteles y de Anacreonte en los escritores de esta generación²³. Su influencia sólo queda bien patente en el catálogo que Menéndez Pelayo hizo de los horacianos del siglo XIX²⁴, entre los que se encuentra Graciliano²⁵.

Pero es más. La preceptiva romántica queda bien visible con la sola alusión, en el manuscrito, de Esquilo. Once veces —y una con prolijidad— es nombrado el autor de Eleusis frente a las referencias esporádicas de los otros dos trágicos. Y es que Esquilo es el «descubrimiento» del XIX (recordemos el *Prometheus unbound* de Shelley o el famoso *Prometheus* de Goethe) y sólo a partir del Romanticismo ha ejercido cierto peso en la literatura posterior. Y de este modo se comprende que Esquilo sea para don Graciliano el inventor de los atributos de la tragedia y, en definitiva, el autor de la moral, la justicia, el espíritu y la perfección.

Pocas veces podemos separar la valoración personal del humanista orotavense sin desligarla de la tradición y cuando lo hace es sólo para

²² No en vano la *Revista Europea* en 1837 decía que Esquilo, Sófocles y Eurípides sabían aplicar poderosos lenitivos al principio catártico de Aristóteles.

²³ Cf. A. ARMAS, *op. cit.*, pp. 240-254.

²⁴ Afonso realizó una traducción con comentario que fue impresa en Las Palmas en el año 1856, dedicada a sus alumnos. En ella el portuense aplica varios apartados a comentar los versos que Horacio dedica en su preceptiva a la tragedia (vv. 189-294).

²⁵ Cf. M. MENÉNDEZ PELAYO, *Bibliografía hispano-latina clásica*, VI, CSIC, 1951, p. 261.

confirmar la condición de hijo de su siglo. Su invitación a la juventud a estudiar y profundizar en el drama griego «en donde verán desarrollado el arte dramático y se han encontrado imitaciones en Shakespeare y otros poetas ingleses» puede ser buena prueba de ello. Los mismos romanos no pudieron sobrepasar el genio dramático griego pues «aunque encontremos en ellos terminos ya de relijion ya de educacion que nos alejan un poco debemos estar persuadidos que si la verdadera poesia y la noble oratoria y las mismas estátuas y pinturas griegas que existen ellas solo pueden darnos este bello ideal tan necesario para la perfección del arte dramático y nos alejará al cabo de este barbarismo, pues solo de aquella manera encontraremos en su erudicion y estudio, como los químicos en el análisis de los cuerpos, los verdadero elementos del genio que solo pretende aspirar á este género de poesia»²⁶

En resumidas cuentas, clasicismo y romanticismo, esas dos posturas contrarias para muchos, se aúnan en la figura del doctoral Afonso de una manera singular. Su actitud ante este tema clásico sólo puede comprenderse desde una equilibrada ambivalencia: profundo respeto hacia la antigüedad que tan bien había conformado su espíritu y su condición de romántico.

²⁶ G. AFONSO, *o.c.*, pp. 463-464

DIFERENCIAS SEMÁNTICAS ENTRE LOS DISTINTOS TIPOS DE COMPLETIVAS DECLARATIVAS

EUSTAQUIO SÁNCHEZ SALOR
Universidad de Extremadura

SUMMARY

The semantic solution to the question concerning the difference between the various types of declarative nominal subordinate clauses would be as follows: clauses which are normally constructed with infinitive only, dico Caesarem uenire, from the semantic point of view contain only the feature [+QUID], that is, they indicate only the quidditas or content of the declarative verb. Clauses constructed with quod, doleo quod non venias, contain the feature [+QUID]—indicating, in effect, the content of the affliction— and also the feature [UNDE] since they indicate also the origin or starting point of the affliction. Finally, those clauses constructed with ut + subjunctive, such as accidit ut omnes deicerent, like all nominal subordinate clauses contain the feature [+QUID], given that they indicate the quidditas of the occurrence, as well as the feature [+QUOD], since they indicate also the end result produced by the situation in question.

Desde el punto de vista del contenido significativo, las oraciones completivas tienen un verbo introductor específico: un verbo declarativo, si lo que sigue es una declaración, ya sea afirmada o negada; el verbo «preguntar» o sinónimo, si ha de seguir una interrogación; y el verbo «mandar» o un sinónimo, es decir un verbo impresivo, si ha de seguir una or-

den o un deseo. Y se puede afirmar más, como ha señalado Lisardo Rubio¹: tras un verbo dado, la subordinación excluye la variedad de contenido; tras un verbo declarativo, sólo caben aseveraciones, tras un verbo de «pregunta» sólo pueden venir interrogaciones, y tras un verbo de «mandar», sólo órdenes.

Ya he señalado en otro lugar² que, si por este camino las fronteras entre las diferentes subclases de completivas están muy claras, se impone distinguir tres subclases de completivas, que se corresponden a las tres modalidades de la frase independiente³:

- Declarativas.
- Impresivas
- Interrogativas.

Aquí nos vamos a limitar ahora al análisis de las primeras y, más concretamente, a las diferencias en sus rasgos semánticos entre los diferentes subtipos dentro de ellas. Estas declarativas son aquellas en las que, tras un verbo declarativo, afirmado o negado, sólo caben declaraciones. Pues bien, a esta subclase pertenecen en latín las oraciones de infinitivo tras verbos declarativos, las que las gramáticas tradicionales llaman completivas consecutivas con *ut* –tipo *accidit ut*– y las completivas introducidas por *quod*.

¿Qué diferencias hay entre estos subtipos? ¿Las diferencias se dan sólo a nivel sintáctico, según hemos visto, o están también a nivel semántico? En el artículo anteriormente citado⁴, ya apuntaba, limitándome a un terreno exclusivamente funcional, que las proposiciones completivas y circunstanciales, con sus marcas, son nominalizaciones de un sintagma verbal, es decir, trasponen una oración en principio independiente a término nuclear nominal, confiriéndole la función que normalmente desempeña el nombre y haciéndole susceptible de las relaciones que éste

¹ L. RUBIO, «El estilo indirecto en latín y castellano. Problemas de traducción», *Rev. Esp. de Ling.* 2, 1972, p. 263.

² E. SÁNCHEZ SALOR, «Hacia una sistematización de las completivas latinas», *Bol. Bibl. Men. Pel.* 72, 1976, p. 355.

³ Sobre la modalidad de la frase como criterio clasificador de los modos latinos, cf. L. RUBIO, «Los modos verbales latinos», *Emerita*, 36, 1968, pp. 77-96.

⁴ p. 359.

puede adquirir. Es evidente entonces que para señalar esas relaciones se necesitan marcas, que han de ser distintas siempre que las relaciones lo sean: en lo que se refiere a los casos, por ejemplo, aquellos que son eminentemente gramaticales, como el acusativo complemento directo, no necesitan más marca que la morfológica (en castellano ni siquiera eso, cf. «como pan»), mientras que los casos que se acercan más a lo semántico, como pueden ser los complementos circunstanciales, necesitan más marcas, incluso léxicas, como pueden ser las preposiciones.

Lo mismo se puede decir que sucede con las oraciones subordinadas, que son nominalizaciones de sintagmas verbales: si el tipo de relaciones que establece con el verbo principal es eminentemente gramatical, necesitará menos marcas que si esas relaciones son semánticas.

De acuerdo con ello, la oración completiva de infinitivo en latín, que no lleva más marca que el propio infinitivo, sólo podrá desempeñar aquellas funciones del sustantivo más cercanas a lo gramatical, pero no aquellas relaciones que necesitan otras marcas léxicas; ello explica que el infinitivo, puesto al lado de un verbo principal sin más, pueda desempeñar la función de sujeto o de complemento directo, pero no, al menos normalmente, la de complemento circunstancial, para lo que se recurre a otras marcas, como pueden ser las partículas u otras de tipo léxico. El infinitivo, pues, por sí solo puede marcar subordinación, es decir, colocado junto a un verbo principal, establece con éste ciertas relaciones que, al no haber marcas de otro tipo, sólo pueden ser muy generales, cercanas consiguientemente a funciones gramaticales.

En castellano, la situación a este respecto parece bastante clara: en esta lengua, el nominalizador de un sistema verbal es la partícula «que»; pues bien, si la oración convertida funcionalmente en nombre desempeña la función de sujeto u objeto, basta, sin más, con esta partícula: «Anunció *que* vendría», «mi mayor deseo es *que* mi obra triunfe»; pero si la oración nominalizada establece otro tipo de relaciones, necesita de otras marcas junto al «que»: «Habla *de que* no tiene tiempo», «no salió *por-que* llovía», «le llamaron *para que* cenase», «cerrad *sin que* se enteren», etc. En estos últimos ejemplos hay, como ha señalado Alarcos⁵, nuevos matices que no

⁵ E. ALARCOS, «Aditamento, adverbio y cuestiones conexas», en *Estudios de gramática funcional del español*, Madrid, 1970, pp. 219-253.

podían expresarse con el solo nominalizador «que», y que han necesitado de otras marcas junto a él.

Pues bien, si aplicamos ello al caso de las oraciones completivas que estamos analizando, las declarativas que, como hemos dicho, en latín aparecen como oraciones de infinitivo, o como oraciones en construcción personal con *quod* y con *ut*, habrá que pensar que aquellas cuya única marca es el infinitivo han de establecer, entre ellas y la principal, relaciones eminentemente gramaticales, como son las de sujeto y complemento directo, mientras que aquellas otras que necesitan la ayuda de una marca léxica como las partículas *ut* y *quod* han de tener, aparte de las funciones de sujeto y objeto, un contenido o matiz distinto al de las proposiciones de infinitivo.

En definitiva, la cuestión queda planteada así: entre los tipos

- a) *dico Caesarem uenire*
- b) *doleo quod non uenias*
- c) *accidit ut una nocte omnes deicerentur*

que son tipos de oraciones completivas declarativas, ¿qué diferencias hay? En el artículo anteriormente citado⁶, decía que en b) hay un matiz enfático y que en c) hay un matiz consecutivo. Evidentemente ello es así, aunque ahora pienso que hay algo más. Pienso que la cuestión puede tener fácil solución si tenemos en cuenta los rasgos semánticos de estas oraciones. Si se tienen en cuenta estos rasgos se podrá comprobar que las marcas sintácticas que diferencian a estos subtipos no son nada más que marcas exigidas por determinados rasgos semánticos.

En toda frase compuesta, una de las dos oraciones es la determinación de la otra. Y toda determinación de un verbo, ya sea esa determinación un nombre o una frase, ya sea un constituyente necesario o un constituyente opcional, tiene alguno de los siguientes cuatro rasgos semánticos:

- [+UBI]
- [+UNDE]
- [+QUO]
- [+QUA]

⁶ p. 365.

Cada uno de estos rasgos puede moverse en tres planos: el espacial, el temporal y el nocional. En los planos espacial y temporal, el rasgo [+UBI], que podría gráficamente ser representado con un /./, da cuenta del lugar o del momento en que ocurre la acción; el rasgo [+UNDE], que puede ser representado con /-./, da cuenta del lugar o momento que es punto de partida de la acción o estado del verbo; el rasgo [+QUO], que puede ser representado con /-./, da cuenta del lugar o tiempo al que llega la acción o estado del verbo; y el rasgo [+QUA], que vendría representado con /-./, da cuenta del lugar o tiempo a lo largo del cual se desarrolla la acción. Pero aquí vamos a prescindir de los planos espacial y temporal, ya que las completivas declarativas se mueven evidentemente en el otro plano, el nocional. Nos limitamos, pues, aquí a este último. En él, el rasgo [+UBI], que como hemos dicho estaría representado con un /./, es el que da cuenta del *quid*, de la *quidditas*, de la esencia de la acción o estado. Ello está claro en las construcciones con proverbios; así, en «Juan es bueno», el adjetivo «bueno» es el que está dando cuenta de la *quidditas* de «es»; ese adjetivo tiene, pues, el rasgo [+QUID] en relación con el verbo «es»; en *Caesar factus est consul*, el nombre *consul* es el que da cuenta de la esencia o *quidditas* de *factus est*; con ese nombre se dice qué es lo que fue hecho; tiene, pues, también el rasgo [+QUID]. En definitiva, tienen este rasgo todas aquellas unidades lingüísticas –adjetivos, nombres u oraciones– que dan cuenta de la esencia o del contenido del verbo. En el plano nocional, pues, el rasgo [+UBI] puede ser interpretado como [+QUID]. En los otros rasgos la situación es clara: el rasgo [+UNDE] lo llevarán aquellas unidades lingüísticas que den cuenta del punto de partida de la acción o estado del verbo; el rasgo [+QUO] lo llevarán aquellas que den cuenta del punto de llegada de la acción o estado; y el rasgo [+QUA], aquellas que den cuenta de las concomitancias o del modo como se desarrolla la acción o estado verbal. Con lo cual, los cuatro rasgos semánticos que puede tener una oración subordinada o correlativa en el plano nocional, es decir, una oración subordinada o correlativa que no sea temporal ni local, son:

- [+QUID]
- [+UNDE]
- [+QUO]
- [+QUA]

Ni que decir tiene que todas las completivas tienen el rasgo [+QUID], que las causales tienen el rasgo [+UNDE], las finales el rasgo [+QUO], y las modales o comparativas el rasgo [+QUA]. Efectivamente, una completiva da cuenta de la *quidditas* o esencia del mensaje, orden o pregunta expresados en el verbo principal; una causal da cuenta del punto de partida, del *unde*, de lo expresado en la otra oración; también las condicionales y concesivas tendrían este mismo rasgo; una final o consecutiva da cuenta del punto de llegada, del *quo*, de lo expresado en la otra oración; y una modal o comparativa da cuenta del modo, de las concomitancias, del *qua* en definitiva, de la otra oración.

Esto, en principio, queda así perfectamente claro y es tan extremadamente sencillo que parece una simpleza. Ahora bien, la realidad es mucho más complicada. Si las completivas tienen todas el rasgo [+QUID], las diferencias entre las distintas subclases de completivas, entre, por ejemplo, las declarativas, *dico Caesarem uenire*, y las impresivas, *iubeo milites ut eant*, ¿no están ya a nivel semántico? ¿no hay más rasgos a nivel semántico que las diferencien? Y si las causales, condicionales y concesivas tienen las tres, como hemos dicho, el rasgo [+UNDE], ¿no hay entre ellas otras diferencias a nivel semántico? Evidentemente sí.

Ahora bien, para explicar esas diferencias, hay que aceptar dos principios: 1) Que a nivel semántico, una oración que determina a otra puede tener uno o más de los rasgos semánticos anteriormente señalados; 2) que cualquiera de los cuatro rasgos anteriores puede estar cuestionado ya a nivel semántico y llevar por tanto acumulado el rasgo [+QUAEST], o puede estar negado.

Aceptando estos principios se pueden explicar las diferencias anteriormente señalada:. Efectivamente, las diferencias entre las completivas declarativas, como *dico Caesarem uenire* y las completivas impresivas, como *iubeo milites ut eant*, están en que, a nivel semántico, la primera, *Caesarem uenire*, sólo tiene el rasgo [+QUID]; indica el contenido, la esencia de *dico* y nada más; mientras que la segunda, *ut eant*, tiene también el rasgo [+QUID] –indica, en efecto, el contenido, la esencia, la quidditas de la orden, y por eso es completiva–, pero tiene además el rasgo [+QUO] –indica también, en efecto, el punto de llegada que pretende alcanzar el agente del verbo principal; de ahí que en este caso no baste con el simple infinitivo, sino que hacen falta otras marcas, como el *ut* y el subjuntivo–. He aquí, pues, cómo, aceptando el principio de que a nivel

semántico una oración determinante de otra puede tener más de un rasgo de los cuatro señalados, se pueden definir las diferencias entre determinadas subclases de oraciones subordinadas.

Y lo mismo ocurre si se acepta el segundo principio: que cualquiera de los cuatro rasgos anteriores puede estar cuestionado [+QUAEST] o negado, ya a nivel semántico. Ello explicaría, por ejemplo, las diferencias entre causales, condicionales y concesivas, que tienen, según hemos dicho, el rasgo [+UNDE] todas ellas. Es decir, entre

- d) «porque llueve no salgo»
- e) «si llueve, no salgo»
- f) «aunque llueve, salgo»

las diferencias serían estas: en d), «porque llueve, no salgo», la oración «porque llueve» tiene, sin más, el rasgo [+UNDE]: en ella se indica el punto de partida, la causa de lo que se dice en la otra oración. En e), «si llueve, no salgo», la oración «si llueve» tiene también el rasgo [+UNDE]: es también el punto de partida, la causa de lo que se dice en la otra oración; pero es un punto de partida cuestionado, no real; a nivel semántico, pues, habría que atribuir a esta oración los rasgos [+UNDE] y [+QUAEST]; es la misma diferencia que hay, pienso, entre una completiva declarativa, como *dico Caesarem uenire*, y una completiva interrogativa, como *quaero quid sit*: ambas tienen el rasgo semántico [+QUID], pero en el segundo caso hay que añadir además el rasgo [+QUAEST]. Y en el caso de f), «aunque llueve, salgo», la oración «aunque llueve» tiene también el rasgo [UNDE], pero negado, y no una vez, sino dos: efectivamente, la relación entre «llover» y «salir», en una situación extralingüística normal, suele tener el rasgo [-UNDE]; es decir, extralingüísticamente «llover» suele ser causa negativa de «salir»; lo que sucede es que en la situación lingüística propuesta, es decir, en «aunque llueve, salgo», lo que se hace es negar esa relación negativa que suele haber entre ambos hechos en situación extralingüística; es decir, que en este caso, la oración «aunque llueve» tiene el rasgo [-[-UNDE]].

Pues bien, aplicando estos principios se pueden clarificar, pienso, las diferencias entre los distintos tipos de oraciones completivas declarativas; las diferencias en definitiva entre los tipos:

- a) *Dico Caesarem uenire*
- b) *Doleo quod non uenias*
- c) *Accidit ut una nocte omnes decirentur.*

En el caso del subtipo a), es decir, en el caso de la oración de infinitivo, el único rasgo semántico que tiene esa oración de infinitivo es [+QUID]; lo único que hace, y nada más, es dar cuenta de la *quidditas*, de la esencia del mensaje anunciado en *dico*. El hecho de que tenga sólo el rasgo [+QUID] es el que explica que baste con el infinitivo y no se necesiten más marcas para señalar la relación con el verbo principal. Efectivamente, este tipo de oraciones se construyen, al menos en latín clásico, sólo con el infinitivo. Sólo en latín tardío y vulgar, la oración de infinitivo empieza a ser sustituida por «*quod* + verbo en forma personal»: *Dico quod Caesar uenit*. Pero ello ocurre cuando se está produciendo un cambio en el sistema sintáctico, que no en las relaciones semánticas, de la lengua: ese cambio no es otro que el de la conversión del *quod* en el nominalizador normal del sistema sintáctico de la lengua. Este fenómeno sintáctico de la sustitución del infinitivo por «*quod* + verbo en forma personal», ocurrido en el latín tardío, sería algo parecido a lo que está sucediendo actualmente en castellano: en nuestra lengua, el nominalizador más simple es, según hemos dicho, la partícula «que»; ella es la única marca sintáctica exigible para marcar el rasgo semántico [+QUID]; así en «digo que...», «pienso que...», etc.; la oración que viene tras el «que» es la que da cuenta de la *quidditas*, del contenido de «digo» y de «pienso»; tiene, pues, sólo el rasgo [+QUID]; el «que» tendría la misma función sintáctica que tenía la oración de infinitivo en latín. Ahora bien, de la misma forma que en el latín tardío y vulgar asistimos a la sustitución del infinitivo por «*quod* + verbo en forma personal», que en principio era la marca de otro subtipo de oraciones completivas declarativas, así también en castellano —en el castellano vulgar y, a veces, no tan vulgar— estamos asistiendo a la sustitución, a nivel sintáctico, de la partícula «que» por las partículas «de que», que igualmente en castellano son, en principio, marca de otro subtipo de oraciones completivas declarativas; así oímos con frecuencia decir «pienso de que», «digo de que», en lugar de «pienso que» y «digo que». Pero se trata en ambos casos de fenómenos puramente sintácticos que, curiosamente, son paralelos en la historia de la lengua latina y en la historia de la lengua castellana. A nivel semántico es evidente que hay un subtipo de oraciones completivas declarativas que tienen el rasgo [+QUID] y nada más: son aquellas que dan cuenta de la esencia o contenido de la declaración expresada en el verbo principal, y nada más.

Pasamos al subtipo b). Es el caso de *doleo quod non uenias*. Son aquellas oraciones completivas declarativas que, en latín clásico, se construyen no sólo con infinitivo, sino también con «*quod* + verbo en forma personal», y que en castellano se construyen no sólo con el nominalizador «que», sino con este nominalizador reforzado de alguna manera; estos refuerzos dan lugar a locuciones conjuncionales como «de que», «el que», «el hecho de que». En latín son fundamentalmente dos los tipos de verbos que aceptan completivas declarativas con *quod*:

1. En primer lugar, los verbos de sentimiento como *doleo, gaudeo, angor, miror, indignor*, etc. En principio estos verbos se construían también con infinitivo; pero curiosamente sucede, como ha señalado Ernout, que las primeras proposiciones completivas de infinitivo que empiezan a ser sustituidas por una oración con *quod* son precisamente aquellas que van tras verbos de sentimiento. Y es significativo también el hecho de que todos estos verbos puedan llevar y normalmente llevan en castellano suplemento en lugar de implemento, según la terminología de Alarcos: «me duelo *de que...*»; «me alegro de *que...*», etc., o bien el artículo, delante de la partícula «que», cuando la completiva hace la función de sujeto: «me duele el *que...*»; «me angustia el *que...*»; «me admira el *que...*».

2. En segundo lugar, el otro tipo de verbos que rigen oraciones completivas declarativas y que se suelen construir en latín con *quod* seguido de verbo en forma personal en lugar de infinitivo son los verbos que significan «omitir», «pasar por alto», «añadir»: *mitto, praetereo, accedit, addo, adicio*: *Adde quod ingenuas didicisse fideliter artes emollit mores* (Cic.); *Mitto quod inuidiam subieris* (Cic.). Hay que notar también aquí que en castellano los verbos que traducen a estos latinos que acabamos de señalar se construyen normalmente o bien con suplemento o bien con el artículo «el» ante el «que» completivo: *praetereo quod*, «prescindo de que» o «paso por alto el que»; *mitto quod*, «omito el que». Otras veces, para traducirlos se hace necesario recurrir al giro que aconsejan todas las gramáticas tradicionales, «el hecho de que»: *adde quod*, «añade el hecho de que»; *accedit quod*, «se suma el hecho de que».

Estos son los hechos sintácticos: que en este tipo de oraciones completivas hay más marcas formales que en el tipo anterior. ¿Responden estos hechos sintácticos a auténticas diferencias semánticas? Pienso que sí; es evidente que, al tratarse de oraciones completivas, todas ellas tienen, en principio, el rasgo [+QUID]; en el caso de los verbos de sentimiento dan,

en efecto, cuenta de la *quidditas*, de la esencia y contenido de ese sentimiento. Pero, a nivel semántico, en el caso de estos verbos de sentimiento hay, pienso, un rasgo semántico más; es el rasgo [+UNDE], es decir que en

Doleo quod non uenias

la oración *quod non uenias* no sólo tiene el rasgo [+QUID] y por ello es completiva, ya que da cuenta de la *quidditas* del dolor, sino también el rasgo [+UNDE], ya que da cuenta también del punto de partida, de la causa del dolor. En castellano, como hemos visto, están perfectamente marcados, a nivel sintáctico, estos dos rasgos semánticos; ya hemos dicho que en nuestra lengua este tipo de verbos suelen aceptar una construcción con «de que»: «me duelo de que...», «me alegro de que...», «me admiro de que...»; el «de» es la preposición típica que responde al rasgo [+UNDE], y el «que» sería la partícula que da cuenta del rasgo [+QUID].

De todas formas hay que decir que en latín se construyen también frecuentemente este tipo de oraciones con infinitivo; es decir, encontramos en latín frecuentemente construcciones en las que no está marcado, a nivel sintáctico, el rasgo [+UNDE]. Pero hay, como contrapartida, otros casos en los que el rasgo [+UNDE] está perfectamente marcado, incluso con un *quia*, que se convirtió en latín en la marca típica de las causales, o con un *si*, que es la marca de las condicionales, de las que ya hemos dicho que tienen el rasgo [+UNDE], aunque cuestionado o sometido a hipótesis. Ello ocurre sobre todo en la comedia:

Huic (uentri) illud dolet, quia nunc remissus est edendi exercitus (Plaut., Cap. 152)

Mihi dolebit..., si quid ego stulte fecero (Plaut., Men. 439)

Si ferri uideo te, extemplo dolet (Plaut., Poen. 150)

Si egebis, tibi dolebit (Caecilius, Com. 241)

Tibi quia superest dolet (Ter., Phorm. 162)

Pues bien, el uso, en este tipo de oraciones, con los rasgos semánticos que hemos señalado, del infinitivo en unas ocasiones, y de construcciones con *quia* y *si* en otras, podría incluso indicar que el hablante, a la hora de generar estas oraciones, puede jerarquizar los rasgos semánticos de las mismas. Efectivamente, las oraciones de infinitivo serían en latín, según hemos dicho, la marca sintáctica típica del rasgo semántico [+QUID], mientras que el *quia* y el *si* serían marcas sintácticas del rasgo

[+UNDE]. Pues bien, con el verbo *doleo*, que a nivel semántico exige un Nombre o sustituto de nombre, como puede ser una oración, que tenga los rasgos [+QUID] y [+UNDE], el hablante puede dar mayor rango jerárquico al [+QUID] y entonces aplica reglas que generen, por ejemplo, las oraciones de infinitivo, o puede dar mayor rango jerárquico al [+UNDE], y entonces aplica reglas que generan oraciones con *quia* o *si*. En las construcciones con *quod* (*doleo quod* etc.) estaríamos ante realizaciones sintácticas de estructuras semánticas en las que es difícil saber si los rasgos [+QUID] y [+UNDE] están jerarquizados.

En lo que se refiere a los verbos que significan «añadir», «pasar por alto», etc., hay que distinguir. Si tomamos como base para el estudio el verbo *addo*, hay que diferenciar claramente tres usos distintos:

1. Aquellos usos en que sigue una oración de infinitivo:

Scriptisisti et addidisti te putare (Cic., *Att.* 12,48)

Mercator hoc addebat... se audisse (Ter., *Eun.* 114)

Et etiam illud addam... rogatos esse multos (Cic., *Mur.* 69)

2. Aquellos casos en que sigue una oración de *ut* o *ne*:

Addis ne propensior (Cic., *Att.* 7,26,2)

Illud senatus addidit, ut redirem (Cic., *Sest.* 129).

3. Aquellos casos en que se trata del cliché *adde quod*. Son numerosísimos los ejemplos.

En el caso 1, es evidente que se trata de una oración completiva tras un verbo declarativo, sin más. Es decir, no se diferencia estructuralmente en nada de las oraciones de infinitivo dependientes de los verbos de lengua: la oración de infinitivo tiene el rasgo [+QUID] y nada más.

En el caso 2 parece que no se trata de oraciones completivas declarativas, sino impresivas; es decir, en estos casos el verbo *addere* tiene el significado pregnante de «añadir mandando». Con lo cual, la oración completiva tiene los rasgos que tienen las completivas impresivas: [+QUID] y [+QUO]; de ahí, del [+QUO], el uso de *ut* y *ne*.

La cuestión se plantea en 3, en las construcciones del tipo *adde quod*. La traducción en castellano de este giro indica claramente algo más que una simple completiva declarativa. Efectivamente, en castellano el giro suele exigir algo más que la simple partícula «que»: «añade el que» o «añade el hecho de que»; y si sólo se utiliza el «que», el hablante hace una pau-

sa tras «añade» y enfatiza prosódicamente el verbo, cosa que no hace, por ejemplo, cuando dice «añadió que su opinión era...». El hecho, pues, de utilizarse locuciones como «el que» o «el hecho de que», o de recurrir a una pausa con énfasis prosódico debe tener una explicación. En este caso pienso que la única razón que justifica estas realizaciones sintácticas es el énfasis; no hay a nivel semántico ningún rasgo más, aparte del [+QUID], que justifique el uso de estas marcas sintácticas. Buena prueba de que en estas construcciones hay énfasis es el hecho de que a veces el verbo principal va acompañado de marcas léxicas de carácter claramente enfático. En castellano son frecuentes giros como «añade además que...», «añade incluso el hecho de que...», donde el «además» y el «incluso» son claramente enfáticos. El problema es determinar si ese énfasis está ya a nivel semántico o aparece sólo a nivel de realización.

Y por último el subtipo c). Es el tipo de *accidit ut...*, como ocurre en *accidit ut una nocte omnes deicerentur*. Se trata de una completiva declarativa y, como tal, tiene en principio el rasgo [+QUID]. Pero es que, además del rasgo [+QUID], tiene también el rasgo [+QUO]; es decir, la oración completiva indica no sólo el contenido o la esencia del suceso, sino también el resultado final al que llegó la situación descrita. El rasgo [+QUO] es el que justifica a nivel sintáctico el uso de *ut*, que es en latín la partícula típica de las oraciones finales, y el uso del subjuntivo, uno de cuyos valores en latín es el de prospectivo.

Conclusión

En la cuestión que nos hemos planteado, que no es otra que la diferencia entre los distintos tipos de oraciones completivas declarativas, la solución, a nivel semántico, sería ésta: aquellas oraciones que normalmente se construyen sólo con infinitivo, *dico Caesarem uenire*, tienen, a nivel semántico, sólo el rasgo [+QUID], es decir, indican a ese nivel sólo la *quidditas* o contenido del verbo declarativo. Aquellas que se construyen con *quod*, *doleo quod non uenias*, tienen, a nivel semántico, el rasgo [+QUID] –indican, en efecto, el contenido del dolor–, pero también el rasgo [UNDE], ya que indican también el origen o punto de partida del dolor. Y aquellas que se construyen con *ut* + subjuntivo, tipo *accidit ut omnes deicerent*, tienen, como toda completiva el rasgo [+QUID], ya que indican la *quidditas* del suceso, pero también el rasgo [+QUO], puesto que indican también el resultado final al que llega la situación en cuestión.

VARIA

NOTA SOBRE LA CONSTRUCCIÓN *μωλέω ἀμφί* + DATIVO EN EL DIALECTO CRETENSE

ÁNGEL MARTÍNEZ-FERNÁNDEZ
Universidad de la Laguna

1. La historia de la preposición *ἀμφί* en griego es un largo proceso de decaimiento hasta llegar a su eliminación. Con claros paralelos en latín y en otras lenguas indoeuropeas¹, está ya bien atestiguada en los textos micénicos como prefijo y en menor medida como preposición², y se encuentra muchas veces en la *Ilíada* y la *Odisea* con la triple función de adverbio, de prefijo y de preposición³. En época posthomérica, cuando las preposiciones fijan su valor como tales y desaparecen los antiguos usos adverbiales⁴, la preposición *ἀμφί* continúa en uso, tanto en poesía épica, como en la lírica arcaica y en la tragedia⁵, pero hay pruebas seguras de que iba desapareciendo rápidamente de la lengua hablada. Heródoto la

¹ Véase, por ejemplo, H. FRISK, *Griechisches etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg 1960-1972, y P. CHANTRAINE, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, París 1968-1980, s.v. Más que en dos formas alternantes **ambhi* para el griego, latín y albanés, **mbhi* para el celta, el germánico y el indio, cabría pensar en distintas realizaciones de **mbhi*, si se admite que aquí **ṛ* → *a*- en latín.

² *Vid.*, por ejemplo, J. CHADWICK-L. BAUMBACH, «The Mycenaean greek Vocabulary», *Glotta* 41, 1963, pp. 157-271, s.v. *ἀμφί*, y más recientemente F. AURA JORRO, *Diccionario Micénico*, Vol. I, Madrid 1985, pp. 79ss.

³ Discute autorizadamente el material homérico P. CHANTRAINE, *Grammaire Homérique*. II. *Syntaxe*, París 1963, pp. 86-89.

⁴ *Vid.*, p.ej., para Píndaro los datos ofrecidos en la antigua monografía de C. BOSSLER, *De praepositionum usu apud Pindarum*, Diss. Darmstadt 1862, pp. 41ss.

⁵ Así, véase p.ej. para Eurípides, I. SCHUMACHER, *De praepositionum cum tribus casibus coniunctarum usu Euripideo*, Diss. Bonn 1884, pp. 6-16.

utiliza con frecuencia⁶, pero ya falta casi por completo en estricta prosa ática: los oradores la evitan⁷, Platón la utiliza alrededor de una docena de veces, falta totalmente en Aristóteles⁸. En las inscripciones dialectales esta preposición es muy rara. Los pocos ejemplos que de ella se encuentran corresponden, casi todos, al sintagma *ὀ ἀμφὶ τινα* ⁹, que sirve para designar una corporación de funcionarios con referencia al más importante de ellos en varias inscripciones jónicas y en dos argivas¹⁰. Sólo un dialecto, precisamente el cretense central, se aparta claramente de esa situación, y como estos documentos epigráficos cretenses se refieren a usos legales, la singularidad dialectal en el uso de *ἀμφὶ* no deja de tener importancia para el estudio de la formación de la lengua jurídica cretense.

2. La documentación existente en el dialecto cretense para la preposición *ἀμφὶ* ¹¹ puede agruparse en la distribución siguiente: *Verbo judicial*

⁶ Vid. R. HELBING, *Die Präpositionen bei Herodot und andern Historikern*, Würzburg 1904, pp. 33s y 155ss.

⁷ Cf., p.ej., L.LUTZ, *Die Präpositionen bei den attischen Rednern*, Progr. Neustadt an der Hardt 1887, que no registra ningún ejemplo para *ἀμφὶ*.

⁸ J.W. WACKERNAGEL, *Vorlesungen über Syntax*, Vol.II, Basilea 1928, p. 159; R. Eucken, *Ueber den Sprachgebrauch des Aristoteles. Beobachtungen ueber die Praepositionen*, Berlín 1868, p. 36.

⁹ Para el ático M. GEYER, *Observationes epigraphicae de praepositionum graecarum forma et usu*, Diss. Leipzig 1880, p. 22, recoge cinco ejemplos de construcciones distintas, de las cuales una, al menos, es antigua: *CLA I 442,6 Ποτειδαίας ἀμφὶ πύλας ἔδραμεν* (432 a.C.). Pero la forma métrica de estas inscripciones, unida a la datación tardía de algunas, hacen carentes de valor estos giros de *ἀμφὶ* para el conocimiento del dialecto. Así, K. MEISTERHANS, *Grammatik der attischen Inschriften*, revisada por E. Schwyzter, Berlín 1900³, pp.21 lss, que utilizó el trabajo de Geyer, no las recoge.

¹⁰ Argos, *I.G.IV,554,2* (ca. 500 a.C.) *αἱ τις <τις> [ἔ τῶν βολῶν πᾶσι ἀνφ' Ἀριστόνα . . . εὐθύνου*; Trecén, *ibid.* 823,56 (s.IV a.C.) *Ἐπιστάταις τοῖς ἀμφὶ Κάλλιπποι*; Naxo, *I.G.XII, 5,1,35,13* [τοῖς] *ἀμφὶ Δημόλιον*; Io, *ibid.* 3 C (S.IV a.C.), *6 τὸς ἀμφὶ Θρασῆν*; Amorgo, *SGDI.5361* (s.IV a.C.) *29 τοῖς εἰσαγωγέας τοῖς ἀμφὶ Εὐρύδικον*, citados por R. GÜNTHER, «Die Präpositionen in dem griechischen Dialektinschriften», *IF* 20, 1906-1907, pp. 66s. Vid. también I. KELLERMAN, *On the syntax of some prepositions in the greek Dialects*, Ph.D. University of Chicago 1904, pp. 30s, y W.H. THOMPSON, *The use of prepositions in the greek Dialect Inscriptions*, Ph.D. Yale University 1906, pp.2-3.

¹¹ Véase nuestro trabajo *Estudio sobre las preposiciones en el dialecto cretense*, Salamanca 1983, pp.54-76, tesis doctoral inédita dirigida por el profesor M. García Teijeiro a quien debo agradecer, aparte de su constante y generoso esfuerzo por ayudarnos en la realización del trabajo, sus sugerencias y opiniones en no pocos puntos de nuestro estudio como el que ahora presentamos. En todo caso, de nuestra exclusiva responsabilidad son los posibles errores.

+*ἀμφί* + *substantivo de referencia*. En esta construcción el régimen de *ἀμφί* puede aparecer en acusativo o en dativo-locativo.

I. Con acusativo¹² ha sido documentado en los casos siguientes:

a) En inscripciones de Gortina de principios del s.V a.C.

I.C.IV.N.41.IV.16-V.1 *ἀμπὶ δὲ τὸν κρόνον ὀμνῶ[ντα κρίνειν τὸν δικαστᾶν]* «en cuanto al cálculo del tiempo, el juez juzgará prestando juramento».

I.C.IV.N.44.7, *ἀντὶ τᾶν ἀ[νκεμ]ῶλλων* --«en cuanto al pleito...»

b) En la *Ley de Gortina*, de 480-460 a.C.

Leg. Gort.V.44-47, [αἰ] δὲ κα κρέματα δατιόμενοι μὲ συναγγιγῶσονται ἀμπὶ τὰν δαίσιν «si, al repartirse los bienes, no se ponen de acuerdo acerca de la partición».

Leg. Gort.VI.25-26 αἱ δὲ κὸ ἀντίμῶλος ἀπομῶλει ἀντὶ τὸ κρέος ὃ κ' ἀνπιμῶλλοντι, e *ibid.IX.18-20*, αἱ δ' ὃ ἀντίμῶλος ἀπομῶ[λ]ίσι ἀνπι τὸ κρέος ὃ κ' ἀνπιμῶλλοντι «si el adversario sostiene respecto al asunto sobre el que litigan...»

Leg. Gort.VI.51-52, αἱ δὲ κα μὲ ὁμολογῶντι ἀμπὶ τὰν πλεθύν «si no se ponen de acuerdo acerca de la cantidad (del rescate)».

c) En Hierapitna en una frase mutilada de un tratado del s.III a.C., I.C.III.III.1.B.24-5, *νικέσθω ἀμφὶ τὸ αἰ---* «será condenado acerca de...»

II. Con dativo *ἀμφί* está atestiguada una sola vez¹³, a saber:

Leg. Gort.I.18, αἱ δὲ κ' ἀντὶ δῶλοι μῶλλοντι «si litigan acerca de un esclavo»

A los testimonios citados de *ἀμφί* hay que añadir un ejemplo en una frase sin contexto atestiguado en una inscripción de Lebena del s.II a.C., I.C.I.XVII.N.15.5-6 - *ιοεσ ἀμφὶ τὰν* - - En resumen, pues, esta pre-

¹² Vid. el reciente trabajo de M. BILE, *Le dialecte crétois ancien*, París 1988, pp. 297s, que no cita todos los testimonios.

¹³ Ejemplo recogido por M. BILE, *op.cit.*, p. 309.

posición está documentada ocho veces en Gortina, en el s.V a.C., y una en Lebena, en el s.II a.C. En las otras zonas de Creta sólo aparece un caso en Creta Oriental (Hierapitna s.III a.C.). Se excluyen algunos ejemplos atestiguados en inscripciones que nada tienen que ver con el dialecto; así, en dos inscripciones métricas (*I.C. IV.N.243.1*, epigrama votivo de Gortina del s.II a.C., e *I.C.III.II.N.2.5*, Himno a Zeus Dicteo compuesto a finales del s.IV a.C. o principios del s.III a.C.) y en una inscripción redactada enteramente en *koiné* (*I.C.I.N.20.B.9*, Arcades, de la primera época imperial).

3. Hay que poner de relieve, por otra parte, que la construcción *μωλέω ἀμφί* con dativo (*verbo judicial + ἀμφί + dativo*) es un sintagma extraño en este tipo de distribución. Ciertamente, en griego para expresar la persona o cosa objeto del litigio se usan las construcciones siguientes: a) genitivo de referencia¹⁴, b) los giros preposicionales *περί + genitivo*, que ya aparece con este valor en inscripciones dialectales del s.V a.C., y *περί + acusativo*, *ὑπέρ + genitivo*, que son de fecha posterior¹⁵.

En este tipo de repartición los giros *ἀμφί + acusativo* y *ἀμφί + dativo* son, pues, exclusivos del cretense. Más aún, el giro *preposición + dativo* dependiente de un verbo de esta clase es extraño a todos los dialectos, si se exceptúan los ejemplos en arcadio-chipriota de *περί + dativo* (= *περί + genitivo* en los demás dialectos), de origen e interpretación distintos¹⁶.

Esta construcción *μωλέω ἀμφί + dativo* de persona es idéntica a *ἀμφιμωλέω + dativo*, que aparece referida a una persona en el texto de

¹⁴ Vid. p.ej., R. KÜHNER-B. GERTH, *Ausführliche Grammatik der griechischen Sprache*.II. *Satzlehre*.1 (Hannover 1976 = 1898³), pp.380s; E. SCHWYZER, *Griechische Grammatik*.II. *Syntax und syntaktische Stilistik*, Munich 1950, pp.130s; y para el cretense, K. MEISTER, «Der syntaktische Gebrauch des Genetivs in den kretischen Dialektinschriften», *IF* 18, 1905-1906, pp.159-164.

¹⁵ Así, en el s.V a.C. *περί + gen.* está atestiguada en resalio (*vid.* HOFFMANN, *Griech. Dial.*II,70,3), *ελεο* (*SGDI*.1149,4), *junio* (*SGDI*.5632 B 24); y en cretense, en una inscripción antigua de Axos (*I.C.*II.1.11), aunque será a partir del s.III a.C. cuando se generalizan en cretense los giros preposicionales con genitivo en esta repartición *verbo judicial + preposición + sustantivo de referencia*, debido, sin duda, a la influencia de la *koiné*, puesto que en ático esta construcción era muy frecuente desde el s.V a.C.

¹⁶ La anomalía de estos giros preposicionales del arcadio-chipriota se ha explicado como el resultado de un proceso análogo, cuyo punto de partida serían las construcciones de *ἐκ* y *ἀπό* con dativo-ablativo en estos dialectos, frente al genitivo-ablativo de los

Leg. Gort. I, 2 ὅς κ' ἐλευθέρῳ ἔ δόλῳι μέλλει ἀντιμῶλεν, y referida a un substantivo abstracto en la frase de *Leg. Gort. IV. 26* y *IX. 19*, ἀντὶ τῷ κρέος ὅι κ' ἀντιμῶλίοντι.

Asimismo, supone indirectamente esta construcción el compuesto cretense ἀπίμῶλος, documentado en *Leg. Gort. X. 27-8*, ἀντῶπον μὲ ὄνθ θαι κατακείμενον ... μὲδ' ἀπίμῶλον «no se podrá comprar a un hombre empeñado... ni a quien está pendiente de juicio» y en *I. C. IV. N. 57. 9*, --ἀπίμῶλος-- La construcción ἀντῶπον. . . ἀπίμῶλον supone obviamente la existencia de una frase del tipo de *ἀντῶπος ὅ κ' ἀντιμῶλίοντι, lo que vemos confirmado en el dialecto por el giro prepositivo que comentamos y por el ejemplo citado de ἀμφιμῶλέω + dativo de persona.

4. Rüttgers¹⁷ ya señaló la antigüedad de este giro cretense ἀμφιμῶλέω + dat. (= μῶλέω ἀμφί + dat.). Este autor lo interpretó como resto de un originario locativo-instrumental con *verba disceptandi*. La opinión general desde entonces es que en esta construcción de μῶλέω ἀμφί + dat., el caso dativo tiene el valor de un originario locativo¹⁸. La razón de esta anomalía puede verse muy bien. Formalmente, el verbo cretense μῶλέω es un denominativo de μῶλος, substantivo homérico que significa «lucha» «contienda». El verbo μῶλέω significó, pues, originariamente «pelear», como atestiguan las glosas de Hesiquio μῶλεῖ· μάχεται, μῶλή σεται· μαχήσεται, πικρανθήσεται. Consiguientemente, como afirma Ruijgh¹⁹, «cet emploi juridique repose peut-être sur l'emploi militaire (cf. δῶκειν, φεύγειν); le mot remonte sans doute à l'époque mycénienne».

Se puede establecer, por tanto, que

cret. μῶλέω es a μάχομαι

como hom. μῶλος es a μάχη

De ahí la correspondencia del cretense μῶλέω ἀμφί + dativo con construcciones homéricas del tipo de *Il. 16. 565* ἀμφί νέκει κατατεθηῶ

demás. De modo semejante, construirían περί con dativo, y no con genitivo, en estos casos. *Vid.*, p. ej., A. MORESCHINI-QUATTORDIO, *SSL* 10, 1970, pp. 138-164, y *SSL* 11, 1971, pp. 69-88 (con bibliografía).

¹⁷ *De accusativi, genitivi, dativi usu in inscriptionibus archaicis cretensibus*, Diss. Bonn 1905, p. 45.

¹⁸ *Vid.*, p. ej., GÜNTHER, *art. cit.* p. 67; BECHTEL, *Griech. Dial. II* p. 771, SCHWYZER, *Gr. Gramm. II* p. 438, y para el cretense, M. BILE, *op. cit.*, p. 309.

¹⁹ *L'élément achéen dans la langue épique*, Assen 1957, p. 96.

τι μάχεσθαι, con originario valor locativo; *Il.3.70 ἀμφ' Ἑλένη καὶ κτήμασι πᾶσι μάχεσθαι* (= εἵνεκά τινος μάχεσθαι *Il.2.377*)²⁰.

Como vemos, *μάχομαι ἀμφί + dat.* se emplea en Homero tanto con valor locativo como con el mismo valor figurado causal o de relación que *μωλέω ἀμφί + dat.* tiene en cretense. Por otra parte, la preposición *ἀμφί* seguida de dativo se usa solamente en Homero, en jonio y en los poetas, lo cual caracteriza aún más este paralelismo sintáctico entre Homero y el cretense.

De acuerdo con la correspondencia semántica que existía originariamente entre *μωλέω* y *μάχομαι*, los dos podían usarse como verbo regente, en un estado de lengua anterior a nuestras inscripciones cretenses, en la repartición *Verbo de luchar + ἀμφί + substantivo en dativo*. Posteriormente, en cretense tiene lugar la restricción semántica del verbo *μωλέω* y la aplicación del giro a la lengua jurídica con una nueva significación donde la construcción con dativo resulta ya extraña, como antes se ha observado.

Por consiguiente, la restricción del significado del verbo *μωλέω* fue posterior a la fecha de fijación de la construcción *μωλέω ἀμφί + dativo*, que el lenguaje jurídico y administrativo conservó por su específico carácter formulario hasta mediados del s.V a.C. en la Ley de Gortina.

Así pues, este sintagma conserva una antigua construcción atestiguada en los poemas homéricos en la forma *μάχομαι + ἀμφί + dativo*; de modo que el arcaísmo léxico del verbo corresponde, en este caso, un arcaísmo paralelo en la construcción sintáctica. Es éste uno de los casos afortunados que permiten observar con toda claridad el procedimiento que el cretense ha seguido para obtener su nomenclatura técnica jurídica.

²⁰ Vid. otras construcciones semejantes en Chantraine, *Gramm.Hom.II* p.87.

EXPOSICIÓN DE LOS *ASUNTOS* *DE LATINIDAD* DE JOSÉ DE ACOSTA

RICARDO MARTÍNEZ ORTEGA
Universidad de La Laguna

Bajo el título de *Asuntos de latinidad* se conserva en la Biblioteca de la Universidad de La Laguna un manuscrito misceláneo, escrito por don José Domingo de Acosta y Brito¹, nacido éste en La Orotava en 1767 y muerto en 1822 también en dicha villa, siendo enterrado en la iglesia del antiguo convento dominico².

El texto transcrito de la portada define concretamente el contenido del mismo: Propio (tachado) // Legajo 9º (tachado) // De asuntos de Latinidad, Retórica, Física, Teo- // logía &cª // (De otra letra): por D. José de Acosta y Brito.

Este manuscrito autógrafo en 4º consta de 302 páginas, de las que una gran parte están en blanco. Se incluyen, según el orden que le diera quien cosió los cuadernos, los siguientes epígrafes, ocupando los folios indicados en la numeración que aparece en el documento:

¹ A. MILLARES CARLO y M. HERNÁNDEZ SUÁREZ, *Bibliografía de escritores canarios (Siglos XVI, XVII y XVIII)*. «El Museo Canario», C.S.I.C., 1975, pp. 17-18.

² La obra de este autor neolatino en sus diversas vertientes ha sido apuntada recientemente por el Dr. D. Francisco Salas Salgado, *El Humanismo en Canarias: Desarrollo y producción clásica desde el siglo XVI a fines del XIX*, (Tesis doctoral inédita), Universidad de La Laguna.

– Vocablos latinos para traducir los autores de pura latinidad [1r-38v]. (Es un vocabulario³ en orden alfabético, enunciado por el nominativo y el genitivo).

– De las declinaciones de los nombres griegos [39r-39v]. (Acabados en -a, -as, -es, -e, -os, -on, -eus, 3ª en -a, -o).

– Letras del Alfabeto griego [41v]. (Conforme al esquema *Nomen-Figura-Potestas*).

– Valor de las monedas y pesos de los Antiguos [42r-43v].

– Nombres de las Deydades Fabulosas, héroes y capitanes de los antiguos [44r-v]. Exclusivamente se citan, alfabéticamente, 192 nombres. Este y el anterior epígrafe, como indica el propio autor en el folio 44r., se encuentran en un índice de las *Selectas Latinas* de D. Pablo Lozano. De este autor he podido consultar en la Biblioteca Municipal de Santa Cruz de Tenerife la titulada: *Colección de las partes más selectas de los mejores autores de pura latinidad con notas castellanas por don Pablo Lozano*. La copia, efectivamente, es exacta, sólo que esta *Colección* no pudo ser la que él consultó, ya que se imprimió⁴ en 1831.)

– Verbos compuestos que varían la conjugación de su simple [45r-48v].

– Vocablos para traducir el libro 3º de la Eneyda de Virgilio [50r-58v].

– Para traducir el libro 5º [59r-67v].

– Para traducir el libro 6º [67v-74r].

– Para el libro 7º [74r-77r].

– Para traducir la égloga 4ª de mismo autor [78r-v]. (Aparece erróneamente VI).

– Para la 7ª [78v-79r].

– Para la 8ª [79r-80r].

³ F. SALAS SALGADO, *op. cit.*, II, pp. 698-699.

⁴ P. LOZANO, *Colección de las partes más selectas de los mejores autores de pura latinidad con notas castellanas*, Madrid, Imprenta de don Ramón Verges, Mayo de 1831, 3 vols.

- Para la 9ª [80r-v].
- Para la 10ª [80v-81v].
- Para la Geórgica del mismo autor. Libro 1º [81v-85r].
- Para traducir a Salustio. Capítulo 1º [89r-90v].
- Para las Tristes de Ovidio [92r-95r].
- Para las Metamorfosis [95r-98r].
- Para Valerio Catulo [98r-v].
- Para Tibulo [98v-99r].
- Para Propercio [99r-100r].

- Cuaderno de Retórica [102r-138v]. (Especial interés tiene este cuaderno escrito en latín, de cuyo estudio me estoy ocupando, y que promete ser provechoso. A. Millares⁵ lo incluía como personal obra de Acosta, citando el manuscrito 10-2-28, de la Biblioteca Municipal de Santa Cruz de Tenerife, escrito por Antonio Pereira. Actualmente, debido a la revisión de catálogos, esta pequeña relación de Pereira ha pasado a denominarse «manuscrito nº 4». El título, según la portada, es *Continuación de los Escritores Canarios ó apendice á la Biblioteca citada por Viera en el tomo 4º., folio 514, y siguientes*. El texto dice: «Acosta y Brito (D. José) Maestro de Latini-//dad y Humanidades en la Villa de la Orotava, // y Beneficiado propio de la Parroquia de Concep-//cion de la misma. Escribió una «Retórica lati-//na» para la enseñanza de sus discípulos, que se conserva manuscrita, aunque su merito la ha-//ce digna de la luz pública». Bien podría ser ésta la Retórica mencionada o el manuscrito previo, como ya apuntara el Dr. Salas Salgado⁶).

- Algunos apuntes o Noticias de la Historia de las revoluciones de Roma [140r-144v].

- Cuaderno de Física que escribí en el Seminario [146r-158v]. (Es un texto latino escrito, como se indica en la portada, en 1787 y 88).

- Seremonias del Diácono y Subdiácono en la Misa [159r-164r].

⁵ *Op. cit.*, p. 18.

⁶ *Op. cit.*, I, p. 204.

- Casos de conciencia por Alfabeto [165r-200r].
- Instrucción sobre Indulgencias [206r-215v].
- Extracto de las Instituciones Teológicas de León [216r-238v]. (Texto latino).
- De la Justicia Cristiana [255r-263r].
- Principio de un suplemento a las instituciones de León [265r-271r].

NOTAS ACERCA DE LAS TRADUCCIONES CASTELLANAS DE TUCÍDIDES RECIENTEMENTE PUBLICADAS

LUIS MIGUEL PINO CAMPOS
Universidad de La Laguna

Son cinco las traducciones que de la obra de Tucídides han sido publicadas en España en el corto intervalo de los años 1988 a 1990, con las cuales se ha ampliado la oferta de lecturas que hasta ese momento se limitaba a dos:

1) La magnífica edición que el profesor Adrados había realizado en tres volúmenes en 1952-1955, luego revisada y corregida en una segunda edición de los años 1967-1973.

2) La traducción de Agustín Blánquez publicada en la editorial Iberia, colección Obras Maestras, Barcelona, 1963, en dos volúmenes, con unas notas prologales de Emiliano M. Aguilera.

Por orden cronológico las nuevas traducciones son:

a) La de Valentín Conejero Ciriza, en Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, [comienzos de] 1988, dos volúmenes.

b) La de Francisco Romero Cruz, en Cátedra, Letras Universales nº 97, Madrid, 1988.

c) La de Luis M. Macía Aparicio, en Akal, Akal/Clásica nº 12, Madrid, 1989 (con registro del año anterior).

d) La de Antonio Guzmán Guerra, en Alianza Editorial, El Libro de Bolsillo nº 1385, Madrid, 1989.

e) La de Juan José Torres Esbarranch, en Biblioteca Clásica Gredos nº 149, Madrid, 1990, de la que sólo ha aparecido el primer volumen con los libros I y II.

De acuerdo con el fin que cada una de ellas persigue podríamos dividir las en dos grupos: Uno, las que se han fijado como objetivo el ofrecer una lectura actualizada de la obra del historiador dentro de los planes de divulgación de las respectivas editoriales. Otro, las que además de lo anterior presentan un estudio introductorio amplio. En el primero situaríamos las ediciones de Romero, Macía y Guzmán, que tienen en común el que los traductores son al mismo tiempo los que han elaborado el estudio introductorio y las notas, y recogen los ocho libros de la Historia en un volumen; de ellos llama la atención el de Romero por cuanto no indica la edición del texto griego sobre el que ha realizado su traducción. En el segundo grupo estarían las ediciones de Conejero y Torres, las cuales se caracterizan por tener a un ilustre profesor como autor de la introducción, José Alsina Clota y Julio Calonge Ruiz, respectivamente, por constar de varios volúmenes y por pretender servir como complemento a los estudios universitarios. Prueba de esto son las trescientas (trescientas una en realidad) notas a pie de página que ilustran el magnífico estudio introductorio de Alsina o las mil seiscientas cincuenta y ocho notas que acompañan los dos primeros libros hasta ahora publicados de la traducción de Torres.

Es, sin embargo, Romero Cruz el único que cita la segunda traducción directa del griego al castellano que de la obra completa de Tucídides se ha hecho: la ya mencionada de Agustín Blánquez (cita anotada por López Férez; cf. *infra*), si bien Romero Cruz afirma que no ha tenido ocasión de examinarla.

Por otro lado, nos gustaría precisar una información que aparece en la página 100 de la introducción, excelente por cierto, del profesor Calonge. En concreto, respecto a la edición de Conejero se dice que éste no indica de qué texto ha elaborado su traducción. Pues bien, al comienzo de su primer volumen en la página anterior a la dedicatoria y antes de los datos del registro se señala que la traducción está hecha sobre el texto editado por H.S. Jones (Oxford, Clarendon Press).

Hemos leído reiteradamente citada la traducción de Diego Gracián (Salamanca 1564), de la que, a pesar de lo expuesto por Adrados en su Introducción a Tucídides (Librería y Casa Editorial Hernando, S.A., Madrid, 1967², pg. 72), hoy se acepta la interpretación dada por Lasso de la Vega (*EClás.*, 6 (1961-1962), pg. 494), en el sentido de que tal traducción no estaba hecha directamente del griego sino, probablemente, de una versión francesa. Reeditada por la Biblioteca Clásica en 1889, según recoge Adrados en la pg. 72 de su introducción, no hemos visto, sin embargo, en ninguna de las obras consultadas, que se cite la segunda edición publicada por la misma Biblioteca Clásica, tomos CXX y CXXIII, en 1924, en Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, ni entendemos por qué Biblioteca Clásica Hernando no ha recogido en las posteriores ediciones de Tucídides, realizadas ya por el profesor Adrados, el hecho de que era la segunda ocasión en la que dicha editorial publicaba una traducción del historiador ateniense.

Ausencia, lamentable en todo caso, es también el que no se hubiera indicado por parte de la Biblioteca Clásica quién era el autor de la Introducción de aquel primer texto (salvo que se haya de entender que se trata del mismo autor de la traducción) y quién (si se tratara de distinta persona) es el autor de las enmiendas introducidas al texto original de Diego Gracián, puesto que se anuncia en la portada «Historia de la Guerra del Peloponeso, escrita por Tucídides, traducida del griego por Diego Gracián y enmendada la traducción».

Igualmente, el texto de Diego Gracián aparece reproducido en la edición colectiva de *Historiadores griegos: Heródoto, Tucídides y Jenofonte*, con prólogo de Martín Alonso, publicada en E.D.A.F., Madrid, 1968, pgs. 767-1458, dato que únicamente hemos visto apuntado en la bibliografía específica del manual *Historia de la Literatura Griega*, coordinado por J.A. LOPEZ FERREZ, pg. 567 (Madrid, Cátedra, 1988).

Si bien no concierne directamente a las ediciones objeto de este breve comentario, es necesario indicar que la Introducción presentada por el profesor Alsina ha aparecido reproducida íntegramente en la revista *Anthropos*, Suplementos nº 20, 1990, pgs. 28-64, precedida de una advertencia preliminar. Se echa en falta, y es éste el objeto de esta nota, la información de que tal estudio de Tucídides ya ha sido anteriormente publicado, precisamente en una traducción del historiador griego, que,

por cierto, ni se menciona. Los únicos cambios que se observan son que las notas aparecen al final del artículo (como es costumbre en esta revista) y no a pie de página, que la nota 65 (bis) de la edición de 1988 ha pasado a ser la 66, corriendo sucesivamente el número de las siguientes, y que al final del trabajo se ha suprimido el lugar y fecha de su conclusión (Ripoll, julio-agosto de 1984).

RESEÑAS

RESERVAS

ALDAMA, A.; ROVIRA; M^a; ZAPATA, A., *Introducción a la historiografía latina. Textos para su lectura*. Madrid, Palas Atenea, 1989, 367pp.

He aquí una nueva antología que pondrá al lector en contacto con la historia de Roma a través de sus textos por medio de un análisis diacrónico de la historiografía latina.

Este libro consta de dos partes fundamentales; una primera, cuyo título coincide con el de la obra en general. Nos proporciona, como señalan sus autoras en el proemio, «noticias sobre los autores de relatos históricos de diverso tipo y época»; realizando, efectivamente, un recorrido desde las primeras manifestaciones gráficas, —de las que pueden extraerse datos para la elaboración de una historia de Roma— hasta el siglo IV, pasando por los nombres más relevantes de la historiografía latina, así como por sus obras.

La segunda parte, titulada «Textos para su lectura y comentario», nos ofrece una visión sobre algunos aspectos importantes de la historia de Roma a través de sus textos. Está dividida en varios apartados que se refieren a la fundación de Roma, a sus instituciones, a su organización militar y a algunas de sus figuras más representativas, pretendiendo «agrupar opiniones o enfoques diversos sobre un mismo hecho».

La selección de textos no sigue la cronología de la primera parte, al enfocarse hacia una lectura directa de los mismos, —sin que medie una traducción— y hacia personas sin amplios conocimientos de latín. Se han elegido aquellos textos que por su grado de dificultad estuvieran más al alcance del lector, al que se ayuda con abundantes notas y comentarios. Estos textos irán aumentando su complejidad paso a paso.

Se culmina esta obra con una sucinta bibliografía de carácter general acerca de los temas tratados, proporcionando una llave para consultas más detenidas y especializadas.

Creo que esta obra cumple los objetivos propuestos, que sus autoras resumen al final del proemio: «El contenido de este libro no es más que una iniciación, un llamamiento para que el lector pueda convertirse en estudioso de la historiografía latina, si toma y sigue el hilo conductor que la introducción a los autores de obras historiográficas, la selección de textos agrupados y comentados y la bibliografía complementaria, le proporcionan».

MARÍA DEL SOCORRO PÉREZ ROMERO

BENEDETTO, A. di, *Studio su Orazio Satiro*. Napoli, Fratelli Conte Editori, 1979, 149 pp.

El profesor Andrea di Benedetto estuvo sucesivamente impartiendo su magisterio en lengua latina y griega desde 1949 en Salerno, Nápoles y Amalfi. Durante largos años ha estudiado la comedia de Terencio y la sátira de Horacio. Como fruto de sus investigaciones ha publicado diversos trabajos entre los que se destaca: *Studio su Orazio Satiro*.

Dicho trabajo queda dividido en cuatro partes de desigual extensión y contenido, puesto que fueron escritas independientemente y publicadas en momentos diferentes.

En el primer artículo establece relaciones especialmente entre Lucilio y Horacio. Para ello partirá de la obra de G. C. Fiske, *Lucilius and Horace*, haciendo hincapié no en las coincidencias, sino en las diferencias de forma y contenido entre ambos autores.

En el segundo documenta con numerosos ejemplos la influencia de los Yambos de Calímaco en los Épodos y en las Sátiras de Horacio, evidenciando la carencia de un estudio exhaustivo sobre el hexámetro horaciano.

El tercer ensayo aborda la interpretación y valoración desigual que los críticos, especialmente alemanes, han dado a la Sátira I, 7: valor poético, fecha de composición y carácter de la misma.

Por último, se cierra la obra con una completísima relación de los diversos estudios, ampliamente comentados por el autor, sobre la sátira horaciana entre 1959 y 1979, clasificándolos por temas: 1º Relación Horacio-Lucilio, naturaleza y características de la sátira horaciana. 2º Componentes literarios y filosóficos de la Sátira. 3º Cronología, composición y estructura de la Sátira. 4º Lengua, estilo y métrica. 5º Estudios sobre cada sátira.

Trabajo, en conclusión, bien hecho y documentado, de gran utilidad para el filólogo por su carácter orientativo a través del minucioso examen crítico de la bibliografía que ofrece en la última parte.

CAROLINA REAL TORRES

BILE, MONIQUE, *Le dialecte crétois ancien. Étude de la langue des inscriptions. Recueil des inscriptions postérieures aux IC*. París, École Française d'Athènes, 1988, 405 pp. y VIII Láminas.

En este estudio, presentado como tesis de doctorado, se realiza con rigor una detallada descripción e interpretación del dialecto cretense considerado en sí mismo, es decir, tal como se presenta en las inscripciones dialectales. Esta monografía de M. Bile se sitúa en el contexto de las más recientes investigaciones en el campo de la dialectología griega que tienen por objeto ir reexaminando cada dialecto a la vista de todos los nuevos hallazgos epigráficos y nuevas lecturas del material conocido, y de los nuevos planteamientos teóricos de la lingüística y la dialectología.

Con este objetivo de contribuir a una puesta al día del conocimiento de cada dialecto se han realizado en los últimos años excelentes monografías presentadas como tesis doctorales. Por ejemplo, cabe señalar dentro de la escuela francesa los importantes trabajos de Cl. Brixhe, *Le dialecte grec de Pamphylie*, París 1976, y de K. Dobias-Lalou, *Recherches sur le dialecte des inscriptions grecques de Cyrene*, tesis doctoral inédita, París 1988, y en nuestro país las obras de J.J. Moralejo Alvarez, *Gramática de las inscripciones délficas (Fonética y Morfología)*, Santiago de Compostela 1973, A. Lillo Alcaraz, *El dialecto arcadio: Gramática y estudio de rasgos dialectales*, Salamanca 1979, M^a J. García Blanco, *Gramática de las inscripciones eleas (Fonética y Morfología)*, tesis inédita, Santiago de Compostela 1980, M^a P. Fernández Alvarez, *El argólico occidental y oriental en las inscripciones de los siglos VII, VI y V a.C.*, Salamanca 1981, J. Méndez Dosuna, *Los dialectos dorios del Noroeste. Gramática y estudio dialectal*, Salamanca 1985, M^a Luisa del Barrio Vega, *El dialecto de Eubea*, Madrid 1986, L. Martín Vázquez, *Inscripciones rodias*, Madrid 1988, R.M^a García del Pozo, *Las inscripciones del locrio occidental*, Memoria de licenciatura inédita, Madrid 1983. Un estudio descriptivo sobre la fonética y morfología del dialecto cretense, no citado en la Bibliografía por M. Bile fue realizado por J.A. López Valverde, *Fonética y morfología de las inscripciones cretenses (Desde el s. VII hasta el a. 450)*, Memoria de licenciatura inédita, Madrid 1975, a quien se deben en parte las referencias cretenses recogidas en el *Diccionario Griego-Español*, del que el autor fue colaborador.

La autora de la obra que comentamos es ya bien conocida por trabajos recientes en el campo de la dialectología griega en general y del dialecto cretense en particular, como, por ejemplo, «La phonologie vocalique et le problème des infinitifs en Crétois Central», *BSL* 70, 1975, pp. 163-178, «Système de parenté et systèmes matrimoniaux à Gortyne», *Verbum* 3, 1980, pp. 1-21, «Le vocabulaire des structures sociales dans les Lois de Gortyne», *Verbum* 4, 1981, pp. 11-

45, y junto con Cl. Brixhe y R. Hodot, «Les dialectes grecs, ces inconnus», en *BSL* 79, 1984, pp. 155-203.

El libro comienza con un Prólogo de una página que nos parece significativa (p.7). En él se expone el hecho que suscitó en la autora su interés por el dialecto cretense, esto es, la espléndida edición de R.F. Willetts en 1967 sobre la Ley de Gortina (*The Law Code of Gortyn*, Berlín), que —como acertadamente afirma Bile— hizo renacer el interés de los investigadores sobre este texto tras el prolongado silencio que sucedió al florecimiento de estudios que aparecieron en los primeros años tras su descubrimiento por F. Halbherr en 1884 (publicada por primera vez en 1885 por E. Fabricius en *Ath. Mitt.* 9, pp. 363-384, y por D. Comparetti en *Mus.It.* 1, pp. 233-252). Asimismo, M. Bile expresa su reconocimiento y agradecimiento a una serie de filólogos, especialmente a los mentores de su tesis, Claude Brixhe y Olivier Masson.

A continuación aparece una Introducción (pp.9-71), que comprende cinco apartados. En el primero, «La noción de cretense», M. Bile rechaza la tripartición del dialecto cretense hecha por E. Kieckers (*Die lokalen Verschiedenheiten im Dialekte Kretas*, Marburgo 1908) en Cretense Central, Cretense Occidental y Cretense Oriental y adoptada desde entonces como se observa, por ejemplo, en la edición de las inscripciones cretenses de M. Guarducci (*Inscriptiones Creticae*, 4 Vols., Roma 1935-1950). M. Bile, basándose fundamentalmente en razones referentes a la geografía de la isla y a la repartición de los documentos en el tiempo y en el espacio, prefiere hablar simplemente de cretense por considerar que en el estado actual de nuestra documentación la tripartición tradicional es engañosa. Ahora bien, consideramos por nuestra parte que esta cuestión requeriría un análisis más matizado fundamentado en el estudio comparativo de los testimonios epigráficos de las diferentes zonas más que en argumentos externos como los aducidos principalmente por Bile. El segundo apartado, «Lingüística e historia», se refiere a las estrechas relaciones que existen entre la lengua y la historia, y que permiten explicar no pocos aspectos oscuros de los hechos lingüísticos. El tercer apartado, «Bibliografía», recoge una breve selección de obras y artículos, a lo que sigue una relación de estudios comentados sobre la Ley de Gortina. En el cuarto apartado, «Apéndice epigráfico», se recogen las «Nuevas lecturas» de los textos cretenses ya conocidos y un «Complemento epigráfico» de las nuevas inscripciones publicadas con posterioridad a la edición de Guarducci (*I.C.*). Este *corpus* está formado por 119 textos acompañados de traducción y de una nota a modo de lema en la que la autora intenta ofrecer la mayor información posible. Respecto a este suplemento epigráfico M. Bile advierte que recoge sólo las inscripciones que presentan un interés dialectal. Así, observamos que se excluyen los textos en *koiné*, que —como señala correctamente la autora (p. 28 nota 2)— no aportan nada al conocimiento del dialecto, y las inscripciones en

verso a excepción de la inscripción N° 35 que M. Bile presenta en prosa (para esta inscripción métrica, cf. recientemente P.A. Hansen, *Carmina Epigraphica Graeca Saeculi IV a. Chr. n.*, Berlín 1989, p. 251 N° 846 y la inscripción N° 56, un epigrama constituido por un díptico elegíaco seguido de tres líneas en prosa. Por consiguiente, se trata de un Suplemento epigráfico a *I.C.* incompleto como tal ya que para su establecimiento se sigue un criterio dialectal y no epigráfico. Actualmente se encuentra en estado de realización por mi parte la elaboración de una «Nueva *sylloge* epigráfica de Creta. Suplemento a las *Inscriptiones Creticae* de M. Guarducci», como Proyecto de Investigación financiado para tres años por la DGICYT del Ministerio de Educación y Ciencia de nuestro país, lo que es de esperar que cubra esta laguna existente sobre la existencia de un *Corpus* que reúna todo el material epigráfico encontrado con posterioridad a *I.C.* y que actualmente se encuentra en parte recogido en el *Supplementum Epigraphicum Graecum* y en parte disperso. La Introducción finaliza con un quinto apartado de «Observaciones generales», en las que se incluyen diversas abreviaturas y reglas seguidas por la autora en la utilización de los textos.

El libro propiamente dicho se compone de siete capítulos: 1. El Alfabeto (pp. 73-78) 2. Fonética y Fonología (pp. 79-160), 3. Morfología (pp. 161-246), 4. Sintaxis (pp. 247-315), 5. El Léxico (pp. 317-363), 6. Conclusión (pp. 365-670), y 7. Índice general (pp. 371-397), que incluye «Los nombres propios» (pp. 371-378), «Otras palabras» (pp. 378-394), e «Índice analítico francés» (pp. 395-397). Ocho láminas con treinta y una fotografías de inscripciones completan el volumen.

Para su estudio M. Bile establece tres grupos de inscripciones que responden a tres cortes cronológicos, a saber: a) época arcaica (s. VII y VI a.C.), b) época clásica (s. V y IV a.C.), y c) época helenística (s. III, II y I a.C.). A la rigurosa descripción e interpretación de los hechos dialectales siguen en cada uno de los apartados un capítulo de conclusiones en el que se ofrece una visión general de los fenómenos lingüísticos analizados.

Es de agradecer que M. Bile incluya con buen criterio en su monografía un capítulo sobre la Sintaxis y otro sobre el Léxico, lo que no suele ser desafortunadamente habitual en este tipo de estudios. Ciertamente, el estudio de la sintaxis en los dialectos griegos —a pesar de las dificultades con que se tiene que enfrentar quien intenta aplicarla a las inscripciones por el estado fragmentario de no pocos textos— se ha mostrado interesante como hemos demostrado, por ejemplo, en nuestro trabajo *Estudio sobre las preposiciones en el dialecto cretense*, Tesis doctoral inédita, Salamanca 1983.

Respecto al léxico, M. Bile agrupa, en la medida de lo posible, los términos por campos semánticos: 1. La economía, 2. El parentesco, 3. Las estructuras so-

ciales, 4. La justicia y 5. La religión. Asimismo, la autora intenta tener en cuenta la frecuencia de uso de las palabras indicando el número de ocasiones en las que el término en cuestión ha sido documentado, o bien, cuando supera los diez ejemplos, poniendo la indicación *passim*. Este capítulo sobre el léxico constituye sin duda una valiosa aportación para el conocimiento tanto de la lengua cretense como de las instituciones de las ciudades cretenses, especialmente Gortina. Téngase en cuenta en este sentido que el léxico ha sido un tema de estudio generalmente olvidado por los dialectólogos, que en el mejor de los casos le dedican algunas pocas páginas en un capítulo de «Términos más significativos». Así, en F. Bechtel, *Die Griechischen Dialekte* (Berlín 1921-1924) II, pp. 776-795, se recoge un buen número de términos cretenses entre los que se incluyen las glosas. En fin, este capítulo de M. Bile sobre el léxico está concebido por la autora como una primera aproximación sistemática que le servirá de base para un posterior trabajo más profundo sobre el vocabulario cretense (p.14).

En suma, con la presente monografía M. Bile nos ofrece una rigurosa e importante obra sobre el dialecto cretense merecedora de los mejores elogios

ÁNGEL MARTÍNEZ-FERNÁNDEZ

BRAVO LOZANO, M., *Guía del Peregrino Medieval («Codex Calixtinus»)*. Introducción, traducción y notas. Sahagún, Centro de Estudios del Camino de Santiago, 1989, 166 pp. +16 láminas + 2 mapas y 2 ilustraciones

Varias han sido ya las ediciones en tan poco tiempo de esta singular obra, traducida del latín al castellano, por el catedrático de la Universidad de Valladolid, Millán Bravo Lozano. Aparece muy a propósito, con el fin de invitarnos a redescubrir las señas de identidad de Europa, el «Camino de Santiago». El Consejo de Europa lo declaró en 1988 «Primer Itinerario Cultural Europeo».

El «Codex calixtinus» o «Liber Sancti Iacobi» es un bello manuscrito, conservado en la catedral de Santiago, cuyo libro V se denomina «Liber Peregrinationis». De todo él, existe una traducción de A. Moralejo, C. Torres y J. Feo: *Liber Sancti Iacobi. Codex Calixtinus*, Santiago de Compostela MCMLI. También recientemente publicó en colaboración M.C. Díaz y Díaz un excelente trabajo: *El Códice calixtino de la Catedral de Santiago. Estudio codicológico y de contenido*, Santiago, 1988.

Necesaria era, pues, una nueva traducción. La presente es muy esmerada, con numerosas notas y alusiones a la bibliografía anterior.

«Se trata de un breve tratado, mezcla de relato de viaje, libro de consejos morales, y guía del peregrino jacobeo. Es el primer libro de viaje-guía del peregrino jacobeo que se nos ha conservado...» p. 7.

Aymeric Picaud, oriundo de Parthenay (en el Poitou), y capellán de Vézelay, pudo ser el «recopilador» y más probablemente sea el autor de todo el «Codex». Se puede establecer con cierta seguridad el año de 1160 como el de la «compilación».

Su lectura resulta un gratísimo entretenimiento, el placer de viajar con Aymeric. En el sumario se dan a conocer los once capítulos, de extensión muy desigual, cuyo solo título (I: Los itinerarios hacia Santiago, II: Las jornadas del Camino de Santiago, III: Los nombres de las villas del Camino de Santiago, IV: Los tres hospitales del mundo, V: Nombres de algunos restauradores del Camino de Santiago, VI: Ríos buenos y malos en el Camino de Santiago, VII: Nombre de las regiones y características de las gentes del Camino de Santiago, VIII: Cuerpos de Santos que descansan en el Camino de Santiago y que han de visitar los peregrinos, IX: Características de la ciudad y basílica de Santiago apóstol en Galicia, X: Número de los canónigos de Santiago, XI: De la acogida que hay que brindar a los peregrinos de Santiago) sitúa ya al lector en la vieja calzada de los peregrinos, describiendo con tanto mimo y detalle paisajes y comarcas, villas y pueblos, ríos y puentes, monasterios y hospitales. Pero especial interés demuestra Aymeric al describir y calificar a los diversos pueblos que atraviesan el Camino hasta Compostela.

Añadida la cuidada presentación y pequeño tamaño, junto a los mapas y láminas, se convierte esta «Guía del Peregrino Medieval» en el solaz del moderno peregrino y del caminante que cada uno es.

RICARDO MARTÍNEZ ORTEGA

CARRERA DE LA RED, A., *El «Problema de la lengua» en el Humanismo renacentista español*. Secretariado de publicaciones de la Universidad de Valladolid, 1988, 194 pp.

Non multa, sed multum podría ser el lema con que definiéramos el libro que la Dra. Carrera de la Red nos presenta sobre la «problemática» que, en buena

parte del XV y del XVI, dominaba el panorama cultural europeo: la pervivencia de una lengua de prestigio, el latín, con la lengua cotidiana, el romance. Y lo hace centrándose en la opinión de los humanistas. Claro está que sin esbozar un panorama general del «problema de la lengua», no es posible establecer influencias ni mucho menos hacer una valoración. Es por eso que estructura su trabajo —creemos que de una manera feliz— en dos partes, imprescindible la primera para adentrarse en la segunda y que son: 1ª) Presupuestos históricos culturales del problema de la lengua. Precedente medieval y primer renacimiento europeo. 2ª) El «problema de la lengua» en el humanismo renacentista español.

Efectivamente, poco menos de 50 páginas (divididas en cinco apartados) son las dedicadas por la Dra. Carrera de la Red a ofrecer el panorama europeo con respecto al tema elegido (la primera parte). Vemos así que tras el período de crisis que supone la Edad Media para el latín, donde el sistema educativo no favorecía en nada el aprendizaje de esta lengua, los humanistas de finales del XIV y principios del XV, partiendo del paradigma lingüístico que subyace en la mayoría de sus planteamientos y que responde al siguiente esquema,

Latín clásico	
Latín humanístico	vulgar humanístico
	Vulgar medio
Latín escolástico	«Sermo cotidianus»

se dedicaron a dos tareas principales: 1) a elevar al latín a una categoría superior (destacando Petrarca y los *Elegantiarum linguae latinae libri IV* de Lorenzo Valla); y 2) potenciar su lengua materna, a raíz de las reflexiones que se hicieron sobre su uso (Bruni, Biondo, Boccaccio) las cuales dieron lugar a considerar el vulgar como un latín transformado al que no se le debe considerar inferior por naturaleza.

La generación de humanistas que vino después (Bembo, Erasmo, Vives, Latomus, Budé), impulsores de un humanismo más crítico y reflexivo, son los «culpables» de propiciar, en parte, el triunfo de un vulgar humanístico que se va imponiendo en perfecta conformidad con los presupuestos de los humanistas. Fue el momento de la regularización y normalización ortográficas del vulgar a las que contribuyó en gran medida la traducción de la Biblia.

Partiendo de esta panorámica general, se ocupa —como dijimos, ya en la segunda parte de este estudio— de reflejar si existió como tal, el problema de la lengua en España. Para ello intenta, en un primer momento, ver si se restauró la *latinitas* en suelo español (cap. 1 (pp. 51-107): *Latín medieval frente a latín clásico ¿Se restauró la Latinitas en España?* que divide en cuatro apartados). De esta ma-

nera partiendo del panorama prehumanístico del XV, donde la poca afición a las letras y la mediocridad de los latinistas de ese momento eran hechos que no escaparon a los ojos de los europeos (v.g. Francisco Guicciardini), se centra especialmente en las dos figuras impulsoras de la restauración y renovación de la sociedad y la cultura a través de la educación y la ciencia en la España de ese momento, Nebrija y el Cardenal Cisneros. El resultado no se hizo esperar: la recuperación del latín se hizo evidente debida a la aceptación de la corriente ciceroniana en el latín y de una pedagogía más accesible. El fin último de aquéllos (a los que habría que añadir a Maldonado, Vives y Sepúlveda) era adquirir esa dignidad que sólo —pensaban— se podría conseguir a través de la elocuencia y de la lengua.

En lo que se refiere al otro capítulo que conforma esta segunda parte (pp. 107-166) y que titula *Latín humanístico-vulgar medio-vulgar humanístico. Humanismo lingüístico hispano* (dividido en cuatro apartados) lo consagra Carrera de la Red al otro miembro de la dicotomía: al vulgar. Tres factores favorecen el avance del mismo: un influjo italianizante, la idea de la «lengua como compañera del imperio» y el impulso del romance, en su vertiente espiritual a partir de la filosofía erasmista, donde, al igual que ocurría en Europa, tiene especial incidencia la traducción de la Biblia. De este modo se pudo lograr en España una lengua expresiva y apta para cualquier materia, especialmente en el último cuarto del siglo XVI. Es en ese momento cuando se puede hablar en España sin titubeos de una cultura humanística en romance con figuras como el Brocense, Fray Luis de León, Ambrosio de Morales, Huarte de San Juan y Fdo. de Herrera.

La misma autora, en sus consideraciones finales, se encarga de sintetizar este panorama diciendo que «... sobre el modelo del latín de época clásica se elaboran para la expresión literaria y cultural, un latín y un vulgar humanísticos, distanciados del latín escolástico y del «sermo cotidianus», y enlazados por el vulgar medio, del que, salvo en contadas ocasiones, se sirven los humanistas en la vida diaria» (p. 167).

En resumidas cuentas, una obra bien estructurada, y lo que es más, ampliamente documentada (la bibliografía en verdad abruma), donde se han escapado algunos deslices, en definitiva de imprenta (cf. p. 32 *civil* por *civili* en *qui student iuri ciuili*; p. 50 *permtirá* por *permitirá*; algunas frases que no entendemos como en p. 42 *Lutero, que no es ni filológico, ni purista...*) y que sirve de punto de partida para un estudio pormenorizado de la postura lingüística de nuestros humanistas, para quienes, como señala al final, «la lengua fue un problema».

FRANCISCO SALAS SALGADO

Cretan Studies. Vol. I. Edited by W. F. Bakker, C. Davaras, R.F. Willetts. General Editor, A. M. Hakkert. Amsterdam 1988, 270 pp. y LXXII láminas.

Este es el primer volumen de una nueva revista internacional, *Cretan Studies*, que aparece con unos objetivos claramente definidos. Como afirma R.F. Willetts en «Una Nota de Introducción», con esta publicación se pretende establecer un foro de información, de análisis, de discusión y de interpretación sobre las numerosas facetas de realización de la isla de Creta durante el inmenso período de tiempo comprendido desde la Prehistoria hasta la ocupación turca. Es bien cierto que los descubrimientos nuevos y menudo espectaculares que se han realizado en los últimos cien años han suscitado un duradero interés sobre la investigación de los hechos cretenses, a lo que cabe añadir que no pocos de los nuevos hallazgos han repercutido con nuevos exámenes en los pasados descubrimientos, arqueológicos, epigráficos, lingüísticos, religiosos, artísticos, prehistóricos e históricos. De ahí surge, pues, la necesidad de crear una publicación periódica como la que ahora comentamos que trata de servir de medio de divulgación de los recientes resultados unidos a unas más maduras reflexiones.

Cabe señalar a este respecto que en las últimas décadas el interés sobre Creta se ha visto notablemente incrementado tanto en los dominios de las diferentes disciplinas de investigación como en las distintas épocas de su historia. Una buena muestra de ello son los *Congresos Internacionales de Estudios Cretenses* que se celebran en Creta cada cinco años desde 1961. Ahora bien, la mayor parte de todos estos trabajos que se vienen realizando sobre la Antigua Creta se encuentran en revistas difíciles de conseguir, incluso para el especialista en los temas cretenses. Por todo ello consideramos que, en un momento como el presente en el que los estudios referentes a Creta conocen una notable expansión, no puede uno más que alegrarse como especialista de la Antigua Creta al ver aparecer esta Revista de fácil acceso que contribuirá sin duda a un mejor conocimiento de la historia de Creta en el período de tiempo mencionado en el que la isla ha contribuido tan significativa y continuamente.

Este volumen recoge veinte trabajos, algunos de los cuales fueron presentados —como declaran expresamente sus autores (*vid.*, p. ej., pp. 73, 157 y 227)— en el VI Congreso Internacional de Estudios Cretenses celebrado en La Canea entre el 24 y 31 de agosto de 1986.

La mayor parte del volumen se dedica a estudios sobre diferentes aspectos de la Edad del Bronce. Así, J. Best, «The Correspondence on the Phaistos Disc», pp. 25-33; Philip P. Betancourt y C. Davaras, «Excavations at Pseira», pp. 35-37; S. Damiani Indelicato, «Were Cretan Girls playing at Bull-Leaping?», pp. 39-47; C. Davaras, «Ένα παλαιοανακτορικό πρίσμα από το Σπήλαιο Γεροντο-

μουρί Λασιθίου», pp. 49-55; Henri van Effenterre, «La Crete serait-elle une terre de colonisation?», pp. 73-82; E. Hallager, «Khania and Crete ca. 1375-1200 B.C.», pp. 115-124; J.T. Hooker, «The varieties of Minoan Writing», pp. 169-189; M. Popham, «The historical implications of the Linear B Archive at Knossos dating to either c. 1400 BC or 1200 BC», pp. 217-227.

El dominio de la Creta arcaica, clásica y helenística está representado por los estudios de N. Allegro y M. Ricciardi, «Le fortificazioni di Gortina in età ellenistica», pp. 1-16; A. Panagopulo, «ο Αριστοτέλης για την Κρήτη», pp. 191-203; R.F. Willetts, «Economy and Society (with particular reference to Western Crete)», pp. 257-269. Sobre algunos aspectos del dialecto cretense se ocupa Y. Duhoux, «Les elements grecs non doriens du crétois et la situation dialectale grecque au IIe millenaire», pp. 57-72. De la Creta bajo el imperio romano versa el trabajo de G. W. M. Harrisson «Background to the first century of Roman rule in Crete», pp. 125-155. Sobre la toponimia cretense trata el artículo de P. Faure, «Cités antiques de la Crète de l' Ouest», pp. 83-96.

Por último, señalemos que una buena parte de la revista se dedica al estudio de diversos aspectos de la literatura creto-veneciana. Así, W.R. Bakker, «η γλώσσα των συμβολαιογραφικών πράξεων του Μανόλη Βαρούχα», pp. 17-24; A.F. Van Gemert, «ο κρητικός ποιητής περ Αντρέας Σκλέντζας», pp. 97-113; D. Holton, «Πώς οργανώνεται ο Ερωτόκριτος ;», pp. 157-167; D. M. L. Philippides, «Rhyming patterns in the *Erotokritos* and *The Sacrifice of Abraham*: a preliminary investigation», pp. 205-216; W. Puchner, «Η ειρωνεία στον Χορτάτση», pp. 229-237, y D. Ricks, «The style of *Erotokritos*», pp. 239-256.

ÁNGEL MARTÍNEZ-FERNÁNDEZ

EFFENTERRE, HENRI VAN, *Cretica Selecta*. I. *Minoica*. II. *Graeca et Romana*. Amsterdam, Adolf M. Hakkert, 1990, 883 pp., 2 Vols. en 1.

Esta obra, editada por Adolf M. Hakkert a quien se debe la publicación en los últimos años de no pocos trabajos sobre la Antigua Creta, nos ofrece reunidos en dos volúmenes un buen número de artículos del ilustre filólogo francés profesor emérito en La Sorbona Henri van Effenterre ya publicados por el autor a lo largo de casi medio siglo de trabajo en numerosas revistas especializadas y publicaciones de diversas índole. Aunque es bien cierto que una buena parte de

los estudios reunidos en estos dos volúmenes eran ya familiares, debido a su gran importancia, para los estudiosos de los temas cretenses, no es menos cierto que la edición de este libro permite, sin duda, la lectura ininterrumpida de un número considerable de artículos que se encontraban dispersos y en no pocos casos en publicaciones muy poco asequibles para el helenista en general.

El libro comienza con una serie de varios apartados con los que el autor intenta completar esta reimpresión. Así, al mero Índice de materias (pp. V-XI) siguen los apartados siguientes: una sucinta puesta al día bibliográfica sobre los artículos recogidos (pp. XIII-XIX), una breve referencia de Abreviaturas utilizadas (p. XXI), un Índice de las inscripciones publicadas por primera vez por el propio autor y otro de las inscripciones estudiadas (pp. XXIII y XXIV respectivamente), y por último las *Corrigenda* a los dos volúmenes (p. XXV).

En el primer volumen se recogen treinta y tres artículos que tratan sobre distintos aspectos de la Creta minoica y micénica (I. *Minoica*, pp. 1-378), y, aunque ninguno de ellos carece de interés, cabe destacar los títulos siguientes: «Un voyage archéologique en Crète» (1957), pp. 18-27; «Découvertes en Crète (août-septembre 1956): sur un pot du type de Chamaizi avec inscription hiéroglyphique» (1957), pp. 29-32; «Mallia, cité minoenne» (1963), pp. 44-53; «Politique et religion dans la Crète minoenne» (1963), pp. 73-90; «Voies et places publiques au Nord-Ouest du palais de Mallia» (1963), pp. 91-113; «La Crète ancienne et la royauté» (1967), pp. 153-157; «Téménos» (1967), pp. 171-180; «Un *lawagétas* oublié» (1968), pp. 181-186; «Jatte minoenne a décor pisciforme provenant de Mallia» (1976), pp. 211-218; «*Laos, laoi et lawagétas*» (1977), pp. 226-245; «Jalons pour une nouvelle histoire des Premiers Palais» (1980), pp. 253-267; «Analyse descriptive des sceaux créto-mycéniens (Premiers résultats et essai traitement par l'informatique)» (1981), pp. 269-292; «Terminologie et formes de dépendance en Crète» (1982), pp. 305-314; «Matériel inédit des premières fouilles au palais de Mallia» (1982), pp. 318-353. Respecto a las fechas que indicamos entre paréntesis para cada artículo, nos referimos en cada caso al año de publicación. Por lo demás, cabe señalar que no se entiende bien la inclusión en este volumen del artículo N° 21 «A propos du serment des Drériens» (1937), pp. 219-224, que debería figurar a nuestro juicio en el volumen siguiente.

En el segundo volumen se reúnen veinte y seis artículos sobre la Creta de época arcaica, clásica y helenística, y sobre la Creta romana (II. *Graeca et Romana*, pp. 379-834), y cuyos títulos he aquí: A) Para los estudios de la primera parte, 1. «Recherches à Dréros, I» (1937), pp. 381-408; 2. «Recherches à Dréros, II» (1937), pp. 409-424; 3. «Querelles Crétoises» (1942), pp. 425-449; 4. «Documents éditaires de Lato» (1943), pp. 451-463; 5. «Inscriptions archaïques crétoises» (1946), pp. 464-483; 6. «Une bilingue étéocrétoise» (1948), pp. 485-

492; 7. «Fortins crétois» (1949), pp. 493-506; 8. «Un sèkôma crétois» (1960), pp. 507-515; 9. «Pierres inscrites de Dréros» (1961), pp. 516-540; 10. «Les frontières de Lato» (1969), pp. 541-591; 11. «Traité attalides avec des cités crétoises» (1969), pp. 593-618; 12. «Le contrat de travail du scribe Spensithios» (1973), pp. 619-634; 13. «Inscription funéraire métrique de Lato» (1974), pp. 635-643; 14. «Demeter on a Knossian ring-inscription» (1977), p. 645; 15. «Le statut comparé des travailleurs étrangers en Chypre, Crète et autres lieux à la fin de l'archaïsme» (1979), pp. 647-661; 16. «Le droit et la langue à propos du Code de Gortyne» (1981), pp. 663-676; 17. «Base inscrite de Kydonia» (1983) pp. 677-691; 18. «Le problème des institutions doriennes» (1985), pp. 693-712; 19. «Nouvelles inscriptions archaïques de Crète centrale» (1985), pp. 713-723; 20. «Nouvelles lois archaïques de Lyttos» (1985), pp. 725-756; y B) Para los estudios sobre la Creta romana, 21. «La basilique paléochrétienne de Poros» (1941), pp. 757-765; 22. «Un règlement d'époque romaine sur les bains d'Arkadès» (1973), pp. 767-778; 23. «Tibère et la Crète» (1976), pp. 779-788; 24. «Le sarcophage attique à guirlandes de Mallia» (1976), pp. 789-817; 25. «Préliminaires épigraphiques aux études d'histoire du droit grec» (1982), pp. 819-826; 26. «Pieux flâneurs ou rescapés?» (1949), pp. 827-833.

El libro termina con unos Índices sobre los dos volúmenes que facilitan en gran manera su consulta, a saber: a) Principales temas abordados, pp. 835-838; b) Nombres de autores modernos, pp. 839-858; c) Nombres de dioses, de héroes y de personas de la Antigüedad, pp. 859-867; d) Nombres de lugares, pp. 869-880; y e) Palabras griegas estudiadas, pp. 881-883.

Hemos observado una errata insignificante en p. XXIII «Pp. 16 sq. Graffiti d' Olonte», donde debe decir «Pp. 15 sq. Graffiti d' Olonte».

Se trata, pues, de una excelente obra de recopilación cuyos méritos son innegables.

ÁNGEL MARTÍNEZ-FERNÁNDEZ

FAURE, PAUL, *Recherches de Toponymie Crétoise. Opera Selecta*. Amsterdam, Adolf M. Hakkert Editeur, 1989, VIII y 454 pp.

En este libro recoge el profesor Paul Faure dieciséis artículos publicados entre 1959 y 1984 sobre diversos aspectos de la toponimia de Creta. La publicación de esta obra resulta de gran utilidad para los estudiosos de la toponimia griega y

cretense, ya que la mayoría de estas publicaciones se encontraban en revistas de difícil acceso para el filólogo.

El primer artículo, «La Crète aux cent villes», publicado en *Κρητικά Χρονικά* 1959, pp. 171-217, el más antiguo de los incluidos en la obra, se completa con otros dos aparecidos unos años después: el segundo, «Sept Nouvelles Villes de la Crète antique», *Κρητικά Χρονικά* 1965, pp. 222-230, y el tercero, «Nouvelles localisations de villes crétoises», *Κρητικά Χρονικά* 1963, pp. 16-26. En esta serie de artículos P. Faure aumenta con varios nombres ciertos y algunos nombres míticos los catálogos de ciudades cretenses establecidos por los filólogos.

En el cuarto artículo, «A la Recherche du vrai Labyrinthe de Crète», *Κρητικά Χρονικά* 1963, pp. 315-326, Faure trata de localizar el antiguo laberinto de Creta llamado de Cnosos en la gruta de Escotino aportando para ello hechos lingüísticos, filológicos, arqueológicos y espeleológicos.

En los artículos quinto, «Toponymes préhelléniques dans la Crète moderne», *Kadmos* 6, 1967, pp. 41-79, y sexto, «Nouveaux Toponymes préhelléniques dans la Crète moderne», *Kadmos* 9, 1970, pp. 75-92, se ofrece un detallado y completo catálogo de topónimos prehelenicos, seguros y probables, documentados en la Creta moderna.

El artículo siete, «Aux frontières del l'État de Lato: 50 toponymes», *Europa. Festschrift für Ernst Grumach*, 1967, pp. 94-112, versa sobre los topónimos documentados en un texto epigráfico (I.C.I.XVI.N.5.51-72) que fija las fronteras de Lato hacia el 113-112 a.C. Con este trabajo se relaciona el artículo octavo del libro, «Νέα ανάγνωσις τῆς ἐπιγραφῆς 207 τοῦ Μουσείου Ἀγίου Νικολάου», en *Ἀμάλθεια* 13, 1972, pp. 167-180, en el que se reeditan las líneas 52-82 de una nueva inscripción de Lato, un tratado entre Lato e Hierapitna, publicado por primera vez por H. van Effenterre-M. Bougrat, en *Κρητικά Χρονικά* 21, 1969, pp. 9-53, y editado con posterioridad a P. Faure por Y. Garlan, «Études d'histoire militaire et diplomatique (XII-XIV)», en *BCH* 10, 1976, pp. 299-308, quien sugiere un número de nuevas lecturas en varias líneas. El pasaje que es objeto de estudio por parte de Faure alude a la delimitación de las fronteras del territorio de Lato, que ya conocíamos en parte por la inscripción mencionada en el artículo anterior, un tratado entre Lato y Olunte.

En el artículo nueve, «Toponymes Créto-Mycéniens dans une liste d'Aménophis III», *Kadmos* 7, 1968, pp. 138-149, se intentan identificar algunos topónimos creto-micénicos en una lista del templo funerario del faraón egipcio Aménofis III en la antigua Tebas de Egipto.

El artículo diez, «'Επιγραφὰὶ ἐκ Κρήτης», *Κρητικά Χρονικά* 1969, pp. 314-332, recoge un buen número de nuevas inscripciones de Creta localizadas por Faure con posterioridad a la publicación de los 4 Volúmenes de *Inscriptiones Creticae* (Roma 1935-1950) y algunas nuevas lecturas hechas por el autor a inscripciones ya publicadas después de haber revisado las piedras.

El artículo once, «Les Mines du roi Minos», *Ἀθηνᾶ* 1980, pp. 150-168, versa sobre la importancia y localización de las explotaciones mineras de Creta en la edad del bronce.

En el artículo doce, «Eglises crétoises sous roche», *Κρητολογία* 1979, pp. 53-83, Faure ofrece, tras trece años de trabajos y tras investigar 389 cavidades cretenses con nombres religiosos, un extenso catálogo de iglesias cretenses bajo roca.

El art. trece, «Le tesson du Nerospilios», *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici* 9, 1969, pp. 36-42, trata de un tiesto inscrito descubierto por Faure en la gruta de Nerospilio situada al Norte de La Canea, en el lugar de la antigua *Κυδωνία* cretense.

El art. catorce, «Noms de montagnes crétoises», en *L' Association G. Budé; Lettres d'Humanité*, 24, 1965, pp. 426-446, versa sobre los topónimos cretenses referentes a montañas y en él Faure se propone completar la lista de los ya conocidos, investigar su sentido y origen, y compararlos entre sí y con otros.

En el art. quince, «Hydronymes Crétois», *Κρητολογία* 1984, pp. 30-61 y 200-202, se presenta un extenso catálogo sobre los numerosos topónimos cretenses que se refieren a corrientes de agua o a capas líquidas, al tiempo que se intenta analizar la etimología y significación de estos nombres.

La obra finaliza con una serie de artículos de los cuales cada uno de ellos es continuación del anterior y a los que en el libro se asigna el número dieciséis, a saber: «Villes et villages del la Crète Orientale entre 1577 et 1629 (listes inédites)», en *Κρητολογία* 1, 1975, pp. 28-36, «Villes et villages de la Crète Centrale. Listes inédites de l' époque vénitienne comparées aux tablettes de Knossos», en *Κρητολογία* 5, 1977, pp. 45-98, «Villes et villages du nome de Rhétymnon. Listes inédites (1577-1629)», en *Κρητολογία* 12-13, 1981, pp. 221-244, y concluyendo esta serie de listas «Villes et villages de la Crète Occidentale. Listes inédites (1577-1644)», en *Κρητολογία* 14-15, 1982, pp. 77-104.

En suma, nos encontramos ante una magnífica obra de P. Faure, que, a pesar de tratarse de una selección de artículos para ser leídos independiente, no carece de unidad, ya que —como hemos visto— el objetivo fundamental que el autor persigue en todos ellos es el estudio, riguroso y detallado, de la toponimia de

Creta. Como, por otra parte, suele ocurrir en este tipo de publicaciones, los artículos recogidos son de desigual valor e importancia. Ahora bien, hay que felicitar-se por la aparición de este excelente libro de recopilación de P. Faure, que viene a ser el resultado de largos años de trabajo y de estudio.

ÁNGEL MARTÍNEZ-FERNÁNDEZ

FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M^a PILAR, *Manual de antiguo alto alemán*. Salamanca: Universidad de Salamanca 1988, 392 págs.

Este manual se integra dentro de la línea investigadora iniciada allá por los años cuarenta por el prof. A. Tovar sobre Lingüística Indoeuropea, con el fin de facilitar a los estudiosos de habla española el conocimiento de lenguas para las cuales se disponía de bibliografía muy atrasada o en su defecto de difícil acceso, aspecto que en la presente obra se ve organizado y seleccionado por apartados.

Merced a esta espléndida iniciativa se ha conseguido con el curso del tiempo contribuir a dicha empresa y especialmente dentro de la rama de Lingüística Indogermánica gracias a la interesante labor de la prof^a. M.P. Fernández Álvarez. Ya en ese mismo año de publicación del manual que nos ocupa, la autora había presentado —en colaboración y con justificado éxito— otro manual que entroncaba directamente con los propósitos de éste, con una revisión y actualización sobre su edición original, A. Agud —M. P. Fernández Álvarez, *Manual de lengua gótica*, Salamanca 1988².

Evidentemente este tipo de manuales abre en tal sentido una importante brecha para el estudio gramatical de lenguas dentro del ámbito de la Lingüística Indogermánica tanto desde el punto de vista lingüístico como filológico. Adjuntan además este tipo de gramáticas una visión actualizada y renovada, sin pasar por alto una indispensable antología de textos y un glosario especializado (cf. R. Schützeichel, *Althochdeutsche Wörterbuch*, Tübingen 1981³).

Hay que reseñar, por otro lado, que la exposición gramatical se ha realizado siempre tomando como referencia la Lingüística Comparada de esta familia indoeuropea (cf. E. Prokosch, *A comparative German grammar*, Philadelphia 1939). Por esta razón observamos que se aducen elementos tanto de la protolengua indoeuropea, según su reconstrucción actual, como de aquellas otras lenguas indoeuropeas cuyo conocimiento es más razonable presuponer en el consultan-

te: griego, latín y gótico sobre todo. De forma excepcional se ofrece también material comparativo de lenguas y ramas lingüísticas afines a la familia germánica.

El presente manual aporta en otros aspectos y por vez primera una dilatada información sobre la fonética y morfología de la lengua antiguo alto alemana, acompañada de breves capítulos sobre hábitos gráficos (pp. 55-68), composición y derivación de palabras (pp. 143-152) y sintaxis verbal y oracional (pp. 161-168). Incorpora asimismo a la exposición sincrónica fenomenológica los fundamentos de la explicación histórico-comparativa de los fenómenos expuestos según su aparición en la gramática. Para la descripción sincrónica de los sistemas fonético y morfológico la autora se atiene, sobre todo, al tratado de W. Braune-H. Eggers, *Althochdeutsche Grammatik*, Tübingen 1987¹⁴, a cuya espléndida sistemática nos remite y remitimos al mismo tiempo al lector en cualquier caso, ya que nos presenta una información realmente exhaustiva y de estructuración muy coherente sobre la profunda diversidad tanto geográfica como cronológica y estilística de los testimonios escritos de estos dialectos germánicos (cfr. además St. Sonderegger, *Althochdeutsche Sprache und Literatur*, Berlin-New York 1974).

Para la selección de textos que componen la Antología —indispensable, aunque un tanto heterogénea, en nuestra opinión, para fines didácticos— la autora se ha dejado guiar, más bien, por el afán de ofrecer los autores más representativos de cada época y dialecto. No obstante, merece especial mención la abundante extensión aplicada a la traducción de Taciano (cfr. textos de E. Sievers (ed.), *Tatian*, Paderborn 1960²) y que «se debe —según la autora— a que se trata, en términos generales, de un texto de difícil acceso, tanto por su temática como por su lenguaje, especialmente aconsejable para la iniciación a la lectura del antiguo alto alemán», pero siempre en versión crítica antiguo alto alemán-latín —es de agradecer la incorporación del aparato crítico al texto—, para que pueda compararse el calco sintáctico e incluso léxico entre el original y su traducción. En un mismo orden, la muestra de fragmentos poéticos (cfr. textos de O. Erdmann (ed.), *Otfrids Evangelienbuch*, Hildesheim-New York 1979 (Halle 1881)) resulta reducida, pero no por ello injustificada, ya que se deduce aconsejable —dada su dificultad de interpretación— para su comparativa con los textos narrativos (cfr. textos de M. Daab (ed.), *Die althochdeutsche Benediktinerregel des Cod. Sang 916*, Tübingen 1959) y exegéticos (cf., por ejemplo, textos de H. Eggers (ed.), *Der althochdeutsche Isidor*, Tübingen 1964).

Como conclusión, podríamos resumir que esta Antología se puede consultar «a priori» a lo largo de un curso académico y que proporciona además una adecuada panorámica —siempre para iniciados— sobre el «corpus» de este grupo dialectal germánico. Adicionalmente recomendaríamos a la autora que en el futuro pudiera proporcionarnos asimismo versiones críticas bilingües en antiguo alto alemán-español para procurar hacer un seguimiento más sucinto de todos ellos.

Tenemos noticias, en última instancia, de que se halla en fase de elaboración de otro nuevo manual sobre lenguas germánicas —concretamente sobre antiguo nórdico y en especial del antiguo islandés— a cuya buena obra nos sumamos desde aquí, dándole nuestra enhorabuena por su labor.

JOSÉ MANUEL GONZÁLEZ DEL POZO

GARCÍA LARRAGUETA, S., *Las Glosas Emilianenses*. Edición y Estudio. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1984, 162 pp.

Entre los numerosos códices que la Edad Media nos ha legado se encuentra el conservado en la Real Academia de la Historia en Madrid, denominado *Códice Emilianense*, n.º 60.

Aquí tenemos la edición del mismo (pp. 87-162) acompañada de un aparato crítico claro y exacto. La lista de encabezamientos, con la numeración de folios y líneas (pp. 81-84) precede a esta edición.

Este códice ha sido muy estimado a causa de sus *glosas* («las anotaciones y comentarios que declaran los textos o (sic) otra cualquier escritura, por cuanto son como lenguas e intérpretes», como define Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua Castellana*, s.v., fol. 439v). Se clasifican las glosas de este códice en latinas, romances y vascas, expuestas puntualmente entre las pp. 47 y 69. Siguen (pp. 73-77) las, también numerosas, glosas gramaticales. La descripción paleográfica del códice (pp. 35-43) es breve. Se esperaba que realizase con mayor detenimiento dicho análisis.

Como labor paleográfica y de edición, además de su esmerada presentación, es muy loable. Sin embargo, el Estudio («Estado actual del conocimiento del Códice Emilianense», pp. 9-32) está menos cuidado. Es una sucesión cronológica de notas íntegras de los diversos investigadores sobre el códice: Riaño, Loewe, Gómez Moreno, Férotin, Menéndez Pidal, Millares Carlo, ... hasta Díaz y Díaz, que atienden a la descripción, fecha y lugar de composición del códice y de las diversas glosas, etc. Hay numerosas y muy completas referencias bibliográficas. No hubiese estado de más el haberlas ofrecido ordenadamente en un apartado bibliográfico.

RICARDO MARTÍNEZ ORTEGA

GIALLONGO, A., *L'immagine della donna nella cultura greca*, Rimini, Maggioli Editore, 1981, 163 pp.

Se divide este libro en cuatro capítulos, a su vez subdivididos en su interior. Estos son:

- Oikurema
- Agora-Gineceo-Prostíbulo
- Platón
- Aristóteles

En el primero Angela Giallongo nos describe la imagen general de la mujer en Grecia, que se puede resumir con el término que da título al capítulo, *oikurema*, o sea «cosa destinada al trabajo doméstico».

El papel de la mujer, asignado por el hombre, la mantenía prácticamente alejada de toda vida pública; constreñida a sus labores domésticas, que anulaban sus posibilidades en otros terrenos. Confinada en el gineceo, trabajaba para el hombre, que, incluso en el proceso reproductivo, le arrebató su importancia para adjudicársela a sí mismo.

El siguiente capítulo constituye un repaso de la situación de la mujer desde época homérica hasta Pericles.

En tiempos de Homero se daba mucha importancia al trabajo femenino. Y, aunque la mujer gozaba de mayor prestigio social que en época clásica, su exclusión de la vida social estaba en ciernes.

En el s. VIII a.C., en medio de una sociedad patriarcal y exclusivista de cultivadores pobres de Beocia, se seguía considerando importante el trabajo femenino en la casa, o en el campo, cuando era necesario. Se fomentaba la institución familiar debido a intereses masculinos. Unida a un auge de la magia, se desarrolla la identificación entre mal y mujer.

Con Solón llegó la institucionalización de la prostitución, unánimemente aceptada por el mundo masculino.

Ya en la edad de Pericles, la Sofística supuso un intento de mejora de la situación femenina, sofocado por el contexto, en el que la mujer tenía una personalidad jurídica nula, y la propia actitud de Pericles.

La hetera ocupó en el s. IV a.C. un lugar privilegiado entre la clase media y superior, colocándose por encima de la mujer tradicional. Se asistía a una crisis del matrimonio y al llamado «reino de las cortesanas».

Perduraba la homosexualidad, de antigua raigambre, que, en gran medida, venía motivada por el rechazo a la mujer. La homosexualidad femenina, como es obvio, no gozaba de la aprobación oficial de la anterior.

Los dos capítulos que restan consisten en un análisis del tratamiento que dieron a la mujer dos filósofos, que contribuyeron a sentar las bases del pensamiento occidental: Platón y Aristóteles.

Platón, partidario de conceder a la mujer el derecho a la instrucción y a la vida pública, defendió su coeducación junto al hombre. No obstante, reconfirmó a la vez que el destino principal de la mujer es el de hacedora de hijos, y delimitó la primacía de un sexo sobre el otro con una serie de leyes. Mitigó así la alarma que había creado en la sociedad patriarcal del momento con sus propuestas.

La concepción aristotélica de la mujer supuso la génesis del principio teórico que ha modelado el manifiesto de la inferioridad femenina.

En nombre de una naturaleza que reparte de manera diversa las aptitudes, Aristóteles demostró la valía masculina para la política, la filosofía, la ciencia y las artes, y la inclinación femenina hacia la costura y los hornillos. Quedaba definida la mujer como animal apolítico.

Según el Estagirita, la natural estratificación sexual y social permite a quien está dotado de las mejores disposiciones físicas y espirituales ejercitar su autoridad, no sólo en el ámbito de la familia (resurgía la institución matrimonial), sino también en la vida pública.

Llegando a considerar a la mujer como un hombre estéril, sostenía que mientras ésta, a través de la reproducción, transmitía al recién nacido el cuerpo, el hombre le transmitía el alma.

M. GLORIA GONZÁLEZ GALVÁN

GONDICAS, DAPHNE, *Recherches sur la Crète Occidentale*. Amsterdam, Adolf M. Hakkert Editeur, 1988. III y 365 pp. (1ª parte), II y 60 pp., 28 Láminas y 2 Mapas (2ª parte).

La isla de Creta, especialmente conocida como sede de la cultura minoica, ha suscitado desde Evans el interés de los arqueólogos quienes han orientado fundamentalmente sus trabajos al estudio de los testimonios de la mencionada cultura.

ra. Esta circunstancia —como señala Gondicas (p. I)— ha conducido a un descuido casi completo en el estudio de las épocas anteriores y posteriores, de donde se origina una imagen errónea de la historia de la isla. Es por este motivo por el que la autora se propone estudiar la Creta del primer milenio, tal como indica el subtítulo del libro (*De l' époque géométrique à la conquête romaine. Inventaire des sources archéologiques et textuelles, position du problème*), y justamente en una de sus regiones, la parte extrema occidental, que es mucho menos conocida para todas las épocas que cualquier otra región de la isla y en la que las excavaciones sistemáticas han comenzado a partir de los años sesenta.

La autora, que se ha encontrado con no pocas dificultades a lo largo de su estudio, reconoce que no ha realizado un trabajo completo y definitivo (p. 336). Entre los serios obstáculos que Gondicas ha tenido que afrontar los hay de diversa índole. En primer lugar, cabe mencionar que los vestigios de que disponemos son más bien escasos y que en gran parte se conservan durante largo tiempo en los sótanos de los Museos sin ser estudiados y a veces con una buena parte de las informaciones perdida, como, por ejemplo, el contexto en el que los vestigios se han encontrado. A esto hay que añadir la imposibilidad de acceder a ciertos hallazgos, como los conservados en el Museo de Kastelli Kisamo por haber estado éste cerrado al público desde bastante tiempo o algunos objetos existentes en el Museo de La Canea resguardados por precaución a causa de la restauración del Museo durante la época en la que Gondicas realizó su estudio. En segundo lugar, las excavaciones arqueológicas en esta parte de Creta Occidental son poco numerosas o casi inexistentes. Por todo ello, Gondicas, tras haber intentado plantear, en la medida de los medios de que dispone, los problemas y proponer soluciones, espera que su estudio constituya un punto de partida para futuras investigaciones referentes a la Creta del primer milenio a.C. (p. 336).

El libro se presenta estructurado en dos partes. En la primera, que comprende el grueso de la obra, se recoge el detallado estudio realizado por D. Gondicas seguido de la Bibliografía y de los Índices; y en la segunda, que viene a ser un pequeño apéndice de la anterior, se agrupan diversos materiales relacionados con el estudio de la primera parte.

La primera parte comprende cuatro capítulos: I. Descripción geográfica (pp. 5-14), II. Los emplazamientos arqueológicos y las ciudades antiguas (pp. 15-296), III. Comparación de rasgos comunes (pp. 297-309) y IV. La historia política (pp. 310-330), a los que hay que añadir la Conclusión (pp. 331-334), un Epílogo (pp. 335-337), un Índice de emplazamientos (pp. 338-341), Abreviaturas utilizadas de obras y revistas (pp. 342-345), Bibliografía (pp. 346-354), Índice de láminas (pp. 355-357), e Índice del contenido del libro (p. 358-365).

Señalaremos ahora brevemente de lo que se trata en cada uno de los capítulos mencionados. En el primer capítulo (I) Gondicas realiza una descripción geográfica general de la parte más extrema de Creta Occidental sobre la que centrará su estudio y la divide de una forma general en varias regiones. En el segundo capítulo (II) se describe detalladamente cada uno de los emplazamientos que nos ha suministrado vestigios antiguos y se identifica cada emplazamiento con los nombres de ciudades antiguas conocidas, a la vez que se intenta delimitar el territorio de cada una de ellas. En el tercer capítulo (III) se intenta dar una idea global de la situación que se presenta y se tratan brevemente algunos rasgos comunes, como 1. El emplazamiento de las ciudades, 2. El material de construcción, 3. Los ritos y las costumbres funerarias, 4. La cerámica, 5. Las monedas y 6. La actividad de los habitantes. En el capítulo cuarto (IV) Gondicas se limita a trazar las líneas generales de la historia de Creta en el primer milenio a.C. y a situar en este contexto las ciudades de Creta Occidental que son objeto de su estudio.

En la segunda parte del libro se reúnen todas las inscripciones (pp. 2.1-2.34) y textos antiguos (pp.2.35-2.60) que se relacionan con el estudio acompañados de traducción, y se presentan 28 láminas y 2 mapas. Para el texto y la datación de las inscripciones recogidas, 83 en total, se sigue lo establecido por M. Guarducci en *Inscriptiones Creticae* para los títulos que aparecen en esta edición, que son la mayor parte, y para el pequeño número restante se adopta también el texto de las ediciones utilizadas.

En cuanto al texto de las inscripciones se observan no pocas erratas epigráficas que no desmerecen la aportación de la obra y que en parte se deben al hecho de que —como Gondicas declara, p.2.I— la epigrafía no constituye un terreno de su especialidad. Para la cita de las líneas de cada inscripción seguiré la edición de M. Guarducci. Por ejemplo, en inscripción N.6 línea 1 debe leerse Σήραμβος] en lugar de Σήραμβος; en inscr. N.9 línea 2 léase Μενεκάρτην en lugar de Μενεκράτην; en inscr. N.13 líneas 31s. en lugar de ἐμπορίου debe poner ἐμπορίου y en línea 35 en lugar de ἐμπορικόν léase ἐμπορικόν; en inscr. N.18a línea 16 en lugar de ἀέκοντος debe decir ἀέκοντας; en inscr. N.19 línea 9 sustitúyase μέν por μέν; en inscr. N.20 líneas 55-56 para ἰσων ἰας léase ἰσων[ι]ας; en inscr. N.22 debe leerse en líneas 5-6 Ἀρκιάδες por Ἀρκάδες, en líneas 6-7 Χερσονάσιοι por Χερσονάσιοι, en 1.7-8 Ἀνωπολιται por Ἀνωπολιται, en 1.9 [βασιλεύς por βασιλεύς, en 1.10 [Πανήμου por Πανήμου y κοσμοῦν<των> por κοσμοῦντων, en 1.11 [τὰ ὁμολογημένα [ὄσα] βασιλεὺς Εὐμένης por τὰ ὁμολογημένα ὄσα βασιλεὺς Εὐμένης, 1.11-12 καὶ [ἂν χρεῖται] ἔχωσι πρὸς por καὶ ὡν ἂν χρεῖται ἔχωσι πρὸς, en 1.13 ὄπλων] ἢ βελῶν] por ὄπλων ἢ βελῶν, en 1.14 [τούτων χί]ππεῖς por πάντων καὶ ἵππεῖς y τὰ δὶψῶνια por τὰ ὄψῶνια etc.

En definitiva, a nuestro juicio el libro de Gondicas enriquece notablemente el conocimiento que tenemos de la Creta del I milenio, especialmente en la parte de Creta Occidental que la autora estudia. Se trata, pues, de una obra valiosa merecedora de elogios y que los estudiosos de la Antigua Creta acogemos con gran satisfacción.

ÁNGEL MARTÍNEZ-FERNÁNDEZ

GUZMÁN GUERRA, A, *Tucídides : Historia de la guerra del Peloponeso*. Madrid, 1989, Alianza Editorial, S.A., colección El Libro de Bolsillo, nº 1385, 695 pgs. Introducción, traducción y notas por ANTONIO GUZMÁN GUERRA.

En un breve espacio de tiempo han sido publicadas en España varias ediciones de la obra de Tucídides, lo que podría hacer pensar que el espíritu crítico del historiador ateniense, su narración antitética y sus esfuerzos por ofrecer un relato objetivo y desapasionado de los acontecimientos contemporáneos pueda ser de interés en la actualidad por algún motivo. Pensamos que tal vez nos encontremos en un momento álgido en el ciclo que periódicamente le trae a la «contemporaneidad» (Renacimiento, siglo XIX, primer cuarto del XX), y no tanto por el afán de conocimiento de lo que ocurrió entre los griegos enfrentados en dos bandos en la segunda mitad del siglo V a.C., cuanto por lo que su método y su estilo continúan enseñando a quienes se acercan a su lectura.

En la obra de Antonio Guzmán Guerra destaca el esfuerzo del autor por condensar en veintidós páginas un resumen de la época en la que vivió Tucídides, su calidad como historiador, el carácter literario de su *Historia* y una seleccionada bibliografía. Cada uno de los ocho libros en los que se divide tradicionalmente la *Guerra del Peloponeso* está precedido por un cuadro sinóptico de los hechos que narra y un mapa de operaciones. Como el autor indica en la Introducción, la labor de traducir a Tucídides sin eludir la dificultad del texto es por sí misma complicada y el esfuerzo realizado, sobre todo en los discursos, «ha sido ciertamente ímprobo»; la edición griega usada es fundamentalmente la oxoniense de Jones-Powell, en Oxford Classical Text. Reconoce el profesor Guzmán haber consultado, obviamente, las traducciones y los comentarios históricos y gramaticales de los que se dispone en la actualidad, lo que sin duda, le ha permitido ofrecer una edición de Tucídides fácil en su lectura, a pesar de que son numerosas las notas que acompañan el texto. Ha evitado multiplicar el número de páginas en las que se recogiera la abundantísima bibliografía tucidídea, aclarando

que la seleccionada, por un lado, y el conocimiento de los «eruditos», por otro, orientarán sobre su localización.

Interesantes resultan también las líneas que dedica el autor a la tradición del texto de Tucídides: por un lado, cómo pasó prácticamente inadvertido para una parte de la clase intelectual del siglo IV a.C., entre ellos, Platón, Aristóteles e Isócrates, siguiendo la desagradable experiencia de Eurípides, a quien sólo las generaciones posteriores supieron valorar correctamente; por otro, cómo desde Jenofonte el nombre de Tucídides transita por la historia, por la historia de la literatura y por la historia de las ideas políticas, a modo de un «continuum historicum» hasta llegar a Salustio y Lucrecio; cómo indirectamente le imitaron Virgilio, Ovidio y Procopio; o cómo, al parecer, Demóstenes había copiado reiteradas veces su obra.

En cuanto a la traducción que el profesor Guzmán presenta en esta edición sobresale el hecho de haber intentado hacer una versión lo más castellanizada posible (si se nos permite la expresión) de los nombres propios de persona, de los topónimos y de los gentilicios. Por ejemplo, entre los nombres propios de lugar: «Leucima» (que en otras traducciones es vertido Leucimme y Leucimna); «Cefalonia», (vertido Cefalonia en otras traducciones); «Cíclades», (por Cícladas), «Triasio» (por Tría), «Egáleo» (por Egaleo), Frigias» (por Frigia), «Parnés» (por Parnes), «Oropa» (por Oropo), etc. Entre los nombres propios de persona ofrece versiones del tipo «Filidas» (Fílidas), Leontíades (Leontíadas), Diacrito (Díacrito), Jántipo (Jantipo), Aristón (Aristónoo), Cleópompo (Cleopompo), etc. En gentilicios da un tratamiento unificado del tipo plateenses (plateos), pelenenses (peleneos), corcirenses (corcireos), etc.

En nombre propios de fechas, fiestas o lugares concretos prefiere una traducción plenamente castellana, transmitiendo el sentido que esos nombres pudieran tener. Por ejemplo: «Fiestas de la Unión», cuando generalmente se lee Fiestas Sinecias, o «Fuente de Nueve Caños», cuando en otros textos se lee simplemente la transcripción «Eneacruno» (pg. 144). Estos nombres con la transcripción simple no dicen nada al lector no iniciado, a menos que se incluya una nota explicativa. Por ello es muy meritorio que se haya facilitado la lectura eliminando notas y explicando directamente, con la traducción, el contenido de tales nombres.

El siempre difícil apartado de la traducción de los nombres propios cuenta con un problema técnico añadido: el de que algunas imprentas no suelen acentuar las vocales tónicas mayúsculas, lo que en el caso del griego es importante. Prueba de ello se encuentra en la impresión de nombres como Ástaco (gr. *Astakón*), Élide, Énoe, etc. (sin acentuar), que pueden prestarse a lecturas no deseadas, probablemente, por el autor: [astáko], [elíde], [enóe]. Sirva como compen-

sación el hecho de que apenas hemos localizado erratas de imprenta (pg. 159, II, 42: "los" por «lo»), lo cual es un mérito más para el autor y la editorial.

Junto a este esfuerzo por unificar criterios en la traslación al castellano de nombres propios griegos, el profesor Guzmán Guerra se ha atenido estrictamente al texto original como lo prueba la traducción dada a términos del tipo *aretée* y *tykhee* (II, 40 y 42: «virtud» y «Fortuna», respectivamente), evitando un alejamiento que pudiera alterar una correcta interpretación. (En otras ediciones se puede leer que *areté* es «generosidad» o que *tykhe* es el «Destino»).

Otro rasgo en el mismo sentido es el orden de palabras, en el que respetando el estilo de Tucídides ha tratado de evitar expresiones que no son hoy comunes en nuestra lengua. Así, en I. 36, leemos: «en Grecia hay tres escuadras dignas de tenerse en cuenta: la *vuestra*, la *nuestra* y la de los corintios», cuando otras traducciones prefieren el orden griego «la *nuestra*, la *vuestra* y la corintia».

A modo de sugerencia, quisiéramos incluir algunas observaciones que, sin duda, pueden mejorar la edición que estamos reseñando. Nos referimos, en primer lugar, a los paréntesis que el autor intercala en medio de los textos y que, si se suprimieran, no alterarían en absoluto la lectura ni su interpretación, dado que en esos textos no hay variantes. Por ejemplo, en la página 156 leemos: "... nunca se da el que impidamos a nadie (expulsando a los extranjeros) que pregunte..." (II, 39), podría haberse traducido el dativo *kseneelastais* mediante el complemento correspondiente o, simplemente, eliminando el paréntesis; en la página 160 leemos "Pues no sería justo que escatimaran menos sus vidas los desafortunados (ya que no tienen esperanzas de ventura), sino..." (II, 43), podría, de la misma manera, haberse suprimido simplemente el paréntesis o respetar el relativo tal cual aparece en el texto.

En segundo lugar, en II, 44 (pg. 161), tal vez se podría precisar el texto sustituyendo la expresión "considerad vuestra *mayor ganancia* la época de vuestra vida en que fuisteis felices" por «considerad como ganancia la mayor parte de vuestra vida que habéis estado disfrutando», para unir *pléona* al sustantivo vida (*bíon*) en lugar de al sustantivo ganancia (*kérdos*).

En tercer lugar, en II, 4.4 (pg. 135) podría traducirse el adjetivo *eréemous* por «indefensas» o «solitarias» (valdría también el singular), en lugar de "algo alejadas".

En cuarto lugar, el índice de nombres propios presenta ausencias tanto de topónimos como de personajes, no encontrándose explicación de este índice selecto ni en la introducción ni en su lugar.

Estas observaciones no pretenden otra cosa sino precisar, si cabe, la excelente edición que nos ha ofrecido el profesor de la Universidad Complutense. Repre-

senta, ciertamente, la culminación de un arduo esfuerzo, cual es el traducir y editar al padre de la historia científica, como algunos han denominado a Tucídides. Las antítesis constantes, el espíritu crítico, la prosa concisa de la parte narrativa o el contenido preciso de los discursos definen el estilo tucidídeo, arduo y sin amaneramientos, escueto y denso, como ha dicho García Gual. Pues bien, estos rasgos quedan fielmente reflejados en la edición reseñada, lo que confirma los méritos y cualidades del traductor.

Merece, por tanto, el profesor Antonio Guzmán Guerra nuestra felicitación por esta nueva publicación, que se une a otras ediciones con las que ha contribuido a incrementar la relación de autores clásicos griegos traducidos al castellano, entre los cuales se encuentran *Plutarco/Diodoro Sículo: Alejandro Magno* (Madrid, 1986) y *Plutarco: Sobre el Amor* (Madrid, 1990).

LUIS MIGUEL PINO CAMPOS

KYTZLER, B., *Breve Diccionario de Autores Griegos y Latinos*, Madrid, Gredos, 1989, 298 pp.

Una iniciativa magnífica ha tenido la Editorial Gredos al publicar, en traducción española de Manuel Albella Martín, *Die Klassiker der Griechischen Literatur* y *Die Klassiker der Römischen Literatur* de Bernhard Kytzler.

Hacía tiempo que se echaba en falta, en territorio español, una obra de estas características, no sólo por lo que de recurrido pueda tener este tipo de trabajos, sino —y es la virtud principal de este *Breve Diccionario*— por la solidez científica con que ha sido realizado.

A ello responde la estructura de este libro en dos partes dedicadas, respectivamente, a los clásicos de la literatura griega y de la literatura romana, pero dentro de unos límites cronológicos: así la *primera* (pp. 13-98) se ocupa de «dar a conocer las figuras de los grandes poetas y científicos, oradores y filósofos que han marcado con su cuño la evolución ideológica de nuestra civilización en el milenio comprendido entre el mundo de Homero y el ambiente helenístico que rodeó al cristianismo primitivo» (p. 9) y la *segunda* (pp. 105-211), que abarca desde la «República hasta el cristianismo primitivo», parte, como se indica en la introducción a la misma (p. 103), de la persona del autor, para exponer luego su obra y caracterizar su estilo.

Sin embargo, lejos de ser sólo breves explicaciones de autores y obras, se añaden, al final de cada lema, una bibliografía sucinta dividida en ediciones, traducciones y ensayos, teniendo esta versión española la peculiaridad de citar, cuando viene al caso, entre corchetes, las traducciones que ha publicado la *Biblioteca Clásica Gredos*.

Cierra el libro de Kytzler una bibliografía, en once páginas, sobre monografías en lengua alemana de las literaturas griega y latina (de esta última seleccionados y reunidos por Brigitte Egger) divididas en siete apartados (1. Léxicos y obras de consulta; 2. Exposiciones histórico-culturales; 3. Historia de la literatura; 4. Lengua y retórica; 5. Sobre los distintos géneros; 6. Campos específicos; 7. Influencia posterior).

De gran interés es una tabla cronológica, que en el período que va del 800 a.C., cuando la creación de Esparta por el sinecismo, al 639 d.C., en que comienza la conquista de Egipto por los árabes, sitúa en el tiempo las manifestaciones literarias de los griegos y latinos en relación con otras literaturas, la historia general de la cultura y la historia política.

En suma, feliz y oportuna empresa la de la editorial Gredos, que tanto ha aportado al conocimiento de la cultura clásica en los últimos decenios, y que viene a colmar, de este modo, la falta de un compendio minucioso y breve, cuyo fin no es otro que el de despertar el interés y la curiosidad «por aquellas personas y obras en las que tantas cosas se pueden descubrir y que a tantas otras han dado base» (p. 104).

FRANCISCO SALAS SALGADO

LORAUX, N., *Maneras trágicas de matar a una mujer*. Madrid, Visor Distribuciones, S.A., 1989, 111 pp.

Este estudio de Nicole Loraux, traducido del francés *Façons tragiques de tuer une femme* por Ramón Buenaventura, se adentra en el extenso universo de la mujer en la antigüedad, cifándose a un aspecto peculiar: el tratamiento que recibe la muerte de la mujer en la tragedia.

La muerte del hombre, según los epitafios, es un hecho referido y lamentado por la ciudad; la de la mujer sólo lo es por el marido, en las escasas ocasiones en las que se la alude.

No suele ser tratada la muerte de la mujer en los distintos géneros literarios, a excepción de uno, aunque se ocupe fundamentalmente de muertes violentas, en el que se equipara a hombre y mujer: la tragedia. En ésta se refleja que la muerte masculina acaece casi siempre bajo la forma de homicidio, mientras que la de la mujer lo hace bajo la de suicidio o sacrificio.

El libro se divide a continuación en tres apartados que analizan los diferentes factores que caracterizan la muerte trágica de la mujer:

- La soga y la espada.
- La sangre pura de las vírgenes.
- Lugares del cuerpo.

En el primero se trata al suicidio como a la muerte de mujer por excelencia. Muerte carente de *andreaia*. El más frecuente es el ahorcamiento, especialmente en la mujer casada.

En el segundo apartado, se establece el sacrificio con derramamiento de sangre, como la causa de muerte más frecuente entre las vírgenes.

En el tercer y último apartado se señala que, frente a una gran diversidad de lugares del cuerpo masculino por los que penetra la muerte, la mujer suele sucumbir por uno solo: el cuello o garganta.

M. GLORIA GONZÁLEZ GALVÁN

MAESTRE MAESTRE, J. M^a., *El humanismo alcañizano del siglo XVI. Textos y estudios de Latín renacentista*. Cádiz. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz. Instituto de Estudios Turolenses. Excmo. Ayuntamiento de Alcañiz. 1990. CVI + 505 pp. + 8 láminas.

El creciente interés que ha despertado entre los filólogos clásicos el estudio del Humanismo español está dando ya sus buenos resultados. El hecho de que en diversas Universidades del país existan grupos de investigadores que se afanan en esta tarea, demuestra la importancia que se empieza a conceder a un campo difícil por lo poco conocido o, lo que es peor, por la desconsideración de que hasta hace poco ha sido objeto, pese a haber contado con la atención de algunos estudiosos de gran relevancia.

En medio de esta situación, la aparición del libro de José M^a Maestre representa en cierto modo sólo un paso más pero, al mismo tiempo, también un hito

en los estudios de latín humanístico en España. Sólo un paso más porque es terreno, como hemos dicho, donde queda mucho por saber, pero también un hito porque el autor, dentro de los límites que aún se imponen a la materia, aparece como un extenso y profundo conocedor de la misma.

Aunque dedicado desde hace unos años al estudio de nuestro Humanismo en general, Maestre ha dirigido principalmente su atención al círculo de Alcañiz. Y es que, más allá de nombres consagrados como los del Brocense o Nebrija, el conocimiento de este grupo sorprendentemente amplio de latinistas turolenses viene a enriquecer el panorama y a abrir nuevas perspectivas.

El libro, correctamente encuadernado y agradable de manejar pese a su voluminosidad, está prologado en latín por el conocido profesor de Lovaina, Jozef IJsewijn, quien hace referencia a la importancia de Alcañiz en el humanismo europeo del XVI.

La obra en sí, precedida de una bien documentada bibliografía, se divide en una Introducción General y seis capítulos. La Introducción General (pp. XLV-CVI) plantea el nacimiento del círculo de humanistas alcañizanos en relación con diversos factores sociales y culturales, para terminar con un apartado titulado «Líneas de investigación más urgentes» que da idea cabal de uno de los propósitos más claros de la obra: servir de base y ayuda para futuros estudios.

Los seis capítulos se organizan de la siguiente manera: Los cinco primeros están dedicados, uno cada uno, a las principales figuras: Juan Sobrarias Segundo (pp. 3-65), Pedro Ruiz de Moros (pp. 69-123), Juan Lorenzo Palmireno (pp. 127-227), Bernardino Gómez Miedes (pp. 231-313) y Domingo Andrés (pp. 317-389). El capítulo VI (pp. 393-493) trata de algunos otros humanistas alcañizanos y hace un estudio de las vinculaciones internas y externas de los miembros de este círculo aragonés.

Todos los capítulos obedecen en líneas generales a una misma estructura: biografía, obras, estudio pormenorizado de alguna obra o de algún aspecto relevante del autor en cuestión y la selección de una de estas obras para realizar su edición crítica y traducción.

Creemos que el esfuerzo realizado por José M^a Maestre para dar a la obra una organización clara y estricta puede ser la auténtica pauta para próximos trabajos sobre latín renacentista, si tenemos en cuenta sobre todo el rigor con que están tratados aspectos puramente filológicos como el análisis de la métrica en los poetas o de la retórica en los oradores, y como colofón, las ediciones críticas como posible modelo para la moderna publicación de textos latinos del Quinientos.

MIGUEL ÁNGEL RÁBADE NAVARRO

MARCOS-CASQUERO, M. A., *Varrón. De lingua Latina*, edición bilingüe; introducción, traducción y notas de M.A. Marcos-Casquero, Madrid, MEC (Editorial Anthropos), 1990, 527 pp.

La gramática latina antigua ha cobrado un auge inusitado en los últimos tiempos. Buena prueba de ello lo evidencian las numerosas ediciones, traducciones, monografías, etc., que en torno a los gramáticos latinos han aparecido nada más que en el último decenio. Entre las ediciones, destacaría por sus muchos merecimientos la luminosa obra de Luis Holtz, *Donat et la tradition de l'enseignement grammatical (Etude sur «l'Ars Donati» et sa diffusion [IV^e-IX^e siècle] et édition critique)*, París, CNRS, 1981, 697 pp.; edición y monografía sobre Donato que se ha convertido, a pesar del poco tiempo que lleva publicada, en obra de consulta indispensable y en paradigma de un trabajo científico moderno. No cabe duda que este desarrollo se encuentra en relación con la importancia que en los últimos tiempos ha adquirido el estudio del lenguaje y en particular el de la historia de las teorías lingüísticas, en donde ocupan una parte considerable los gramáticos latinos. De ahí deriva fundamentalmente el número no pequeño de investigadores que desde distintos campos y con diferentes métodos se interesan por esta cuestión. Y de tal manera que el fenómeno ha obligado a algunas revistas científicas a dedicar números especiales a los gramáticos latinos, como es el caso de *Langages*, 65, 1982 (*Signification et référence dans l'Antiquité et au Moyen Age*); o a la organización de coloquios internacionales, como el de Chantilly (Septiembre 1987), cuyas Actas editadas por Irène Rosier (*L'héritage des grammairiens latins de l'Antiquité aux Lumières*, París 1988) hemos podido leer hace poco; en fin, hasta una Sociedad «pour l'Information grammaticale», animada por un grupo de profesores de las universidades francesas, publica desde el año 1979 una revista trimestral titulada *L'information grammaticale*.

Hay que reconocer que nuestro país en relación con la gramática latina antigua no ofrece el mismo panorama. Apenas hay que destacar algún que otro trabajo científico publicado en nuestras revistas de la especialidad y, con casi veinte años ya, la edición del *Ars Iuliani Toletani episcopi (Una gramática latina de la España visigoda)*, estudio y edición crítica de María A. H. Maestre Yenes (Toledo 1973), sin contar con el ambicioso proyecto del Departamento de Filología Latina de la Universidad de Granada, dirigido por el profesor Luque Moreno sobre los *Scriptores Latini de re metrica*, en fase ya bastante adelantada. De ahí que acogiéramos con especial interés esta edición bilingüe de Varrón, objeto de nuestra reseña.

A nadie se le escapa, en efecto, la importancia de Varrón para la gramática latina, no sólo por el hecho de ser el verdadero «incunable» de la misma, sino también por su capacidad de síntesis frente a todos los elementos contradictorios

que se le cruzan (como, entre otros, la discusión entre analogistas y anomalistas). Pero, además, la influencia de Varrón en los gramáticos posteriores es verdaderamente decisiva, hasta el punto que L. Holtz (*op. cit. supra*, p.10) llega a afirmar que «toute la grammaire latine se résume en lui et, jusqu'au V^e. siècle, se réclame de lui». Por todo ello, por el significado que representa para la lingüística genoral, no se explica que Varrón no se haya traducido a nuestra lengua hasta este momento.

La traducción nos llega de la mano del profesor Manuel Antonio Marcos Casquero, conocido ya en este ámbito por sus versiones de las *Tristia* (Salamanca 1983) y de los *Fasti* (Madrid 1984) de Ovidio, así como por su colaboración con Oroz Reta en la traducción de las *Etimologías* de San Isidoro (Madrid 1982).

Y la verdad es que, ante todo, debemos afirmar que se manifiesta por doquier, desde el comienzo hasta el final de la obra, esa aludida experiencia de traductor, puesta a prueba a cada paso en un tratado eminentemente técnico, con pasajes nada fáciles de traducir a causa, unas veces, del propio estilo rudo y árido del autor, o del contenido, otras, especialmente restringido (en, por ej., los juegos etimológicos). Alabamos, por ello, el procedimiento, ya utilizado en las citadas *Etimologías* de Isidoro, de conservar el vocablo latino en el texto de la versión castellana, difícilmente inteligible de otra manera. Sirva de ejemplo (p. 197, 79):

«*Lucere* (brillar, lucir) deriva de *luere* (limpiar) y *lux, lucis* (luz), pues con la luz se disipan las tinieblas; de *lux* procede *Noctiluca* (la que brilla de noche); [de *lux*, también *lugere* (estar de luto, llorar)] porque es un culto establecido a causa de la luz que se ha perdido».

El texto latino, aunque se advierte que no se trata de una edición crítica, no desdeña, sin embargo, las diferentes conjeturas y variantes, que con tanta abundancia habitualmente aparecen en las ediciones críticas del *De lingua latina* de Varrón (cf., por ej., la ed. de Goetz y Schoell, Leipzig 1910 [=Amsterdam 1964]), particularmente en los libros de los que, como es sabido, sólo se conservan unos cuantos fragmentos.

Este es el propósito fundamental de las notas que acompañan a pie de página a los dos textos enfrentados (el latino y la traducción española), además de aclarar en el momento oportuno algunas cuestiones de civilización o de *realia*, proporcionando las más de las veces bibliografía especializada para cada cuestión. El libro termina con un «índice onomástico» donde se incluyen todos los nombres latinos estudiados en el tratado y un «índice de palabras griegas», imprescindibles ambos en una obra de esta naturaleza.

Por ello, echo en falta, en este sentido, algún que otro índice más, como el de materias, el de pasajes y autores citados, etc., teniendo en la mente probablemente el modelo ya establecido de las citadas *Etimologías*. Especialmente me parece necesario en la parte alta de las páginas la indicación numérica del libro y párrafo del texto varroniano, cuya ausencia, achacable sin duda a la editorial, dificulta enormemente la consulta.

Estos defectos no empañan, en absoluto, las muchas bondades de la obra, incluso desde el punto de vista del diseño de edición, integrada en la colección que la editorial Anthropos del Ministerio de Educación y Ciencia titula «Textos y Documentos». Y, sobre todo, no desmerecen en nada ante el hecho destacable, puesto de manifiesto al principio, de poner al alcance de nuestras manos una obra tan necesaria y de tanta trascendencia para el desarrollo de las reflexiones sobre el lenguaje dentro de la cultura occidental.

FRANCISCO GONZÁLEZ-LUIS

SALAS SALGADO, F., *El Humanismo en Canarias: Desarrollo y producción clásica desde el siglo XVI a fines del XIX*. (Tesis Doctoral inédita), La Laguna 1990, XV + 747 pp.

La aparición de este trabajo, que hemos leído impreso, pero inédito, merece ser saludada con alegría por un doble motivo: se trata de la primera Tesis Doctoral defendida en el Área de Latín de la Universidad de La Laguna, después de la reimplantación de la especialidad de Clásicas en nuestra Universidad, y, por otra parte, se trata de un estudio serio, con calidad, profundidad y mucho trabajo, sobre el Humanismo en Canarias, que, al tiempo que consolida en nuestra región una línea de investigación iniciada, entre otros, por el profesor L. Gil y de la que ahora se empiezan a recoger los frutos también en las autonomías más periféricas, supone asimismo una obra de compilación del material existente, la cual servirá de base y de consulta obligada para cualquier labor posterior en este terreno.

En este sentido, la obra pionera de D. Francisco Salas Salgado, Profesor de Filología Latina de la Universidad de La Laguna, se inserta en la corriente que estudia el Humanismo en nuestro país, incorporando además las indicaciones y el modo de entender y perfilar estas investigaciones de uno de los máximos especialistas en la materia, el profesor belga J. IJsewijn, con quien trabajó el autor

durante una estancia en la Universidad de Lovaina; por esta razón, el objeto de estudio se enfoca con un método que se ajusta tanto a las necesidades del tema como a su propia evolución natural en los primeros humanistas (de ahí el subtítulo de la obra).

Engarzando, pues, la que decíamos «estructura orgánica» de esta obra con su contenido concreto, que resumiremos seguidamente, nos encontramos con ocho partes precedidas de una introducción y que se cierran con un epílogo y la bibliografía. En la *introducción* se esboza el concepto de Humanismo, tanto en lo que se refiere a la historia del término como a sus ámbitos de aplicación.

La *primera parte* trata de la enseñanza del latín, tomando tres fuentes de estudio: las cátedras de gramática (tres, una por cada isla de realengo); el latín en los conventos de las diversas órdenes religiosas, desde los jesuitas (en La Laguna, La Orotava y Las Palmas), con su compacta *Ratio Studiorum*, encaminada, sobre todo, a formar buenos apologetas de la verdadera fe en contra de las herejías del momento (especialmente, el jansenismo), hasta los franciscanos, muy apegados a la Escolástica, pasando por los agustinos, más abiertos, y los dominicos, cuyos planes y métodos de estudio suscitan problemas, según recoge Viera y Clavijo; por último, el latín en las instituciones superiores de enseñanza, a saber, la Universidad literaria de San Agustín, de efímera vida, el Seminario Conciliar de Las Palmas y la Universidad de San Fernando, citadas por orden cronológico y que nos permiten retrotraer hasta el siglo XVIII las rencillas insularistas, que se inscriben dentro de lo que se ha dado en llamar «pleito insular».

La *segunda parte*, continuando esta progresiva aproximación al Humanismo en Canarias, se centra en los métodos de enseñanza del latín que el autor ha podido documentar en las Islas a partir del siglo XVIII, con referencia a las opiniones y consideraciones metodológicas de Viera y Clavijo y Tabares de Roo, quienes apuestan antes por el incentivo de los estudiantes que por los tradicionales castigos corporales.

La *tercera parte* entra de lleno en los estudios gramaticales, donde se aprecia un intento de renovación de los métodos pedagógicos (con, por ejemplo, la enseñanza en castellano), destacando —como a lo largo de toda esta obra— la gran figura de Juan de Iriarte, de formación parisina y que llegaría a ser Bibliotecario Real, el cual, entre sus muchas y variadas obras (aparece en casi todos los apartados atinentes a la producción latina de humanistas canarios), dedicó más de cuarenta años a su *Gramática latina*, en gracioso verso rimado, descrita y estudiada con prolijidad y profundidad por el autor de esta Tesis: un verdadero «arte de la lengua latina», que se ocupa por igual de las Etimologías (actual Morfología), de la Sintaxis y de la Prosodia (que incluía Métrica y Ortografía). Dicha obra presenta un gran interés tanto para el estudioso del Humanismo como para el filó-

logo que se interese por la historia de la transmisión de los conceptos gramaticales y de las gramáticas y es de desear que sea estudiada, a partir de ahora, con la atención que merece. José de Acosta, con sus consideraciones sobre los nombres griegos de la gramática latina, y Manuel Pérez Jorge, con su tratado sobre la sintaxis oracional, concluyen este apartado, al haberse perdido las obras de Agustín Verau.

La *cuarta parte* se ocupa de profundizar en los aspectos estilísticos y métricos de los mencionados estudios gramaticales, por lo que supone, en realidad, una expansión del apartado anterior, de nuevo con los nombres de J. de Iriarte y J. de Acosta.

La *quinta parte* supone ya una inflexión fundamental en el estudio del Humanismo en Canarias, se pasa de afuera hacia dentro: el humanista, una vez formado, se pone a escribir en latín; de los estudios *sobre* el latín se pasa al estudio de la producción canaria *en* latín. Estamos, pues, en la parte central de esta Tesis, en particular, y del Humanismo, en general. Y aquí se recogen, en efecto, toda la literatura – y es muchísima – localizada por el autor sobre escritos latinos de humanistas canarios en todos los campos, como convenía al carácter de vehículo de cultura que tuvo el latín hasta los albores de nuestro siglo. Tales obras están distribuidas aquí en los siguientes campos: producciones religiosas, jurídicas, médicas, de discursos y crítica, laudatorias, historiográficas y biográficas, poéticas y de tesis. Bajo este epígrafe, y a lo largo de más de doscientas cuarenta páginas, se estudian todas las obras, documentadas y verificadas por el autor, extensamente, con mención expresa de títulos completos (recuérdese que hablamos de los siglos XVII-XIX, donde el concepto de *título* es distinto del actual), localización, biografía del autor, muestra amplia y representativa de fragmentos y comentarios y explicaciones adicionales de gran interés, desde los *Poemas sagrados*, de J. de Iriarte, hasta el *Alphabetum iuridicum*, de J. Tabares de Cala, pasando por los escritos médicos de G. López Nucedá (*De temperamentis*) y de N. de Bethencourt, por las obras de crítica de M. de Bucaylle Manrique de Lara, por las obras poéticas de J. de Iriarte y Bernardo Cologan (incluido el famoso acróstico de R. Mederos y Llarena), y tantos otros. Acaba esta parte con las noticias sobre las *Theses* de Teología y Moral, Filosofía, Física y Derecho, que, a modo de trabajos escolares de fin de carrera, se exigían, en latín, en el Seminario Conciliar de Las Palmas.

La *sexta parte*, que atiende a las traducciones de obras clásicas por parte de los humanistas canarios, aparte de las ediciones bilingües, las retroversiones y las ediciones anotadas de textos clásicos, entronca con la Memoria de Licenciatura del autor, realizada con gracejo y profundidad, sobre la traducción de *La Eneida* llevada a cabo por Graciliano Afonso. Aquí aparecen pues, con acertados comentarios estilísticos del autor, las diversas traducciones efectuadas por el citado

G. Afonso (del latín y del griego), por el Marqués de Buen Paso, por J. de Iriarte, Viera y Clavijo, etc., traducciones tanto de textos clásicos latinos como bíblicos y eclesiásticos en general, además de traducciones de otros humanistas contemporáneos. Se tratan, por otra parte, las retroversiones de textos eclesiásticos y se da cuenta de la anotación del *De officiis* de Cicerón por parte de José de Acosta.

Debido a su conocimiento de este tema, el autor ha desgajado como *séptima parte* los comentarios literarios e históricos que solían preceder a muchas traducciones, estudiadas en el apartado anterior, donde vuelven a destacar Juan de Iriarte, Graciliano Afonso y la «Tertulia de Nava». En este punto, merece especial mención la labor de G. Afonso sobre la tragedia griega (tema del que se ocupa el autor en este mismo número) y Anacreonte, por un lado, y Virgilio y Horacio, por otro.

La *octava parte* considera, a modo de apéndice, las disciplinas auxiliares, como la catalogación de códices y las inscripciones epigráficas, donde encontramos de nuevo el nombre de Juan de Iriarte; o la metrología, donde tenemos las anotaciones de José de Acosta, quien también escribió reflexiones sobre la lexicografía, etc.

La obra se cierra, como decíamos al principio, con un *epílogo*, que actúa a modo de resumen, pero poniendo de relieve lo más importante a ojos del autor y aportando datos nuevos (como los referentes a salarios de los profesores de latín, dentro del marco de subidas de precios generales en el siglo XVI), y con una bibliografía, donde se recogen tanto las fuentes manuscritas como las impresas y que en apretadas 17 páginas presentan los trabajos fundamentales sobre el tema.

Es de desear que esta Tesis, compilación de lo existente y promesa de futuros trabajos sobre el Humanismo, llegue a obtener pronto la forma de libro, ya que se convertirá en un manual de uso necesario para todo aquel que desee adentrarse en el, hasta este momento inexplorado (o casi), campo del humanismo Canario.

JOSÉ JUAN BATISTA RODRÍGUEZ

SISSA, Giulia y DETIENNE, Marcel, *La vida cotidiana de los dioses griegos*. Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1990, 350 pp.

El título «La vida cotidiana de los dioses griegos» engloba la publicación conjunta de dos autores: Giulia Sissa, miembro del Laboratorio de Antropología del

Colegio de Francia y Marcel Detienne, director de la Escuela práctica de Altos Estudios, Ciencias religiosas de París y conocido autor de obras como «Los jardines de Adonis» (Madrid, 1983), «La invención de la Mitología» (Barcelona, 1985), etc.

En la Introducción, elaborada por ambos, se hace un planteamiento desde perspectivas diferentes aunque complementarias del tema que van a tratar: la sociedad de los dioses en sí misma y la relación de los dioses con las sociedades humanas.

Giulia Sissa se ocupa de la primera parte del libro (pp. 51-183) a la que, con una extensión de ocho capítulos, subtitula «Homero antropólogo». En el capítulo inicial «¿Literatura o Antropología?» la autora defiende la posibilidad de llegar a conocer la vida diaria, anecdótica de los dioses griegos gracias a un insustituible material de trabajo: *la Iliada*. Ahora bien, en la interpretación de los mitos, de los relatos cuyos protagonistas son los dioses, no va a seguir la vía tradicional, literaria sin más. La lectura mítica que aquí se propone aboga por una interpretación antropológica en la línea iniciada por G. Dumézil y Cl. Lévi-Strauss; es decir, considera al mito parte significativa de un código social diferenciado y complejo que caracteriza a una cultura concreta.

En *la Iliada* hay dos espacios, dos tiempos, dos mundos: el de los dioses y el de los hombres. La guerra de Troya no enfrenta a griegos y troyanos, sino a hombres y dioses. Estos forman una sociedad tan abundante en características propias que invita al estudio histórico y etnográfico. Homero ha hecho posible que se estudie la vida cotidiana de los olímpicos porque es un antropólogo en una doble dimensión: modela a los dioses con rasgos humanos (en el sentido intrínseco del término *anthropologeîn*) y aporta abundante información en su propia obra. En los sucesivos capítulos se analiza la idiosincrasia divina insistiendo en los rasgos diferenciales en relación a los hombres pero llegando a la conclusión de que no son tan distintos. Los dioses los igualan en imprudencia, desmesura y afición a la vida placentera, sin embargo un abismo los separa, la inmortalidad derivada del régimen alimenticio.

La segunda parte subtitulada «Los dioses en los placeres de la ciudad» (pp. 187-312) comprende los seis capítulos restantes y se debe a Marcel Detienne. Este autor se ha caracterizado en sus obras anteriores por llevar a la práctica los principios del estructuralismo en el análisis de los mitos. El análisis estructural reivindica el derecho a combinar diferentes relatos míticos y a no prescindir del contexto etnográfico, es decir, del conjunto de informaciones que en una sociedad dada constituyen el horizonte semántico de una mitología. Los mitos pueden reinterpretarse desde los datos técnico-económicos hasta las creencias y representaciones religiosas pasando por las realidades geográficas, las estructuras

sociales y toda una red de prácticas institucionales. En «La muerte de Dionisos» (Madrid, 1983), el autor hace una interpretación de los mitos antropofágicos a la luz del código alimenticio oficial, el banquete. Pitagorismo, orfismo, dionisismo, se definen en su relación a la carne y a la ciudad y en ese prisma de dependencias tienen sentido todos los mitos que los fundamentan.

En la segunda parte de este libro, Marcel Detienne analiza la repercusión que entre los dioses causa la fundación de ciudades por los hombres. Desde los enfrentamientos por recibir el culto exclusivo de un determinado lugar: Hera y Poseidón en Argos, Poseidón y Atenea en Atenas, hasta los compromisos de recibir honores en grupos de dos, tres o más dioses. Su presencia en la ciudad como garantía del orden social tiene como contrapartida el ritual del sacrificio, el tratamiento obligatorio de los asuntos sagrados en las asambleas con prioridad a los asuntos políticos, la inclusión en las leyes de las prácticas del culto y los calendarios festivos. En la asamblea, en el ágora, en el consejo, en el ejercicio de las magistraturas, los dioses están en todas partes, dioses ciudadanos, *poliades*, que se ven implicados en todos los sectores de la vida humana.

No obstante, el hombre, al descubrir la actividad política, afirma su autonomía. Si en Homero veíamos al hombre en manos de los dioses, con la interpretación de M. Detienne se abre una vía de escape, los dioses se civilizan, se impregnan de urbanidad y parecen algo impresionados por el recinto de la polis. En las nuevas ciudades ya no ejercen una relación de dependencia tan estrecha como en el ámbito rural donde marcan el ritmo de los trabajos y se ocupan de los frutos de la tierra.

Los dos últimos capítulos son una aplicación a dos ejemplos que permiten apreciar la intervención de los poderes divinos en la identidad de los ciudadanos («Hera, Atenea y compañía») y en el campo de la sexualidad («Un falo para Dioniso»).

En su análisis, M. Detienne ha tenido en cuenta varias versiones de los mitos (tragedia y poesía), así como los datos de las legislaciones, de historiadores o de autores como Pausanias en relación a los ritos y costumbres.

Numerosas notas así como referencias a una bibliografía comentada aportan una rica información accesoria y dan respaldo a las conclusiones siempre novedosas del autor que en ésta, como en todas sus obras, obliga a un replanteamiento en la lectura de la mitología.

JUANA PÉREZ CABRERA

TOVAR, SAÚL A., *Biografía de la lengua griega, sus 3000 años de continuidad*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Bizantinos y Neohelénicos Fotios Malleros, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 1990, 386 págs., Ilustraciones.

El libro del profesor Saúl A. Tovar, doctor en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina) y Filólogo (Filología Hispánica en Madrid y Filología Italiana en Perugia) aparece editado por el Centro de Estudios Bizantinos y Neogriegos Fotios Malleros de la Universidad de Santiago de Chile dando muestra de la orientación que en otro continente se está dando a los estudios sobre lengua griega.

La obra presenta el título sugerente: *Biografía de la lengua griega*; con el que el autor, a diferencia de las tradicionales «Historias» de la Lengua Griega, desarrolla su análisis enfocando la obra desde una perspectiva diferente de base histórico-filosófica.

El planteamiento del libro asume el propósito de demostrar la continuidad de la lengua griega a lo largo de su historia, postulando que el griego, a diferencia del latín, ha de entenderse como una lengua «viva», poseedor, además, de una muy larga tradición histórica —el libro tiene por subtítulo: *sus 3000 años de continuidad*. La causa de esta continuidad se asienta en su pronunciación pues, para el autor, la correcta pronunciación del griego ha de corresponderse con la *pronunciación nacional*, es decir, con la actual pronunciación del griego moderno dado que la *pronunciación reformada* (o erasmiana) que practica la Filología Clásica obedece no tanto a una reconstrucción fonética del griego antiguo como a diversos motivos político-religiosos que gestaron esta tendencia durante los siglos XVI-XVII, así como a un notable desconocimiento de la Historia Bizantina y Neogriega.

Bajo estos planteamientos, el autor estructura la obra en dos partes. En la primera parte (pp. 21-129) establece, en cuatro capítulos, una periodización del griego: Antigüedad, Bizancio, Edad Media y Renacimiento; la segunda parte (pp. 133-352) abarca, en dos capítulos, la problemática de la pronunciación: el enfrentamiento de ambas tendencias y las pruebas que demuestran la antigüedad de la *pronunciación nacional*. A estos capítulos siguen unas *Conclusiones* (pp. 353-360) y un *Esquema de la Pronunciación Nacional Griega* (pp. 361-364).

Desde esta perspectiva, la obra critica los prejuicios que la Filología Clásica, eminentemente europea, ha desarrollado con respecto a períodos tardíos de la historia griega, haciendo gala de un desconocimiento de los acontecimientos acaecidos en las regiones de la Europa oriental y de la importancia de esta conti-

nuidad para la gestación de corrientes de pensamiento occidentales como fuera el movimiento renacentista europeo. Impulsado, pues, por las pruebas que atestiguan esta continuidad y dado que hemos de entender que el griego es una lengua «viva» —es decir, hablada—, el prof. Tovar insta a *quien desee leer la forma antigua (que) comience por leer y hablar la moderna, como se hace en todas las lenguas vivas y era lo normal en el Renacimiento* (pág. 356).

El libro del profesor Tovar parece revolucionar los estudios tradicionales que se aplican a la historia de la lengua griega. Sin embargo, el objetivo del autor no se dedica tanto al estudio descriptivo de los datos lingüísticos del griego como a defender la tesis de su continuidad. Consideramos, pues, oportuno precisar que, si bien el autor demuestra su teoría con profusión de datos, citas y comentarios personales acerca de la importancia de la transmisión de los autores clásicos a través de la historia griega, estos testimonios tienen su punto de partida en el período helenístico desatendiendo el análisis de los períodos arcaico y clásico de la Antigüedad griega, fuente de esta transmisión y objetivo principal de estudio en la Historia de la Filología Clásica.

ISABEL GARCÍA GÁLVEZ

WILLETTS, R.F., *Selected Papers*. II. Amsterdam, Adolf M. Hakkert Publisher, 1988, 127 pp., 6 Mapas y XV Láminas.

El ilustre profesor R.F. Willetts ha reunido en este segundo volumen de *Selected Papers*, publicado por A.M. Hakkert, once artículos llenos de interés y de amena lectura. El libro comienza con un artículo inédito que hace de prólogo: «Dimensions and Historiography. A Preface», pp. 1-6. En él Willetts señala (p.1) que la mayor parte de la presente selección de artículos se refiere a la contribución a nuestra herencia cultural de dos islas Mediterráneas, Creta y Chipre, geográficamente de pequeño tamaño, pero históricamente de no poca importancia en sus dimensiones de influencia.

No debe, pues, sorprendernos que los trabajos relativos a Creta constituyan más de la mitad del volumen: «Dance in Ancient Crete», pp. 19-28; «The Crane-Dance», pp. 29-31; «Armed dances», pp. 33-36; «Economy and society (with particular reference to Western Crete)», pp. 37-48; «Hellotis transformed», pp. 99-101. Asimismo, se hacen bastantes referencias a Creta en el estudio «Militarism in early greek society», pp. 69-85. Se trata de Chipre en el artículo «Early Greek in Cyprus», pp. 49-68. Es de notar, por otra parte, que las referencias a

Chipre aparecen además con frecuencia en otros artículos a lo largo del Volumen.

Conviene señalar —como, por lo demás, es bien sabido— que el profesor Willetts es un gran conocedor de los temas cretenses a los que ha contribuido de una forma notable y enormemente fructífera con sus trabajos realizados a lo largo de los últimos casi cuarenta años. El examen de estas investigaciones constituiría por sí solo un importante tema de estudio por lo que no nos detendremos en esta cuestión. Lo cierto es que por las razones indicadas era de esperar —como así ha sucedido— que en un libro de selección como el que ahora reseñamos un buen número de páginas responda al estudio de la Antigua Creta.

Los restantes artículos versan sobre temas diversos: «Homer and History - once more», pp. 7-17, donde se analiza la base histórica que se refleja en la épica homérica; «Lemprière's Classical Dictionary Writ Large. Introduction to the Third Edition», pp. 87-91, en el que se presenta una Introducción a la tercera edición del *Classical Dictionary* de John Lemprière, publicado por primera vez en 1788; y «The Graeco-Roman city», pp. 93-98, sobre las ciudades del mundo greco-romano.

Un Índice al Volumen I (A. Temático, pp. 103-112; B. De divinidades, personas y lugares, pp. 113-119) y otro al Volumen II (A. Temático, pp. 121-122; B. De divinidades, personas y lugares, pp. 123-127), de gran utilidad para el manejo de la obra, y una serie de Mapas (seis) y de Láminas (quince), terminan este libro.

En suma, una excelente colección de trabajos seleccionados del eminente helenista inglés Willetts, en su mayor parte referidos a Creta, es, pues, esta obra.

ÁNGEL MARTÍNEZ-FERNÁNDEZ

LIROLA DELGADO, Pilar, *Aproximación al teatro egipcio moderno*, Grupo de Investigación «Estudios Arabes Contemporáneos», Universidad de Granada, 1990, 155 pp.

Recientemente se ha publicado en Granada el volumen *Aproximación al teatro egipcio moderno*, extracto de la Memoria de Licenciatura titulada *Aproximación al teatro árabe moderno: El caso de Egipto* presentada por Pilar Lirola Delgado en la Universidad de Granada en octubre de 1989. Esta obra viene a

enriquecer el pequeño grupo de estudios que se dedican al teatro árabe, estudios que comienzan a aparecer hacia finales de la década de los cincuenta para la crítica extranjera y que en España apenas existen, salvo algún artículo de Pedro Martínez Montávez y Julio Samsó, así como algunas memorias de licenciatura.

El teatro árabe es de reciente creación. Nace del contacto del mundo árabe con Occidente a partir del s. XIX y toma fuerza durante la *Nahda*, renacimiento económico, político, social y cultural que el mundo árabe conoció a partir de 1882-1905, precisamente a consecuencia de ese contacto con el mundo occidental.

Egipto ha tenido una especial importancia en el desarrollo del teatro árabe, si bien el nacimiento de éste se sitúa en El Líbano, con la aparición en 1847 de una obra dramática de Marun al-Naqqas. Otra obra y fecha clave para la historia del teatro árabe es *Ahl al-kahf* (*La gente de la caverna*) del egipcio Tawfiq al-Hakím, aparecida en 1933.

Anteriormente, la literatura árabe no conoce el género teatral aunque Lirola Delgado reúne y enumera las diferentes manifestaciones culturales que han querido verse como antecedentes del teatro (fiestas y juegos populares de mercado, la *tá Ziya*, el *jayāl al-ḡill* teatro de sombras, entre otros). Su conclusión es que, sin duda, el teatro árabe fue introducido en época moderna por medio del contacto con la civilización occidental.

Con gran claridad y erudición la autora va exponiendo el camino que siguió el desarrollo del teatro, primero y con especial detenimiento en Egipto, como metrópoli cultural y política post-colonial, y después, más sucintamente, en otros países árabes como Túnez, Argelia, Marruecos e Iraq, así como una breve referencia al teatro palestino. Llega finalmente la autora a una profundización en la situación actual del género teatral en Egipto, que califica de «*alentadora*», aunque esté sometido a «*limitaciones*» de tipo político, con una censura estatal manifiesta.

El libro incluye una amplia bibliografía de obras occidentales y árabes (pp. 125-143) así como un índice de nombres (pp. 147-154) y de términos (pp. 154-155) que facilita en gran medida la consulta ocasional de la obra.

MARAVILLAS AGUIAR AGUILAR

MARTÍNEZ MONTÁVEZ, P., *Literatura Árabe de Hoy*, Madrid, Ed. CantArabia, 1990, 367 pp.

Se echaba de menos en el crisol de la literatura árabe contemporánea un libro como éste en el que el Prof. Martínez Montávez reuniese un conjunto de trabajos que se hallaban diseminados por distintas publicaciones y los agrupase no sólo por su naturaleza literaria sino también, como dice su autor, por «la concepción, el tono, la intención...»

Consta *Literatura Árabe de Hoy* de dos bloques claramente diferenciados: *Estudios* (pp. 15-196) y *Notas. Lecturas. Impresiones* (201-367). El carácter sugerente de sus títulos se deja ver ya en el primero de los estudios: *Las relaciones literarias hispano-árabes contemporáneas. Planteamiento de la cuestión* donde se ahonda en la revisión de criterios metodológicos a la hora de abordar temas de literatura comparada, revisión que el autor concluye abogando por una relación de correspondencias, analogías o convergencias y todo ello es el punto de partida para analizar cuestiones como la corriente literaria surgida en el *Mahyar* meridional formada por escritores que pertenecen a un grupo migratorio importante hacia América del Sur y que se han sentido inspirados por la «vieja» Al-Andalus, de tal forma que todo lo andalusí adquiere una dimensión casi simbólica (o tal vez, mítica).

En esta misma línea, el tercer estudio recoge textos poéticos y relatos de viajeros que expresan cómo Sevilla, así como su monumento más famoso, la Giralda, se ve y se siente en el marco de la sensibilidad árabe contemporánea.

Naturalmente, también el «tema Lorca» tiene su sitio en estas páginas porque está más que comprobado que Federico García Lorca es un arraigado y hondo sentimiento en el universo del poeta árabe contemporáneo, una fuente que ha rebotado desde lo individual para regar toda una colectividad donde la mayoría de esos poetas vienen a beber.

Por otra parte, los últimos cuatro estudios, a nuestro entender, ponen aún más de manifiesto, si cabe, ese espíritu de aglutinar los trabajos no sólo por su naturaleza literaria sino también —como apuntábamos anteriormente— por su intención, su tono. Y así, se trae a colación una cuestión de actualidad, la tradición y la modernidad en el mundo árabe de hoy porque no hay que ser muy observador para advertir que se están produciendo dos hechos simultáneos y característicos de ese mundo árabe: la búsqueda de la identidad y la recuperación del pasado. Por ello no es de extrañar que se vuelva al patrimonio tradicional redescubriendo los valores propios dentro de una expresión innovadora y como muestra, el autor de este libro estudia un reciente poema de Abd al-Wahhb al Bayati (*Elegía a JalTl H' awī*) donde se cumple en lo esencial con los requisitos de

la poesía de nuestro tiempo, pero también es el resultado de una revitalización del espíritu de la casida árabe clásica.

En el segundo de los bloques, *Notas. Lecturas. Impresiones*, nos encontramos una semblanza de tres grandes escritores, nombres supremos de la intelectualidad árabe de hoy: un premio Nóbel, Naguib Mahfuz y dos que no lo fueron, Taha Husayn y Jalīl Yubran.

Por otra parte, se reflexiona sobre temas como el feminismo en el Egipto contemporáneo, la novela árabe en Argelia y el imparable crecimiento de una literatura (quizá la «más árabe», si consideramos su entorno físico) en la «nueva Arabia».

No se omiten en esta *Literatura Árabe de Hoy* referencias a escritores libaneses de la talla de Jalīl Ḥāwī o Jawfik Yúsuf Awwad. Asimismo, a iraquíes como Badr Xakir Al-Sayyab, Bland Al-Haydar y, especialmente, Abdel-Wahhab Al-Bayati, en cuya obra —como en la de Hamid Sa'Id— encontramos a España y todo lo español.

Finalmente, dedica unas pocas páginas, pero de gran interés, al teatro marroquí, actividad que comienza a desarrollarse con una raíz e intención popular e inspirada parcialmente en un patrimonio islámico, por un lado, y puramente magrebí, por otro.

En conclusión, después de lo aquí visto, sólo nos queda resaltar lo interesante y verdaderamente útil que resulta ser este nuevo trabajo del Prof. Martínez Montávez.

DOLORES SERRANO NIZA

FORTVNATAE, Canary Review of Classical Philology, Culture and Humanities, appears yearly in volumes of 350 pages approximately.

Correspondence concerning editorial matters should be addressed to the Secretary, or to Prof. Angel Martínez-Fernández, Faculty of Philology, University of La Laguna, La Laguna (Tenerife), Canary Islands, Spain.

Books for review (and reprints of articles as well) should be sent to the above mentioned address. No publications received will be returned.

Subscriptions may be made through booksellers, or directly to FORTVNATAE, Secretariado de Publicaciones, University of La Laguna, La Laguna (Tenerife), Canary Islands, Spain.

FORTVNATAE, Revue Canarienne de Philologie, Culture et Humanités Classiques, paraît annuellement en volumes de 350 pages à peu près.

La Correspondance concernant la Rédaction peut être adressée au Secrétaire, ou au Prof. Angel Martínez-Fernández, Faculté de Philologie, Université de La Laguna, La Laguna (Tenerife), Îles Canaries, Espagne.

Les Livres (et les tirages d'articles) pour compte-rendu devront être remis à l'adresse indiquée ci-dessus. Aucune publication ne sera retournée.

Les Abonnements peuvent être souscrits par l'intermédiaire d'un libraire, ou bien directement à FORTVNATAE, Secretariado de Publicaciones, Université de La Laguna, La Laguna (Tenerife), Îles Canaries, Espagne

FORTVNATAE, Revista Canaria de Filología, Cultura y Humanidades Clásicas, aparece anualmente en volúmenes de unas 350 páginas.

La correspondencia relativa a la Redacción puede dirigirse a la Secretaria, o al Prof. Angel Martínez-Fernández, Facultad de Filología, Universidad de La Laguna, La Laguna (Tenerife).

Los Libros (y las separatas de artículos) para reseña deberán enviarse a la dirección indicada. No se devolverá ninguna de las publicaciones recibidas.

Las suscripciones pueden hacerse a través de una librería o bien directamente a FORTVNATAE, Secretariado de Publicaciones, Universidad de La Laguna, La Laguna (Tenerife).

